JAPÓN
ESPECULATIVO
SELECCIÓN Y EDICIÓN DE
GENE VAN TROYER Y GRANIA DAVIS
RELATOS ASOMBROSOS
DE FANTASÍA Y CIENCIA FICCIÓN

Una selección de espectaculares relatos de y fantasía ciencia ficción que abrirán tu mente a nuevos mundos repletos de imaginación, estupor y, en ocasiones, espanto.

El género de la ciencia ficción en Japón eclosionó en la década de los años 50 y 60 de la mano de escritores visionarios que combinaban la milenaria tradición literaria nipona con las nuevas tendencias de la ciencia ficción occidental. El fruto de esta mezcla de exotismo y vanguardia, sumado al nada envidiable mérito de haber sufrido la guerra atómica, dieron como resultado relatos innovadores y efervescentes, donde mitología y tecnología juegan un papel importante, en un intento por redefinir la identidad japonesa tras la Segunda Guerra Mundial reflejando su pasado en el espejo de futuros alternativos, mundos imaginados o visiones simbólicas de la realidad. ¿Te atreves a mirar en el espejo?

AA. VV.

Japón especulativo

Relatos asombrosos de fantasía y ciencia ficción

ePub r1.0
Watcher 27-04-2023

Título original: *Speculative Japan: Outstanding Tales of Science Fiction and Fantasy*
AA. VV., 2007
Traducción: Alexander Páez García
Arte de cubierta: Naoyuki Katoh

Editor digital: Watcher
ePub base r2.1

Proyecto Scriptorium

"La lectura es para la mente
lo que el ejercicio es para el cuerpo"
—Joseph Addison

{ 10.º
Aniversario }

epublibre

"Más libros, más libres"

Esta antología ha sido traducida del inglés por expreso deseo de los autores y de la editorial japonesa Kurodahan Press. Los editores desean expresar su agradecimiento a las siguientes personas por su colaboración para realizar este libro: David Aylward, Xavier Bensky, Alfred Brinbaum, Marilyn Mei Ling Chin, Michael Emmerich, M. Hattori, Dana Lewis, Judith Merril, Ōshiro Tomoko y Toyoda Takashi.

IN MEMORIAM

JUDITH MERRILL
1923-1997

Y

YANO TETSU
1923-2004

Judy-san: Judith Merril, 1923-1997

Grania Davis

Conocida como «la madrina de la ciencia ficción» y «la abuela demonio de la ciencia ficción japonesa», Judith Merril fue una revolucionaria pionera intelectual a lo largo de toda su rica y fascinante vida.

Judith Josephine Grossman nació en Boston en enero de 1923. Tras la muerte de su padre en 1929, vivió con su madre en Boston y Nueva York, donde se interesó por movimientos contraculturales de la época como el sionismo y el socialismo. Aunque esos movimientos acabarían perdiendo su atractivo, el ideal contracultural de librepensamiento y progreso seguiría siendo algo esencial para ella durante el resto de su vida.

En 1940 se casó con su primer marido, el trotskista Dan Zissman, y en 1942 nació su hija Merril. Judy adoptó el nombre de Merril como pseudónimo en 1946, cuando se separó de Dan, uniéndose a los *Futurians* de Nueva York y a la comunidad de la ciencia ficción.

Su primera obra de ciencia ficción de éxito fue *That Only a Mother*, publicada en *Astounding Science Fiction*, en 1948, y su primera novela importante, *Shadow on the Hearth*, se publicó en 1950.

En 1948 contrajo matrimonio con el autor de ciencia ficción Frederik Pohl, y en 1950 nació su hija Ann. Judith y Fred Pohl se divorciaron en 1953.

Publicó su primera antología, *SF: The Year's Greatest*, en 1956, comenzando a ganar popularidad como editora. Durante 1956 ayudó a organizar la primera convención de escritores de ciencia ficción de Milford (Pennsylvania), la cual atrajo a muchos de los mejores escritores del género, y continuó desarrollando su actividad en Milford durante la década de los años 60. Fue en Milford cuando conocí por primera vez a Judy y a su familia, en 1961, recibiendo su apoyo como madre joven y aspirante a escritora.

En 1967 se mudó a Inglaterra, donde vivió durante un año, y

donde editó la antología *New Wave, England Swings SF*. Su reputación como editora creció. Volví a encontrarme con Judy en Londres y en París, y nuestra amistad también creció.

Alrededor de 1969, Judy estaba harta de la guerra de Vietnam y de la actitud política de los EE.UU. y decidió emigrar con su hija Ann a Toronto, Canadá, donde se convirtió en miembro líder de la comunidad de ciencia ficción canadiense. En 1970 donó su extensa colección de ciencia ficción a la Toronto Public Library y fundó la Spaced Out Library, ahora llamada Merril Collection of Science Fiction, Speculation and Fantasy. Judy prefería el término «ficción especulativa», y hemos intentado respetar esa preferencia en el título de esta antología: *Japón especulativo*.

Su primera visita a Japón fue en 1970, cuando fue invitada a unirse a un grupo internacional de escritores e investigadores de ciencia ficción en el International Science Fiction Symposium. A lo largo de 1972 la invitaron a pasar seis meses en Japón, trabajando con Yano Tetsu y otros muchos, donde inició el Japanese SF Translation Project. Las traducciones avanzaban con lentitud, y no vivió para ver la antología que había imaginado, pero su proyecto pionero permitió que se publicaran numerosos textos de ciencia ficción japonesa en inglés. Algunos de estos fueron reeditados en 1989 por Martin Greenberg y John Apostolou en *The Best Japanese Science Fiction Stories*. Tras muchas décadas, su esfuerzo ha llevado a la publicación de esta antología.

Su estancia permitió la fundación de la Honyaku Benkyō-kai, el encuentro de traductores de ciencia ficción japonesa, cuyo mayor potencial radicaba en traducir al japonés ciencia ficción escrita en inglés. Por lo tanto, sus visitas a Japón tuvieron un importante impacto multicultural. Me volví a encontrar con Judy-san en Japón, en 1972, donde compramos boles de arroz y debatimos el significado del «amor». Aquella fue mi primera introducción en los misterios de la traducción, y más tarde Judy me invitó a trabajar en su antología.

Volvió a Toronto, y se convirtió en ciudadana canadiense en 1976. Continuó escribiendo, publicando, dando charlas, apareciendo en televisión, y contribuyendo a la Merril SF Collection. Pasó los meses grises de invierno en Montego Bay, Jamaica.

Vi por última vez a Judy en 1988, en Boreal 10, una pequeña colonia francófona en el norte de Quebec. Después, seguimos en contacto por teléfono de vez en cuando, sobre todo durante el proyecto «Visions of Mars», en 1994, cuyo objetivo era enviar a Marte un CD-ROM con ciencia ficción internacional de temática marciana, en el que se incluían algunos relatos japoneses.

En 1991 su energía y salud empezaron a decaer y tuvo que ser operada del corazón. Murió de un fallo cardíaco el 10 de septiembre de 1997. Esta antología está dedicada en parte a la memoria de Judy-san, a quien siempre echaremos de menos.

Para más información sobre la vida y obra de Judy Merril, os remito a la excelente biografía de su nieta *Better to Have Loved*, de Judith Merril y Emily Pohl-Weary (Toronto: Between The Lines Press, 2002), que ha sido la fuente de mucha de esta información.

Prefacio

David Brin

Japón especulativo es una importante contribución a un debate que se extiende por el globo, planteado por la cuestión del destino de la humanidad. ¿Adónde vamos y cómo deberíamos ajustar nuestras percepciones en un mundo que cambia velozmente?

Este debate se ha gestado a lo largo de mucho tiempo, a pesar de que a veces la tendencia fuera por un solo camino. Al traer estos tesoros literarios japoneses ante una generación de lectores (angloparlantes) occidentales, los editores, traductores y autores de este volumen nos han prestado un valioso servicio.

Tal y como expone Gene van Troyer en su estupenda introducción, tanto la historia como la idiosincrasia nacional juegan un importante papel modelando la ciencia ficción a lo largo y ancho del planeta. Esta diversidad es poderosa, pero comparte una idea subyacente: que los escritores y lectores pueden expandir sus horizontes explorando el espacio, el tiempo y la realidad, a través de experimentos intelectuales que amplifiquen sus mentes. Este es el factor común esencial que conecta cualquier cultura que sea tan valiente como para adoptar el espíritu de la ciencia ficción.

Esta disposición central a cuestionar nuestras propias certidumbres es la misma que subrayan tanto el arte como la ciencia. Sea cual sea su nacionalidad de origen, en ninguna parte se encontrará esto tan bien expresado como en la ciencia ficción. De forma muy parecida a cómo Hokusai nos ofreció las treinta y seis vistas del monte Fuji, los relatos que encontraréis seleccionados aquí ampliarán vuestra percepción de lo que es posible o imaginable, provocando pensamientos inusuales, a veces incómodos. Así es como debe ser.

«Las tres fases de la ciencia ficción japonesa», de Yamano Koichi, sugiere que este es un momento especialmente apropiado para que los occidentales levanten la cabeza, prestando atención a la entusiasta narrativa del Oriente. Capaces, confiados y con una imaginación

ilimitada, los autores japoneses se afanan en combinar las tradiciones de Murasaki y Yano con la imaginería tecnológica más actual de un futuro cibernético. Están proponiendo retos a los cuales más vale que nos demos prisa en responder. Todos nosotros.

Introducción: Cambiar de fase

Gene van Troyer

Es inevitable hacerse la pregunta: ¿Cuál es la diferencia entre la ciencia ficción angloamericana y la japonesa? Volveremos a este punto más adelante.

Japón especulativo es la tercera colección de relatos japoneses de ciencia ficción y fantasía traducida al inglés más importante que se haya publicado nunca. Las dos primeras fueron *The Best Japanese Science Fiction Stories*, editada por John L. Apostolou y Martin H. Greenberg (con el apoyo tras bambalinas de Grania Davis y Judith Merril), publicada por Dembner Books en 1989, ahora ya descatalogada, y la segunda *New Japanese Fiction*, editada por Tatsumi Takayuki y Larry McCaffery, publicada como número especial en *The Review of Contemporary Fiction*, en 2002.

Alrededor de la mitad de las historias incluidas en el presente volumen aparecen por primera vez en inglés: «La hora de la revolución», de Hirai: «Otro *Prince of Wales*» de Toyota: «La vida de las flores es corta», de Fukushima; «La Caja Universo de Reiko», de Kajio: «Me desharé de tu pesar», de Mayumura; «Hikari», de Kōno y «¿Adónde vuelan ahora los pájaros?», de Yamano. El resto de relatos se reeditan de diversas revistas, boletines, y colecciones de cuentos en general. Los lectores aviesos se habrán dado cuenta de que varios de los relatos reeditados provienen de la antología de Apostolou y Greenberg. Han sido publicados aquí por varias razones, no solo por ser buenas historias que merecen una nueva edición.

En su epílogo, Asakura Hisashi menciona los esfuerzos de Judith Merril por traducir ciencia ficción japonesa y su intención de promover la conciencia de su existencia en la parte angloparlante del universo. Ella y sus cotraductores recogieron alrededor de quince historias para una propuesta de antología —«*El Libro*», como ella solía decir—, similar a su exitosa antología *England Swings SF*. La confluencia de una serie de problemas, —otros contratos apalabrados,

el tiempo dedicado a la traducción, las fusiones de la industria editorial norteamericana, el cese de editoriales y las cancelaciones de contratos— dejaron el sueño encarnado por *El Libro* en un parón indefinido. Cuando la antología de Dembner de 1989 fue publicada, no todas (menos de la mitad) las historias que Merril había recogido y traducido pudieron ser incluidas. *Japón especulativo* nos ha brindado la oportunidad de recombinar todas las posibles traducciones de Merril y las traducciones que otros hicieron para ella con los relatos que todavía no habían sido publicados, y presentarlos todos juntos tal y como quiso hacer Merril en un principio con sus compañeros japoneses en el Honyaku Benkyō-kai (Grupo de estudio de traducción). Por supuesto, según pasaban los años y Grania Davis trabaja con otra gente en el proyecto, más historias se añadían a la lista.

La mitología y la historia de la tecnología juegan un papel importante en la historia de la ciencia ficción japonesa. Las primeras obras de la literatura nipona, como el *Kojiki*, el *Nihongi* (o *Nihon Shoki*, *Las crónicas del japón antiguo*) y el *Genji Monogatari* de la dama Murasaki (considerada como la primera novela de la literatura universal), están repletas de una imaginería fantástica que ha influido el curso de la literatura japonesa hasta el día de hoy; y la apertura de Japón al mundo exterior en la segunda mitad del siglo XIX dio rienda suelta a la importación a gran escala de las ideas tecnológicas de Occidente, que servirían para ayudar en los esfuerzos japoneses por convertirse en una nación industrializada, que pudiera igualar a las naciones europeas y americanas que dominaban el mundo. Dicho esto, la ciencia ficción como tal no empezó hasta la Restauración Meiji y la importación de modelos occidentales.

El primer «escritor de ciencia ficción» de cierta influencia que fue traducido al japonés fue Jules Verne. Su influjo inspiró novelas de escritores japoneses sobre inventos que ellos mismos habían imaginado. *Kaitei Gunkan* (*Buque de guerra submarino*), de Oshikawa Shunrō, es un popular ejemplo de 1900. La novela trataba sobre submarinos y predecía casual y certeramente la venidera guerra ruso-japonesa. La ciencia ficción americana tuvo más peso en el período de Entreguerras. Unno Jūzo, en ocasiones tildado de «padre de la ciencia ficción japonesa», gozó de popularidad en esta época. La ciencia ficción ha dado sus frutos en Japón durante algo más de un siglo, quizá entre unos 120 y 150 años, y desde luego la Segunda Guerra Mundial otorgó a Japón el nada envidiable mérito de ser el único país que ha sufrido la guerra atómica.

El estándar literario de la ciencia ficción en esta era y en la previa tendía a ser de baja calidad (a diferencia de la ficción que estaba de

moda en las revistas *pulp* americanas), y los lectores y críticos literarios japoneses antes de la Segunda Guerra Mundial en pocas ocasiones, o casi nunca, veían la ciencia ficción como literatura seria. Al contrario, la consideraban una forma de entretenimiento o diversión para niños. Antes de la Segunda Guerra Mundial y en los años previos a la posguerra, lo que pasaba por ciencia ficción no era ni siquiera reconocido como un género propio, siendo clasificado como perteneciente al género de misterio y las historias de fantasmas; en otras palabras, simplemente un ámbito más de la narrativa sobre lo extraño, lo insólito y lo irreal.

No pretendemos que los relatos de esta antología muestren una imagen definitiva de la ciencia ficción japonesa. Creemos que las antologías definitivas no son posibles en relación a ninguna literatura que esté viva y floreciente. Si permanece activa, está siempre cambiando, y en el cambio elude las definiciones fijas. Aunque, por lo menos, *Japón especulativo* representa una idiosincrática sección transversal de la historia de la ciencia ficción japonesa de los últimos cincuenta años, cuando esta emergió como un género distintivo en la literatura nipona, y cubre las tres grandes fases del género según este se ha ido desarrollando.

Yamano Kōichi (Yamano, 1994) las ha identificado como señalamos a continuación:

- *Fase de la casa prefabricada* (o «infiltración y difusión»): Los escritores de ciencia ficción japoneses que debutaron a principios de 1950 y fueron profundamente influenciados por las definiciones tradicionales de la ciencia ficción occidental, en vez de crear sus propios mundos, emulaban las grandes obras anglosajonas traducidas de autores como Asimov, Heinlein, Brown, y Bradbury, sumergiéndose en ellas. Así pues, como si viviera en una casa prefabricada, el género de ciencia ficción creció en la cultura japonesa sin considerar si había un lugar para él.
- *Fase de remodelado de la casa prefabricada* (o «adaptación y adquisición»): La segunda fase, en la década de los años 60, se caracterizó por un intento de «remodelar» la casa prefabricada a través de las obras de autores como Komatsu Sakyō y Tsutsui Yasutaka, que expandieron la visión del mundo de la ciencia ficción japonesa para incluir temáticas sociopolíticas y multitemporales, teorías evolutivas e informativas, y nuevas (y a veces casi existenciales) formas de interaccionar con un texto. Pero, al hacer esto, se distanciaron a sí mismos de perspectivas culturales tradicionales japonesas, poniendo en primer plano un

estilo occidental *racionalista* y un punto de vista objetivamente macroscópico del mundo.

- *Fase de despliegue de una nueva casa* (o «divergencia creativa»): La tercera fase en la evolución de la ciencia ficción japonesa fue descubrir la necesidad de desarrollar su propia identidad cultural, alejándose de la imitación de modelos angloamericanos, y de centrarse en preguntas sobre lo humano —ideología y metafísica en lugar de cohetes y robots— y presentar realidades informadas por la subjetividad consistente del propio autor en el contexto de la civilización japonesa. Las obras de ciencia ficción de Abe Kōbō reflejan muchos de estos aspectos, así como los relatos de escritores como Mayumura Taku, Hirai Kazumasa, Ishikawa Takashi y Yamano Kōichi. Tales autores marcaron el camino para que la ciencia ficción japonesa encontrara su propia voz y originalidad.

En este sentido histórico, los relatos recogidos en *japón especulativo* reflejan el viaje desde lo prestado hasta lo reinventado y, finalmente, hasta lo distintivamente japonés, que muestran las obras de autores como Ōhara Mariko, Kōno Tensei y Kawakami Hiromi. Se trata de una voz y una perspectiva que todavía están en proceso de desarrollo. La ciencia ficción japonesa parece haber avanzado a partir de sus intentos híperracionalistas por presentar el mundo ordenado en pequeños paquetes capaces de explicarlo todo, a la manera en que la física clásica estructura los mecanismos de un universo finito, hacia una literatura que cartografía el universo como un lugar de estados mentales a menudo indeterminados, a la manera en que los físicos cuánticos describen un universo que es sólido y particular, desde una perspectiva y, a la vez, espontáneo y difuso desde otra.

Los relatos de *Japón especulativo* que podrían estar dentro de la primera fase serían «Las fauces salvajes», de Komatsu, «El sendero hacia el mar», de Ishikawa, «La vida de las flores es corta», de Fukushima, «La leyenda de la nave espacial de papel», de Yano, «Otro *Prince of Wales*», de Toyota, «La Caja Universo de Reiko», de Kaijo, y «Me desharé de tu pesar», de Mayumura. Todos estos relatos expresan de un modo u otro una visión racional y reductiva de un universo lógico. Los relatos de la fase dos son ejemplos fácilmente reconocibles de los comienzos de la *Nueva Ola* japonesa: «La hora de la revolución», de Hirai, «¿Adónde vuelan ahora los pájaros?», de Yamano, «Hikari», de Tensei, «Caja de cartón», de Hanmura, y «Mujer de pie», de Tsutsui. Por temática, estos relatos rechazan en cierto modo una visión del mundo como algo completamente explicable de manera totalmente

racionalista. «Chica», de Ohara, y «Mogera Wogura», de Kawakami, entran en la tercera fase, como historias que reflejan el universo como un estado de existencia cibernético o mental. El universo quizá esté amarrado a una realidad física, pero igual o más importantes son sus parámetros en cierto modo metafísicos. La propuesta final de esta colección es el poema «Adrenalina», de Yoshimasu Gōzo, que va más allá del alcance del género. Fluye como un baño tranquilizador de energía alentadora procedente del mismísimo corazón de la Tierra de las Historias, un himno creativo.

La traducción al inglés de la ciencia ficción japonesa conlleva, al menos a cierto nivel, un proceso complejo de importación, importación invertida e intercambio, que ha ocurrido entre la ciencia ficción japonesa y occidental desde principios de 1950. Judith Merril lo experimentó a principios de 1970 cuando se embarcó en su proyecto de traducción con sus colaboradores japoneses. Merril interrumpió su papel como principal antologa y crítica literaria de ciencia ficción americana durante casi toda la década de 1960, y su paso por la ciencia ficción japonesa sirvió para reconectarla al género, ayudándola a superar una creciente sensación de escepticismo hacia la relevancia de la ciencia ficción contemporánea respecto a los problemas mundiales (Newell and Tallentire, 2005). Como editora y escritora, creía que era la obligación de un autor de ciencia ficción imaginar futuros probables o alternativos, y el género parecía estar fallando ante esta expectativa. Fue cuando le pidieron que escribiera un ensayo sobre traducción para la *Hayakawa SF Magazine* cuando se dio cuenta de una conexión clave: durante gran parte de su carrera había sido siempre traductora de una u otra forma: entre canadienses y refugiados políticos estadounidenses en Canadá, entre la contracultura y el establishment, y entre las diferentes visiones de la ciencia ficción de Norteamérica, Reino Unido y Japón.

«En sentido amplio», escribió, «los modismos y las imágenes de la ciencia ficción han demostrado ser uno de los mejores recursos para la traducción entre culturas tradicionales y emergentes en Norteamérica. En sentido específico, sospecho que la ciencia ficción puede ofrecer ahora el mejor canal abierto para el intercambio de valores y conceptos significativos entre Japón y Norteamérica» (en Newell and Tallentire).

Merril no sabía hablar, leer o escribir japonés, por lo que tenía que colaborar con un equipo de japoneses. Se reunían y trabajaban laboriosamente en una historia, frase a frase y oración a oración, navegaban por un paisaje marcado por los neologismos de la ciencia ficción japonesa, buscando un sentido equivalente en inglés a través

de la evocación y la sugestión, que sonara tal y como si el autor japonés lo hubiera escrito en este idioma.

El crítico japonés de ciencia ficción y filósofo ciberpunk Tatsumi Takayuki define este proceso de intercambio como la llegada definitiva a la «traducción suave». Escribe, «La cultura japonesa inspiró a los escritores de ciberpunk angloparlantes, pero el trueque no fue de sentido único» (Tatsumi, 2002):

> La ficción ciberpunk también otorgó a los japoneses una oportunidad de re-investigar su propia identidad *ciborgiana*. El relato de la *Nueva Ola* de Aramaki Yoshio titulado «Soft Clocks» pone en primer plano el contraste entre la avaricia imperialista de «Dali de Marte» y la anorexia de su nieta Vivi. En el auge del movimiento ciberpunk, este texto fue traducido por Kazuko Behrens y Lewis Shiner para el número de enero y febrero de 1989 de *Interzone*. Mientras Aramaki digería y canibalizaba a su manera la ciencia ficción americana espacial de los años 50, Lewis Shiner digería y transfiguraba suavemente «Soft Clocks» para una generación posterior y para otra cultura. Este tipo de traducción suave o intercambio entre culturas se está convirtiendo en algo cada vez más importante para el futuro de la ciencia ficción global.

Este proceso de traducción es quizá más evidente también en la presencia internacional y popularidad generalizada del *manga* y el *anime* japoneses, y de los videojuegos, los cuales, por un lado, derivan de estos y, por el otro, han inspirado series de *anime* y *manga* (un tema al que se hace referencia en *Freckled Figure*, de Suga Hiroe, que esperamos publicar en un próximo volumen de la serie *Japón especulativo*). Desde luego, la explosión del *anime*, el *manga* y los videojuegos, que están impregnados de temática y elementos de ciencia ficción, ha creado una nueva generación de público que no se siente necesariamente orientada hacia este género. Si prestigiosos premios literarios como el premio Akutagawa, el Tanizaki y el Naoki, que se conceden hoy en día a autores de ficción científica, son un indicador, pudiera ser que la ciencia ficción en Japón esté en proceso de transformarse en un estándar dentro de la literatura japonesa general. En cierto sentido, los mitos modernos reflejados en la ciencia ficción japonesa casi parecen estar devolviendo la literatura nipona hacia algo similar a sus orígenes mitopoéticos.

Y volvemos así al inicio de esta introducción: ¿cuál es la diferencia entre la ciencia ficción japonesa y la angloamericana? No podemos dar una respuesta definitiva, sino señalar tendencias y modas. Visto a través de solo una cara del prisma, podemos decir, como hace Tatsumi (2002), que «con la obligación de la democratización americana y el efecto de la adaptabilidad nativa, los japoneses de la posguerra tuvieron que transformarse y naturalizarse simultáneamente como una

nueva tribu de ciborgs» como se refleja en imágenes del *manga y* el *anime*. La ciencia ficción japonesa tiende (o tendía) más hacia robots y ciborgs que a estrellas y planetas. A sus lectores les encantan, por ejemplo, las historias de robots de Asimov mucho más que las novelas de la *Fundación*, como algo que puede ser emblemático de la búsqueda histórica del país para redefinirse y reinventarse, sobre todo tras el despertar radioactivo del 6 de agosto de 1945, el día en que el Dios Imperial Sol cayó y se alzó un nuevo Dios Sol.

Desde otro punto de vista concerniente al pasado, podemos afirmar que la mayor preocupación de la ciencia ficción japonesa ha sido descubrir cómo los japoneses llegaron donde están reflejando su pasado contra el espejo de futuros imaginados o mundos alternativos, un punto de vista acorde con la obsesión nacional de los japoneses por descubrir, o quizás redefinir, quiénes eran tras la segunda mitad del siglo XX y la Segunda Guerra Mundial, comparándose con Estados Unidos, el único país que les derrotara en una guerra en cerca de mil años. El futuro apuntaba en dirección contraria a lo que una vez fueran. La ciencia ficción angloamericana, en cambio, se podría decir que usaba el futuro para comprender el presente y planear un rumbo hacia adelante. Esta sería una forma simplista de llegar a la respuesta conveniente. Otra podría ser que la ciencia ficción angloamericana todavía trata sobre la formación de hipótesis, su prueba y el informe de los resultados del experimento, con una conclusión concreta que diga «problema resuelto», mientras que la ciencia ficción japonesa trata sobre el proceso del experimento y menos, o incluso nada, sobre su conclusión concreta. Los principios y finales son menos importantes que el proceso. Las historias japonesas de ciencia ficción se inclinan más hacia las ciencias blandas (por ejemplo, la psicología y la biología) que hacia las ciencias duras, aunque ahora han empezado a aparecer muchas historias de ciencia ficción dura. Otra característica es que las historias trascendentales y filosóficas de Olaf Stapledon —historias que exploran el sentido de la humanidad y del individuo— parecen ser más populares en la ciencia ficción japonesa que en la norteamericana o británica. Puede ser un reflejo de su cultura general, con sus preocupaciones sociales respecto a los problemas de grupo, de jerarquía, y de dónde encaja uno en la ecuación, opuesto a la cultura angloamericana del individuo independiente, autosuficiente y capaz de solucionar problemas complicados.

Una respuesta menos puntual es que si en Japón la ciencia ficción como literatura hace lo que la buena literatura se supone debe hacer, cualquier diferencia entre la ciencia ficción producida en Japón o en cualquier otro lugar del mundo sería cuestión de vestuario y

maquillaje. Las fases serían diferentes, así como el elenco de personajes, pero los relatos serán las Ur-historias metonímicas de la Tierra de las Historias, aquellas compartidas por todos, y las ficciones científicas de Japón, Norteamérica y Reino Unido todavía comparten un núcleo de identidad. Todas ellas proponen un mundo racional contrapuesto a la fantasía irracional. Asimismo, el imaginario de la ciencia ficción y la fantasía compartido más allá de los límites del lenguaje y la cultura en películas, *manga*, *anime* y videojuegos se ha convertido en propiedad común de la ciencia ficción global. Esto difumina distinciones sin sentido más allá de las cuestiones obvias de escenarios locales e idioma.

En la primera década del siglo XXI, cuando la inmensidad del geoespacio se ha derrumbado dentro de las varias habitaciones de la casa del ciberespacio, puede que no sea sensato seguir pensando en términos de diferencia. En un mundo donde los lugares más remotos de la tierra están a un simple vistazo en la pantalla de un ordenador conectado a internet, donde imágenes y textos traducidos precipitadamente (y a menudo, mal) pierden rápidamente su textura exótica, siendo absorbidos en la conciencia local, quizá tenga más sentido pensar en términos de lo que compartimos globalmente y por simple coincidencia. Como ya se ha señalado, las películas, la televisión, los vídeos, los videojuegos Online y las aventuras de rol se comparten entre jugadores de St. Louis, Missouri, la ciudad de Ishikawa, Japón, y Bombay, India. En el ámbito de esta ciberrealidad global, la literatura pierde su localismo y se transforma en paralela y sincrónica (Tatsumi y McCaffery, 2002). Incluso mientras escribimos esto, incluso mientras lo estás leyendo, narradores de Vancouver, Nueva York, Moscú, Johannesburgo y Osaka pueden estar situando la escena de un cuento para que se desarrolle en la Casablanca del *nightclub* de Rick. Y puede que Rick, o muchos Ricks paralelos, sea un personaje en cada uno de estos relatos alternativos.

Este, por supuesto, es un tema para críticos y teóricos literarios con mayor visión de la que tenemos nosotros, humildes editores de ciencia ficción, en nuestro sencillo esfuerzo por presentar historias interesantes a lectores que tan solo quieren buenos relatos a los que dedicar su tiempo, como buenas conversaciones. Si hemos conseguido algo con esta colección, estamos seguros de que será esto. Sentémonos y disfrutemos de las quince paradas de nuestro viaje, y gracias por acompañarnos en esta aventura.

Para finalizar, unos cuantos agradecimientos. Estamos en deuda por la ayuda recibida para compilar esta antología con Asakura Hisashi, Itō Norio, Kobayashi Yoshiō, Maki Shinji, Ōshiro Makoto van

Troyer, Ōshiro Tomoko van Troyer, Shibano Takumi, Shimada Yōichi, Tatsumi Takayuki, y Yamagashi Makoto; así como con el interés y apoyo de la Science Fiction and Fantasy Writers Association of Japan. Cualquier error, omisiones, o malinterpretaciones, son desde luego, mías.

Referencias

Newell, Dianne, y Tallentire, Jenea. *Translating Science Fiction: Judith Merril in Japan*. Science Fiction Foundation: Academic Track Essays. 22 de marzo de 2007 <**http://www.sf-foundation.org/publications/academic-track/newell.php**> 2005

Tatsumi, Takayuki. *A Soft Time Machine: From Translation to Transfiguration*. Science Fiction Studies #88 (29.3), 2002.

Tatsumi, Takayuki, y McCaffery, Larry, eds. *New Japanese Fiction*. Número especial de The Review of Contemporary Fiction 22. 2 (verano), 2002.

Yamano, Kōichi. *Japanese SF, Its Originality and Orientation*, 1969. Traducido por Kazuko Behrens. Editado por Darko Suvin y Tatsumi Takayuki. Science Fiction Studies #62 (21.1), 1994.

«Razón colectiva»: Una propuesta

Shibano Takumi (1971, rev. 2000) Introducción por Tatsumi Takayuki

Shibano Takumi (1926)[1] está considerado el padre de la ciencia ficción japonesa debido a que, como fundador del primer fanzine de ciencia ficción, *Uchūjin* (*Polvo cósmico*), fue quien descubrió y educó a muchísimos autores del género. Bajo el seudónimo de Kozumi Rei, publicó "Hokkyoku shitii no hanran" (1959, rev. 1977, «Revuelta en la ciudad polar») así como muchos otros relatos, tradujo un gran número de obras de ciencia ficción dura, desde *Mundo anillo* (1970), de Larry Niven, hasta *Twistor* (1989), de John Cramer. Como «C.R.» firmó dos columnas mensuales en *Polvo Cósmico:* «Reseña fanzine», y «Ojo espacial».

La afirmación de Shibano de que «el autor de ciencia ficción profesional debe ser también un fan» le llevó a entrar en un inevitable conflicto con el editor de la *SF Magajin* (Revista de ciencia ficción) Fukushima Masami acerca de la naturaleza del *Jandom* y el *prodom*. Aunque al debatir sobre los motivos para la creación de la Science Fiction and Fantasy Writers of Japan (SFWJ), Fukushima escribió lo siguiente sobre su relación:

> Aquellos que ven esto como una disputa territorial insignificante y corta de miras por el liderazgo de la ciencia ficción japonesa no aprecian el inconmensurable esfuerzo que Shibano y yo hemos dedicado a establecer el género. De hecho, ambos hemos trabajado para conseguir un objetivo común, él a su manera y yo a la mía. (*Mitō no jidai*, La era inexplorada).

Los lectores interesados pueden encontrar más detalles en las memorias de Shibano *Chiri mo tsumoreba - Uchūjin no yonjü nen shi* (1997, Cuando el polvo se asentó: Cincuenta años de Polvo Cósmico).

En los años 60, la fricción entre Shibano y Fukushima, como la discusión entre Yamano Kōichi y Aramaki Yoshio, fue un conflicto inevitable en la búsqueda de ese «objetivo común»: promover la ciencia ficción.

La visión de la ciencia ficción de Shibano se muestra a través de su definición del género como «una literatura que reconoce que los productos de la razón humana se separan de la razón y se convierten en autosuficientes». Lo que Shibano identifica como «la idea de la ciencia ficción» era una teoría posthumanista construida desde el punto de vista que ofrecía el modernismo, y su postura resonaba con ideas contemporáneas del posestructuralismo y la teoría del caos. Shibano aplicó estas teorías en las columnas que escribió como «C.R.», donde se interrogaba acerca de algo fundamental: si acaso los fans que leían ciencia ficción eran formas intermedias dirigiéndose hacia el posthumanismo, o quizá eran ya posthumanos ellos mismos. Una criatura que pudiera captar el fracaso de la razón individual por medio de esa misma razón individual podría ser un mediador *à la* Arthur C. Clarke, es decir, una Supramente. Pero la habilidad para mudar uno mismo esa razón como si fuera piel es una cualidad, argumentaba, que pertenece a los posthumanos tal y como fueran concebidos por autores como A. E. van Vogt y Robert Heinlein. La idea principal de la teoría de Shibano era esta: los jóvenes son receptivos a la ciencia ficción de forma natural; pero aquellos que continúan leyendo ciencia ficción de adultos son gente que sufre el peso del yo individual en el mundo real, a la vez que reduce ese yo a algo infinitesimal. Teniendo en cuenta las ideas de Shibano, la confesión de Fukushima Masami cuatro años antes resulta incluso más interesante. Fukushima escribió: «Siento desazón por el hecho de que mientras he estado concentrado en los vanos intentos de la ciencia ficción por rehacer la realidad, la mitad de mi vida se ha esfumado». Esa es la razón por la que Fukushima afirmó: «siento afinidad por las historias sobre otras dimensiones, sobre viajes en el tiempo, sobre la inmortalidad» (*SF Magazine*, Feb. 1966).

Shibano empezó dejando sistemáticamente por escrito su visión en 1970 en la columna de *Polvo Cósmico* «SF no shisō» (Las ideas de la ciencia ficción), que firmó como Kozumi Rei. Pero en cuanto se publicó la primera entrega, su postura humanista renacentista fue rebatida por el autor de ciencia ficción Aramaki Yoshio, que por aquel entonces era un recién llegado a la escena literaria. Parecía como si el debate fuera a terminar con un simple reconocimiento de las diferentes formas de entender el concepto de humanismo, pero se alargó inesperadamente en publicaciones mensuales desde octubre de

1971 hasta diciembre de 1972. En 1992, veinte años después del debate, Shibano revisó y reeditó aquel ensayo inicial para publicarlo en mi volumen *Nippon SF ronsōshi* (2000, Controversias en la ciencia ficción de Japón). A continuación, ofrecemos la versión traducida.

Tatsumi Takayuki

«Razón colectiva»: Una propuesta

Por Shibano Takumi
(1971, rev. 2000)

0. Por ahora, llamémoslo «razón colectiva» humana. Aunque se pueda pensar que consiste en la razón combinada de muchos individuos diferentes, tiene vida autónoma, es algo fuera del alcance y del control de la comprensión individual, como un niño que ya no obedece a sus padres. Es una función del fenómeno del pensamiento colectivo que emerge en grupos humanos, siguiendo el mismo patrón que la razón individual. El desarrollo de civilizaciones y la formación de culturas dependen de ella. (El «inconsciente colectivo» de Jung puede ser una de sus expresiones).

Sobra decir que el resultado de una razón individual que alcanza cierta autonomía no es particularmente novedoso en sí mismo. Por supuesto, la ciencia y la tecnología, incluso las leyes o las obras artísticas, desarrollan sus propias connivencias, apartadas de las intenciones de aquellos que las establecieron o crearon [2]. La razón colectiva puede ser el caso generalizado de este fenómeno. Además, no hay nada que limite necesariamente su emergencia en grupos humanos, pero enfrentarse a muchos casos diferentes al principio con toda seguridad solo crearía confusión.

Me gustaría dejar claro antes de nada que la «razón colectiva» es solo una hipótesis en construcción para interpretar la realidad desde un punto de vista diferente. El propósito de este ensayo no es probar la existencia de la «razón colectiva», sino construir el concepto considerando cierto número de aspectos en la historia de los grupos humanos como ilustraciones de su apariencia.

I. Empecemos con una explicación inicial. Se dice que tiempo atrás, cuando la humanidad intentaba sentar las bases de su nacimiento como especie en la Tierra, el primer paso en el proceso cerebral que posteriormente bautizaríamos como «civilización» fue el reconocimiento de patrones temporales que surgieron de la experiencia de mantener el fuego encendido. Un fuego muere si no se lo alimenta, pero uno no puede ignorar la intensidad del fuego y

alimentarlo demasiado. De estas experiencias, el cerebro humano aprendió a tomar un grupo de fenómenos consecutivos de lo que tenía a mano, y a identificar el primer evento como «causa», y el segundo como «efecto». Uno puede considerar los reflejos condicionados en los animales como un ejemplo de esto en su etapa primitiva, pero en grupos humanos estas correlaciones se establecen como base del comportamiento social en forma de supersticiones, yendo incluso más allá de lo que se requería en un principio. De este modo, los primeros humanos empezaron a vivir rodeados de innumerables tabúes, augurios positivos y negativos, y pruebas de venganza divina, todo mezclado, tanto si les resultaban útiles como si no.

Para la totalidad del grupo, seguramente servían para proteger a los primeros humanos del mundo exterior, crear estilos de vida estables y conducirlos a la prosperidad. En cualquier caso, los miembros individuales verían sin duda alguna cuántas de estas supersticiones carecían de sentido, resultaban molestas o incluso representaban restricciones perjudiciales para sus vidas. Basado en la premisa de que existe un sistema que gobierna estas supersticiones, se inició un proceso de análisis que se dividió y desarrolló en dos direcciones diferentes. La primera fue la «religión», que trataba de encajarlo todo con la hipótesis de un ser trascendental como raíz de todas las cosas, y la segunda fue la «ciencia», que intenta convencer investigando la regularidad de distintos fenómenos conectándolos por medio de las evidencias. Me disculpo por el tratamiento terriblemente brusco del asunto, pero hablando de forma esquemática, esto debería ser correcto.

Las siguientes observaciones están basadas en la historia de Occidente, en la cual estas dos posiciones se desarrollaron con una intensidad que las volvió irreconciliables. En la Edad Moderna, la cualidad absoluta de un «dios» trascendental se desvaneció y, como respuesta, apareció la cualidad absoluta de la imagen de «humanidad». Fue un cambio en la conciencia que obedeció a la misma motivación colectiva anterior. Así apareció el «humanismo moderno». En resumen, para los grupos humanos más avanzados de su tiempo, las amenazas causadas por los problemas de la sociedad humana tenían ahora más importancia que las amenazas del mundo exterior, por lo que en vez de una «religión» que canalizara la gracia de dios, era una «ideología» humanista (término que uso aquí como principal denominador común) que ofrecía las herramientas más eficaces para enfrentar la situación. (Por supuesto, examinado más de cerca, esto representa la correlación entre religión e ideología por un lado, y la ciencia por el otro. No obstante, ese no es el objeto de este

ensayo. Además, mientras es cierto que el papel de la religión y las supersticiones se empequeñeció como resultado de este proceso, su influencia no se ha debilitado, ni siquiera hoy en día. Probablemente esto demuestra que, como miembros de la colectividad, nuestros pensamientos y acciones diarias todavía están gobernados menos por idas racionales que por creencias intuitivas e incluso tabúes similares a reflejos condicionados).

El punto crucial de esta larga introducción es que esta serie de desarrollos no nacieron de las contribuciones de mentes individuales dentro del colectivo; por lo menos no en el sentido de que cada uno por voluntad propia fuese en una dirección. Sino que fue la emergencia de un efecto inintencionado, sin ninguna relación con conciencia individual alguna.

Es más, mientras la religión y la ciencia (y, en algunos sentidos, la superstición y la ideología) nacidas de esta razón autónoma jugaron un papel importante en hacer a los seres humanos todavía más humanos, también crearon una diversidad de influencias dañinas, como todo el mundo sabe. Una de mis justificaciones para dar el título de «razón» a una mera hipótesis de trabajo es que sus frutos son armas de doble filo. Cada uno de los casos considerados a continuación muestran los mismos patrones.

2. En los últimos diez años, más o menos, Japón ha vivido cambios enormes en sus valores sociales. Acaba de asimilar numerosas tradiciones anteriores de Occidente, y está intentando ir más allá en varios campos. Considerad, por ejemplo, el valor en declive de las posiciones de liderazgo: los puestos de trabajo con la palabra «jefe» han empezado a perder su atractivo anterior, el número de trabajadores asalariados que evitan las posiciones ejecutivas está al alza, y la idea de puestos directivos como recompensa ha perdido su significado. ¿Cuál puede ser la razón de todo esto?

Para plantear la cuestión hoy en día, tenemos que empezar preguntando por qué los puestos con la palabra «jefe» ocupan un lugar tan elevado. ¿Cuál es el origen de la noción de que los líderes deben ser respetados por sus subordinados como seres «superiores»? ¿Y por qué obtener dicha posición debería ser la meta de toda una vida?

Resumiendo nuestros principios, los primeros humanos (al igual que un rebaño de animales) necesitaban líderes con una sabiduría y una experiencia espectaculares para poder proteger al colectivo de amenazas exteriores. Aunque implicase sacrificar algunos miembros importantes, proteger y preservar al líder ha servido para garantizar la seguridad de la prosperidad del conjunto. El crecimiento de un sentido primitivo de «jerarquía» [*jōge*] puede explicarse a través de las

relaciones de poder. Los individuos más «fuertes» (no solo físicamente, sino en general) obtenían el derecho a dejar el trabajo, dar órdenes al resto de miembros del grupo o a monopolizar la atención del sexo opuesto. A pesar de que ello traía consigo el cargar con inesperadas «responsabilidades de liderazgo», los individuos fuertes utilizaban su poder para doblegar las reglas, aunque probablemente hubiera muchos casos donde el sentido de la responsabilidad fuera real. Pero aquí también este sistema de valores empezó a independizar su desarrollo, por necesidad, de sus orígenes [*jisō o hajimeta*]. Como resultado, la estructura protectora del liderazgo se volvió exageradamente formal, hinchada mucho más de lo necesario, y además cargada de rituales ridículos, costumbres peculiares y una variedad de otros elementos adicionales que procedían de un sentido de jerarquía. Finalmente, esto llevó a la formación de una «superficie» amplia o patrón de comportamiento representado por las costumbres particulares del colectivo; en otras palabras, su «cultura».

El humanismo, que se convertiría en la base de toda la ideología moderna, desde el principio rechazó tan ciegas relaciones jerárquicas. Sin embargo, da la impresión de que esto no ocurrió siempre al mismo tiempo: gran parte del pensamiento humanista no ha descartado a «dios», e incluso hubo casos en el pasado en los que la existencia de una clase esclava era concebible.

Una visión de lo que podría haber ocurrido si el sentido de igualdad original del humanismo se hubiera llevado a término, se puede encontrar, por ejemplo, en *Horizontes futuros* (*Beyond This Horizon*, 1948), de Robert Heinlein. Ese sí es un mundo donde cada uno de los ciudadanos es obligado a convertirse en líder, y creo que es un excelente pronóstico. Sin embargo, parece que los honorables «ciudadanos armados» de Heinlein son en realidad aquellos que conducían automóviles y lanzaban humo por el tubo de escape a los peatones, que se corresponden con los «ciudadanos desarmados» en la novela. Da la impresión de que las predicciones de la ciencia ficción no pudieran solucionar nada, sino ser solo apocalípticas.

En cualquier caso, parece que el humanismo se erosiona con rapidez. Encuentro muy complicado creer que pueda llegar a realizarse un futuro como el del mundo de Heinlein, basado estrictamente en el individualismo moderno. En nuestras circunstancias actuales, parece que el progreso hacia la igualdad universal se está desarrollando más despacio que la desintegración de la cultura, resultado de los cambios en la correlación entre «responsabilidad», «honor», y «recompensa»; elementos que hasta este momento han constituido la *raison d'etre* para todos los miembros del

colectivo. El declive en el estatus de los líderes es, en un análisis final, solo un aspecto de esta tendencia.

Creo seguro afirmar que lo que ha sustentado este desarrollo hasta hoy en día es el humanismo contemporáneo —yo lo llamo «humanismo indulgente»—, que ha vivido grandes cambios desde que la primera fase estricta del humanismo se enfrentó a Dios. ¿Pero qué pasa con el futuro?

Lo que nos espera al final del camino no es solo la pérdida de las relaciones jerárquicas sino además su cambio, ¿no? Por lo menos esa parece ser la tendencia. Me gustaría analizar este tema en las siguientes páginas.

3. Se produjo un incidente en una universidad norteamericana el año pasado [1971]: un grupo de estudiantes «secuestró» los ordenadores de la oficina de la universidad y planteó una serie de reivindicaciones a la administración. Ya que el respeto por la vida de los ordenadores no era para nada una prioridad, como sí lo hubiera sido en el caso de que los rehenes hubieran sido personas, la policía irrumpió en la oficina. Aun así, el caso sugiere que podemos vivir en un mundo en el que se reconoce que los ordenadores tienen «personalidades»; este incidente suscita emociones profundas. Aunque los cabecillas no equipararon seriamente a hombres y máquinas, al menos en sus propias mentes no percibieron claramente la verdad de la demanda hipócrita del humanismo moderno por la prioridad absoluta de la vida humana.

A su debido tiempo, nuestras propias creencias comunes sobre la equivalencia hombre-máquina están obligadas a alcanzar el nivel de estos estudiantes e ir más allá. De hecho, el sentido de «cambio de jerarquía» que he mencionado con anterioridad puede ser el esfuerzo preliminar de la humanidad para adaptarse a la era que con toda seguridad nos espera, en la cual las máquinas dominarán a los humanos[3].

Puede que un día los ordenadores del futuro sobrepasen a los seres humanos en sus habilidades, tomen el completo control de toda actividad industrial y logren avances en los campos de la política, el arte y la cultura en general. Cuando una máquina superior alcance la posición de ser supremo —o quizá tan solo de líder— la gente seguirá a lo suyo bajo su control (un control que puede ser ejercido desde el interior de sus cuerpos y sin ellos), de forma tan natural como la gente mira sus relojes hoy en día. Esta sería la verdadera llegada de una *computopía* a gran escala, pero los humanos no la apoyarán si perciben este estado de cosas como una «servidumbre» a las máquinas. Por lo tanto, hemos empezado adelantando la operación de borrar el viejo

concepto de jerarquía. ¿No podríamos considerar esta posibilidad? [4]

¿Cómo pueden los seres humanos racionalizar tal sistema? Compartiré con vosotros una divertida alegoría referente a este planteamiento que surgió en un debate publicado por una revista profesional sobre informática:

> Érase una vez que los seres humanos no podían soportar el peso de la responsabilidad de sus propios actos y trataron de consolarse buscando algo de lo que depender. Escogieron el perro como modelo, un animal que vive la vida con despreocupación y le confía a su dueño el poder tanto de la vida como la muerte. Para imitarlo, los humanos forzaron la existencia de Dios «GOD», es decir Perro «DOG» escrito al revés, e hicieron al resto sus esclavos, depositando todas las responsabilidades en este. Desde luego, eventualmente, la existencia de Dios se convirtió en una molestia. Los humanos se cansaron de rezar a Dios y jurarle lealtad, como perros meneando sus rabos para mostrar obediencia a sus dueños. Aunque acabaron encontrando un modelo más adecuado. Ese era el gato, un animal que se deja cuidar por los humanos sin ser servil. Convencidos de su elección, ahora los humanos están más que motivados tratando de concebir el TAC, es decir, Gato «CAT» escrito al revés.

Por supuesto, este «TAC» se supone que es un sistema informático omnipotente. Ahora que lo pienso, muchos ordenadores primitivos como el ENIAC, tenían nombres terminados en «AC». Bromas aparte, sin embargo, esta historia muestra una clara imagen del futuro de la sociedad. Al final, los seres humanos están destinados a asentarse en sus roles como mascotas del sistema informático. Ese es el guiño final del narrador.

Una vez más, para esa época la inversión de jerarquías podría estar ya establecida, por lo que las máquinas que ocupan el papel de propietarias de humanos puede que sean consideradas «esclavas de confianza con plenos poderes», antes que «déspotas». Con esta advertencia, no es una mala predicción. Sin embargo, si la sociedad fuera a convertirse en esto, su apariencia superaría con toda seguridad cualquier predicción de la ciencia ficción.

Una obra de ficción que muestra una acertada y completa visión de tal *computopía* es «El conflicto evitable» («The Evitable Conflict»), en la colección *Yo, Robot* (*I, Robot*, 1950), de Isaac Asimov. Por supuesto, aquí de nuevo parece que una predicción de ciencia ficción acaba como una suerte de sentencia apocalíptica. Considerando cómo cambian los tiempos, creo que es irracional esperar un futuro impregnado de un razonamiento científico tan similar al estilo del que tenemos hoy en día [5].

4. Hasta ahora, he mencionado con frecuencia la «erosión del

humanismo» y, en contraste con el estricto humanismo moderno, he utilizado expresiones como «hipócrita humanismo contemporáneo» y «humanismo indulgente». De hecho, parece como si la palabra «humanismo», junto con el término «democrático», se hayan transformado en una disculpa que sirve para todo. Es innecesario puntualizar que un excedente de consignas representa una decadencia de sustancia significativa. (Si no tengo cuidado, alguien podría decir que la «razón colectiva» en sí misma es una expresión del humanismo. Bueno, por supuesto, estoy bromeando de nuevo, desde el momento en que mi argumento significa negar la conclusión definitiva de eso que llamamos el individuo).

De todas formas, tal y como las estructuras básicas de pensamiento cambiaron de «religión» a «ideología», según el sistema informático avanza, habrá otro cambio. Entonces, desde el punto de vista humano, ¿cuál será el principio fundamental que emergerá en el despertar de la ideología llamada humanismo?

Por supuesto, ni siquiera yo tengo una imagen clara de ello, pero lo que puedo asegurar es que probablemente sea un concepto similar a «metodología». Aunque será de un orden totalmente diferente del llamado método científico. Como las estructuras que le precedieron, tendrá que ser algo capaz de ofrecer un estándar para las acciones de los individuos dentro del colectivo [6].

Cuando la sustancia de esta «metodología» se vuelva visible, quizá seamos capaces de captar el ahora ambiguo mecanismo por el que la «razón colectiva» se manifiesta por sí misma. Este proceso probablemente podría empezar con el sistema informático adquiriendo posición como una entidad pensante externa a los humanos. A riesgo de simplificar demasiado, pondré un ejemplo con una situación familiar: imagina un ordenador futurista que sirve como moderador en un simposio para humanos, capaz de sintetizar todas las declaraciones de los participantes y expresar una conclusión.

Comentarios así pueden parecer algo abruptos, irresponsables y descuidados. Por eso quiero exponer lo siguiente, solo por si acaso. El ordenador del futuro del que hablo no es un aparato nuevo que aparecerá de pronto un día cualquiera. Es una entidad que cobrará vida después de que la sociedad informatizada que sostiene la sociedad humana atraviese muchas generaciones, construyendo automáticamente un sistema interconectando y generando programas y subprogramas cada vez más sofisticados, hasta que todo este desarrollo progresivo termine en un único rumbo. Ahora mismo, tan solo podemos predecir la dirección de este acontecimiento, pero no su resultado final. Por lo que, para dirigirnos hacia un problema mucho

más cercano a ojos de los humanos, ¿esta entidad será vista como un paso en la buena dirección?

Desde el momento en que probablemente el criterio para lo considerado como «favorable» pueda cambiar entre ese momento y ahora, no queremos hacer declaraciones definitivas. Tampoco parece apropiado que nuestros deseos individuales se vean reflejados en el proceso de determinar el curso de los acontecimientos; este se decidirá por el flujo de circunstancias que rodeen la programación y el establecimiento de redes de comunicación de las compañías informáticas según discurra su evolución. Ningún individuo —ni políticos, ni líderes religiosos, ni filósofos, ni siquiera los científicos informáticos y desarrolladores de *software* directamente relacionados con los sistemas operativos— puede interferir subjetivamente con su evolución. Mientras las metas y estudios de los desarrolladores, las respuestas y solicitudes de los usuarios, y demás incontables ideas de corto alcance que se retroalimentan son asimiladas al azar, sin ninguna visión ni juicio más amplio, un enorme complejo de *software* se acumula constantemente. De esta manera, la razón colectiva de los llamados «países del Primer Mundo» que gobiernan nuestro globo ya está en proceso de adquirir autonomía hoy mismo.

Este es el escenario para lo que Aldous Huxley describió en *Un mundo feliz* (*Brave New World*, 1932). Detalles aparte, la extraña atmósfera de la sociedad futura retratada en esta obra clásica puede estar sorprendentemente próxima.

5. En mis tiempos de estudiante, creía que todos los argumentos metafísicos podían reducirse a un nivel físico. También pensaba que ninguna «verdad» era absoluta, y que cualquier verdad era un concepto relativo que podía perder su estatus como verdad, dependiendo del punto de vista de la persona que lo abordara. Si alguien me señalaba que era un racionalista, yo podía devolvérsela respondiendo: «No soy tan irracional como para encadenarme a una ideología como el racionalismo». Esto no es más que un juego de palabras. Pero un paso en falso puede llevarnos a la pérdida de nuestras propias normas de comportamiento. Cualquiera que vaya a rechazar lo «absoluto» debe recordar el dilema ineludible de que considerar todo como relativo es, en esencia, una posición absoluta. Es una paradoja que acosa a todas las formas de lógica que no recurren al dogma.

Como se habrán dado cuenta, este mismo ensayo contiene, desde el comienzo, una paradoja. Pensar que un individuo como yo, confiando en sus propias y disminuidas facultades de raciocinio, esté defendiendo una razón colectiva que trasciende la razón individual…

¿Qué podría ser más contradictorio?

Sin embargo, ahora que ya he empezado, pretendo desarrollar esta idea hasta su conclusión. Como ocurre con el gato de Schrödinger, una sola paradoja seguramente no convierte el sistema entero en carente de sentido. Más aun, puede parecer que estoy flirteando de nuevo con la paradoja, pero este argumento tiene el efecto real de sacudir los fundamentos de la razón colectiva, al menos en cierta forma.

Lo que está claro es que la realidad ha progresado ya hasta un punto en el que el sencillo principio del tercero excluido ya no puede aplicarse[7]. Las semillas gracias a las que estas paradojas comenzaron a conseguir reconocimiento y afirmarse en sí mismas como hechos, fueron sembradas tempranamente en las Ciencias Naturales. Para citar un ejemplo que entra dentro de mi limitada comprensión, los físicos tienen que vérselas respecto a la luz con la oposición entre la teoría de partículas y la de ondas. Y entrado ya en el siglo XX, fue posible conseguir la fusión de materialismo e idealismo al fundamentar todas las teorías en la relatividad de Einstein y en el principio de incertidumbre de Heisenberg. Este fue un proceso en el que tanto el «objeto» como el «sujeto» establecidos por el materialismo y el idealismo dejaron de tenerse en cuenta, y la relación entre sujeto y objeto, la «observación», adquirió una nueva realidad. Desde luego, calificarlo como tal no resuelve los misterios actuales de la naturaleza, por lo que desde el punto de vista de un científico, tal nomenclatura probablemente sea solo esfuerzo malgastado, una redundancia carente de sentido. Lo único que he conseguido con este razonamiento es convencerme indirectamente a mí mismo. No pretendo haber alcanzado una verdadera comprensión de las circunstancias reales.

En realidad, la «observación» en física está desplazando su atención fuera de esta nueva realidad y volviéndose hacia el objeto. En contraste con esto, prestemos atención al «reconocimiento» del sujeto, en el sentido amplio de un fenómeno que todavía no tiene totalmente claro el sujeto. Podríamos mencionar las paradojas de Zenón (de nuevo, algo que incluso mi propia razón individual puede entender) como una investigación temprana de este asunto. Finalmente, la «incompletitud» del físico Gödel reveló una paradoja en la base de las matemáticas, e investigó la estructura de la «cognición» o, mejor dicho, dejó esta investigación estrictamente sin sentido. Como todos sabemos, Gödel confirmó por medio de la lógica que dentro de una rama dada de las matemáticas, un sistema de lógica deductiva que incluya la idea de infinito nunca puede constituir un sistema cerrado, como se había creído.

¿Qué pasaría si esto se aplicara a todos los sistemas de lógica

deductiva? ¿Qué pasaría si la lógica vigente (excepto en los pocos casos donde el objeto en cuestión es finito) fuera imposible de cerrar y perfeccionar en última instancia? [8]

6. Para ser sincero, empecé a interesarme primero en la existencia de ideas autónomas cuando entré en la escuela secundaria y aprendí álgebra. Hasta entonces, me había estrujado el cerebro tratando de resolver ejercicios aritméticos, pero ahora podía traducirlos en las fórmulas numéricas que son el lenguaje de las matemáticas; construir una ecuación con X como incógnita, y tratar de resolverla utilizando algoritmos. Ya no había necesidad de pasar por todos los pasos del proceso, teniendo siempre en mente algo parecido al «estado interno» de un ordenador. Todo esto permitía un lapso parcial en la comprensión de las circunstancias a través de la razón; en cierto modo, una suspensión parcial del pensamiento. Esto es así porque en el paso de la superstición a la ciencia (si no en el camino de la superstición a la religión), la razón colectiva deja detrás prueba de su paso en la configuración de estas fórmulas.

Es un salto considerable, pero como versión más desarrollada de esta indagación, podría mencionar un ejemplo bien conocido para los fans de la ciencia ficción, la «paradoja de los gemelos». No cuestionaré la conclusión que ofrece la fórmula, pero tampoco puedo entenderla por completo con mis facultades de raciocinio. Como he estado argumentando, desde el momento en que las fórmulas son independientes de las mentes racionales que las crean, cualquier desarrollo de nuestro raciocinio que dependa de tales ecuaciones representa también algo que se desvía de forma autónoma de la razón individual. Y es mucho más convincente que una razón individual unidireccional, ya que constituye un sistema verificado (es decir, un sistema cuya utilidad podemos ver de primera mano) [9].

Pongamos otro ejemplo más familiar: los libros de texto utilizan la conservación del momento y la transferencia de energía para explicar por qué la luna se aleja de la tierra y la peonza da vueltas cuando la haces girar. Cierto, lo primero puede justificarse por las diferencias en la fuerza de gravedad que distintas partes de la tierra ejercen sobre la luna, y la última puede ser explicada por la fricción con el suelo. En cualquier caso, como todos estos análisis elementales se vuelven aburridos, recurrimos a principios de alto nivel, que desde la perspectiva de una persona lega parecen leyes arbitrarias.

Hasta aquí, debería estar claro lo que intento. Mi hipótesis de la razón colectiva sigue el mismo patrón que estos ejemplos. Por desgracia, en esta esfera es difícil discernir algo equivalente a la fórmula confirmada o a los análisis elementales de física. Huelga decir

que, en tiempos pasados, la sistematización de la superstición y la protección del liderazgo estaban enraizados en los esfuerzos de algunos individuos que buscaban sacar provecho para sí mismos, tal y como la sociedad actual marcha hacia la *computopía* es probable que sea conducida por los planes de individuos y compañías posicionadas en puntos estratégicos dentro y fuera del sistema. Pero incluso si no fuera claramente imposible cuantificar los mecanismos involucrados, no creo que los actos de estos personajes estén teniendo el efecto que pretendían.

Finalmente, esta es la razón por la cual solo he sido capaz de ofrecer aquí un pequeño número de predicciones. Miro hacia un futuro en el que tendremos una idea ligeramente más clara de la dirección en la que están avanzando los ordenadores, y seremos capaces de citar un número mayor de ejemplos. (También es posible que un simple contraejemplo provoque que todo mi sistema colapse, pero eso también resolvería la cuestión).

Con eso, mis esfuerzos para construir una idea de razón colectiva han completado su circuito, y si hasta este momento mis ideas han conseguido una aceptación general, supongo que mis esfuerzos han dado frutos. Pero llevando el argumento un poco más lejos, podría decirse que mis propios esfuerzos pueden considerarse como una manifestación de la razón colectiva. De todas formas, si ese es el caso, todo esto no ha sido más que un juego lingüístico. ¿Cuál es entonces el propósito de debatir los puntos interesantes? Si la razón individual no puede superar nunca a la razón colectiva, ¿no es mi propuesta individual un sin sentido?

Aun así, no puede uno condenar esto como un esfuerzo necesariamente infructuoso. Los juicios sobre la relevancia del debate, o sobre si la razón individual puede superar a la razón colectiva, tampoco pueden hacerse desde un punto de vista individual. De este modo, solo queda un criterio de evaluación, por así decir, el agradablemente práctico de si este debate puede o no proporcionarnos algún patrón de conducta. En otras palabras, desde este punto en adelante, el foco de nuestra discusión debe moverse más allá de la lógica para entrar en el reino de lo práctico.

7. Ya que no me gustan los añadidos superfluos, me gustaría hablar de forma general sobre aspectos prácticos. Lo que podemos hacer ahora es centrar nuestra atención consciente sobre la condición humana —por medio de la «razón colectiva» u otro criterio inventado individualmente— y decidir cómo vamos a enfrentarnos a esa condición como individuos. Dados dos juicios basados en el mismo razonamiento, uno creado con una conciencia clara está destinado a

ser diferente del de aquél que carece de tal conciencia. Quizá, como resultado general de ese acto de elección, podamos ser capaces de cambiar ligeramente nuestro nivel de comodidad con la *computopía* futura. (Por supuesto, no seremos capaces de juzgar los resultados ahora mismo, y podemos descubrir que nuestras elecciones no tuvieron sentido, pero, ¿qué más da?).

No hace falta mencionar que de aquí en adelante se trata de un asunto que concierne la moralidad de cada persona. Esto puede sorprender, dado el carácter anterior de este ensayo, pero actualmente la base más fiable para tales temas sobre moral sigue siendo el humanismo. Puede desgastarse, o convertirse solo en un eslogan hipócrita, puede representar una simple indulgencia para las masas. Pero al fin y al cabo esto carece de importancia. De hecho, ¿no es ese tipo difuso y amplio de humanismo preferible a un arrebato ideológico? El humanismo estrictamente moderno es una posición exagerada situada entre la dominación desde arriba y la dominación desde abajo, comparado con el cual el sofisticado humanismo actual parece haber perseverado a través de una historia más larga. En cualquier caso, en nuestro actual estado de conciencia, cada «individuos» capaz de tomar decisiones sigue siendo un ser humano de carne y hueso, por lo que supongo que es simplemente natural que la gente tenga que comprender las cosas a través de su cuerpo debido a que está íntimamente conectado al sujeto interpretativo. Todas las experiencias de placer o dolor, todo lo que vive o muere, sigue sin ser otra cosa que parte del yo, ¿de acuerdo? Desde luego, pero solo hasta que el eventual dominio del sistema de las máquinas sea completo.

Es cuando me enfrento al humanismo como un acto de fe, algo aceptado como un niño acepta el bautismo, cuando quiero alejarme de él. Lo importante en esto: en vez de aferrarme al humanismo como un artículo de fe y obligar al resto a que lo acepte como la Única Verdad, uno debe aceptarlo como una norma ética cuya necesidad actual queda probada por la experiencia, y acatarlo hasta que se descubra algo mejor. (Si se me perdona una analogía basta, pillarle el truco a esto es como escoger la democracia como modelo político).

Lo siento, pero de alguna manera este parece haberse convertido en un discurso moral. En cualquier caso, incluso sin decirlo en voz alta, pienso que en la conciencia de aquellos que leen y aman la ciencia ficción se está desarrollando un entendimiento común en este sentido. Aparte, como ya he indicado, una función de la ciencia ficción que amamos es ofrecer un punto de partida para todas estas conciencias inquisitivas y este tipo de opiniones. Por supuesto, no creo que tal entendimiento sea propiedad exclusiva de los fans de la ciencia

ficción, y tampoco puedo asegurar que todos los fans de la ciencia ficción sean así, pero al final, esto puede explicar por qué somos capaces de disfrutar cierto tipo de conversaciones diferentes entre nosotros.

Mi propuesta de definición de ciencia ficción es esta: «La ciencia ficción es el término general para una esfera de la literatura (y géneros relacionados) que abarca el concepto de «razón colectiva» como algo autónomo y aparte del control individual»[10].

Reimpreso de la Science Fiction Studies #88
(Volumen 29, Parte 3, noviembre de 2002).

Fauces salvajes

Komatsu Sakyō

Después de todo, no existe ningún motivo.

¿Por qué debería existir un motivo? Las personas buscan explicaciones para todo, pero lo cierto es que las cosas nunca tienen explicación. La existencia: ¿por qué es cómo es? ¿Por qué es así y no de cualquier otra manera?

Un motivo de esta clase no tiene explicación.

La rabia bullía en su interior mientras permanecía en pie mirando por la ventana, apretando los dientes. Algunos días, de repente, le abrumaba esta cólera, anegando el centro mismo de su ser: una violenta e irracional urgencia por destruir, que no podría explicar a nadie. Corrió la cortina de un tirón. Respirando hondo, tensó los hombros y volvió al cuarto interior.

El mundo en que vivimos es absurdo, inútil. Seguir viviendo es algo absurdamente inútil. Por encima de todo, lo más intolerablemente absurdo es este personaje inútil: yo mismo.

¿Por qué tanto absurdo?

«¿Por qué?». Ahí está otra vez…

Absurdo, inútil, simplemente porque es inútil y absurdo. Todo. Prosperidad, ciencia, amor, sexo, subsistencia, gente sofisticada, la naturaleza, la Tierra, el Universo… todo asquerosamente sucio, frustrantemente estúpido. Por tanto…

No. «Por tanto», no, mejor *de todas formas,* voy *a hacerlo realmente*.

Lo haré. Mientras se masajeaba un calambre en el hombro, gritó en silencio: *realmente quiero hacerlo.*

Obviamente aquello sería una estupidez como cualquier otra. En verdad, de entre todo el surtido de estupideces, ¿quizá la más estúpida de todas? Pero al menos había cierta osadía en ello, un regusto a audacia. ¿Quizá era el resultado de un toque de locura en el centro de un esquema meticulosamente detallado?

Puede, pero al menos…

¡Nadie en su sano juicio ha intentado lo que voy a hacer ahora!

¿Destruir el mundo? ¡Cuántas decenas de miles de personas a través de la historia han acariciado esa fantasía! Pero esto no sería algo tan banal, en absoluto. Algo tan absurdo nunca podría aplacar su rabia. *Las llamas de mi interior se avivan con una desesperación verdaderamente noble…*

Al entrar en la habitación interior, cerró la puerta con llave y encendió la luz. *Ahora* —el pensamiento iluminó su mirada—, *ahora empieza.*

Una tenue luz iluminaba la habitación. En una esquina había una estufa y un horno eléctricos, un quemador de gas, un cortafiambres, sartenes pequeñas y grandes, un surtido de cuchillos de cocina, y una alacena con todo tipo de salsas, condimentos y verduras. A su lado estaba una mesa de operaciones automatizada, programada y equipada por completo para realizar cualquier tipo de cirugía que pudiera ejercerse sobre un cuerpo humano, incluso como las que se llevan a cabo en los hospitales más avanzados, sin importar su complejidad o dificultad. Y junto a todo esto, un suministro de miembros prostéticos: brazos, piernas y toda una variedad asequible de órganos artificiales ultramodernos.

Todo estaba dispuesto. Le había costado un mes entero preparar los planes en detalle, y otro mes más conseguir e instalar el equipo necesario.

Bien, comencemos.

Se quitó los pantalones, se subió a la mesa de operaciones, se colocó los electrodos de monitorización en diferentes puntos de su cuerpo y encendió la grabadora de vídeo.

Empieza.

Con gesto dramático recogió la jeringuilla que descansaba junto a la mesa de operaciones, comprobó el tensiómetro, ajustó el nivel —un poco alto, ya que era la primera inyección— y se inyectó la anestesia local en el muslo derecho.

Todas las sensaciones de la pierna habían desaparecido en apenas cinco minutos. Encendió la máquina de operaciones automatizada. Zumbido y chirrido de maquinaria, indicadores lumínicos parpadeando intermitentemente. Se tumbó de espaldas con aire reflexivo mientras diversas extensiones emergían de uno de los brazos de la brillante máquina negra.

Las correas que salieron proyectadas de la mesa inmovilizaron la pierna por la pantorrilla y el tobillo. Un gancho metálico sujetando una gasa desinfectante se acercó lentamente a la articulación del

muslo.

El bisturí eléctrico cortó hábilmente la piel, cauterizando la carne a medida que se abría paso: apenas había sangre. Seccionó el tejido muscular… expuso la larga arteria… sujetó la herida abierta con fórceps… ligamentos… cortó y curó la superficie de los músculos contraídos… La sierra radial zumbó al acercarse al expuesto fémur.

Golpeó el hueso

Parpadeó debido al impacto.

Apenas hubo vibración. El diamante incrustado en la sierra ultrarápida zumbó al seccionar el hueso. Al mismo tiempo curaba el exterior del corte con una mezcla de potentes enzimas. En seis minutos exactos su pierna derecha había sido separada limpiamente de la articulación.

La máquina le acercó un vaso con medicamentos, mientras con una gasa le secaba el rostro bañado en sudor. Se lo bebió de un trago y respiró profundamente. Su pulso estaba acelerado y no dejaba de sudar. Pero apenas había perdido sangre, y no sentía nada parecido al dolor. El tratamiento del nervio había funcionado muy bien. No sería necesaria una transfusión de sangre. Inhaló un poco de oxígeno para calmar el mareo.

La pierna derecha, separada del cuerpo, yacía inerte sobre la mesa. Un apósito de plástico transparente muy apretado dejaba ver un círculo contraído de tejido muscular rosado rodeado por grasa amarillenta y tuétano negruzco en el centro del blanco hueso. Apenas había sangrado. Se quedó mirando aquella cosa velluda con su rótula protuberante y sintió que estaba a punto de estallar en carcajadas histéricas. Pero no había tiempo para reír, todavía quedaba mucho por hacer.

Descansó un instante, lo justo para recuperar la energía y entonces introdujo los comandos para el siguiente procedimiento.

La máquina expulsó un brazo de acero, recogió una pierna artificial y la puso ante el corte de la amputación. La carne tratada se estaba curando sin vendar. La terminal de señales artificial del centro de sinapsis estaba conectada a un cable interminable que salía del corte. Finalmente, el soporte estructural estaba firmemente unido a los restos del fémur con correas y un agente adhesivo especial. *Terminado.* Intentó doblar la nueva pierna con cuidado.

Por ahora bien. Se levantó con cuidado. Se sentía mareado y débil, pero podía tenerse en pie y caminar despacio. La pierna artificial estaba hecha de algún tipo de metal ligero que producía un sonido de retintín al moverla. *De acuerdo, suficiente.* La mayor parte del tiempo iba a usar una silla de ruedas.

Levantó su propia pierna derecha de la mesa. Se tambaleó de lo pesada que era. Sintió de nuevo el paroxismo de una carcajada salvaje en su interior. *Toda mi vida he estado arrastrando este peso.* ¿De cuántos kilos se había librado al amputar aquel miembro?

Bien —farfulló para sí mismo entre risitas—. *Suficiente. Ahora a drenar la sangre.*

Acarreó la pesada extremidad hasta el banco de trabajo, arrancó el envoltorio de plástico y colgó la pierna del techo por el tobillo, estrujándola con las manos para drenar la sangre por el corte.

Después, al lavarla en el fregadero y ver los pelos apelmazados por el agua, le pareció la pierna de una rana gigante más que de cualquier otro animal. Miró la planta del pie asomando grotesca por encima del borde de la pileta de acero inoxidable.

Mi pierna. Rótula protuberante, el empeine del pie demasiado alto, talones infestados de pie de atleta. ¡Esa es mi pierna! Y finalmente se dejó llevar, doblado por un espasmo incontrolable de risa ponzoñosa. *Por fin se acabó ese persistente pie de atleta maldito…*

Toca prepararse para cocinar.

Usó el gran cortafiambres para seccionar la pierna en dos a la altura de la rodilla, después empezó a retirar la piel con un afilado cuchillo de carnicero. El fémur estaba rodeado de apetitosa carne. *Por supuesto: es el jamón*. Estaba cubierto de sudor por el esfuerzo de cortar los duros tendones con el cortafiambres, acumulando grandes piezas de carne recubiertas de tejido muscular. Puso a hervir pedazos de carne de la espinilla en una gran olla junto a hojas de laurel, clavo, apio, cebollas, hinojo, azafrán, granos de pimienta de cayena y otras especias y sabrosas verduras. Se deshizo del pie y se quedó con la carne del empeine. Ablandó los filetes de jamón y añadió sal y pimienta.

¿Tendré el valor de comérmelo? Se preguntó de pronto. Se le hizo un nudo en la garganta. ¿Sería realmente capaz de tragarlo?

Apretó los dientes, rezumaba un sudor aceitoso. *Comeré.* No había diferencia alguna con la manera en que la humanidad había cocinado y devorado a otros mamíferos inteligentes: vacas y ovejas, aquellos amables e inocentes come-hierbas de mirada triste. Los hombres primitivos incluso se comían entre ellos; algunos grupos han practicado el canibalismo hasta tiempos modernos. Matar a un animal *para comer,* eso quizá lo justificaba. Otros carnívoros también tenían que matar para sobrevivir.

Pero los seres humanos…

Desde el primer día de su existencia, y a través de toda la historia de la humanidad, ¿a cuántos billones de sus iguales habían matado sin

comérselos? Comparado con aquello, ¡esto era incluso algo inocente! *No* voy *a matar a nadie. No* voy *a sacrificar animales miserables. De esta forma, lo que como es mi propia carne.* ¿Qué otro alimento podía estar más exento de culpa?

El aceite en la sartén empezaba a chisporrotear. Inseguro, cogió un generoso trozo de carne con manos trémulas y lo arrojó a la sartén. El olor de la grasa frita inundó el aire. Todavía temblando, se aferró a los brazos de la silla de ruedas con tanta fuerza que estuvo a punto de romperlos.

Está bien. Soy un cerdo. O mejor dicho, los humanos son mucho peor que los cerdos: más sucios, más asquerosos. *Hay una parte en mi interior que es menos que un cerdo, y otra parte «noble» infinitamente furiosa y avergonzada por ser menos que un cerdo.* La parte «noble» se iba a comer a la parte «menos que un cerdo». ¿Qué había que temer por ello?

El crujiente filete de carne crepitó en el plato. Untó mostaza sobre el filete, puso limón y mantequilla, y sirvió salsa por encima. Su mano temblaba tanto que al coger el cuchillo lo hizo repiquetear contra el plato. Sudando a chorros, pinchó con el tenedor, agarró el cuchillo con todas sus fuerzas, cortó, y entonces se *lo* llevó a la boca con temor.

El tercer día se amputó la pierna izquierda. Con tibia y todo, la ensartó como una brocheta, la untó con una generosa cantidad de mantequilla, y la asó en el espetón del enorme horno. Para entonces ya no tenía miedo. Había descubierto que estaba sorprendentemente delicioso. Con ese hallazgo, una mezcla de locura e ira se enraizó con firmeza en su corazón.

Tras la primera semana, las cosas se complicaron. Tuvo que amputar la parte inferior de su cuerpo. En el lavabo de la silla de ruedas pudo experimentar el placer de defecar por última vez en su vida. Se reía a carcajadas mientras evacuaba.

¡Mira este desastre! ¡Estoy excretando mi propio ser, embutido en mis propios intestinos y transformado en mierda! Quizá este fuera su último intento de autocontención, ¿o quizá el máximo de autoglorificación?

El *gluteus maximus* fue lo más delicioso de todo.

Ya no quedaba nada por debajo de las caderas, la necesidad de piernas artificiales había desaparecido, aunque por el momento las dejó en su sitio. Ahora que tocaba ir a por los órganos internos, consultó el cerebro electrónico de la máquina: *Cuando me haya comido los intestinos, ¿todavía tendré apetito?*

—Todo irá bien —fue la respuesta.

Desechó el intestino grueso, puso el intestino delgado en un guiso con verduras, y usó el duodeno para hacer salchichas. Reemplazó el

hígado y los riñones con órganos artificiales, salteó los originales y se los comió. Guardó el estómago para después, conservado sumergido en fluidos nutritivos dentro de un contenedor de plástico.

Al final de la semana, intercambió su corazón y sus pulmones por órganos artificiales, y finalmente se comió el que fuera su pulsante corazón, frito en finas lonchas; una hazaña que sobrepasaba incluso la imaginación de un sacerdote azteca en un sacrificio ritual.

Mientras preparaba un plato con su estómago, bañado en salsa de soja, con ajo y pimienta roja, comprendió con claridad *que la gente era capaz de comer incluso sin la necesidad de alimentarse.*

Del amplio abanico de productos variados y exóticos que las personas habían usado como alimento, ¿al fin y al cabo cuántos habían sido descubiertos por curiosidad y no por hambre? Mientras sigue habiendo furia, los humanos son capaces de comer las cosas más inimaginables, incluso cuando han satisfecho ya su curiosidad. En un arranque de ira, comer la carne de tu propia especie puede ser como masticar un vaso de cristal.

El manantial del apetito reside en los salvajes impulsos agresivos: matar y comer, machacar y masticar, tragar y absorber. *Eso son las fauces salvajes.*

Ahora, el final de su garganta estaba conectado a un desagüe. Los nutrientes para el resto de sus tejidos eran inyectados directamente en la sangre desde un contenedor de fluidos nutritivos; las funciones endocrinas se mantenían con la ayuda de órganos artificiales.

A finales de mes, se había comido ambos brazos por completo. Lo único que quedaba de él estaba del cuello para arriba. Y para el cuadragésimo día, había devorado casi todos los músculos de la cara, tan solo quedaban los labios para poder masticar con la ayuda de unos muelles adheridos. Solo quedaba un glóbulo ocular, el otro había sido chupado y masticado.

Lo que quedaba allí, sentado en un mecanismo laberíntico de tuberías y conductos, era una calavera viviente. En esa calavera solo la boca y el cerebro sobrevivían.

No…

Incluso ahora, un brazo de la máquina despellejaba el cuero cabelludo, y acercaba una sierra a la parte superior del cráneo separándola limpiamente.

Esparció sal, pimienta, y limón en el trémulo cerebro expuesto y se preparó para coger una buena cucharada. *Mis sesos.* Pensó el cerebro que era él. ¿Cómo puedo saborear *algo así? ¿Puede un hombre vivir para probar su propia gelatina cerebral?*

La cuchara se introdujo en la masa grisácea. No hubo dolor, no

existen sensaciones en el córtex cerebral. Pero cuando el brazo alzó aquella cucharada de blanda y pálida pasta, la llevó a la boca del cráneo, y esta sorbió para tragar, el «sabor» ya no era algo reconocible.

—Homicidio —dijo el inspector a los periodistas que se habían hacinado en la entrada al salir de la habitación. —Incluso peor, un crimen sin precedentes, brutal y degenerado. El criminal es probablemente un psicópata experto en medicina. Parece que hubieran intentado llevar a cabo algún tipo de experimento macabro, el cuerpo ha sido desmembrado y sustituido por todo tipo de órganos artificiales.

El inspector terminó con la prensa, se pasó un pañuelo por la cara y volvió a la habitación.

Un detective regresó del incinerador y le interrogó con la mirada.

—Las cintas ya están quemadas —dijo—. Pero ¿por qué dices que es un asesinato?

—Por el bien de la paz y el orden —respondió el inspector respirando hondo—. Clasifícalo como asesinato, lleva a cabo una investigación oficial, y deja el caso envuelto en el misterio. ¡Este caso y todos los hechos que le conciernen contradicen cualquier cordura! No puedes dejar que los ciudadanos decentes atisben los pozos de locura y autodestrucción que se esconden en la profundidad de la mente de ciertas personas. Si hiciéramos tal cosa, si por un descuido permitiéramos al público echar un vistazo a la bestia salvaje que acecha dentro, bueno, puedes estar seguro de que alguien intentaría imitar el ejemplo de este tío. No hay manera de saber de qué pueden ser capaces las personas de este tipo.

»Si el gran público descubriera repentinamente algo así, la gente empezaría a desconfiar de su propio comportamiento, comenzaría a mirar de cerca y atisbar la oscuridad en el interior de sus propias almas. ¡Se verían totalmente abrumados, completamente fuera de control!

»Mira, lo que está en la raíz de la existencia humana es la locura, la ciega compulsión de agresividad que yace en el corazón de todos los animales. Si la gente fuera consciente de esto, si un gran número de personas empezaran a expresar esta locura bajo consignas como liberación existencial o haz lo que te venga en gana, ¡estamos acabados! Es el fin de la civilización humana. Daría igual qué fuerza de la ley o el orden tratara de dominar la situación, ¡todo acabaría fuera de control!

»La gente se despedazaría a sí misma, asesinándose unos a otros, destruyendo y destrozando. Los síntomas están empezando a aparecer:

este se suicida tragando dinamita con un detonador, el otro se echa gasolina encima y se prende fuego, otro jodiendo en medio de la ciudad a plena luz del día. Cuando no queda otra cosa razonable que atacar, el animal enjaulado empieza a destruir su propia cordura.

—¡Aaah!

El joven detective gritó y se alejó del cráneo en descomposición. Había intentado quitarle la apestosa cuchara encajada entre los labios cuando la calavera hundió los dientes en su dedo, arrancándole de un mordisco un pedazo de carne de la punta.

—Ten cuidado —dijo el inspector con cansancio—. El fundamento de toda vida animal son unas enormes y hambrientas fauces salvajes.

El cráneo, con el cerebro al descubierto, su único ojo empezando a deslizarse, y fuertes muelles sustituyendo sus músculos desaparecidos, estaba ahora masticando y triturando despacio el trozo de carne entre su hinchada lengua y sus duros dientes.

Publicado originalmente en el
Hayakawa Mystery Magazine, julio de 1969

La hora de la revolución

Hirai Kazumasa

Permanecieron de pie apiñados en la atmósfera inferior, temblando de frío. El viento inmisericorde castigaba su fina piel, y la débil luz solar ya no tenía suficiente energía para calentar sus cuerpos. Haber sido criados en una incubadora había debilitado tanto su vitalidad que la cruda presencia de la naturaleza era casi una sentencia de muerte, pero no había ni uno solo de ellos que quisiera volver a la cómoda temperatura regulada del Pozo.

—No hay árboles para que los pájaros se posen, no hay campos donde puedan correr los animales. No podemos vivir aquí.

—¿Estás diciendo que deberíamos volver al Pozo?

—¡Míralo tú mismo! Obviamente es un mundo muerto. La radioactividad ha destruido todo signo de vida. Hemos sido expulsados incluso antes de llegar. Se nos ha acabado el tiempo.

Desde que mucho tiempo atrás la raza humana hubiera contaminado la superficie de la Tierra, vivían bajo ella, en el Pozo, sus mentes tan paralizadas por el terrible error que habían cometido que incluso seguir respirando era todo un logro. El gigantesco invernadero subterráneo les cobijaba con su abrazo implacable desde el momento en que nacían hasta la hora de su muerte. Como si de un fiel enfermero se tratara, el Pozo era un estricto e infatigable supervisor que no levantaba ni por un instante su mirada o dejaba que aquellos a su cargo se extraviaran en el salvaje mundo exterior. Era una enorme prisión de acero que paralizaba a los humanos bajo brillantes y duras capas de simpatía y benevolencia.

Mientras los humanos se habían convertido en una especie de cerdos domésticos, mantenidos en un lamentable estado de dependencia, las máquinas eran dueñas del mundo, déspotas absolutos. Respirar, reír o ser feliz, todo era sentencia, orden y ejecución. Habían renegado de los científicos que las crearon, pisoteado a los políticos y desterrado para siempre a los amantes,

directamente a las cloacas, como basura.

En la superficie, invisible para cualquier mirada, puede que el sol se debilite lentamente, que la luna quizá perezca, que el mar espectral olvide su rabia y que el cielo azul pizarra deje de llorar para siempre. Pero la raza humana dormía, enterrada en un agujero horadado en el cadáver del mundo.

—¿Crees que hemos cometido un error?

—¡No! ¿Por qué deberíamos temer a la muerte? Aquí podemos entonar en paz nuestras canciones de muerte. Si hubiéramos cogido antes nuestros pinceles, lápices e instrumentos, nos habrían lavado el cerebro con sus máquinas. No teníamos otra opción que intentar escapar, nos pase lo que nos pase ahora. Nuestra existencia se ha convertido en algo valioso, irremplazable. La humanidad está fracasando, pero hemos heredado su espíritu.

Todos eran artistas de diferentes disciplinas. Tiempo atrás, cada uno de ellos había sido poeta, escritor, músico o pintor. No quedaban muchos para portar la antorcha de la humanidad. En el Pozo había estado a punto de apagarse, pero este puñado, que todavía retenía imágenes en sus ojos y canciones en sus labios, cuyos espíritus todavía fluían a través de sus manos, se esforzaba por mantenerla encendida.

Pero habían nacido en la era más oscura desde el inicio de la historia. Sus primeras lágrimas de recién nacidos fueron derramadas en incubadoras de plástico, porque en su mundo los hombres ya no deseaban a las mujeres, ni las mujeres cuidaban a los niños. No tener un lugar de nacimiento les convertía en exiliados antes de nacer.

En el Pozo, los artistas habían sido desechados como polvo por un solo número en el dial de la Maquina Estadística de Probabilidades. ¿Qué utilidad podían tener? Ya no quedaba público para sus obras. Habían sido repudiados y sus vocaciones prohibidas.

Habían escapado de aquella severa represión a través de un conducto abandonado, sellado varios siglos atrás, escalando diez mil pies hacia la superficie en una huida apresurada. Pero cuando emergieron, tras muchas penurias, la escena que les dio la bienvenida era la de una naturaleza salvaje de arena y rocas, sin un solo árbol o una brizna de hierba.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

Miraron a su alrededor con ojos desesperados.

—¡Mira ahí! —gritó uno de ellos.

—¡Son ellos! —gimió otro, su voz sofocada por el miedo.

De pronto, les rodeó un leve zumbido, como si una enorme mano de fuego les hubiera envuelto en su palma. Era imposible que sus cuerpos enclenques, frágiles como alas de mariposa, rompieran el

muro impenetrable que los rodeaba. Permanecieron confundidos en medio del miedo y la desesperación.

—¡Estamos atrapados!

—¡No podemos escapar!

—Que no cunda el pánico. No les deis oportunidad de atraparos. Debemos escapar a toda costa.

—¿Pero cómo podremos?

—¡Reuniros y tratad de unir vuestras mentes en una sola!

Como una arboleda sacudida por la tormenta, se arrimaron unos a otros para evitar ser arrastrados. El círculo se apretó mientras el extraño zumbido seguía sonando.

—Concentrad vuestras mentes. Extraedles todo el poder que seáis capaces. Debemos hacer lo imposible. No olvidéis que tenemos una misión. ¡Tenemos que salir de aquí!

Una vez que sus mentes se fundieron en una masa caótica, estuvieron listos para utilizar su creciente presión proyectándose a sí mismos al exterior.

¡Preparados! ¡Ahora!

Como una llovizna de chispas cegadoras saltando de la grieta de un horno al rojo vivo, escaparon.

A primera hora de la tarde había llovido lo suficiente como para limpiar el polvo, haciendo que los colores de los letreros de neón destellaran con renovado resplandor. Como instrumentos de una orquesta las numerosas luces brotaban y se retorcían, contrayéndose y estirándose contra el tejido negro azabache de la noche.

En la verdosa oscuridad de la ciudad inferior, cada acera ofrecía el mismo espectáculo a menor escala, en piscinas de agua que brillaban como esquirlas de un espejo roto y en las pupilas de cada viandante, titilantes puntos de luz que podrían venir de lejanas estrellas se condensaban al momento.

Solo raramente podía la gente percibir aquellas escenas con tanta nitidez. Pero ahora, sin la molestia de las bocinas y los chirridos de los coches, y libre del polvo y el calor, el aire tenía el sabor dulce y fresco de un manantial.

Los amantes eran más felices que de costumbre mientras caminaban y susurraban por las calles oscuras, sintiendo que la noche inundaba sus mentes con pequeñas burbujas de silencio como las de un refresco de soda. Y cuando reían, sus dientes eran de un blanco inmaculado, sus voces como trozos de hielo chocando contra el cristal de una copa de zumo de limón.

Entonces la multitud se aparta abruptamente, como un banco de tímidos peces asustados por un tiburón, y aparece la silueta de un

hombre solitario.

Bajo el sombrero de paja ladeado sobre su cabeza, el hombre observaba a su alrededor con expresión extraña y vigilante, proyectando sus labios afilados como una cuchilla de afeitar, como si quisiera rajar a su enemigo con ellos, en vez de con la navaja automática en su bolsillo. Iba vestido elegantemente con una camisa estampada, abierta para mostrar su pecho desnudo, y una banda de blanco cegador ceñida alrededor de su estómago. Se pavoneaba, balanceando los hombros de lado a lado, el repiqueteo de sus sandalias de madera como un altavoz advirtiendo del peligro; la gente se encogía como si escuchara a una serpiente de cascabel y daba un amplio rodeo para no encontrarse con él.

Era solo otro miserable matón de barrio, todavía un crío, aunque podía hacer mucho daño. La única educación que había recibido era la de los reformatorios, donde había aprendido a hablar como un tipo duro y a usar el cuchillo. Aquella clase de entrenamiento práctico había sido más duro y riguroso que el que hubiera podido recibir en el ejército, y le había dedicado mucho más tiempo.

Tras graduarse de su aprendizaje con varios dientes rotos y media oreja amputada, se había convertido en uno de los líderes de una de las pandillas de matones que se pavoneaban por el barrio.

Aquí y allá, jóvenes vestidos de manera extravagante montaban guardia frente a callejones y salas de pinball, esperando para quedarse con los premios de la gente que salía de las máquinas. Le saludaban con respeto a través del ruido y la confusión.

Como respuesta, él asentía condescendientemente a cada uno de ellos, y les gritaba:

—¡Seguid así, chicos!

O, escupiendo las palabras por una esquina de su boca, decía:

—Nada de vaguear, tíos. ¡Atentos a esos ganadores!

Mientras pasaba revista a sus serviciales secuaces, hinchó el pecho sintiéndose importante. Después, tras terminar, se colocó el sombrero todavía más atrás y continuó su paseo pavoneándose, con el viento nocturno acariciando su pecho desnudo.

Aquella noche había surgido un pequeño problema, justo el tipo de asunto que era su especialidad. Al parecer, dos de sus «cobradores» de premios habían discutido con unos clientes.

Tras llevarlos a un callejón trasero, sus hombres habían tenido que retirarse porque se trataba de cuatro tipos duros. Cuando él llegó al lugar, hizo señas a algunos de sus hombres, que estaban remoloneando a las puertas de una sala de billar, y marcharon hacia el callejón donde tenía lugar aquel pulso. Sus dos cobradores de premios

daban vueltas lanzando amenazas, como gatos salvajes tras una valla. Se alegraron de verle.

—Jefe, estos tíos…

Empezaron a contarle lo ocurrido, pero él los examinó y después lanzó una furiosa mirada a sus cuatro oponentes. Parecían vestidos como trabajadores de una fábrica, con camisas de sarga de un color rosa radiante y tejanos raídos pero a la moda. Cuando apareció, vacilaron un momento, pero podían defenderse por sí mismos en una pelea y le plantaron cara desafiantes. Sin embargo, eran obviamente unos novatos, demasiado imprudentes para su propio bien.

—Aquí llega otro —dijo el que tenía pinta de ser más duro, adelantándose un poco al resto—. Estoy empezando a cabrearme. ¡Cuando empiece con ellos no sabrán ni qué les ha golpeado!

Adelantó agresivamente la mandíbula, para demostrar que era alguien a quien había que tener en cuenta.

—Colega, será mejor que te largues de aquí mientras estés de una pieza. No somos un puñado de lameculos cobradores de premios cualesquiera, así que no te pases con nosotros. Lárgate, ¡o te sacaremos a patadas!

El hombre del sombrero de paja se mantenía inexpresivo, como una tortuga, sin parpadear siquiera. Pero no por nada era el líder de una banda. Sabía exactamente qué hacer en una situación como esta.

—Dejadlo todo en el suelo y largaos. Pero antes aprenderéis a comportaros.

—¡Qué te jodan! —dijo el tipo duro, y con un gesto rápido, le agarró de la camisa.

Su respuesta fue una serie de movimientos producto de la práctica de años. Sus rodillas y puños trabajaron con la rapidez y la precisión de una máquina. Con un último golpe de rodilla inutilizó a su adversario en un abrir y cerrar de ojos, entonces se volvió y cogió el taco de billar que llevaba uno de sus hombres a su espalda.

—¡Esto es lo que le pasa a los chulos que vienen sacando pecho a mi territorio!

El taco cortó el aire con un zumbido despiadado. Los otros tres gritaron y trataron de protegerse las caras del remolino, repentinamente desaparecidas ya sus ganas de pelear.

Relamiéndose los labios, se giró hacia el que estaba encogido en el suelo y le golpeó con rabia, ensañándose en espalda, hombros, y cabeza, hasta que empezó a brotar la sangre. Solo paró cuando el taco de billar se partió en dos como un trozo de tiza.

Su víctima se había desmayado. Dirigió una mirada gélida a los otros tres.

—¿Queréis lo mismo vosotros también, chicos?

Sus rodillas temblaban como cañas al viento. Le dio una desdeñosa patada en el culo a uno de ellos, y acabó enterrando sus caras en una lata de basura podrida.

Más tarde, se pavoneaba a lo largo de la calle, más excitado que nunca, sintiéndose como un crucero que acabara de hundir un submarino. Estaba tan satisfecho consigo mismo por haber hecho un buen trabajo que casi se había olvidado de salir a hacer sus rondas.

Su principal negocio como poderoso jefe de banda era recoger las que llamaba tarifas de protección de un grupo de bares del barrio. A cambio de estas, se suponía que mantenía a los gamberros apartados de robar o causar destrozos en ellos, pero obviamente solo se trataba de un chantaje.

El primer bar al que llegó era un sitio pequeño. Empujó uno de los paneles de la puerta y entró como un pistolero de película del Oeste. El barman y las camareras se encogieron sobre sí mismos como si hubieran visto una araña venenosa, pero sin atreverse a mostrar sus reacciones en el rostro.

Aparecía varias veces al mes para recoger su tarifa de protección. Cuando lo veían, los clientes se iban tan rápido como podían, y cualquiera que entrara después se largaba tan pronto como había llegado.

Ni siquiera pagaba sus bebidas. Pero si por un solo instante le parecía que resultaba una molestia, podía comenzar a insultarles y a patear las sillas a su alrededor, dispuesto a destrozar aquel diminuto bar en pedazos todavía más pequeños.

Siempre había algo ominoso en sus movimientos, como si a una señal suya, un escuadrón de sus hombres fuera a cargar, arrasándolo todo a su alrededor como la Legión Extranjera y dejando el lugar hecho un desastre. Así que el barman y las chicas tuvieron que darle la bienvenida con sonrisas hipócritas, con la esperanza de librarse de él lo antes posible.

—¡Se podría decir que hoy el negocio va viento en popa!

Al escuchar su voz, los clientes de la barra se encogieron rápidamente.

—¡Pero si es Shin! Entra, entra. Lo siento muchísimo, querido, pero Mama-san acaba de salir ahora mismo.

Al escuchar aquello, lanzó una mirada cortante a la camarera y con tono de voz amigable dijo:

—Está bien. No hay prisa. ¿Os importa si espero?

Para calmar la gélida atmósfera, el barman empezó a sonreír radiante con todas sus fuerzas.

—¡Claro que no, señor! ¿Qué le pongo? ¿Un combinado? ¿Cola y whisky?

—Lo de siempre —respondió con frialdad.

—Ah. ¿Y eso es…?

—¡Pero serás imbécil…! ¿Para qué te mantienen aquí? —dijo con un tono de venenoso desprecio—. ¿Ni siquiera puedes recordar lo que les gusta a los clientes?

El rostro del barman se retorció en una sonrisa forzada.

—Whisky solo, ¡y que no se te olvide!

Encogió los hombros y apoyó los codos en la barra. Un ambiente nervioso impregnó el bar casi vacío.

De repente, algo se removió en las profundidades de su corazón, como el murmullo del mar, y la sangre se agitó en su cuerpo.

«¡Qué raro!», pensó, y sacudió la cabeza. Le sobrevino una extraña sensación de intoxicación, inundando su cuerpo con un fuego cegador.

«¡Qué raro!», balbuceó su mente. Entonces, más astuta y sagaz que un zorro, sin previo aviso, la sensación se extendió por todo su cuerpo desde el interior, explorando aquel cambio imperceptible.

«¡Cuidado!» le susurró. *«¡Algo muy extraño está a punto de pasarte!».*

Su visión pareció capaz de atravesar las paredes, hasta llegar a un lugar muy lejano de aquel bar dolorosamente estrecho. Un destello de luz apuntó directamente hacia él a través de una vasta extensión de espacio. Cuando le alcanzó, llenó sus órganos, fluyendo hasta su cerebro.

«¡Estás cambiando!» le susurró su aterrorizada mente.

¿Se había invertido repentinamente el tiempo? Un fugaz destello de luz roja bañó cada rincón del pequeño bar, estallando entonces en mudas explosiones de color. Oleada tras oleada de naranja, amarillo y verde, azul y violeta barrieron la habitación como un tornado, extinguiéndose después en un parpadeo, dejando el bar tal y como estaba antes.

«¡Estoy aquí!» susurró alguien.

Cerró los ojos, después los abrió de nuevo y miró a su alrededor, como si viera un mundo completamente nuevo.

El susurró retornó.

«¡Estoy aquí! ¡Por fin!».

—¿No bebe? —le preguntó nervioso el barman.

—¡Estoy bebiendo, estoy bebiendo!

Dio un cuidadoso sorbo a su whisky, como si probara el agua de un país extraño.

La bebida ardió en su estómago, y rápidamente la fiebre de festivales ancestrales palpitó en sus venas.

—Ponme otro.

Esta vez se lo bebió de un trago.

Sin previo aviso, las palabras comenzaron a salir de su boca.

—*Las islas de Grecia, las islas de Grecia…*

El barman se lo quedó mirando. Las camareras hicieron lo mismo, sorprendidas.

—¿Qué ha dicho?

Él estaba todavía más atónito que ellos.

—*Donde la ardiente Safo cantó* y amó…

La voz recitaba, mientras él retrocedía tras ella.

¿Qué demonios estaba pasando?

—*Donde nacieron las artes de la paz y de la guerra…*

—¿Eh?

—*¡Donde se levantaba Delos, y surgió Febo!*

Las palabras brotaban sin que ni siquiera pensara en ellas.

—*Eterno estío aún las embellece…*

Salían como hipidos.

—*Aunque todo, salvo su sol, haya desaparecido.*

Los espectadores abrían y cerraban la boca asombrados. Él los observaba con pánico en la mirada.

> *La musa de Chíos y Teos,*
> *el arpa del héroe, el laúd del amante*
> *han encontrado la fama que tus costas rechazan;*
> *su lugar natal solo es sordo*
> *a los sonidos que repiten más al oeste*
> *tus ancianos: islas de los bienaventurados.*

Su lengua se había rebelado contra él. Ignorando sus frenéticas órdenes, vomitó una oleada de poesía interminable.

> *Las montañas contemplan a Maratón,*
> *y Maratón contempla el mar;*
> *y meditando allí solo una hora,*
> *soñé que Grecia aún podría ser libre…*

Finalmente, se dio por vencido en la lucha por controlar su propia lengua y salió corriendo del bar, todavía recitando:

> *… pues al estar sobre la tumba de los persas,*
> *no podía considerarme a mí mismo esclavo* [11].

Normalmente, aquel matón ignorante era la personificación de una violencia que podía estallar como un disparo si te quedabas mirándolo

demasiado tiempo. Prefería dar puñetazos antes que hablar, o patear a cualquiera antes que controlar su temperamento, y si abría la boca era para cerrarla sobre ti como una trampa para tigres. Pero ahora el duro líder pandillero se sentía desamparado, tan confuso que estaba al borde del llanto.

«Estoy acabado» pensó. «¡Este maldito calor me ha vuelto loco!».

Se sentía ridículo, incluso ante sí mismo. ¿Quién aceptaría órdenes de un jefe que balbuceaba cursilerías como un idiota?

La voz en su garganta seguía escupiendo palabras que no había escuchado jamás:

> *¡Adiós, adiós! El húmedo elemento*
> *mi ribera natal oculta ya…* [12]

Y:

> *¡Tambor! ¡Tambor!, tu redoble guerrero*
> *crugiendo allá en lontananza*
> *llena al bravo de esperanza*
> *porque le anuncia la lid…*

Deambuló torpemente por callejones oscuros, temblando, sintiendo crecer un pánico implacable.

Entonces tuvo una idea.

«Quizá algún listillo pueda decirme qué está pasando… sacarme de este lío y demostrar que no estoy loco… si lo hace, no me importa quién sea, será mi mejor amigo… ¡Incluso le daré a mi mujer!».

Justo entonces, pasó por delante de algunos de sus esbirros. Habían empujado a dos personas al mismo callejón trasero en el que se encontraba él, y estaban acosándoles en ese mismo instante. Sus víctimas eran un desafortunado estudiante y su novia de mirada inocente, obviamente muy asustados. La chica parecía a punto de estallar en lágrimas.

—Eh, ver como os besuqueáis nos ha puesto muy cachondos. ¡«Dame un beso», dice ella! Si queréis hacer esas cosas, tenéis que pedirnos permiso, ¿entendido? Si no tienes suficiente pasta, chaval, cogeremos prestada a tu chica un rato.

Sudando a mares, el jefe masculló con impaciencia:

—*No he amado al mundo, ni el mundo me ha amado a mí…*

Y se dirigió hacia donde estaban hablando.

Al oírlo acercarse, sus hombres se volvieron rápidamente uno a uno para saludarlo.

—No nos gustó la pinta de estos dos, jefe, así que estábamos

teniendo una pequeña charla —dijo uno de ellos.

Sin mirarles siquiera, se dirigió al estudiante.

—Dime, chico…

Se sorprendió tanto al poder hablar apropiadamente, que casi se desmayó del alivio. Aparentemente la impredecible voz en su garganta iba a seguir callada al menos durante un minuto. El chico parecía la persona adecuada a la que preguntar sobre todo aquello.

—Eres estudiante, ¿verdad? —preguntó, mirando esperanzado la cara pálida y lívida del chico.

—S-sí, lo soy, pero… —respondió tartamudeando.

—¿Estudias mucho? Ibas ahora al instituto, ¿verdad?

—A… a… así es —tartamudeó el estudiante, con rostro desconcertado.

—Supongo que sabes un montón de cosas, ¿no? Bueno, pues hay algo que quiero que me expliques, ¿vale?

—¿Explicar?

—Un momento. Te lo mostraré.

El estudiante asintió, aun completamente perplejo.

«Bueno, allá vamos», pensó, esperando. Entonces, la voz que controlaba su boca empezó de nuevo:

> *Entonces ya no vagaremos más*
> *tan tarde por la noche,*
> *aunque el corazón siga tan amante*
> *y siga tan clara la luna* [13].

La voz fluyó hacia todas las esquinas en la diáfana oscuridad del callejón. No provocó ninguna reacción en los estúpidos rostros de sus hombres, pero el estudiante y la chica escuchaban con atención.

> *Pues la espada dura más que su vaina,*
> *y el alma agota el pecho,*
> *y el corazón tiene que detenerse y respirar,*
> *y el mismo amor tener descanso.*

La voz siguió recitando con un tono calmado pero penetrante:

> *Aunque la noche fue hecha para amar,*
> *y el día regresa demasiado pronto,*
> *aún así, ya no vagaremos más*
> *bajo la luz de la luna.*

Nadie dijo nada cuando terminó. Respiró hondo.

—¿Qué te parece?

—Es un poema hermoso —dijo el chico. —Es Byron, ¿verdad?

—Sí. Desde luego, es Byron —La chica abrió los ojos como platos.

—¿Byron, dices?

—Sí, Lord Byron. Era un poeta inglés del siglo XIX.

—Byron…

Sostuvo el nombre como una perla entre sus dientes, saboreándolo con la punta de la lengua. A la vez, la comprensión saltó en su mente, y el nombre le resultó perfectamente familiar. La entidad parasitaria en su cabeza había empezado a penetrar su subconsciente.

—Pues claro, ¡Byron! —dijo entusiasmado.

—¿Lo conoces? —preguntó sorprendido el estudiante.

—Es la primera vez que oigo hablar de él, pero lo sé todo sobre Byron…

Su personalidad se había vuelto múltiple: en un nivel, un gánster implacable, y en el otro, un hombre que podía recitar a Byron de memoria.

El estudiante rebosaba preguntas. Él le dio un empujón amistoso en el hombro.

—Está bien, ya te puedes marchar. Me has sido de mucha ayuda.

—¿Yo? ¿He hecho algo?

—¡Pues claro que sí! ¡Me has salvado la vida! Todavía estoy confuso, pero pronto me aclararé.

—Entonces, ¿está bien si nos marchamos?

—Claro, claro, ya te lo he dicho. ¡Adelante, marchaos! —dijo amistosamente, tratando de mostrar su agradecimiento.

En ese momento, sus esbirros, que habían estado esperando ausentes a su alrededor, despertaron bruscamente para protestar.

—¡Pero, jefe…!

—¿Qué pasa?

Se removieron, descontentos. Obviamente él había roto las reglas. No sabían por qué lo había hecho, pero sentían que, de un modo u otro, era injusto.

—¡No lo entendemos!

Se juntaron murmurando entre sí. Entonces uno de ellos reunió coraje y exigió:

—¿Por qué dejas que se vayan?

Aquello lo confundió por un instante.

—¿Que por qué, dices?

En una esquina de su mente, sabía que su rabia estaba justificada y simpatizaba con ellos. Pero la vieja conciencia peleaba con la nueva, y olvidó por qué había dejado marchar a sus víctimas. Siempre pronto para la ira, explotó contra sus hombres.

—¡Callaos! —rugió—. ¡No es vuestro maldito asunto!

La chica y el estudiante se fueron corriendo sin entender nada.

Él dirigió una mirada hostil a sus taciturnos seguidores.

—Son amigos míos, ¿entendéis? ¡No seáis insolentes!

—Perdón, jefe.

Los simplones que tenía por esbirros se rindieron, y tras disculparse, se marcharon a cazar nuevas víctimas.

En la calle, la gente seguía disfrutando de la hermosa noche repleta de luces brillantes.

Deambuló por las oscuras calles hasta quedar exhausto, esparciendo poemas como granos de arena plateada, y sonriendo a todo el que pasaba.

Estaba teniendo lugar un rápido cambio químico. Dos personalidades irreconciliables entre sí se enfrentaban en un solo cuerpo, cada una tratando de expulsar a la otra. La mente que controlaba su boca seguía latente en su subconsciente, pero cuando tomara control de su conciencia, la mente del gánster sería expulsada por completo.

A medianoche, estaba frente a la puerta de un apartamento. El rostro tras el sombrero de paja no había cambiado, pero ahora pertenecía a una persona totalmente distinta.

En el interior de la habitación esperaba una mujer.

—Llegas algo pronto, ¿no crees, cariño? —dijo con languidez.

El hombre la miró con el ceño fruncido.

—Hace taaanto calor, ¿no crees? Ni siquiera puedo dormir —se quejó ella. Vestía solo unas bragas, sus pechos y brazos desnudos, tan blancos como el tocino, cubiertos de sudor.

—¿Tanto calor? ¿En una noche tan hermosa como esta? —dijo él, interrogante, con la cabeza ladeada.

—¿Qué quieres decir, bobo?

Se dio la vuelta en la cama y le miró con ojos nublados por el calor.

—Ven aquí.

Parecía querer olvidarse del calor haciéndole a él lo que habitualmente le hacía él a ella. Se acostó sobre él y con los pálidos brazos enroscados como serpientes rodeó su cuerpo.

Él apartó sus manos con firmeza.

—Hay algo que debo hacer.

Ella le miró con sorpresa.

—¡Adelante, entonces! ¿Qué es eso que tienes que hacer? —resopló insatisfecha.

Sin responder, él miró la habitación hasta que sus ojos se posaron

en una mesa donde atronaba la radio. Había sido fruto de extorsionar al dueño de una tienda de electrodomésticos.

—Empezaré con esto.

Cogió la radio y la levantó. El volumen subió hasta convertirse en un aullido, como si supiera que estaba en peligro. La estrelló contra el suelo, rompiéndola en pedazos y silenciando su ruido para siempre. Entonces, con calma, sin mostrar ningún signo de malicia, la pisoteó con todas sus fuerzas sobre el suelo.

La mujer dejó caer la mandíbula y batió el aire con las manos.

—¿Qué… Que estás haciendo?

Él le sonrió.

—Estas pequeñas monstruosidades están todavía en una fase primitiva, pero con el tiempo, se harán más grandes. Entonces, incluso empezarán a moverse por sí mismas y dominarán a los hombres que las crearon. Antes de que eso ocurra, ¡acabaré con todas ellas!

Agarró un ventilador eléctrico que estaba a su alcance y lo retorció hasta arrebatarle la vida. Batió sus alas como una gran polilla y dio un último suspiro. Después su mirada se posó en el televisor. También lo había conseguido estrujando a alguien con una deuda falsa.

La mujer gritó.

Ignorándola, se acercó a la televisión y continuó su ataque incansable. Se deshizo de ella con precisión completamente despiadada. Mientras la mujer seguía gritando más y más alto, reventó la pantalla en pequeñas astillas. Después lanzó el televisor contra la pared y lo golpeó y pateó repetidamente. Finalmente, partió la carcasa de madera y dobló todas las piezas mecánicas; al romperse, el tubo de vacío sonó como una dentadura molida a golpes.

—¡Para, Shin! ¡Para! —lloriqueó la mujer con voz temblorosa.

—No, te equivocas. No es a Shin al que ves —se carcajeó—. ¡Yo soy el que está aquí ahora!

La mujer le miró con ojos congelados de terror. Entonces comprendió la verdad. Aquel hombre no era su amante. Ella nunca había conocido a este extraño.

Se puso de pie y recogió su sujetador. Su pálido cuerpo desapareció por la puerta como un cohete desvaneciéndose en el cielo nocturno. Él ni siquiera se dio cuenta, simplemente siguió con su incansable destrucción. Echó un vistazo a la habitación y vio un calendario en la pared: *julio de 1967*.

«Soy un exiliado», pensó. *«Pero siempre he sido un exiliado. Ahora también puedo ser un revolucionario».*

«¿Cómo saber cuándo comenzó esta enfermiza inversión de la naturaleza? Ahora, el hombre ha dejado de vivir por sí mismo, y *ha*

confiado su inteligencia a las máquinas».

«… Pero existen cosas que las máquinas no pueden hacer. Nos atraparon, pero cuando nuestro deseo de escapar al peligro alcanzó su límite, de lugares ocultos en nuestras mentes se liberaron misteriosos poderes, enviándonos a través del eje del tiempo a estos gloriosos días que no pueden alcanzar las manos de las monstruosas máquinas tiránicas, devueltas a su infancia, cuando todavía no se habían especializado».

«En esta era, los hombres todavía tienen valor. Están llenos de una energía salvaje, y si utilizamos la energía de nuestros huéspedes, podremos suprimir a nuestros futuros déspotas tiránicos, las máquinas, mientras todavía están en su infancia. ¡Entonces podremos reconstruir el futuro por completo!».

«Todos los artistas están llegando del futuro. Al principio, solo cincuenta de nosotros, después, varios cientos, más tarde, probablemente nos seguirán varios miles. Una oleada revolucionaria está surgiendo través del tiempo. ¡Y todos trabajamos para un único propósito!».

Sonrió para sí.

«Hay tanto por hacer. ¡Pero este es el comienzo de la revolución!».

—¡Y ahora, a trabajar! —gritó en voz alta.

Publicado originalmente en el
Hayakawa SF Magazine, enero de 1963

Hikari

Kōno Tensei

Hikari: luz, lumière, Licht

Viajaba en tren nocturno, desperté de un suave duermevela y miré somnolienta por la ventana.

Quizá las nubes bajas se habían aproximado. No había estrellas, tan solo una infinita oscuridad. Lejos, en la negrura, pude ver algo brillante, un leve destello.

¿Las luces de una ciudad? Quizás.

Creí reconocer la forma de casas, edificios, árboles.

¿Pero podía ser aquello realmente una ciudad? La luz no parecía derramarse desde las casas tanto como para cubrir la ciudad entera con una suave luminiscencia, realzando las negras siluetas de edificios y árboles. Eso era todo.

—Es una de sus ciudades.

Me di la vuelta hacia la voz. Un hombre se había deslizado en el asiento vacío frente a mí. Su atenta mirada estaba fija en el lejano brillo. Era bajo y fornido. Tenía una presencia casi abrumadora. Era ese tipo de hombre.

No sudaba, pero sus mejillas y su cuello emitían un brillo grasiento.

Ese tipo de hombre.

¿Su ciudad?

Miré de nuevo por la ventana.

Debía de haber una distancia considerable hasta la luz. El tren siguió, pero la radiante ciudad no se movió.

—Una ciudad extraña —dije.

El hombre me miró por primera vez.

—Sí —respondió—. Es una ciudad extraña. En la que vive gente extraña. Es una ciudad extraña.

Había rabia en la mirada del hombre, y espinas en su voz.

—Su forma de brillar es peculiar —dije.

El hombre asintió en silencio, esta vez observándome con calma. Sus ojos estaban inyectados en sangre. Podía ver las venas como una red.

—Es como una nebulosa lejana —aventuré.

Volvió a asentir sin decir ni una palabra.

—¿Quiénes son?

—¿Ellos? —farfulló. Asintió para sí mismo una vez, dos veces. Entonces sacó un cigarrillo y lo encendió. Entornó los ojos. Inhaló profundamente. Exhaló una nube espesa de humo y empezó a hablar. Sobre ellos.

—La primera fue un chico. Un chico —dijo el hombre.

—¿La primera qué?

—¿La primera qué? Claro. Esa es una buena pregunta. —Se secó el sudor de su frente con el puño. —La primera, ¿cómo llamarlo? La primera señal del cambio.

—¿Cambio? ¿Quiere decir en esa ciudad? ¿La ciudad brillante?

—Exacto. Así es como termina. Al final. Pero primero conocí a este chico. En mitad de la noche. Era bien entrada la medianoche, casi la una. Era tarde en la noche, y ahí estaba ese chico junto a la carretera.

—¿Qué edad tenía?

—Seis, siete, algo así. Un niño, seguro, pero aun así, ningún chico debería estar fuera tan tarde. El caso es, el caso era que yo iba bebido. Así que al principio no me creí lo que estaba viendo. Simplemente, no me lo podía creer. Porque había algo extraño en él, ¿sabe? Le sostuve la mirada durante una especie de momento incómodo.

—¿Sostuvo su mirada?

—No tiene demasiado sentido, lo sé. Pero así es como lo sentí. El caso es que estaba meando.

La risa del hombre fue como un tañido lejano y solitario.

—Sí, estaba meando contra una farola como un perro. Ya sabes, es extraño. Cuando estás borracho y meas parece que va a durar para siempre, ¿verdad? Ahí de pie, con el viento soplando, miras hacia las estrellas arriba en el cielo, todas ellas tan bonitas, y dejas que salga poco a poco. No está tan mal, sabe. No cuando estás bebido.

Me reí de él. Puede que fuera un tema de conversación estúpido, pero sentí que aquel hombre empezaba a caerme bien.

—Pero entonces tuve esa extraña sensación —continuó—. Y cuando miré por encima de la sombra de la farola, bueno, como ya he dicho, le sostuve la mirada al crío.

—¿Le había estado mirando?

—Sí, me había estado mirando —El hombre se limpió rápidamente

la cara con la mano—. Había estado mirando todo lo que había querido. El chico había mirado todo el tiempo. Con todo aquello chorreando.

A mi pesar, de nuevo volví a reír.

—Ah, ahora bien, eso es un desastre. Lo que tiene que salir, no sale.

—Cierto, no sale.

Su risa fue amarga.

—¿Qué tal un trago? —ofreció. Sacó una petaca de debajo de la ventanilla, vertió un poco de líquido en un vaso de plástico, y entonces llenó hasta arriba el tapón de metal para él mismo.

—Pero hablando de los ojos del chico —continuó—. Tenían esa luz extraña. No era como si brillaran o algo parecido. Era como si brillaran desde otro lugar. Era como si alguna luz interior se derramara fuera.

—Bastante siniestro.

—Eso es lo que uno podría pensar escuchándome hablar. El caso es que no lo era. Por algún motivo, parecía triste, como si tuviera lágrimas en los ojos. Simplemente, mirando hacia mí de aquella forma. Si hubiera sido de día habría dicho algo, le habría dicho, ya sabe, «lo siento, chico». Algo así. Incluso aunque no creyera haber hecho nada malo, se lo habría dicho. En cualquier caso, era ese tipo de sensación.

Asentí.

—Ya veo —dije.

—Pero no era de día. Era pasada la medianoche. Así que lo que dije en realidad no fue nada parecido. Lo que dije fue, «¡Qué crees que estás haciendo! ¿Qué haces fuera a estas horas de la noche?». Pero el chico simplemente se quedó mirándome a la cara. Allí de pie sin pronunciar una sola palabra.

—«¿Saben tus padres que estás fuera? ¿Vives por aquí cerca?».

El chico no dijo ni una palabra. Solo los mismos ojos claros. No estaba sordo. Dio un respingo cuando le hablé. ¿Un poco corto de entendederas, quizá? Reflexioné sobre ello. Pero un vistazo a sus ojos bastaba para ver que no era así.

»Intenté todo tipo de cosas. “Los niños no deberían estar fuera tan tarde”. “Corre a casa”. Ya sabe. Pero todo lo que hizo fue mirar. Así que me enfadé. Fue raro que me enfadara tanto. ¡El maldito mocoso me miraba la cara con la misma expresión con la que me miraba la polla! Así de cabreado. Me puse como una furia. Bueno, qué demonios. Quizá era porque estaba borracho.

El hombre engulló el líquido en el pequeño tapón de metal, sonrió

con amargura para sí mismo mientras se preparaba con cuidado otro trago.

—¿Eso es todo?

—Esa noche sí —respondió—. El chico se dio la vuelta de repente y se marchó. Algunas de las farolas estaban apagadas, pero no pareció preocuparle, ni siquiera donde estaba oscuro como un pozo.

—Extraña historia —dije.

—Si cree que esto es extraño, que el cielo la ampare —resopló—. Esa fue tan solo la primera vez que me encontré con ellos.

—¿Ellos?

—En efecto. Esos asquerosos, malditos…

Se bebió de un trago otro chupito del tapón.

—La siguiente vez fue la mañana después. Tenía algo de resaca, y tomé un poco de sopa de miso para desayunar, nada más. Me marché al trabajo apurando hasta el último minuto. Pero en cuanto di la vuelta a la esquina de la estación, me llevé el susto de mi vida. Había tres de aquellos mocosos. Un chico de unos quince, una chica de unos once, y el niño de la noche anterior. ¿Se lo imagina? ¿Puede adivinar siquiera lo que estaban haciendo?

—No —admití.

—¡Los pequeños mocosos estaban limpiando! La chica barría la calle, el mayor borraba un grafiti, y el chico, ¿aquel crío de seis o siete años? Había tirado un cubo de agua calle abajo y estaba frotando con un trapo. Alrededor de la farola.

—La farola problemática.

—Sí, esa misma —el hombre rio sombríamente—. La escena le llegaría a cualquiera, ¿verdad? Parecían una familia, sus rostros eran idénticos, en cualquier caso. Más aún, sus ojos estaban todos llenos de la luz de la mañana y eran de una claridad increíble.

—¿Incluso el chico que había estado despierto hasta tan tarde?

—Sí. Sé que es difícil de creer, pero maldita sea si sus ojos no brillaban. Sus ropas estaba desgastadas, pero todos estaban limpios, frescos.

—¿Les dijo algo?

—No, pasé de largo lo más rápido que pude. Me sentí como un idiota.

—Ya me imagino.

—Lo entiende, ¿verdad? La situación, al menos… Después de alejarme un poco, miré hacia atrás. Seguían en ello. No es que me estuvieran mirando ni nada parecido. Así que, al final, era como si hubiera decidido huir por nada.

El hombre dejó de hablar y durante unos minutos se quedó

mirando por la ventana. La negrura se cernía de nuevo, sin ninguna luz que sugiriera siquiera vagamente una ciudad. La primera se había desvanecido hacía mucho. Él siguió mirando de aquí para allá, como si algo revoloteara fuera del cristal.

—Lo que quiero decir es que ellos fueron los gérmenes.

—¿Los gérmenes?

—Eso mismo. Ellos lo trajeron.

—Se refiere a los niños.

—Sí. Los niños… y sus padres. Era esa familia.

El hombre suspiró de repente, entonces se cubrió la boca como si su aliento apestara.

—Fue al día siguiente.

El hombre continuó su historia.

—El día después de encontrarme con los niños limpiando. Me levanté aquel día y mi familia había desaparecido.

»Verá, tengo hijos. O debería decir que solía tenerlos. Mi hija tenía once y mi hijo nueve. Vivíamos en una pequeña casa, y cada mañana me levantaba para discutir por encima de la TV con el olor a sopa de miso hirviendo del desayuno. Pero esa mañana, todo estaba extrañamente tranquilo. Algo iba mal.

»Tras un rato, noté a alguien moviéndose fuera. Entonces escuché las voces de mi familia.

»Salí a la puerta principal.

»Todas las familias del vecindario, las mujeres y los niños, sobre todo, ya que apenas vi hombres, estaban fuera limpiando los canalones y frotando la calle. Pulían los muros de cemento, y algunos incluso pulían los clavos de sus casas.

»Era muy raro.

»Sabía que una vez al mes, el primer día, creo, todas las mujeres del vecindario se juntaban para barrer los canalones. ¿Pero que todas las familias de la ciudad se saltaran el desayuno y se zambulleran en un frenesí de limpieza, incluyendo los paneles de madera? No me diga que eso es normal.

»—¿Qué haces? —le pregunté a mi hija.

»Ella me miró como si estuviera aturdida.

»—¿Qué?

»—Ya veo que estás limpiando. ¿Pero por qué ahora? ¿Has desayunado?

»Mi hija me miró serenamente durante un segundo, después sacudió la cabeza.

»—¡Entonces qué te crees que estás haciendo! ¿Es qué nadie va a hacer el desayuno?

»—Pero esto es más importante.

»Sonrió de repente. Exactamente como aquellos chicos.

»—¿Quién te ha dicho que hagas esto?

»—Nadie —dijo, sacudiendo despacio la cabeza.

»—¿Entonces qué…? —No pude seguir.

»Miré a mí alrededor, sintiéndome extrañamente inquieto. Lejos, al final de la esquina, aquellos chicos estaban ayudando a algunos de nuestros vecinos. Un hombre y una mujer estaban con ellos, aparentemente sus padres. La pareja era muy delgada, pero trabajaba con una energía asombrosa.

»—¿Esa gente te ha dicho que hagas esto?

»—No… o —Mi hija sacudió de nuevo la cabeza.

»—¿Entonces por qué lo haces?

»—Es algo bueno.

»—¡No me importa si es bueno o no! Hay un momento para todo. ¡Trae a tu madre y a tu hermano, rápido!

»Mi hija fue hasta donde su madre estaba trabajando, y ambas hablaron durante un rato con mi hijo. Entonces los tres me miraron con expresión compasiva en sus rostros. Eso era. Era aquella expresión. La misma expresión de aquel chico que me encontré en mitad de la noche, la misma que sus hermanos y hermanas en la calle la mañana siguiente. Es la expresión que utilizan cuando nos miran».

Dijo esto último con rabia. Agarró de un tirón la petaca y se bebió de un trago el whisky que quedaba. Cuando terminó, una mano peluda que apestaba a sudor pasó por encima de mi hombro y le alcanzó otra botella. Un hombre fornido estaba inclinado por detrás de mi asiento. Algo en él me recordó a mi acompañante. Asintió hacia mí y miré alrededor del vagón.

Había más de una docena de pasajeros, y la mayoría de los que estaban sentados cerca se mostraban claramente interesados por la historia del hombre, inclinados sobre el pasillo para escuchar.

Muchos eran hombres en la flor de la vida, pero un grupo de mujeres estaban apiñadas en una esquina del vagón.

—No se enfrentaron a mí directamente —dijo el hombre—. Quiero decir, mi familia. Al menos en apariencia, se dirigieron sumisos hacia la casa, hicieron la sopa, y se sentaron alrededor de la mesa, como siempre.

»Pero algo había cambiado. Mis hijos no pusieron la televisión. Cuando la encendí se limitaron a sonreírme sin echarle un vistazo.

»—¿Qué problema hay? —pregunté.

»¿Y por qué no la habían encendido? Aquellos eran los mismos niños que siempre peleaban como salvajes para decidir qué canal

poner. Mi mujer y yo teníamos que gritarles para que pararan.

»—¿Qué problema hay? —insistí de nuevo. Pero mis hijos, incluso mi mujer, tan solo sonrieron. La misma mirada compasiva. Y mis hijos, que siempre devoraban la comida, apenas la habían probado.

»—¿Estáis enfermos? ¿Estáis enfadados conmigo por algo?

»Se miraron y volvieron a sonreír a la vez, mientras negaban con la cabeza al unísono. Te puedes imaginar lo enfurecido que estaba. Era como si por la noche mi familia se hubiera convertido en gente de otra dimensión, en alienígenas. Era la única forma de explicarlo.

»—¡Está bien! ¡Lo pillo! ¡Así que no queréis hablar! ¡Estupendo, me marcho!

»Me puse de pie. Me golpeé la rodilla con el canto de la mesa con tanta fuerza que volqué la sopa y los vasos de leche salieron volando.

»No dijeron ni una palabra. Se limitaron a limpiar en silencio el desastre con unos paños de cocina.

»Fuera todavía había familias trabajando con sonrisas en la cara. Hirviendo de rabia, avancé a grandes zancadas a través de la ciudad enfermizamente limpia hasta la estación. Me sentía como si mi cuerpo estuviera lleno de sucios desperdicios, supurando con mi sudor. Aquello me enfureció todavía más».

El hombre se bebió el whisky de un trago. Una pátina de sudor aceitoso le cubría mientras el alcohol que corría por su cuerpo supuraba realmente por sus poros.

—Todavía estaba enfadado cuando llegué a la oficina. No vi ninguna razón para comentar aquello con mis colegas; ¿quién me hubiera creído? Si hubiera habido alguien de mi ciudad, quizá habría dicho algo al respecto.

»Pero cuando me preparaba para marcharme aquella noche, un tipo que vivía en la ciudad vecina me paró.

»—Son solo suposiciones —dijo—, pero esa… familia *inusual*, ¿*se* ha dejado ver en tu ciudad?

»—¡También en la tuya!

»—Así es.

»—¿Y todo el mundo en tu ciudad también empezó a actuar como si estuvieran locos?

»—Sí. —Suspiró profundamente, y entonces, esto es lo que dijo:

»—Esa familia no es humana. No puedo creer que sean humanos. —Miró alrededor como si estuviera asustado—. Ni siquiera creo que estén vivos.

»—Yo sé que estoy vivo —continuó—. Mi vida quizá sea un desastre, pero por lo menos estoy vivo, de eso no hay duda. Pero ellos, ellos y la gente a la que han influenciado, los vecinos, mi familia,

todos ellos. No puedo creer que estén vivos.

»—Yo no iría tan lejos.

»—Tú solo espera y verás. —Me miró con ojos torturados—. No duermen ¿lo sabías? Tampoco comen. Así que por supuesto no mean. Ni siquiera sudan. No se enfadan. No discuten. Lo único que hacen es sonreír.

»—Qué va, eso no puede ser verdad.

»—Lo es.

»Continuamos nuestra conversación en un puesto ambulante de pollo *yakitori*, hablando mientras nos metíamos la comida en la boca. La ciudad de mi amigo había sido afectada unos pocos días antes que la mía, pero parecía que nuestras experiencias eran las mismas.

»—Hace un momento has dicho algo…

»—¿Que no son humanos?

»—Sí, eso. Que ellos no duermen, no comen. ¿Estás seguro de eso?

»Asintió.

»—Es lo único que pude sacar en claro. ¿Acaso no lo has dicho tú mismo? Ese chiquillo seguía pareciendo fresco a la mañana siguiente, ¿no? Cuando empezaron a acercarse a mi familia, regañé a mi mujer, igual que tú. "¿Quiénes son?", pregunté. "¿Cómo puedes decir que son tan buenos? Sus hijos no van a la escuela; ellos no van al trabajo". Primero mi mujer dijo que era porque se acaban de mudar. Ni siquiera sabía dónde vivían, pero aun así se ponía de su lado.

»Después de un tiempo su mujer, igual que la mía, dejó de contestar. No importaba lo que dijera, ella le dedicaba esa mirada compasiva. Finalmente decidió seguirle la pista a la extraña familia, y lo hizo un sábado por la noche, hasta la mañana siguiente.

»No durmieron ni una sola vez. Caminaban por toda la ciudad, recogiendo basura. Se quedaban parados en silencio delante de los tíos que trataban de mear en la calle. A veces incluso se quedaban de pie delante de las ventanas de otros vecinos. Se ponían a escuchar a hurtadillas lo que ocurría dentro.

»Por supuesto, cuando mi amigo vio todo esto se puso tan furioso como puede usted suponer. Empezó a echarles la bronca, allí mismo, pero ellos simplemente se volvieron hacia él con aquellos ojos translúcidos, unos ojos en los que parecía haber una luz procedente de las profundidades que se escondían tras ellos; y no pudo seguir. Le abrumó la sensación de que su cuerpo estaba repleto de apestosos deshechos. Después de aquello siguió viviendo día tras día, contemplando con ojos hundidos por la fatiga, sin acabar de creerlo, cómo la familia empezaba sus rondas de nuevo cada mañana, con la mirada clara, ayudando en la gran limpieza, sin echarse nunca a

dormir, sin probar nunca un solo bocado. Simplemente vigilándolos, ardiendo de rabia todo el tiempo a causa de la sensación de impureza en su interior.

»Aquella noche, mi amigo y yo fuimos a la ciudad».

El hombre rio incómodamente mientras fijaba su mirada en la oscuridad más allá de la ventana del tren. Lejos, muy lejos, otra ciudad brillaba con suavidad flotando en la negrura.

—Si alguien sigue viviendo todavía ahí, probablemente estarán tan furiosos como lo estábamos nosotros. Tragamos el sake, lo vomitamos, deambulamos de bar en bar buscando las mujeres más baratas. Les pedimos a gritos hacerlo allí mismo, en la calle. Metimos nuestras manos por sus escotes, éramos demasiado incluso para aquellas elegantes señoritas, nos echaron a la calle y nos fuimos haciendo eses cubiertos de barro.

Rio secamente.

—Quizá usted piense que fue una gilipollez. Un par de gamberros demasiado creciditos. Bueno, yo no diría que mi amigo y yo seamos exactamente caballeros. Pero déjeme que le diga algo, nunca antes habíamos estado tan enfadados en toda nuestra vida. Tal y cómo nos sentimos aquella noche, no teníamos elección. Y después de un rato, empezamos a disfrutar con que la gente nos viera de aquella forma.

»No sé qué hora era cuando llegué a casa. Tras golpear las persianas y aporrear la puerta, conseguí entrar, y lo primero que hice fue golpear directamente a mi mujer. Se quedó simplemente allí, tendida en el suelo, como una muñeca. Pero miraba hacia las persianas. Fue entonces cuando noté que sus ojos brillaban suavemente en la oscuridad. Y al mismo tiempo noté, o quizá debería decir sentí, que había alguien fuera. Abrí las persianas de un tirón. Y *los* vi. La familia al completo, incluso los niños, allí de pie. La pandilla entera mirando hacía mi rostro lívido con sus ojos resplandecientes.

»El padre, frío como un témpano, hizo señas a los niños con los ojos. “Bueno, ¿nos vamos?”. Y se abrieron paso a través de nuestro pequeño jardín de césped con pisadas silenciosas. Estaba sin habla. Los vi entrar en el jardín de otra casa y colocarse en fila delante de las puertas correderas. Segundos más tarde, las puertas se abrieron de golpe y una sombra salió balanceándose. Un destello, algo brilló en la oscuridad, y me di cuenta de que se trataba del reflejo de un cuchillo que el tipo blandía ante él. Todo lo que pude hacer fue mirar.

»Verá, el dueño de aquella casa en concreto era una especie de gánster, y los vecinos siempre lo evitábamos. Estaba borracho, borracho y furioso, gruñía como un animal mientras empuñaba el cuchillo con mango de madera. La hoja se hundió en el pecho del

padre, después en el brazo de la madre, un segundo corte en el cuello del marido, otro en el de ella, y finalmente los tres niños. Les dio tajos y machetazos, para después, de pie y aturdido, ponerse a llorar, o quizá a gemir.

»Después de todo, no eran humanos.

»No fue sangre lo que brotó de sus enormes heridas en las mejillas, brazos, pechos y piernas. Era una luz cegadora. No había ningún órgano latiendo. Tan solo aberturas en una cavidad vacía.

»El hombre lloriqueó, dejando caer el cuchillo sin sangre, *limpio*, junto a él.

»Los niños, con sus brillantes heridas y ojos claros, miraron al hombre. Miraron las lágrimas y los mocos cayendo de sus ojos y nariz. Miraron su cuerpo desnudo y el miembro apergaminado entre sus muslos. Miraron el sudor cubriendo su cuerpo, sus piernas fofas. Miraron. Y sus padres, sus heridas irradiando luz, miraron con la misma serenidad en sus rostros, con una expresión que parecía decir: "Por favor, traed felicidad a este pobre hombre".

»Una multitud cada vez mayor se estaba reuniendo en la calle. Antes de darme cuenta, caminaba en medio de la gente, todavía descalzo.

»Entonces, una mujer se acercó en silencio al hombre que lloraba.

»—Querido —dijo—. Querido, ya te lo dije. ¿Por qué luchas contra ellos?

»Era la esposa del gánster. Era una chica seria, mucho más joven que él, y él siempre estaba pegándole. Cuando iba a comprar, caminaba cerca de los muros, con la mirada baja para esconder los moratones bajo sus ojos.

»Pero ahora la mujer alzó la cabeza, y con la mirada de todos sobre ella, puso la mano en el hombro de su marido.

»—¡Cállate! —espetó él, y apartó la mano con un golpe.

»—Por favor. Volvamos dentro.

»—¡Cállate! ¡Quién te crees que eres!

»Todavía blandiendo el cuchillo, se puso a llorar, con un sordo gemido.

»—Está bien —dijo ella suavemente—. Vamos. No pasa nada si me apuñalas. Por favor, no pasa nada. Clávamelo, si eso te hace sentir mejor.

»E1 cuchillo tembló, se estremeció, a menos de una pulgada del pecho de su mujer.

»Finalmente, ella puso con suavidad una mano sobre el cuchillo y miró a la radiante familia.

»E1 padre asintió levemente.

»La mujer apartó el cuchillo, pero el hombre no se resistió. Tan solo la miraba. Ella cogió la cuchilla blanca y con suavidad cortó sus muñecas. Los cortes abrieron sus bocas como si fueran lentes, y desde su profundo interior brotó una brillante luz blanca…».

El hombre suspiró profundamente.

El tren seguía rodando.

La ciudad resplandeciente había quedado atrás y una profunda oscuridad se extendía en el exterior a cada lado del tren.

—¿Qué ocurrió después? —pregunté.

—Un murmullo silencioso se extendió a través de la multitud —dijo—. Desde la maraña de gente otra mujer salió a recoger el cuchillo y cortó. Esta vez su propio cuello… Y de nuevo irradió luz. El cuchillo pasó de mano a mano, y ancianos, niños, sus madres, unos tras otros, empezaron todos a abrir cortes en su piel.

»Siguió y siguió, solemnemente, como una ceremonia. Al final, casi dos tercios de la ciudad se habían convertido en una familia de luz, reunidos en el lado opuesto de la calle. Como en la escena de un antiguo western, se encaraban con nuestro grupo de sombras negras.

»Por supuesto, mi mujer y mi hijo estaban con la luz.

»A1 frente de Su grupo estaba la familia radiante. Más enervante que el resto. Finalmente, el padre, con una voz que era… que quizá se podría decir que inspiraba sobrecogimiento, o que era de alguna forma teatral, nos llamó.

»—No hay nada que temer —dijo—. No hay motivo para desesperarse porque no podáis ser como nosotros. No, venid con vuestras familias y vivid como siempre lo habéis hecho. Lo impuro vive en vuestros cuerpos e impide que os unáis a nosotros. Pero el amor de vuestras mujeres e hijos os limpiará.

»E1 hombre extendió los brazos.

»—Venid, amigos, hagamos un llamamiento. Por nuestros amados maridos, nuestros amados padres, nuestros amados hijos y esas pobres e infortunadas mujeres…

»Pero nosotros dimos la espalda a los gritos que surgían de sus bocas. Quizá hubo algunos de nosotros que les escucharan. Pero la mayoría de los hombres, y el puñado de “desafortunadas” mujeres, mujeres sencillas que hedían a carne humana, se dieron la vuelta y abandonaron la ciudad.

—¿Ahora lo entiendes? —exigió—. ¿Sabes ahora lo que son esas ciudades brillantes?

—¿Las ciudades de la familia de luz? —aventuré.

—Sí. Ciudades enteras brillando con la luz de sus cuerpos.

—¡Pero qué demonios están haciendo! —dije. —No trabajan, no

comen, no duermen, no juegan juntos, para qué maldito propósito viven…

—¿Así que también a usted le molesta? —El hombre soltó una carcajada. Sonrió, chorreando sudor por sus poros, exponiendo sus rosadas encías. —Entonces no es usted uno de ellos, después de todo. Este tren es para gente de carne. La familia de luz y la familia de carne han construido sus ciudades ahí fuera, y este tren conecta las ciudades de la carne. Estamos en minoría, así que tenemos que apoyarnos, solidaridad siempre. No es fácil para gente como nosotros, rellena de órganos, empaquetados y enrollados como serpientes.

Se volvió a reír.

—Llegaremos en cualquier momento. ¿Por qué no se baja usted también? Podemos sacarle un pasaporte en la estación.

El hombre metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta y sacó su pasaporte. Lo abrió ante mí.

La fotografía no era de su rostro, sino de lo que parecía ser su estómago, que se removía y retorcía sobre la página. Era una fotografía de órganos vivientes.

—¿Qué le parece? —preguntó—. Esta es la cicatriz.

El hombre se subió la camisa y me enseñó una línea de puntos que cruzaban su abdomen.

—Duele cuando cortas atravesando la piel —dijo—. Pero el dolor es el orgullo de la gente de carne.

Publicado originalmente en
Shukan Shosetsu, 3 de mayo de 1976

Me desharé de tu pesar

Mayumura Taku

No sé dónde puedes comprar uno, pero el mío lo encontré en una vieja tienda destartalada. El curioso objeto parecía un *won-ton* chino azulado puesto en el interior de una caja de plástico.

—Disculpe, ¿qué es esto? —pregunté a la anciana de la tienda.

—Bueno, pues en realidad no lo sé, pero viene con instrucciones.

—¿Se refiere a este trozo de papel? Pero está doblado y sellado, por lo que no puedo leerlo.

—Lo sé. Yo tampoco puedo leerlo. Tendría que abrirlo antes. Aunque no puedo. Después de todo *está* a la venta —respondió.

Nunca había visto un objeto como aquel, así que lo compré por curiosidad. Era muy barato.

Tan pronto como llegué a casa, saqué el extraño objeto de la caja y rompí el sello de las instrucciones, que decían: «Este es tu regalo. Sujétalo cuando te sientas ansioso o muy enfadado, o cuando estés terriblemente avergonzado. Te sentirás mucho mejor. Te lo puedes llevar al trabajo en el bolsillo…». Estuve a punto de gritar de la sorpresa. De ser cierto, sería una buena historia. Continué leyendo el resto: «Empléalo únicamente cuando las circunstancias sean especialmente malas, porque solo es efectivo tres veces. *No* lo utilices una cuarta vez. Si olvidas esta advertencia, te ocurrirá una desgracia. Después de utilizarlo tres veces, por favor, deshazte de él».

Parecía un cuento de hadas. Me gustan este tipo de historias, incluso cuando solo son una fantasía. Me lo llevaría, cierto o no. Aunque no soy de ese tipo de personas desafortunadas que destruyen su vida por enfados momentáneos.

En cualquier caso, la oportunidad de probarlo se presentó antes de lo que esperaba. En mi oficina, mi superior me culpó por algo, aunque yo era completamente inocente. Estaba enfadado y me justifiqué a voz en grito, pero me sentí todavía más furioso cuando él aceptó mis explicaciones.

—No tiene ningún motivo para culparme —continué sin pausa—. Usted la tiene tomada conmigo.

Mi jefe acabó muy irritado tras mi discurso. Pensó unos instantes en lo que se había dicho, y todavía se molestó más. No me importó lo más mínimo que estuviera enfadado. Estaba a punto de decirle lo que pensaba, pero entonces me acordé del extraño objeto en mi bolsillo.

Lo palpé con los dedos y lo agarré con fuerza. Sentí una conmoción momentánea. Cerré los ojos y exhalé profundamente. Entonces mi entorno empezó a parecer ligeramente diferente.

Un hombre de mediana edad estaba sentado frente a mí. Era marido y padre de familia. Los delicados muebles de la oficina eran todo lo que había a mi alrededor. Yo era un simple empleado, igual que muchos otros que trabajan para ganarse la vida. Era natural que estuviera molesto por mis duras palabras. ¿Qué ganábamos enfrentándonos? Me disculpé e hice una profunda reverencia.

—Está bien, no se preocupe. Es normal que se haya enfadado. La culpa ha sido mía —me dijo con una sonrisa.

Salí del despacho con el mejor de los ánimos. Me di cuenta de que nunca me había sentido tan bien. El extraño objeto de mi bolsillo parecía haber solucionado el problema. Tras varios meses todo fue con tranquilidad. Nunca antes había tenido una vida tan confortable y fructífera. Pero mi estado de ánimo jovial se rebeló de nuevo.

Una mañana salí de casa algo tarde, no iba a llegar a tiempo a la oficina a menos que me diera prisa. Apuré el paso hacia la estación con la esperanza de que el tren no se retrasara. A menudo me sentía molesto con esta línea de tren ya que sus trenes solían demorarse. Tal y como sospechaba, el tren no llegó puntual. Estaba impaciente, preocupado por llegar tarde y recibir una evaluación negativa en la oficina. Mientras el tren frenaba en la plataforma, me lancé al conductor repleto de quejas y protestas. Entonces apreté el extraño objeto de mi bolsillo con el mismo curioso resultado. Me calmé y me sentí muy satisfecho cuando me ofreció un justificante de que el tren había llegado tarde. Salí de la estación hacia mi oficina con la sensación de que podría coexistir felizmente con todo el mundo a mí alrededor.

La tercera vez que utilicé el objeto fue cuando fui a ver una exposición de arte con mi amigo. No podía evitar reírme de él mientras analizaba como un necio una serie de pinturas oscuras.

—Los propios pintores no entienden estas obras. ¡Es muy gracioso que trates de explicarlas!

Me miró sorprendido.

—Creía que tenías más sentido de la estética —farfulló—, pero…

Aquello me enfadó, así que repliqué:

—Tengo un montón de sentido de la estética —contesté—, pero no pretendo apreciar lo que no entiendo.

—Ese no eres tú —dijo—. No me hables como un estúpido charlatán.

En vez de responder, estrujé aquel extraño objeto. No quería fastidiarla con mi amigo. Noté el mismo temblor inesperado, y entonces abrí los ojos en blanco.

Los inútiles rectángulos coloreados con mal gusto colgaban en una hilera. No tenían nada que ver con la vida real. La gente deambulaba, alimentando su vanidad. Mi amigo era uno de ellos. Yo no debería estar en un lugar tan falso como aquel. Le dije que me quería ir, pero no contestó. Estaba arrepentido por haberle hecho sentir mal, pero pensé que recuperaría su ánimo después de disfrutar de una copa. Tampoco parecía estar tan enfadado. Me marché a casa, sin detenerme en ningún sitio.

Cuando llegué a casa, saqué el extraño objeto de mi bolsillo y lo examiné. Ya lo había utilizado tres veces y ahora tenía que deshacerme de él. Aquella cosa curiosa que descansaba en la palma de mi mano tenía la misma pinta que cuando la había visto por primera vez. Decidí quedármela en vez de tirarla. Había confiado en ella para lidiar con mi vida diaria. Me la quedé.

«*No* lo utilices una cuarta vez. Si olvidas esta advertencia, te ocurrirá una desgracia».

La advertencia empezó a influirme de manera sutil. No sabía por qué lo llevaba conmigo, aunque no tenía intención de usarlo de nuevo. No estaba enfadado, ni molesto por nada, pero a veces metía sin pensar mi mano en el bolsillo intentando cogerlo.

No. ¡No!

¡No debo cogerlo! Me pasará algo terrible, algo fatal. Quién sabe el qué. De todas formas el objeto es tan poderoso que puede ayudarme, sea lo que sea que ocurra.

La ambivalencia empezó a afectar mi comportamiento. Estaba seguro de que alguien se daría cuenta. Sabía que tenía que tirarlo, pero, cada vez que lo intentaba, un fuerte apego me impedía actuar con resolución, como justificándome por mi indecisión.

Pero al fin llegó el momento crucial. Mis grandes esfuerzos a favor de la compañía fueron ignorados y fui descartado para una promoción.

De pie ante el listado de los ascensos en el tablón de anuncios, me descubrí repentinamente agarrando con fuerza el objeto con el puño.

Sentí como si algo estuviera siendo drenado de mi cuerpo… Fluía

con calma y lentitud… Me quedé allí, inmóvil…

Al fin y al cabo, no sé quién hizo esta cosa, ni por qué estaba a la venta. No necesito saber el motivo, y no necesito seguir usándolo. No me ocurrió ninguna desgracia. A partir de aquel día, después de agarrar el objeto una cuarta vez, todo ha ido mucho mejor. Me trajo verdadera felicidad. Nunca estoy descontento o molesto por nada. He aprendido que la vida requiere grandes dosis de paciencia. Ahora soy considerado como un empleado modelo. Nunca falto ni llego tarde a la oficina, incluso aunque haya algún problema en casa. Me agrada cumplir cualquier orden que me dé mi superior, sin importar la dificultad. Nunca soy desobediente. Puedo aceptar las consecuencias. Estoy más preocupado por el bienestar de la compañía que por los ascensos. Un individuo no debe estar por encima de la compañía.

Así que… ¿Qué ocurrió cuando lo apreté en la mano por cuarta vez? ¿Dónde estaba la desgracia? Nunca me he sentido tan feliz como ahora. Si encuentras uno de estos en una tienda, harás bien en guardártelo en el bolsillo. ¡No lo dudes!

Publicado originalmente en *Uchujin*
(*Polvo cósmico*) 57, julio de 1962

El sendero hacia el mar

Ishikawa Takashi

«¡Debo ponerme en marcha para ver el mar!».

El chico estaba decidido. Y siendo la clase de chico que era, ni hondas ni flechas podían pararle una vez que había tomado una resolución. Sin decir nada a sus padres, se marchó de casa.

¿Hacia dónde quedaba el mar? No lo sabía. Pero tomara la dirección que tomara, si caminaba recto, su destino sería, tarde o temprano, el mar. Esta era la sabiduría de un niño que acababa de cumplir seis años.

Nunca había visto el mar excepto en las fotografías de sus libros.

… repleto de agua azul por todas paites, el océano se extiende sin fin. Y en él, ¡hay una ballena! Y un tiburón, ¡gaviotas! Una sirena y un pulpo. Algas marinas, corales, y ¡un dique! Y aquí y allá, y más allá y otra vez aquí, enormes transportes flotantes llamados barcos, ¡y ese es un barco-calavera con piratas tatuados dirigiéndolo! Y el horizonte más allá del mar, agua, agua, nada más, todo lo que alcanzas a ver es agua. ¿Hay algo en el mundo que se parezca a tal espectáculo…?

Su mente no podía concebir tal extensión de agua.

A la deriva en un cielo y un mar azules soñados, el chico seguía su ardua marcha con resolución.

Al final del pueblo, se encontró con un anciano. El hombre siempre se sentaba allá, junto al sendero, y observaba el cielo: estaba un poco loco.

—¡Eh, chico! —graznó el anciano—. ¿Adónde vas?

—Al mar —respondió el chico, y siguió su camino.

—¿Al mar? —El viejo abrió su boca desdentada y soltó una carcajada—. ¡Esa sí que es buena!

Agarró al niño por el brazo y lo detuvo.

—¿Vas al mar? De acuerdo. Tan solo tienes que ir primero al paraíso.

Con un dedo huesudo que temblaba sin control, apuntó al cielo.

—¡Está justo ahí, encima de tu cabeza!

En el despejado cielo azul no había nada más que el sol, que brillaba con intensidad.

El chico no dijo nada. Se deshizo de la garra del anciano y se alejó a buen ritmo, frunció los labios y chasqueó la lengua.

«Está demasiado viejo, su cabeza está hecha un lío tremendo».

No tardó en llegar a una pequeña colina. De pie en la cima, observó todo a su alrededor, pero no había ni rastro del mar. Se acuclilló y comió algo mientras miraba el movimiento gradual de las sombras proyectadas en el suelo por el lento transcurso del sol.

Más allá de la llanura había colinas en la distancia y justo entonces el sol empezaba a inclinarse en aquella dirección. «El sol se hunde en el mar», era lo que había oído decir. «¡Veamos qué hay al otro lado!».

Enderezó la espalda, apretó los labios, fijó la mirada en las lejanas cumbres y empezó a caminar.

Más allá de las montañas todavía había más montañas. Más allá de aquellas montañas se abría una llanura. Al final de la extensa planicie, otra fila de colinas distantes le plantaba cara.

El chico siguió su marcha en soledad. Ni ciudades, ni pueblos, ni personas, ni seres vivos se cruzaron en su camino.

Sus suministros de comida y agua empezaban a agotarse.

No entendía cómo el mar podía estar tan lejos.

Siguió adelante. ¿Cuántas veces durmió en el suelo? No importaba. Cuando dormía y al caminar, tenía siempre visiones del mar.

Se convirtió en todas las formas del mar. A veces era un pez, otras un pirata, en otras ocasiones era un puerto, luego una embarcación que navegaba empujada por el viento. Siempre cambiaba de una forma a otra. Y ahora *un buque zarandeado por la tormenta, sumergido en espuma, herido por relámpagos, sacudido por los truenos, a punto de hundirse.*

Las piernas del chico han dejado de andar hace un rato. Dos lunas arrojan luz sobre una silueta inmóvil, pequeña, estirada sobre la tierra cobriza del desierto.

El traje espacial tiene una capacidad de doscientas horas antes de dejar de funcionar por completo.

El chico tenía una leve sonrisa dibujada en el rostro cuando cesó su respiración. Bajo el cielo nocturno de Marte yace de cara a una estrella azul que flota en la bóveda celeste, la Tierra.

El mar estaba allí, pero nunca pudo alcanzarlo.

Ya nadie vuelve a aquel lugar.

Publicado originalmente en *Mahotsukai no Natsu*
(*El verano del hechicero: relatos*), 1970, Hayakawa Shobō

¿Adónde vuelan ahora los pájaros?

Yamano Kōichi

Nota: Animo al lector a reorganizar las secciones de la A a la L como crea conveniente.

El autor

1. Sobre los pájaros

Durante mucho tiempo no me interesaron los pájaros. Si los pájaros volaban casualmente frente a mí, no me importaba demasiado. Tengo la impresión de que incluso antes de haberlo notado, los pájaros habían volado delante de mí un montón de veces. En tales ocasiones me limitaba a pensar «un pájaro ha levantado el vuelo». Sin duda hubo ocasiones en las que no me di ni cuenta de que eran pájaros. Tan solo noté que algún objeto sin importancia pasaba ante mí.

Hubo una sola ocasión en la que mostré algo de interés por los pájaros. Caminaba por la calle con un amigo. Un pájaro voló justo por delante mientras charlábamos y dije:

—¡Mira, es un pájaro!

—¿Dónde? —respondió mi compañero.

Lo más seguro es que le diera menos importancia a los pájaros que yo.

2. Los acontecimientos de cierta noche

Paseaba con Noriko sin ningún rumbo en particular. Era un atardecer tonificante y fresco y no nos sentíamos cansados ni una pizca, incluso teniendo en cuenta que llevábamos caminado dos horas. Los camiones

surcaban la autopista, sus faros iluminando los árboles de las aceras. Nos dimos la vuelta para subir por una carretera y terminamos en una elevación, en medio de un silencioso distrito residencial desde el cual teníamos una vista panorámica de la ciudad.

Parecía haber un riachuelo fluyendo bajo el risco, pero no había luces, por lo que no podíamos estar seguros. Las luces de la ciudad, para nuestra sorpresa, eran escasas, tan solo el centro brillaba colorido. El perímetro estaba rodeado por una vasta oscuridad.

Mientras Noriko y yo estábamos allí de pie, disfrutando del panorama, un pájaro echó a volar.

—Ahí va un pájaro —dije.

—¿Dónde?

Apunté hacia unas sombras cercanas.

—Está demasiado oscuro para verlo —dijo Noriko.

Era cierto, tan pronto como lo dije, me di cuenta de que no había ninguna luz que pudiera iluminar al pájaro que había echado a volar. No debería haberlo visto ni aunque hubiera estado justo delante de mí.

En ese momento me di cuenta por primera vez de la singular existencia de los pájaros.

—¿Los pájaros suelen volar a menudo delante de las personas?

Noriko meneó la cabeza como si no hubiera entendido la pregunta.

—Por ejemplo, los gatos. Los gatos cruzan delante de la gente constantemente.

—Supongo que sí.

—Los perros igual. Los perros y los gatos reaccionan cuando se acerca alguien.

Noriko asintió.

—¿Y los pájaros?

—No me había fijado en ello.

—Por ejemplo las golondrinas, a veces vuelan delante de la gente. Las golondrinas construyen sus nidos bajo los aleros y vuelan alrededor de los edificios. No les importa. Pero los gorriones alzan el vuelo y huyen cuando se acercan personas. Escapan a tejados o cables de teléfono. Las palomas no se asustan de los humanos, pero no vuelan bajo.

—¿Y?

—¿Y, qué?

—¿Y qué pasa?

—¡Qué pasa! En otras palabras, ¡las golondrinas son los únicos pájaros que vuelan delante de la gente! No sueles ver otro tipo de pájaro en la calle, ¿no?

—Si tú lo dices —respondió Noriko

—Pero quizá incluso ni las golondrinas vuelen tan a menudo en las narices de la gente —insistí.

—Supongo que no.

Empezamos a caminar de nuevo. Noriko no estaba interesada en la conversación. Campos y casas se alternaban a lo largo del camino que descendía con suavidad desde la colina. Noriko observó cada casa, una a una, y se puso a criticar seriamente la mediocre arquitectura.

—¿Qué es eso?

Me llevó hasta una vieja casa rodeada por una cerca de madera con pequeños postes. Una nota estaba clavada en uno de ellos.

PROPIEDAD SUJETA A LITIGIO ENTRE SATA GONZAEMON,
INVERSOR, E ISHIGURO SANPEI, ARQUITECTO. EL VANDALISMO,
LA
EDIFICACIÓN O EL ACCESO ESTÁN ESTRICTAMENTE PROHIBIDOS.

—Menudo desperdicio —dijo Noriko—. La gente podría vivir aquí.

Cruzó la verja.

—¡Dice que el acceso está prohibido!

—Nadie está mirando.

Noriko abrió la puerta de entrada. Para nuestra sorpresa, no estaba cerrada con llave; podíamos entrar con facilidad. Dentro no había tatami, ni mueble alguno. Tan solo una ventana de guillotina silueteada contra la escasa luz que le daba a la casa un curioso aire de estar habitada.

—Da miedo.

—Entonces puedes marcharte.

—Pero es interesante —añadió, mientras daba un paso en el interior de la primera habitación. El suelo crujió y los postes de la casa temblaron como respuesta. Debió de ser entonces cuando Noriko vio algo, ya que de pronto gritó.

Algo sonó como respuesta:

—¡Uoh!

¡Una voz!

—¡Aaah!

—¡Uoh!

—¡Hay alguien aquí dentro!

—¡Uoh!

Noriko se echó sobre mí, y yo también retrocedí.

—¿Quién anda ahí?

—¡Uoh! Incluso si te lo digo, ¿qué puedes aprender de un nombre? Para ti solo soy un extraño.

Apareció un hombre en una esquina de la habitación.

—¿Por qué nos asustas?

—Habéis sido vosotros los que me habéis asustado, con ella gritando de esa manera.

—¿No has dicho «uoh»?

—Estaba sorprendido.

—Te sorprendiste durante un buen rato.

—El último «uoh» se me escapó.

Noriko recuperó la compostura.

—Este hombre habla raro, como tú —dijo.

—¿Dices que soy como él?

El hombre se acercó y miró a Noriko a los ojos.

—¡Aaah!

—¡Uoh! —contestó.

El hombre sacudió la cabeza e hizo un gesto como si escuchara algo. El sonido de una sirena que nos había pasado desapercibido por la conmoción se escuchaba ahora con claridad. Corrió hacia la ventana, volvió y empezó a buscar sus cosas por el suelo.

—Vamos a tener cierta compañía ajena gracias a tu joven señora y su griterío. Esto se pondrá interesante.

Mientras hablaba, sostenía una pistola en la mano. La sirena del coche patrulla se aproximó y se detuvo. Las luces brillaban entre las persianas. El hombre rompió el cristal con la pistola y de inmediato disparó a las luces. Entre los gritos de los policías, el motor del coche se puso en marcha y se alejó.

—Tengo otra pistola —dijo el hombre mientras miraba por la ventana con el arma lista—. ¿Queréis probar?

Tiré de la mano de Noriko sin responder y emprendimos la huida hacia la puerta principal. Ya llegábamos cuando se desató un tiroteo en el exterior. Habríamos muerto de haber salido justo en aquel momento. Decidimos observar cómo se desarrollaba aquello encogidos junto a la puerta. Tras un largo intercambio de disparos, apareció un segundo coche patrulla. Siguieron llegando refuerzos sumando sus sirenas al ruido del lugar.

La policía cambio de táctica. El tiroteo se detuvo y una voz gritó a través de un megáfono.

—¡Estáis rodeados! Tirad vuestras armas y salid despacio.

Noriko y yo abrimos la puerta y salimos a las luces.

—¡Somos inocentes! ¡No disparen!

Chillamos y corrimos en dirección opuesta al minibús blindado hacia el que había estado disparando el hombre y escapamos desarmados tras la línea de coches patrulla.

De vez en cuando la policía gritaba por el megáfono, y de vez en

cuando el hombre disparaba como respuesta. Un grupo de agentes rodearon la casa por la parte trasera, y los que estaban delante detuvieron el fuego.

Pero en aquel instante hubo un destello, y todo el tejado de la casa estalló en llamas. Insté a Noriko a seguir y nos perdimos entre los transeúntes mientras los agentes seguían distraídos por la explosión. Huimos lo más deprisa que pudimos del lugar. Mirando por encima del hombro mientras corría, vi que surgían de la casa vacía llamas rojas como remolinos recortados contra el cielo negro.

En aquel instante, un pájaro cruzó de nuevo ante mis ojos.

A. El vuelo de los pájaros

El día después de los acontecimientos en la casa vacía, vi que no aparecía ninguna noticia en los periódicos. Tampoco Noriko parecía recordar nada.

—¿Y qué hiciste anoche? —pregunté.

—Fuimos a dar un paseo, ¿no?

—Correcto. Y fuimos a una casa vacía.

—No, no estuvimos en ninguna casa vacía.

—¿No recuerdas al extraño hombre que nos encontramos en la casa?

—¡Recuerdo sin problema lo que hicimos anoche y no fuimos a casas vacías ni conocimos a hombres extraños!

—¿Entones por dónde dimos el paseo?

—Seguimos un camino que salía de la autopista nacional.

—Terminamos en un promontorio con buenas vistas.

—Sí.

—Y hablamos sobre pájaros.

—No.

—Ya veo —dije.

Volví por la misma ruta con Noriko. El camino era tal como había dicho, pero ella seguía sin recordar nada sobre la casa vacía al final del promontorio, donde el sendero descendía suavemente.

Y además, la casa no había ardido.

La cuestión del vuelo de los pájaros era más profunda de lo que pensaba.

B. La ecología de los pájaros

Observé aquellos pájaros.

Sus picos eran afiladísimos, como si fueran conos. Sus cuellos eran gruesos y cortos. Las alas parecían salir de la base del cuello y las colas se abrían al final, igual que un abanico. No podía estar seguro de su tamaño, pero como parecía que volaban a un metro de mí, debían de medir alrededor de veinte centímetros de longitud. Tampoco podía definir con certeza el color. La impresión general era gris ceniza, pero parecía ser una mezcla de muchos colores. Quizá sus patas estuvieran escondidas, todavía tenía que verlas, y no podía distinguir sus ojos.

Los pájaros volaron en líneas rectas oblicuas como si pintaran atrevidamente un llamativo lienzo con un pincel. Parecían ir en una dirección algo alejada de mí. Sus afilados picos cortaban el aire. Probablemente debería decir que lo que se deslizaba a través del lienzo en blanco no era un pincel, sino una afilada espátula. Y las líneas que nacían allí no eran como un Mondrian, sino como un Fontana. Los cortes abiertos del lienzo revelaron otra imagen detrás, pero debido a que esta se parecía demasiado a la primera, era imposible en definitiva discernir la rasgadura.

Cuando volaban, los pájaros siempre aparecían desde algún lugar para desvanecerse en otro.

Nunca pude ver venir a los pájaros en la distancia.

C. Los acontecimientos de cierta medianoche

Cada pocos segundos, los pájaros volaban delante de mí. Una y otra vez me abalanzaba intentando capturar alguno, y una y otra vez fallaba. Quizá porque los pájaros volaban tan a menudo no había amanecer, sin importar el tiempo que pasara. Me daba la sensación de que habían pasado veinte horas desde que el sol se pusiera, pero la noche todavía estaba sumergida tan profundamente que parecía haber alcanzado el fondo del subconsciente. No había señales de luz solar derramándose por las colinas ni por la línea del horizonte; las sombras de los árboles se habían fundido en la oscuridad. Quizá, pensé, la mañana no volvería nunca jamás.

Solo en el instante en que los pájaros volaban, algo como una fina niebla se esparció unos instantes en la oscuridad. Era el rocío dimensional del espacio partido en dos.

Reflexioné sobre qué pasaría si no conseguía atrapar los pájaros. ¿Qué podría hacer por mí mismo bajo tales circunstancias? Aparte de cazarlos, ¿sería capaz de liberarlos yo solo?

Pero no quería soltarlos.

Al fin los intervalos entre vuelos empezaron a disminuir. Me moví a través de la oscuridad. Una vez tras otra choqué contra los árboles o

perdí pie en el suelo blando. En una ocasión me tambaleé durante cinco metros antes de sujetarme en un árbol. Aun así el vuelo de los pájaros seguía disminuyendo.

—¿También eres un llamapájaros?

Inesperadamente, escuché una voz cercana. Miré alrededor, pero no pude ver nada en la oscuridad. Al fin, solamente por el sonido de hojas secas crujiendo bajo unas pisadas, fui capaz de confirmar la existencia de mi acompañante.

—¿Llamapájaros? -pregunté a mi vez.

—Eso mismo —dijo la voz—. Pero parece que la bandada ha desaparecido.

Estaba en lo cierto, los pájaros se habían ido.

—Has hecho bien en llegar tan lejos —dijo—. Este lugar quizá está algo más cerca de los nidos. Pero hasta que no encuentres otra bandada, no serás capaz de avanzar hacia el interior.

D. Una teoría evolutiva sobre los pájaros

El hombre y yo estábamos tendidos en la hierba y hablábamos sin conocer el uno el rostro del otro. El rocío de las hojas estaba frío, había espinas e insectos que se arrastraban por los tallos, punzando nuestra piel. Las estrellas dispersas a través de la bóveda celeste nocturna seguían aferrándose a sus constelaciones. No me dio la impresión de que hubiera llegado a algún absurdo mundo extraño. Incluso así, notaba en el lugar algo diferente a mi entorno familiar.

El hombre se llamaba Ōtsuka. Tenía todo tipo de teorías sobre los pájaros.

—¿Has tenido la oportunidad de observar el cuerpo de un pájaro? Aparte de huesos y órganos no hay nada más dentro. Casi todo el volumen de un pájaro son sus alas; apenas hay grasa y no hay exceso de visceras. Cuando echa a volar, necesita una gran cantidad de energía. ¿De dónde surge toda esa energía en una criatura que no tiene reservas? Esta cosa que llamamos con tanta facilidad *pájaro* ha sacrificado todas sus otras facultades al mero hecho de volar. Es un organismo realmente alucinante, ¿no crees?

—¿Es así como han sobrevivido tanto tiempo?

—Desde luego. Y aun así, gracias a su gran sacrificio, los pájaros han evolucionado relativamente poco comparados con los mamíferos. Estos y los pájaros aparecieron más o menos al mismo tiempo, pero mientras los mamíferos pueden presumir del intelecto de los humanos, la valentía carnívora para pelear, la aptitud de los ungulados para escapar, las aves, sin contar casos especiales como la avestruz, claro,

no han sufrido ninguna evolución llamativa. La mayoría de los pájaros se diferencian poco del arqueópterix.

—Eso es porque se especializaron al máximo —comenté—. Como los dinosaurios y los mamuts. El alce irlandés y los tigres dientes de sable.

—No, es algo diferente. Todos esos murieron, pero los pájaros han sobrevivido. No se han extinguido, tan solo no han evolucionado.

—Otros animales tampoco han evolucionado apenas. Los reptiles todavía siguen aquí. Es lo mismo que con los pájaros y los insectos.

—Ah, sí. Pero esos ejemplos son fósiles vivientes. Los pájaros puede que hayan alcanzado el mismísimo pináculo de la evolución. Igual que los mamíferos, ¿no te das cuenta? ¿Es plausible pensar que el género de las aves haya llegado a un callejón sin salida evolutivo, cuando los mamíferos acabaron dando nacimiento al Hombre? Podemos creer eso, sí. Tal y como, entre los mamíferos, la especie de los perisodáctilos, en el punto álgido de su evolución, se extinguiera. Aunque hay también una posibilidad de que este no sea el caso.

—¿Los pájaros que hemos visto?

—Exacto. Aprendieron a volar para escapar de otros animales. Construyeron su vía de escape gracias a la histórica solución del vuelo. ¿Sería tan extraño si los pájaros volvieran a ensayar otra huida histórica?

—Estás diciendo que volaron de dos dimensiones a tres, y que ahora se van a una cuarta.

—No es impensable, ¿no?

—¡No he dicho que sea impensable! Tan solo que no puedes probarlo.

—*Podemos* probarlo.

—¿Pero cómo vuelan a través de las dimensiones?

—Eso es algo que no comprendo.

—¿Y por qué nos cruzamos con ellos?

—Eso probablemente tiene algo que ver con la consciencia humana. En nuestras mentes hay mundos trascendiendo la realidad. O quizá debería decir, mundos que *tratan* de trascender la realidad. Para los pájaros, presentan un pasaje espléndido. Si te encontraras con un muro, y una puerta para atravesarlo, con toda seguridad usarías la puerta, aunque tuvieras la fuerza para trepar el muro.

—¿Entonces los pájaros que creía que volaban delante de mí lo hacían *a través* de mi mente?

—Seguramente, sí.

—Por lo tanto es imposible capturarlos.

—Sin duda deseabas trascender la realidad.

—Supongo que puedes llamarlo así. Estaba intentando escapar.

—Ese impulso se cruzó a la perfección con una bandada de pájaros. En los terrenos evolutivos que mencionaba antes, quiero decir.

—Y eso es lo que llamas un llamapájaros.

—Sí —respondió Ōtsuka—. Cuando intentas trascender la realidad, los pájaros se cruzan. Si pasan a través una vez, se convierte en su ruta. Yo vine aquí porque me gustan los pájaros, pero para animarlos a volar a través de mí, intenté leer *Nadja* y *Au Chateau d'Argol*[14] y estudié los cuadros de Max Ernst durante días. Esa fue mi llamada.

El cielo por fin empezaba a clarear y las esqueléticas sombras flotantes de los árboles proyectaban un patrón radial a nuestro alrededor. Mientras el gris se volvía azul, las delgadas sombras de los árboles también cambiaron en capas de hojas tridimensionales.

Los acontecimientos del día anterior

Incluso antes de que los pájaros borraran el incidente en la casa vacía, yo seguí despreocupadamente optimista. El mundo a mi alrededor estaba cambiando con cada vuelo, pero solo un poco cada vez, y no había cambios súbitos que me afectaran directamente. En todo caso, descubrí que disfrutaba de las transfiguraciones que provocaban los pájaros.

Fui a la biblioteca y releí viejos periódicos, comparándolos con los recuerdos que tenía en mi cabeza. Y al igual que la chica tras el telón desaparece gracias a un leve movimiento de manos, fui capaz de descubrir más de un ligero cambio en la realidad. No puedo asegurar que fueran cambios pequeños para los afectados. Pero en la medida en que ocurrieron a través de mi propio movimiento dimensional, resultaban menores en lo que a mí concernía. Quizá no sea del todo cierto decir que no me incumbieran, si bien no me afectaban demasiado.

El Frente de Liberación Palestina toma el control de Jordania →

El FLP y el gobierno de Jordania acuerdan un alto al fuego

Speed Shinbori gana la Corona Mainichi →

Kurishiba gana la Corona Mainichi; Speed Shinbori queda segundo

---

La Feria Mundial de Osaka se extiende un mes →

La Feria Mundial de Osaka termina según lo previsto

Janis Joplin saca su tercer álbum →

Janis Joplin muere repentinamente

Si un pájaro volaba delante de mí, ocurría solo un pequeño cambio, como cuando —usando la lógica espacial— el campo de visión de una persona varía ligeramente al dar un paso. Si volara alrededor del mundo en un jet sin duda experimentaría una incomodidad considerable, pero no habría demasiado de lo que preocuparse si iba paso a paso.

Aunque existía la probabilidad de que esta acumulación de pequeños cambios pudiera transformar todo el entorno que me rodeaba. El campo de visión de uno puede no cambiar demasiado con un solo paso, pero cien pueden revelar un paisaje muy diferente. Para mí, los cambios que habían ocurrido desde que llegara a este lugar no eran solo cronológicos; eran parte de mi recolocación dimensional de un mundo a otro.

Me fui de la biblioteca, y reí a carcajadas mientras rodeaba la fuente del parque. Había sido engañado por completo. Esta hermosa ciudad rodeada de montañas e iluminada por el potente sol, el aire limpio de las montañas, los edificios blancos brillando en el aire cristalino, el vivido patrón de estas escenas no era nada más que una diapositiva. Con el vuelo de un solo pájaro, cambiaría a la siguiente imagen.

A esto lo llamamos existencia.

Fui a ver a Noriko a la cafetería donde trabajaba. Tras abrir la colorida puerta de cristal, paré un momento para adaptarme a la oscuridad.

Era una pequeña tienda con solo tres empleadas, y desde luego había tres chicas allí.

Pero ninguna de ellas era Noriko.

F. Acerca de Noriko

Cuando llegué aquí desde Tokio, lo primero que hice fue llamar a un amigo que vivía en la ciudad. Pero la policía ya lo había interrogado y me dijo que no podía darme cobijo.

Fue entonces cuando me arrepentí de haber venido aquí, empujado por el simple deseo del aire puro de las montañas. Si hubiera ido a cualquier otra ciudad habría conocido a muchísima gente y tendría un sitio en el que poder refugiarme.

Deambulé sin rumbo por las calles. Ya no tenía un sitio al que volver, y de alguna forma toda la ciudad parecía estar vacía. Era como caminar a través de una de esas pinturas *nihonga* japonesas, donde siempre hay una montaña asomando tras los edificios. Pero con la noche, las cumbres se perdieron en la oscuridad, y un viento frío que salió de la nada me atacó como si estuviera enloquecido. Las tiendas cerraban pronto, e incluso las luces del distrito de ocio empezaron a apagarse una a una. El tráfico de peatones desapareció en un instante. Tan solo los autobuses circulaban por la carretera, transportando una tenue luz enjaulada.

Me dirigí a una pequeña cafetería. Estaba exhausto, medio dormido, con la cabeza repleta de pensamientos aleatorios. Fragmentos de conciencia aparecían y desaparecían en mi mente.

De pronto noté que alguien me había acercado un pedazo de papel. Antes de mirarlo, seguí la mano que lo sujetaba y me encontré con el rostro de una chica.

Ella me miró con una sonrisa afable.

El papel era un simple folleto.

—Por favor, léelo —dijo.

Asentí, y finalmente cogí el papel. La chica se marchó al momento. Leí el folleto por encima. Denunciaba el despido injusto de algunos trabajadores pacifistas de una de las mayores empresas manufactureras de la región.

Estaba harto de estos temas. Me había marchado de Tokio para librarme de ellos. Pero de alguna forma me sentí revitalizado por este movimiento antiguerra en una pequeña ciudad en las montañas. Había dejado Tokio el día anterior, pero mientras leía el folleto empecé a sentir algo parecido a la nostalgia.

Y una cosa más: en la amable y sonriente cara de la chica que repartía los panfletos a todos los clientes de la cafetería, sentí una serenidad que no existía en el brutalizado movimiento de Tokio.

—Soy un estudiante de Tokio, pero la policía me está buscando —le dije cuando se acercó de nuevo—. Si hay algo que pueda hacer para ayudar, lo haré. Pero, ¿puedes darme cobijo?

Todavía sonriendo, asintió.

—Es posible —dijo—. Creo que no hay problema.

Aquella chica era Noriko. Había estado trabajando para la empresa de los folletos, pero había dimitido para protestar en contra de los despidos.

—De todas formas quería dejar el trabajo —me contó Noriko—. Una oficinista no gana mucho dinero, no es que ofrezca un futuro prometedor, o que sea un trabajo interesante.

—Lo que hago ahora me llena mucho más —dijo ella.

Durante más de un mes ayudé fielmente en el movimiento local. El trabajo no consistía más que en escribir panfletos y recortar plantillas, pero todos me llamaban «el activista de primera línea de Tokio» y me trataban como si fuera especial. Siempre seguían mis órdenes, y fui capaz de dejarme llevar por un cierto y tranquilo sentido de la buena suerte. Amaba a Noriko. Creía que me quedaría y viviría así, sin lujos, en esta ciudad. Nuestros compañeros recaudaron dinero para la boda.

Incluso entonces, a veces me descubría deseando volver a Tokio. O mejor dicho, aquel sentimiento siempre estaba en una esquina de mi mente. Aunque disfrutara de mi pequeña porción de felicidad, avivaba mi insatisfacción con ella.

G. Persiguiendo a la bandada

Cuando Noriko desapareció, también lo hizo mi deseo de volver a Tokio. Ambos pensamientos, tanto el de Noriko como el de Tokio, habían existido por oposición, y al desaparecer uno, el otro había perdido todo el sentido.

Pero la desaparición de Noriko también dejó al descubierto un defecto fatal en mi razonamiento. Al fin y al cabo, hasta donde yo sabía, el vuelo de los pájaros no estaba limitado a pequeños cambios.

Cierto, cuando un pájaro volaba ante mí era el pájaro el que realizaba la acción, no yo. Pero no había ninguna garantía de que si alzaba el vuelo de nuevo fuera en el lugar que yo quisiera. Un simple vuelo era como dar un solo paso, solo podía volar a mundos cercanos al mío. Y aun así había ocasiones en las que podía afectarme en gran medida. ¡Tu campo de visión no puede cambiar por completo con un solo paso! Ha sido cuestión de suerte que no me haya pasado nada grave hasta ahora.

Perdí el sentido de la orientación, estaba desconcertado. El

desconcierto llamó a más pájaros. Volaban uno tras otro. En muy poco tiempo el movimiento antibélico de la ciudad se transformó. En el transcurso de un día perdí a todas mis amistades.

Me entregué a los pájaros. En cierto momento empecé a perseguirlos. Deseando que volaran ante mí, vacié mi mente y seguí caminando. Los pájaros volando a través de mi mente me guiaban en la dirección de la bandada.

Entonces vi que los vuelos de los pájaros no eran idénticos después de todo. Si algunos abrían las alas y se lanzaban en picado como velocistas, había otros que alzaban las cabezas y apuntaban al cielo. Otros doblaban sus cuerpos al ascender.

Dejé la ciudad. Después de cruzar un exiguo arrozal, me interné en una arboleda que parecía una jaula de monos. No sabía de qué especie eran, pero desde luego eran árboles frutales.

El camino de frutales subía por una colina. Los árboles median unos tres metros. A esa altura, las ramas se abrían para formar un techo. Todo lo que podía ver era una cubierta de hojas y follaje, y los incontables pilares de troncos que la sujetaban. Todavía estaba dentro del laberinto cuando se hizo de noche.

Seguí caminando después de que se hubiera puesto el sol. Por entonces parecía haber dejado atrás la arboleda y me había adentrado en las montañas, pero confiaba al completo en las aves y entré en un segundo laberinto más profundo. Los vuelos se incrementaron. La pendiente se empinó hasta un ángulo agudo, y sufrí una ilusión en la que la superficie de la Tierra se había inclinado. En la casi impenetrable oscuridad, seguí oteando en los retales de otras dimensiones abiertas por los pájaros.

H. Los acontecimientos de aquella mañana

La noche llegó rápidamente a su fin. Las estrellas se desvanecieron una a una en la pálida luz, y los negros árboles se volvieron verdes. Me levanté despacio y miré al hombre junto a mí, el que se hacía llamar Ōtsuka. Dormía. Su cabello era gris. Se podría decir que era viejo. Su aspecto era decente, pero en su rostro se dibujaba una hambrienta soledad.

—La noche parece haber terminado —dije. Él abrió sus ojos despacio y me miró.

—Ah —dijo Ōtsuka—. Eres joven.

Inspeccioné los alrededores. Los árboles eran pequeños pero robustos. Había parches de hierba con unos frutos silvestres que parecían semillas. La tierra era roja.

Ōtsuka se levantó y empezó a caminar.

—¿Intentamos ir a la ciudad? —sugirió.

Asentí.

Otsuka parecía conocer bien la topografía local y tomó una dirección sin dudar. No había nada parecido a un camino; descendimos buscando huellas entre los árboles. Tras avanzar durante un tiempo, Ōtsuka dejó de rastrear y miró hacia la copa de un árbol. Un pequeño pájaro blanco estaba posado en las ramas.

—Ese pájaro no me es familiar —dijo.

Asentí y continué, pero Ōtsuka miraba inmóvil al pájaro. No tenía elección, por lo que me senté al pie del árbol y esperé a que continuara.

Ōtsuka saco una libreta y empezó a dibujar. Al fin vino hasta mí.

—Es un pájaro totalmente nuevo —dijo—. Por favor, piensa un nombre para él.

—Mmm, ya que es blanco, ¿qué tal «pájaro níveo»?

Hablé sin pensar, pero Ōtsuka lamió su lápiz y escribió «pájaro níveo» en la libreta.

Tras aquello vimos pájaros a menudo, y en cada ocasión se repetía la misma rutina.

Mientras descendíamos la montaña, los árboles se hacían más grandes, y el número de aves crecía. Ōtsuka dibujaba boceto tras boceto en su libreta, y yo ponía un nombre tras otro. Un ave que picaba en los árboles como un pájaro carpintero pero que parecía un gorrión se convirtió en un «gorrión carpintero»; para evitar lo obvio, un pájaro que parecía un monje budista, se convirtió en un «Pájarocristo». El frutal mismo se había transformado en un bosquecillo de distintos árboles. No había camino, y ninguna señal de civilización. Pero los pájaros habían aumentado todavía más, hasta el punto en que no podíamos caminar apenas cien metros sin ver una nueva especie.

Ōtsuka continuó observando las aves como si estuviera poseído. Cuando le pregunté si creía que la gente había desaparecido, respondió con un simple gruñido. Al fin salimos a lo había sido el exiguo arrozal. También aquí había tan solo una extensión de campos cubiertos de hierba y pantanos primitivos. Pero algo parecido a una ciudad se podía ver en la lejanía.

—¡Es la ciudad! —gemí, gritando a mi pesar.

Ōtsuka se llevó un dedo a los labios y me mandó guardar silencio. Su interés recaía sobre un hermoso pájaro rojo, como un fénix, que había venido volando desde la arboleda.

I. Taxonomía de las aves

Había veinte clases de pájaros en la libreta de Ōtsuka. Por aquel entonces los había clasificado usando un esquema estándar.

GORRIONES (O FAMILIARES CERCANOS)
Golondrina paralela - el pájaro que nos trajo aquí. El ave migratoria de los mundos paralelos.
Gran alondra - se parece mucho a la alondra, vuela muy alto.
Gorrión carpintero - parece un gorrión, golpea la madera como un pájaro carpintero.
Pájaro rejilla - negro carbón, cuerpo pequeñísimo.
Pájaro niveo - ave pequeña y blanca. Incluso el pico es blanco.
Pájaro rata - gris ratón, con una fina y larga cola.

VENCEJOS (O FAMILIARES CERCANOS)
Pájaro polvo - más pequeño que un colibrí, casi como un insecto.

CARRACAS (O FAMILIARES CERCANOS)
Pajarocristo - el pico anaranjado ofrece un hermoso contraste con su cuerpo azul.

ARDEIDAS (O FAMILIARES CERCANOS)
Garza escarlata - exactamente idéntica al ibis crestado Japonés.
Garza bígama - pico largo y ojos libidinosos.

AVES LIRA (O FAMILIARES CERCANOS)
Fénix - ave larga y de un espléndido rojo.

GRULLAS (O FAMILIARES CERCANOS)
Grulla calva - cabeza blanca, parece una grulla japonesa.

INCLASIFICABLES
Pájaropájaro - patas alargadas, cuerpo diminuto.
Pájaro escoba - encontrado junto al pájaro polvo; cola abierta y ancha. ¿Quizá el macho del pájaro polvo?
Pájaro 007 - veloz, corre alrededor de los árboles.
Pájaro bourbon - ojos rojos, vuela en zigzag.
Pájaro ancho - cuerpo grande, apenas se mueve.
Grulla hoshi - cuerpo redondeado, con pico y ojos alargados; seguramente sin relación con las grullas. Parece cierto escritor de ciencia ficción.
Planeador - alas largas, cacarea como un planeador.
Pájaro trasero - pequeños, se ponen en fila cuando vuelan.

Me inventé la mayoría de estos nombres. Ōtsuka ni enfadado ni impresionado por mis bromas, de hecho, completamente indiferente a ellas, los registró tal cual se los daba.

J. Los acontecimientos de dos meses antes

Durante largo rato Funabashi y yo nos miramos cara a cara a través de la mesa. Hablé sin parar, y al final ya no había nada más que decir. Funabashi permaneció callado de principio a fin.

Había más hombres y mujeres en la habitación. Inoue había sacado su guitarra y rasgaba las cuerdas con suavidad mientras apoyaba sus pies en la mesa. Omiya, distraída, leía por encima los folletos y panfletos amontonados tras él. La gran mesa parecía llenar toda la habitación, y estaba abarrotada de grandes pilas de libros, revistas y panfletos. Donde se veía su superficie, las vetas se habían perdido bajo la mugre y los cortes de cúter habían destrozado su suavidad.

—¿Crees que llueve?

Ishida miró por la ventana, con la esperanza de algún cambio.

No llovía.

—Entonces realmente no iras solo —dije al fin.

Funabashi no respondió, tampoco negó con la cabeza. Se limitó a bajar la mirada. Inoue rasgó la guitarra de nuevo, pero el sonido resultante nos puso todavía más en tensión.

—¿Por qué tengo que unirme? —preguntó Funabashi con un murmullo.

—Eso es problema tuyo. Si tienes motivos suficientes para dejarlo, por mí bien.

Funabashi y yo habíamos sido buenos amigos desde el instituto. Siempre había seguido mi liderazgo. Pero ahora este familiar Funabashi se había vuelto en contra de la violencia. Desde entonces no hablaba, y no sabía por qué. ¿Motivos familiares? ¿Tenía ideas diferentes? No me podía importar menos. Lo que me preocupaba era que si no se nos unía, el resto tampoco lo haría. Y eso quería decir que estaba en un aprieto.

Omiya volvió a apilar los panfletos en la mesa. Inoue dejó la guitarra y se levantó. Sin haber llegado a ninguna conclusión, todos se prepararon para marcharse.

—Los oportunistas que rechazan la lógica como tú son los que dan el poder al sistema obsoleto —reprendí a Funabashi con resignación.

Se puso de pie, tratando de ganar ventaja sobre los demás, preparando su propia huida, pero me levanté de golpe y me puse en medio.

—¡Espera! ¡No has respondido a nada de lo que te he preguntado!

—Me marcho.

Me apartó.

—¿Quieres decir que no tiene importancia?

—Sí.

—¿*Por qué* dices que no importa?

—No es una buena ocasión —replicó Funabashi. Apreté los puños, pero me esquivó con cuidado y salió de la habitación.

Me quedé atrás, solo. Escuché una risa lejana, pero no podía adivinar si provenía de Funabashi y su grupito o no. Miré el mimeógrafo y empecé a escribir palabras combativas en la plantilla. Me sentía miserable y desolado, como si fuera el único que se esforzaba en dar lo mejor de sí.

Dos semanas después organizamos una pequeña pelea callejera. Ni Funabashi ni sus amigos se presentaron. Más compañeros de clase baja se quedarían al margen la próxima vez. Pero para mí no habría una próxima vez. Arrestaron a Funabashi tan solo por estar en el comité estudiantil. Lo soltó todo sobre nuestra «conspiración criminal». Y nos convertimos en fugitivos.

K. Los acontecimientos de aquella tarde

Era mediodía y debido al rastreo de pájaros de Ōtsuka, todavía no habíamos llegado a la ciudad. Nos dimos cuenta al acercarnos de que estaba en ruinas. Pero Ōtsuka parecía no sentir interés alguno y apenas lo mencionó

—Es casi como si hubieras esperado que estuviera así —sugerí.

—Nada de eso —respondió Ōtsuka—. Es que simplemente ha sido un tremendo golpe de suerte ver tantos pájaros.

—¿Crees que otros pájaros pueden viajar a través de las dimensiones como la golondrina paralela?

—Me imagino que casi todos podrán. Pero los pájaros normalmente se fijan en un territorio y echan a volar, por lo que es probable que las golondrinas sean las únicas que vengan a nuestro mundo, mientras que otros vuelan a dimensiones diferentes. Las golondrinas paralelas probablemente visitan nuestro mundo desde otro cercano a este.

Al rodear una casa derruida, con las tejas cubriendo el suelo, terminamos en una carretera. Seguía hasta la ciudad, el camino estaba repleto de carcasas oxidadas de automóviles abandonados. Los interiores de los coches se habían convertido en nidos para los pájaros polvo, y una incontable cantidad de aquellas criaturas entraba y salía por las ventanas.

La mayor parte de las casas de madera estaban derruidas, y solo los edificios de cemento preservaban el recuerdo de una imagen de la ciudad. A juzgar por su estado, debía de haber perecido por lo menos diez años atrás.

La destrucción de las construcciones de madera era con toda probabilidad cosa de los pájaros. Escenas de absoluta desolación y otras de nuestro propio mundo apenas cambiadas coexistían unas junto a otras. Hierbas alargadas habían echado raíces en el asfalto. Incluso anuncios de medicamentos seguían colgando todavía de los edificios indemnes. Los árboles se alineaban a lo largo de la carretera igual que antes, desplegando frescas hojas verdes hacia el claro cielo azul.

Entramos en un edificio. Los pájaros habían roto la puerta de vidrio y los ojos de un ave parecida a un búho resplandecieron en el oscuro pasillo.

—Parece un búho. Llamémosle «papá pájaro».

El ave batió las alas al oírme y, de pronto, se lanzó hacia nosotros. Se echó hacia atrás cuando gritamos, pero en cuanto nos relajamos, volvió a la carga. Forcejeé con él utilizando ambas manos y, cuando conseguí cogerlo de una pata, lo estrellé contra el suelo. La sangre goteaba de mis manos.

—Quizá encontremos algún medicamento si buscamos —dijo Ōtsuka.

Abrió una puerta cercana. Dentro había unas salas pulcras con escritorios alineados. No había cabinas, y los cajones de los escritorios estaban vacíos. La siguiente sala estaba completamente vacía, y en la tercera, donde había estado colgado el símbolo de una barbería, solo quedaban sillas y espejos.

—Todo va bien —dije—. No es nada serio.

La sangre ya había dejado casi de brotar, y no me dolían demasiado las manos, a pesar de estar manchadas por completo de rojo. Pero seguimos buscando de todas formas.

Solo había unas cortinas cerradas en una sala del tercer piso. En la tenue luz podían distinguirse algunos muebles. Entramos y abrimos la ventana.

Un cuerpo reducido a huesos descansaba en el sofá.

El esqueleto tenía un rifle en una mano y había colillas, cuencos vacíos y un vaso de whisky, todo desparramado a su alrededor.

—Uno que sobrevivió hasta el final —dije.

El rifle todavía funcionaba, y había más balas en un armario. Además, encontramos varias docenas de paquetes de cigarrillos, varias cajas con barras de chocolate y latas de comida, cerillas, gasolina y medicamentos.

Sacamos los huesos y comimos en la habitación.

—Los pájaros pueden haber matado a todo el mundo —dije.

—Es el ciclo de la naturaleza, desde luego —contestó Ōtsuka.

—Y el rifle que sujetaba… Podría haber algunos más fuertes ahí fuera. Depredadores.

Ōtsuka asintió.

Nos llenamos los bolsillos con cigarrillos y chocolate y salimos de nuevo, llevando el rifle con nosotros.

Al atardecer se levantó el viento, enviando los restos de la civilización en forma de plástico y papeles dando vueltas hacia el cielo. De pronto un enorme pájaro amarillo con un pico como el de un águila surgió de una casa derruida. Amartillé el rifle y disparé. El ave cayó sobre las tejas. Pero al mismo tiempo surgieron más de las ruinas.

—¡Corre! —grité.

Todavía gritando corrí hacia el interior de un edificio. Pero Ōtsuka se quedó allí inmóvil, como congelado. Los pájaros lo atacaron. Apunté con el rifle.

En aquel instante, él y los pájaros que volaban a su alrededor, se desvanecieron.

Me quedé paralizado, con el rifle apuntando a un lugar vacío.

Era tal y como Ōtsuka había dicho: otras aves podía cruzar entre dimensiones. No sabía si él había intentado cruzar con ellas, o si se lo habían llevado en contra de su voluntad. Fuera lo que fuera, no había mucho que pudieras hacer si te atacaban pájaros gigantes.

L. Los acontecimientos de mes y medio antes.

Las lágrimas no tenían nada que ver con mis emociones. Justo cuando creía que había escapado, el gas lacrimógeno inundó mis ojos y trajo el dolor. Pero el dolor y las lágrimas eran catárticos. O quizá si no hubiera habido ningún gas lacrimógeno, habría tenido que esforzarme mucho más para conseguir las mismas lágrimas. Las lágrimas, adelantándose a mis sentimientos produjeron un extraño autocontrol. Casi sentí una placentera sensación de alivio.

Cuando luchaba me alegraba de tener a mis camaradas junto a mí. Era capaz de sentirme tan magnánimo que si Funabashi y sus amigos no venían esta vez, estaba seguro de que aparecerían en la próxima. Había cierta satisfacción en el peso de una botella de Coca-Cola convertida en cóctel Molotov, las chispas que vomitaba su boca corrían por mi mano como llamas de rabia contra el Estado y la Civilización.

Era lo mismo mientras escapaba. La solidez del hormigón bajo mis pies me sostuvo. Mi campo de visión lo llenaba una ciudad estática. Estas calles que habían atraído a la gente con colores venenosos,

enterrando el mundo interior con ruido, ahora estaban borrosas por el humo de los cócteles Molotov y de las latas de gas lacrimógeno. Los escaparates cerrados, los neones apagados, la ciudad parecía completamente fuera del mundo duradero. A través del cese del tiempo a mí alrededor, sentí renacer aquel tiempo que dormía en mí interior.

Pude ver la luna sobre las negras sombras de los edificios. Corría conmigo. Me llamaba tal y como Marte llamó a John Carter. Mientras corría, intenté volar a la luna. Dentro de mi tiempo personal, parecía algo sencillo de conseguir. Pero las lágrimas borraron la luna de mi vista.

Cuando paré de llorar, mi dolor se volvió agonía. Como si la gravedad se hubiera incrementado de golpe, la masa de los edificios y de la carretera presionó mi cuerpo contra el suelo. Estaba agotadísimo. Me dolían los ojos, los hombros y la espalda. Desperté de la fantasía y, temiendo la mirada escrutadora de los demás, encogí todas las células de mi cuerpo. Debo dormir detrás de las puertas firmemente cerradas de mi conciencia. La calle volvió a atacarme, y en mi odio violento hacia Funabashi fui consciente de mi propia victimización. Para mí, lejos de volver a encarar el desafío de la batalla, solo quedaba volar.

3. Los acontecimientos de aquella noche

Descubrí un tren de vapor en la estación. Estaba oxidado, pero no vi nada roto, y los raíles herrumbrosos tampoco estaban dañados. El ténder estaba lleno de carbón, pero el agua se había evaporado.

Cargué un cubo de agua tras otro de los barriles que recogían el agua de la lluvia, y tras varias horas por fin encendí un fuego bajo la caldera. El humo negro se elevó de la chimenea y se desvaneció en el suave aire de la montaña. Pero quizá el método operativo que había pergeñado estaba mal, o quizá la locomotora sí estaba dañada. Se negó a moverse, como si hubiera echado raíces en el suelo.

Solo funcionaba el silbato. Tiré de la válvula una y otra vez, dejando salir todo el vapor. El silbido hizo eco en las montañas y me reconfortó. Cuando por fin me dirigí resignado a la ciudad, vi una figura corriendo hacia mí por las vías.

—¡Uoh! ¡Aquí hay gente!

El hombre gritaba mientras corría. Salí de la cabina del tren y caminé hacia él con el rifle en el hombro.

—¿Un superviviente? —preguntó el hombre, tratando de recuperar el aliento.

—Acabas de decir «uoh». ¿No serás el hombre de la casa vacía?

—¿Casa vacía? ¡Uoh! ¿No serás el de la pareja de enamorados?

—Sí que eres tú. ¿No te mataron?

—¿A mí? ¿Matarme? No digas tonterías. Lancé una granada de mano cuando los pájaros volaron. Menuda escenita, ¿eh? Y esto, emm, ¿qué pasó con ella?

—Ella no conoce a los pájaros.

—Ah, ¿no? Qué interesante.

Quizá estuviera pensando en la conexión entre la conciencia individual y los mundos dimensionales. Rompió a reír y no dejó de hacerlo, sin importar lo mucho que me enfadara.

Dejamos la estación y volvimos al centro de la ciudad. Según se ponía el sol de la tarde, las aves salían disparadas frenéticamente, desplegándose en bandadas a diferentes alturas y en todas direcciones, enterrando el cielo por completo.

—¿Llevas mucho tiempo viajando con los pájaros? —le pregunté

—Sí. Desde hace mucho.

—Pareciera que tú yo nos hubiéramos encontrado en un montón de mundos similares.

—Pura coincidencia. Pero viendo lo cercano que está este mundo de aquel en que vivías, no me sorprende.

—¿Entonces por qué has venido?

—Este es mi hogar. Vengo de aquí. Me encontré con las aves migratorias a los trece, y empecé a viajar.

—¿Y la gente de aquí, también se ha marchado a algún sitio?

—Qué va, los pájaros atraparon a la mayoría. Los que vuelan a través de nosotros son solo una especie, ¿correcto? Solo la gente que se encuentra con ellos huye. Aquí solo unos pocos podían ver a los pájaros, igual que en tu mundo.

—Mi compañero fue atacado por un pájaro amarillo, parecido a un águila, y desapareció.

—Ese es un tipo de ave rapaz. Ataca a la gente, ¿sabes? Se llevaron a mucha gente. Dicen que hay montañas de huesos humanos en el mundo donde esos bichos crían.

—Entonces, al final también acabarán con nosotros.

—Qué va, ya casi nunca aparecen. Ya se han comido a toda la gente en este mundo, por lo que habrán ido al siguiente. Algún lugar donde la civilización humana florezca, ¿no?

—¿El mundo del que yo vengo…? —inquirí—. ¿Me estás diciendo que acabará como este?

—Ya te digo —respondió—. Las aves migratorias ya han aparecido por allí, por lo que las depredadoras no tardarán demasiado.

—¿No podemos volver atrás y hacer algo? ¿Tomar medidas?

—Qué va. ¿Cómo te libras de unos bichos que salen de otra dimensión? Mata un centenar, mata un millar, simplemente no dejan de aparecer. Tienes que destruir los nidos para eliminarlos. Pero no puedes llegar a ellos a menos que te lleven. Escapar con las aves migratorias es la forma de sobrevivir.

Por la manera en que hablaba, entendí que no le importaba nada la extinción de la humanidad. Quizá, como dijo Ōtsuka, era el ciclo de la naturaleza.

—Las aves migratorias —pregunté—, ¿volverán a pasar por aquí?

—Seguro. Son migratorias, ¿no? En medio año volverán por la misma ruta. Puedes volver a tu mundo original con ellas. Si quieres, ¿eh?

Asentí. Los alrededores se volvieron borrosos; los pájaros eran casi invisibles. Solo los edificios de la ciudad se recortaban como sombras purpúreas contra el cielo. La escena había sido arrancada del mundo temporal, igual que la que había visto durante la pelea callejera mes y medio atrás.

Al final, el mundo que había conocido acabaría como este. Las persianas cerradas, los vividos colores de las señales de neón extinguidos, entrará el plano estático de la eternidad. Los edificios de madera se derrumbarán bajo los pájaros, los pájaros construirán allí sus nidos, las plantas echarán raíces en las carreteras, y las aves volarán llenando el cielo. Pensé que conseguiría volver allí con las golondrinas paralelas en medio año. Esperaría con Noriko a que llegaran las águilas amarillas y pasaríamos juntos los últimos días de la humanidad.

4. ¿Adonde vuelan los pájaros ahora?

Por la mañana temprano, se escucha el canto del pájarocristo. Después las garzas escarlatas y las planeadoras aparecen sobre la ciudad, y por la tarde, el fénix llega hasta el centro de la ciudad. Por la noche, las grullas hoshi pasean, y los pájaros trasero forman largas filas y alzan el vuelo. Pero las golondrinas paralelas no aparecen por ninguna parte.

—En dos meses.

Pensando así, paseo por las calles, con el rifle al hombro. He vuelto a ver una vez a las águilas amarillas. No me preocupan la comida o las necesidades diarias. El hombre se fue a algún lugar y desde entonces llevo mucho tiempo solo en esta ciudad.

Los pájaros han llegado a gustarme mucho. Estoy satisfecho

viéndolos cada día. No me meto en sus asuntos y ellos me dejan en paz. Y aun así vivimos juntos en el mundo. Ante mí, la grulla hoshi camina despacio y la gran alondra asciende alto. Los planeadores vuelan cerca, con parsimonia y se ve a las grullas calvas lejos en la distancia, volando en bandadas.

Igual que los pájaros, tan solo camino por el mundo. He perdido el sentido del tiempo.

¿Dos meses más? He olvidado qué significa eso. En dos meses más llegarán las golondrinas paralelas. ¿Por qué estoy esperando a las golondrinas paralelas?

¿Por qué, de entre todos los pájaros, solo pienso en las golondrinas paralelas?

Publicado originalmente en el
Hayakawa SF Magazine, febrero de 1971

Otro *Prince of Wales*

Toyota Aritsune

1

Estoy en la Comisión de Supervisión de Guerra de las Naciones Unidas. Es como ser el colegiado de un partido de baseball, el juez en un combate de boxeo o el árbitro en una pelea de sumo. El tipo de trabajo que exige una gran concentración, pero que ni así acaba funcionando. Tengo que meterme en todo tipo de mierdas. Mi oficina está en la nueva sede central de las N. U. en Washington, capital de los Estados Unidos del Norte y del Sur de América. De todos los departamentos, el mío es el que despierta mayor interés público. Eso puede ser una buena señal de lo bien que estás haciendo tu trabajo.

El videoteléfono de mi mesa no para de sonar durante todo el día. Jóvenes y ávidos fanáticos de la guerra llaman para decir cosas como: «Eh señor, dígame cuando va a empezar la siguiente guerra, ¿vale? De verdad que quiero verla, así que venga, dígamelo, ¿eh?».

Este tipo de cosas están bien, pero deja que pase un mes sin una guerra, ¡y ya verás cómo llaman gritando! Algunas cascarrabias frustradas llaman para lanzarme un puñado de histerismos, culpándome por todo: «¡Señores no están haciendo ustedes su trabajo! Consiguen dinero de todos países en las N. U. y ¿qué hacen? Se sientan encima de él. ¡Es de una negligencia total!».

Pero no es culpa mía si no hay guerra. Mi trabajo es supervisarlas, no empezarlas. En tiempos de paz, estoy todo el día en mi oficina; entonces hay un repentino estallido de hostilidades, y tengo que volar al lugar inmediatamente.

Un día, había recibido cinco llamadas como estas, cuando la puerta se abrió y entró uno de mis excompañeros de trabajo. Isabelle es una chica atractiva con mezcla de sangre española, bantú e india. Tiene la

extraña afición de coleccionar dioses, y tiene ídolos en miniatura de todos y cada uno de ellos colocados en fila sobre el escritorio. Siempre les reza para que empiece una guerra.

Esta vez, se puso ante un crucifijo y rezó en latín: «Oh, Señor, concédenos destrucción y masacre cada día de nuestras vidas, amén».

Después rezó en varios idiomas, a la diosa Ishtar y a las deidades de la guerra Ares y Huitzilopochtli. Al final, de cara a un templo shintō en miniatura que yo le había regalado, dijo con un extraño acento japonés: «Oh, Hachiman, gran Boddhisatva, que los disturbios se alcen en cada nación, ¡hasta que todo bajo el cielo esté desgarrado por la guerra!».

Me miró y me guiñó un ojo.

—Ni siquiera tu dios parece ser demasiado eficaz, Keith.

—No —asentí—, pero es uno de mis dioses principales. Quizá te presente a alguno de ellos. Seguro que no tienes todavía ningún ídolo druídico en tu colección.

Mi nombre completo es Keith Kimura. Mi padre es japonés, mi madre es inglesa. Hoy en día, un niño con mezcla racial como yo es bastante común, e incluso una mezcla de tres o cuatro razas como Isabelle no es algo raro.

—Me pregunto por qué no ha habido ninguna guerra —se quejó ella—. ¡He movilizado prácticamente a todos los dioses del mundo!

Sus quejas sonaban como las de quienes habían estado llamando últimamente, esperando que la Comisión de Supervisión de Guerra empezara a hacer honor a su nombre y encontrara alguna guerra que supervisar.

—Vigila lo que dices, o nos veremos de patitas en la calle. Empezar guerras no es nuestro trabajo, sino ponerles límites. Quienquiera que lance bombas nucleares por ahí podría destruir el mundo. Tendrías que pedir más bien cómo podríamos limitar todavía más las guerras.

Deberíamos habernos dado cuenta de ello antes, por supuesto, pero había sido solo en el siglo XX cuando la gente se viera obligada a rechazar la guerra. La Liga de Naciones no tenía una fuerza militar disuasoria real, y todo acababa en palabras vacías. Entonces llegaron las Naciones Unidas, pero de nuevo el efecto disuasorio fue solamente tibio. Incluso Estados Unidos, que habían creado un ejército de las N. A. para actuar con justicia e imparcialidad en la guerra de Corea, fracasó en Vietnam. Hay que admitir que no hay nada imparcial ni justo en la guerra. En aquella época, si querías empezar una guerra, simplemente lo hacías. Ahora, incluso actuando solas, las N. U. pueden mediar entre dos países en guerra y, si violan las reglas, castigarlos con severidad.

—Ya lo sé, Keith. ¡Pero la gente disfruta de las guerras! Si pasa mucho tiempo sin una, presentan síndrome de abstinencia. Las televisiones del mundo están esperando; los corresponsales de guerra están listos. Si no repartes algo para satisfacer su pasión por la guerra seguro que harán algo peligroso. ¡Habrá una guerra mundial, como antiguamente!

Mientras hablaba, Isabelle acarició las cabezas de los dioses de su colección. Vi un juguete G. I. Joe del siglo XX mezclado con el resto. Isabelle parecía creer que era otra deidad belicosa.

—Sobre el tema que comentas —dije—, hubo una guerra interesante entre España y México no hace mucho. México había declarado la guerra como represalia por la invasión española del siglo XVI, por lo que las N.U. limitaron su armamento al de la época.

—Lo sé; y la que hubo entre árabes e israelíes también estuvo bien. Las causas de aquella guerra se remontaban a dos mil años atrás, antes de que los judíos fueran exiliados de Palestina. Cada bando estaba restringido a cinco mil hombres, y no hubo ni una sola muerte. Aunque en ambos bandos salieron con muchos chichones…

En este punto, Isabelle se sacudió de risa. Balanceó su mano como si imitara el gesto de lanzar una piedra. Esa había sido el arma definitiva en los tiempos de David y Goliat.

Cuando piensas en ello, la guerra en aquellos tiempos era un modo totalmente razonable de fundar un asentamiento. Si ganabas una batalla, adquirías territorio, oro y mujeres. Si perdías, bueno, tampoco salías muy mal parado. Incluso había reglas, por lo que todo era bastante racional. Por ejemplo, los torneos de caballeros medievales, donde ambos bandos podían escoger de forma previa sus armas. Así los emplazados podían llevar aquella de su elección al campo de lucha sobre un cojín. En un asunto de honor, los bandos llevaban armas con un poder destructivo similar, como un hacha contra una maza *lucero del alba*, o una espada contra un pico curvado, por lo que no había ventajas injustas. Y a partir de que el cañón resultara de uso práctico en la guerra, era una muestra de etiqueta en el campo de batalla alzar una bandera roja antes de usarlo, para que el enemigo tuviera tiempo de cubrirse. Eso se debía a que el poder destructivo del cañón era mucho mayor que el de cualquier arma de la época. Fue después de que comenzara el siglo XX cuando la guerra se convirtió en una tragedia cruel. Ganaras o perdieras, no sacabas nada a cambio de un enorme número de muertos. Estar en cualquiera de ambos bandos era igual de fútil.

Mientras Isabelle y yo discutíamos estos puntos, mi videoteléfono atronó con la señal de llamada de la línea directa desde la oficina del

Secretario General. Ambos dimos un brinco para ponernos frente a la pantalla, donde el Secretario en persona había aparecido para transmitir órdenes.

—¡Keith! ¡Isabelle! Inglaterra y Japón han solicitado una guerra. Tras investigar los motivos, el ordenador de las N.U. les ha dado permiso. El armamento será limitado al que se utilizó en 1941. Os estoy asignando a Japón como observadores pertenecientes a la Comisión de Supervisión de Guerra, para controlar que no se violen las reglas. Otro equipo será enviado a Inglaterra. ¡Debéis empezar de inmediato!

Era la primera guerra en cuatro meses. Isabelle estaba de muy buen humor tras la noticia del Secretario General. Hizo la señal de la cruz, y se postró al estilo islámico, dando las gracias a los ocho millones de dioses de todas las épocas y lugares, de Oriente y Occidente, por escuchar sus plegarias.

2

Isabelle y yo subimos a un aerocoche con símbolos de las N.U. y volamos al país nativo de mi padre. Nos encontramos la megalópolis de Tōkaidō plena de ánimo belicoso. Había carteles del semidiós Susano-o-no-Mikoto decapitando al monstruo del lago Ness con el fondo de un sol naciente, y se habían colgado efigies de los Beatles ahorcados en las puertas de los templos.

Cuando llegamos a nuestro hotel en el distrito de Tokio, Isabelle me dijo con voz ansiosa:

—Tenemos problemas, ¿verdad, Keith?

—¿Por qué? Rezabas para que esto ocurriera, ¿no?

—Pero… Inglaterra y Japón son los países de tus padres, ¿me equivoco?

—Puede —respondí—, pero ¿qué más me da? Será una guerra limitada, por lo que no puede haber masacres, o bombardeos a civiles. Nada de qué preocuparse.

Nuestro deber como Supervisores de Guerra de las N.U. era prioritario; si se daba la casualidad de que estábamos conectados con los países involucrados, era un detalle sin importancia.

Isabelle miró a la calle a través de la ventana del hotel.

—Hay un desfile de linternas —dijo.

Habían sacado las lámparas a las calles, y una procesión de varios miles de personas marchaba con ellas encendidas para celebrar la declaración de guerra.

—Sí, aparece en el programa —dije—. Cuando las N.U. aprueban

una petición de guerra, los turistas vienen en masa. Los japoneses siempre han disfrutado ofreciéndoles un buen espectáculo.

El desfile de linternas era seguida por una carroza iluminada y una procesión de guerreros de Nikkō. Era una visión impresionante. Ya que se trataba de mi propio país, pensé que debía explicarle un par de cosas a Isabelle.

—Los japoneses son gente curiosa. Para ellos, la guerra es un rito que hay que llevar a cabo con estricta formalidad. No es un deporte, como en Europa.

Mi explicación fue la siguiente.

Cuando los países europeos luchaban entre ellos y uno no era rival para el resto, podía rendirse con facilidad. Por ejemplo, durante la Segunda Guerra Mundial del siglo XX, los ingleses en las prisiones nazis tenían muchísima libertad. Podían recibir paquetes de sus hogares con lentes para gafas o medicinas para males crónicos. Incluso se mantenían las distinciones entre soldados y oficiales.

En el bando nazi, los soldados se tomaban descansos hasta justo antes del colapso del tercer Reich. Si hubieran creído que su país iba a resultar devastado por completo, habrían seguido de servicio. Pero sabían que si eran vencidos en el «juego», sus enemigos europeos se detendrían poco antes de la destrucción completa. Incluso cuando la puntuación del otro bando empezaba a subir, seguían cogiéndose «tiempos muertos» del juego si podían.

Pero los japoneses veían la guerra como una gran catástrofe. Desde el momento en que marchaban al frente, era un asunto de vida o muerte. Desde luego, si la marea se giraba en su contra, no se permitían permisos.

Siempre hay tragedias cuando dos culturas diferentes chocan entre ellas. Por ejemplo el caso de los pilotos de B-29 que bombardearon Tokio durante la Segunda Guerra Mundial. Si eran abatidos, siempre se tiraban con paracaídas del avión; creían que serían rescatados y hechos prisioneros. Pero para los japoneses esto no tenía sentido. Podían haberlo entendido si los pilotos hubieran realizado un aterrizaje forzoso y esperaran el rescate de un submarino. Pero habían saltado sobre territorio enemigo, donde no había ni un solo norteamericano.

Es lo mismo que en los antiguos dibujos animados de Tom y Jerry. Hay muchos gags donde el ratón Jerry se para de pronto mientras es perseguido para gritar «¡Alto!». Sin pensarlo, el gato Tom *para*. Entonces Jerry vuelve a salir corriendo.

A los ojos de los japoneses, los pilotos norteamericanos que aterrizaban sobre territorio japonés deberían haberse resignado a una

muerte segura. Solo había enemigos a su alrededor, no había ninguna oportunidad de rescate. De hecho, los oficiales japoneses ejecutaban a aquellos que habían estado en más de tres misiones. Para ellos, hombres que habían masacrado a varios miles de civiles de forma indiscriminada deberían haber esperado tal castigo. ¿Por qué sus crímenes debían ser pasados por alto por el simple hecho de ser prisioneros?

—Pero tras la guerra, en el tribunal de crímenes de guerra, en Tokio —le expliqué a Isabelle—, estos oficiales fueron condenados a morir ahorcados por las atrocidades que habían cometido en la guerra. Según las reglas europeas del «juego», los crímenes de los prisioneros de guerra deben ser borrados. Pero para los japoneses, la guerra no es un juego.

—¡Parecen estar disfrutando de ello! —exclamó Isabelle.

—Verás, esto es solo un festival, pero se muestran sinceros. Sus mentes son una extraña mezcla de sinceridad y superficialidad, y sus estados de ánimo cambian con facilidad. Si supieran que da la impresión de que se lo están pasando bien, cambiarían a una actitud mucho más seria. Este es el rostro de los japoneses. En una guerra, todos dan lo mejor de sí mismos con gran algarabía. Pero una vez que han sido derrotados, siguen adelante como si todo hubiera sido tan solo una pesadilla.

»En el período Momoyama, los misioneros cristianos creían que estaban consiguiendo conversos a manos llenas porque muchos japoneses llevaban crucifijos colgados del cuello y marchaban cantando el Ave María. Pero ellos solo querían imitar la cultura europea por la nobleza de la misma. Por supuesto, lo hicieron con total seriedad, sin darse cuenta de que estaban siendo muy superficiales.

—Entiendo. ¿Entonces esta gente parece tan feliz porque creen que ganarán la guerra?

—No, solo se lo están pasando bien, pero de esta manera, pueden fingir que actúan así para adoptar un estado de ánimo guerrero. Parece devoción por su país, en vez de una búsqueda egoísta de placer.

Tras el desfile, Isabelle y yo nos acomodamos en el sofá. Con calma puse mi brazo alrededor de sus hombros. Su piel tenía un brillo cobrizo que me excitaba al mirarla. Fue solo mi suerte la que hizo que justo en ese momento sonara el timbre de la puerta.

Cuando la abrí, había un chico adolescente plantado ante mí. Parecía que acababa de salir de una tienda de moda. Vestía un uniforme del ejército japonés de hacía cien años y cargaba un viejo

fusil de infantería Tipo 38 sobre el hombro.

—¡Saludos, he venido a ofrecerme como voluntario! Estamos en guerra contra Inglaterra y no quiero perderme la diversión. Son de la Comisión de Supervisión de Guerra, ¿no? ¡Pueden enviarme a la guerra ahora mismo!

El chico siguió charlando animado. No sabía cómo había conseguido localizar el hotel en el que nos hospedábamos, pero se había preparado con mucha antelación.

—Estás en el lugar equivocado, hijo. Es el gobierno japonés el que recluta. ¿Por qué no vas a tu oficina local y pruebas suerte allí?

—Pero es que ellos ya tienen cien veces más gente de la que necesitan. Creí que en vez de eso sería mejor rastrear a un Supervisor de Guerra y abordarle de forma directa. Por favor, ¿no puede ayudarme?

El chico no me iba a dejar tranquilo. Era un verdadero maníaco de la guerra; supe que era un entusiasta en cuanto eché un vistazo a su equipamiento. De todas formas, había dado con el hombre equivocado para ayudarle. No tenía autoridad alguna para interferir en los preparativos para la guerra.

Le expliqué todo esto y al final me las arreglé para echarlo, pero aquello fue solo el comienzo del jaleo. El timbre y el videoteléfono empezaron a sonar y una estampida de soldados voluntarios convirtió en poco tiempo mi habitación en un barracón. No pudimos dormir ni un minuto en toda la noche.

3

Isabelle y yo nos marchamos de Tokio frotándonos los ojos a la mañana siguiente en nuestro aerocoche. íbamos a inspeccionar los preparativos del país para la guerra.

Las restricciones consistían en que solo podían usarse armas previas a 1941, en correspondencia con la última declaración de guerra entre Japón e Inglaterra, y que el personal no podía superar los veinte mil hombres. El equipo apropiado para la época había sido investigado utilizando información de los bancos de datos de las N.U. y entrevistas con varias autoridades mundiales en la materia. A partir de aquí, se confeccionaba un resumen con las instrucciones y se distribuía por todos los barrios.

La guerra se emitiría en directo por satélite a todo el mundo. Cualquier héroe que apareciera se convertiría en una estrella conocida en todo el globo. Jóvenes de todo Japón se daban empujones entre ellos por esta diminuta oportunidad.

Debido a que nadie tenía permiso para llevar a cabo ningún preparativo previo al comunicado público de las N.U., todo comenzaba a la vez a partir de aquel momento. Se tenían que seguir las reglas y las instrucciones al pie de la letra. Cualquier nación que las violara sería castigada, y si se pasaba demasiado de la raya, se arriesgaba a sufrir el destino final de ser eliminada de la faz de la Tierra. No era una sorpresa pues que no hubiera precedentes de que estas drásticas medidas se hubieran aplicado, solo se debían llevar a cabo en caso de que se hubiera planeado una guerra sin precedentes. De cualquier modo, los misiles balísticos intercontinentales del cuartel general de las N.U. no existían solo para coaccionar; estaban en alerta, listos para ser lanzados en cualquier punto de la superficie de la Tierra.

El gobierno japonés se había adherido a las instrucciones en su mayor parte. Y digo «en su mayor parte» porque algunos miembros radicales de los suburbios incitaban a la gente de forma activa a ignorarlas, y el gobierno no había tomado cartas en el asunto. Como ya he dicho, los japoneses no estaban acostumbrados a que la guerra fuera un juego. A veces la gente se mostraba indignada con aquellos que se tomaban las cosas con demasiada seriedad. Deberían haber estado satisfechos por su propio bien con disfrutar de la emoción de la guerra, pero algunos sugerían utilizar bombas nucleares. Afirmaban que en 1941 Japón era capaz de fabricar armas atómicas, una obvia distorsión de los hechos. Pero Isabelle y yo nos pusimos rápidamente en movimiento para entregar una advertencia y su agresivo plan se desvaneció.

El motivo que había aducido el gobierno japonés para declarar la guerra era la feroz campaña de propaganda que se había llevado a cabo contra ellos en Inglaterra. Enfurecidos por la invasión económica japonesa de su país, los ingleses no podían verlos con buenos ojos. Eran personas crueles y avariciosas. Maltrataban a los perros. Su whisky era una imitación del escocés. No pararían hasta dominar económicamente todo el mundo. Todas estas declaraciones tuvieron por efecto inclinar progresivamente a la opinión mundial a simpatizar con Japón.

Entonces algún loco inició un movimiento para lanzar una bomba nuclear sobre Japón. Podría haber sido otro ejemplo del peculiar sentido del humor negro inglés, algo de lo que reírse y olvidarse por completo, pero parecía haber una nota de seriedad en alguna parte. Incluso se habían conseguido algunos fondos para apoyar el plan.

Todo esto culminó con la declaración de guerra de Inglaterra. Isabelle y yo fuimos a visitar una fábrica de munición automática

programada para manufacturar piezas para el bombardero Tipo 97 «Kate» y para los cazas Zero. En el siglo XXI, la energía termonuclear funcional era muy barata, y desde que la expansión del uso de los ordenadores había incrementado el ritmo de producción, cualquier cosa se podía crear en poquísimo tiempo. En una zona de la línea de ensamblaje de la fábrica los cazas Zero estaban listos para levantar el vuelo.

El oficial que nos mostraba las instalaciones tenía algunas preguntas.

—Ya que cuesta tanto tiempo entrenar a los pilotos, tendremos que recurrir a la hipnoeducación. No será una violación, ¿no?

El hombre había luchado en otras guerras, pero dado que no sabía cómo pilotar apropiadamente un avión, también dependía de la hipnoeducación para su propia instrucción.

—No, no es una violación. También podéis usar un simulador para las prácticas de vuelo. Mientras no uséis ese equipo directamente en combate, no tiene por qué ser de 1941.

»Hace no mucho, cuando Grecia y Persia se enfrentaron —expliqué —, representaron la batalla naval de Salamina. La táctica de la época era hundir el barco enemigo embistiéndolo con la proa, y el resultado dependía a menudo de la tecnología náutica. Aprender a controlar embarcaciones antiguas requirió de hiponoeducación, por lo que fue permitida por las Naciones Unidas. Partiendo de aquel precedente, probablemente también esté permitida para pilotos. Pero los radares tridimensionales, por ejemplo, eran desconocidos en 1941. Y debido a que localizar a tu enemigo se considera parte de la contienda, no podéis utilizarlos.

Preguntó por muchas otras cuestiones, principalmente acerca de la guerra aérea. Parecía pensar que las fuerzas japoneses tendrían que librar una batalla decisiva en el aire.

Isabellé sacó un microfax de su bolsillo. Me apartó y me susurró al oído. No quería que nuestro acompañante escuchara por miedo a mostrar parcialidad hacia un bando.

—Keith, acabo de recibir un informe de la situación en el bando inglés. Están construyendo diez embarcaciones principales de la flota del tipo *Prince of Wales*, *Repulse* y *King George V*.

—Empieza a ponerse interesante, ¿no? —respondí con un susurró en su pequeña oreja—. Por el honor del Imperio Británico van a por todas con su flota naval.

Entonces fuimos a inspeccionar los cazas Zero terminados. Con «inspeccionar» me refiero solo a desde el exterior. La línea de ensamblaje estaba hecha a medida por una máquina de selección

automática diseñada por las Naciones Unidas para detectar cualquier parte especial no autorizada y eliminarla. Solo después de pasar la inspección los aviones salían de producción. Todo lo que hice fue caminar alrededor de los Zero; después le guiñé un ojo a Isabelle y nos marchamos con el aerocoche.

Nuestro destino era el centro de reclutamiento. Al aterrizar, nos encontramos con una gran multitud alborotada. Había un millón de hombres, cien veces más de los voluntarios necesarios, por lo que había que manejarlos a escala nacional. Tal grado de competitividad era comprensible ya que para aquellos que habían crecido durante este tranquilo período de paz, la forma más fácil de conseguir éxito era convertirse en estrellas del espectáculo de guerra. En puntos de movilización por todo el país, los ordenadores examinaban a cada voluntario con una prueba oral y solo aquellos que la aprobaban podían hacer el test práctico.

Incluso aquí, debido a que había un sistema para comprobar que el número de personal militar no pasara del límite, no teníamos que hacer nada. Nos limitamos a deambular por el lugar, haciendo comentarios sobre algunos de los voluntarios.

—Es solo cirugía plástica. Me gusta más aquella chica de allí. Si estuvieras escribiendo un guion sobre una enfermera del ejército, ella sería perfecta.

Charlamos durante un rato, cada vez más aburridos. No estábamos muy por la labor de supervisar.

4

El 10 de diciembre de 1941, el acorazado *Prince of Wales*, con una escolta de nueve barcos, zarpó del puerto de Liverpool hacia Singapur y después al norte, hacia el estrecho de Malaca. Acercándose a Japón por esta ruta, su estrategia era bombardear tierra firme y, con suerte, poner fin a la contienda.

Isabaelle y yo pilotamos el helicoche hasta una altura de treinta mil pies para tener una buena vista de la batalla. Estábamos sobre una zona que los ordenadores habían calculado que sería decisiva, y el cielo estaba lleno de otros muchos helicoches. Aquí y allá se veían grupos de personas cargando equipo telescópico; los helicoches de los comentaristas televisivos, marcados, se abrían paso entre la multitud. Para evitar accidentes, un satélite temporal había sido estacionado más arriba controlando el tráfico por ordenador.

Volví mi telescopio al norte.

—Ahí viene la flota japonesa. Son todo portaaviones. Puedo ver el

Akagi, el *Kaga*, el *Hiryū* y el Sōryū. La cosa se complica.

—¡Galletitas de arroz! ¡Caramelos!

Un helicoche de forma extraña pasó cerca de nosotros. Estaba decorado como un templo portátil, un vendedor de aspecto amistoso utilizaba una manipuladora para pasar sus comandas a través de las escotillas de los coches de los clientes. Era un servicio tradicional japonés para los turistas.

—¡Helados! ¡Dulces!

El siguiente helicoche que pasó cerca estaba decorado por completo con la bandera del Reino Unido y toda la parafernalia. Incluso llevaba un relieve de bronce del león de Inglaterra en un costado, aunque se parecía mucho más al chino. La idea para ellos de tomar un bocado era hacer bajar un sándwich con cerveza.

Los dos helicoches pararon frente a nosotros y los conductores cruzaron una mirada amenazadora.

—¡Fuera de mi camino, maldito perro extranjero! —gritó el vendedor de galletitas—. ¡Espero que masacren a toda tu flota pirata!

Era probable que hubiera aprendido esta beligerante forma de maldecir del hipoeducador. Era tal cual al estilo de los buenos viejos tiempos de antaño.

—¡Cállate, sucio japo canalla! —respondió a gritos el «perro extranjero».

En este punto una pelea podría convertirse en algo serio, por lo que me identifiqué como Supervisor de Guerra de las N.U. y los dos helicoches salieron en desbandada.

Mientras ocurría esto, lejos, en la superficie de mar, las flotas de ambos bandos se iban acercando la una a la otra. Un submarino explorador y un avión de reconocimiento encontraron al *Prince of Wales* y al *Repulse* y enviaron un mensaje de radio a la flota principal.

Más de cien cazas Kate y Val equipados con bombas y torpedos despegaron de los cargueros uno a uno. El primer barco en ser avistado fue el *Repulse*, a la vanguardia de la flota británica. Los ocho aviones al frente soltaron 500 libras de bombas, destruyendo una de las torretas; entonces los ocho aviones de la segunda ola atacaron con torpedos. Dos de los torpedos dieron justo en la popa del *Prince of Wales*, dañando la dirección.

La flota británica no se quedó de brazos cruzados mirando todo aquello. Sus cañones pom-pom [15] no dejaban de disparar, cubriendo todo el cielo con una cortina de fuego. Uno de los aviones japoneses tenía las alas llenas de agujeros, cayó en una espiral y se perdió bajo el mar. Un grito de desmayo surgió del comentarista. Los espectadores en los helicoches a nuestro alrededor habían conectado sus circuitos

para recibir noticias más directas.

—¡Parece que todos están animando a Japón! —dijo Isabelle.

—El que acaba de caer era un maniquí —susurré como respuesta —. Las Naciones Unidas patrocinan este «gran show bélico» mundial por lo que tienen que animar las cosas lo máximo posible.

—¿Crees que es correcto hacer eso?

—¿Por qué no? No hay piloto y tampoco ataca. Solo cae cuando le disparan, por lo que no hay discriminación contra Japón.

En un arranque de confianza le conté a Isabelle mis órdenes del Secretario General. No solo los aviones japoneses tenían muñecos de las N.U.; también había algunos en la flota británica. El décimo acorazado disparaba balas de fogueo, y estaba saboteado para explotar y hundirse, vomitando humo y llamas de lo más convincentes.

Los aviones japoneses atacaron a bajísima altitud, uno tras otro dejaban caer las bombas y los torpedos. El *Prince of Wales* estaba en un aprieto, pero aun así seguía dando en el blanco con sus cañones antiaéreos. Tras el acorazado, dos barcos más escupían columnas de llamas. Las popas se levantaron en el aire, todavía abriendo fuego, explotaron y se hundieron. Uno de los barcos era el de mentira, que había sido sincronizado para explotar cuando lo hiciera otro barco, para que la situación fuera más emocionante.

La cubierta del *Repulse*, liderando el ataque, estaba en llamas tras haber recibido el impacto de cinco o seis torpedos y empezó a hundirse igual que sus compañeros. Tras aquello, había tanto humo que no podía ver nada por el telescopio. Cambié a la retransmisión televisiva oculta en uno de los aviones de pega. Desde aquí podía verlo todo con absoluta claridad.

Al final de una valiente pero inútil expedición, la mayor parte de la armada británica flotaba en condiciones lamentables, cubierta de heridas. El fuego antiaéreo seguía furiosamente pero su puntería estaba siendo tan mala que no conseguían acertar a los aviones japoneses que volaban desafiantes a su alrededor. La flota entera estaba a merced de su enemigo. Solo había un resultado para esta batalla.

—¡Es la venganza por el *Bismarck*! —escuché decir a una voz con acento alemán desde algún sitio.

El espectáculo bélico parecía revivir antiguos rencores.

No mucho después, toda la flota británica había desaparecido bajo las olas. Un hidroavión soltó una enorme corona funeraria. Era una majestuosa repetición de un incidente en la batalla del estrecho de Malaca cien años atrás, mostrando vividamente la esencia del espíritu del Bushido.

Cuando todo terminó, recibimos una llamada del Cuartel General de las N.U. Isabelle descolgó el aparato y apareció el rostro radiante del Secretario General. Adoptaba aquella expresión solo en tiempos de guerra. Uno de los primeros Secretarios solía caer en un estado terrible en tales ocasiones. Iba de aquí para allá empeñado en conseguir una reconciliación. Su helicóptero se había estrellado en una de aquellas misiones, dejando tras él una situación bastante complicada. El actual Secretario creía que solo podía relajarse y mantener su popularidad únicamente si había un hervidero de guerras a todas horas. Ahora parecía estar extasiado.

—¡Keith! ¡Isabelle! Ya tenemos vuestra nueva misión. Pakistán, India, Australia, China, Egipto y Rusia han declarado la guerra a Inglaterra. ¡Vais a volar a China lo antes lo posible!

¿Qué estaba pasando? Esta vez era una petición en grupo. Eran como abejas aguijoneando una cara llorosa. La expresión de Isabelle era de compasión.

—¡Qué vergüenza, Keith! Tu otro país natal… es demasiado. Todo el mundo está como loco por abusar de la pobre Inglaterra.

—No pasa nada. Déjales. No me importa. No está bien visto atacar a alguien más débil que tú; pero puedes ir a por un tirano cuyo poder están en declive sin cargo de conciencia. Que fueran tan arrogantes y autoritarios en el pasado, hace que ahora sea mucho más divertido. Déjales disfrutar de ello sin sentir ni un asomo de culpa.

»¡Esa isla que no vale ni un penique lo ha hecho todo a su manera durante demasiado tiempo! —aullé—. Pero ahora es una potencia de segunda en decadencia y probará un poco de su propia medicina. ¡No tendremos una oportunidad como esta otra vez!

Por entonces yo estaba bastante metido en el papel. Quizá mi mitad japonesa había sacado lo mejor de mí. Hablaba sobre el país de mi madre, pero no me corté ni un pelo. Si ella me hubiera escuchado, ¡habría maldecido el día en que tuvo un bebé con un japonés!

Tampoco exageraba, en cualquier caso. Era cierto. Ningún otro país había hecho las cosas tan a su manera como Inglaterra. Habían hecho siempre lo que habían querido y con violencia. Las cosas sin escrúpulos que hicieron en India, por ejemplo. Tras sembrar cuidadosamente la discordia en el Imperio Mogol, se infiltraron como ladrones aprovechando un incendio y se apoderaron de él sin que nadie se diera cuenta.

Lo mismo pasó en China. Durante los días más prósperos de la dinastía Qing, el embajador británico no tuvo reparos en «arrodillarse tres veces y postrarse nueve veces» ante el emperador chino, ya que

sabía que si se humillaba lo suficiente, los ingleses tendrían permiso para comprar té y seda. Pero cuando China fue derrotada en la Guerra del Opio, hubo un cambio repentino de actitud. Como un ladrón silencioso, Inglaterra apuñaló a su víctima por la espalda. La Armada Británica ocupó Pekín, y el mismísimo Comandante dio permiso para saquear el Palacio de Verano. Hay pocos ejemplos más en la Historia de un ejército regular al que se le permitiera el saqueo. Los soldados saquearon por todas partes y después, como bárbaros que no valoraran nada más que el oro, quemaron las obras de arte que habían sido custodiadas durante generaciones.

Los astutos ingleses habían vivido entre lujos gracias a los botines amasados por sus intercambios piratas, pero durante el siglo XXI, se les acabó todo. «Fracasar en la vida no deja otro placer que no sea criticar a los demás». Mejor habría sido que se hubieran quedado bien calladitos en su pequeña isla, pero el ahora senil imperio no podía hacer nada más que lamentar su destino y acumular desprecio hacia otros países.

Para entonces había vuelto por completo a mi naturaleza japonesa, y cada vez me enfurecía más. Por supuesto, ningún inglés habría perdido el control de esa manera. Ellos no explotarían de pronto y asesinarían a alguien como sí lo haría un japonés. Para ellos era una cuestión de orgullo conservar sus rostros inexpresivos mientras torturaban gente hasta la muerte Los cruzados solían matar a un hombre dejándole sin agua durante días, y después disimular alegando que había muerto por enfermedad. Otro truco que les encantaba era atar a sus víctimas justo por encima de la superficie del agua y dejarles sufrir una muerte agonizante al ahogarse poco a poco por la marea.

—¿Cuántos millones de personas sobre la tierra han sido esclavizados, torturados y maltratados hasta la muerte por el bien de ese diminuto país de mierda?

»Ellos siempre *gata-gata* sobre la culpabilidad japonesa; ¡*korep'pochi mo nai*! ¡Los *yatsura* deberían pagar por su propia deuda de sangre, la que han acumulado durante cuatro siglos!

La cara de Isabelle reflejó su asombro y sorpresa mientras yo gritaba.

—¡Keith! ¿Te encuentras bien?

Me calmé y me disculpé, avergonzado.

—No te preocupes. A veces me pongo así; lo heredé de mi padre. En cualquier caso, a los Supervisores de Guerra de vez en cuando nos dan estos arrebatos. Pero se nos pasa rápido.

Isabelle señaló el fax. Nuestras órdenes siguientes acababan de

llegar sin que nos diéramos cuenta.

Era un informe de la declaración de guerra contra Inglaterra por parte de Malasia, Corea y las dos Américas, además de Escocia, Irlanda y Gales. Aunque Gales formaba parte de la isla de Gran Bretaña, sus nativos no eran anglosajones, sino celtas. Gales había sido mantenida aparte por Inglaterra como una especie de área de suministro de mano de obra y sirvientes. Escocia, por supuesto, había sido hostil hacia Inglaterra desde la batalla de Bannokburn y la ejecución de María Estuardo, reina de los escoceses. Irlanda nunca había sido nada más que una colonia inglesa. Todo esto hacía obvios sus motivos.

—Es muy malo, ¿no?

Asentí con tristeza.

—Pues sí, es una maldita lástima.

Inglaterra era el chivo expiatorio del mundo, igual que en un tiempo, durante el siglo XX, los judíos, los negros y los japoneses. Cuando había gente a la que culpar de todo, el resto quedaba satisfecho.

—Esto podría ser algo serio. Tenemos que hacer algo para detenerlo —dije con una expresión oscura en el rostro.

Me había convertido en un hombre distinto del que había explotado en una diatriba poco antes.

Pero en secreto, estaba interesado en ver qué podía pasar, y me burlé de mis propias pretensiones. Detrás de mi fachada de caballerosidad empezaba a verse otra cualidad heredada de mi madre: un espíritu de genuina malicia inglesa.

Publicado originalmente en
Hayakawa SF Magazine, abril de 1970

La vida de las flores es corta

Fukushima Masami

Lirio flamingo… Oncidium… Cymbidium… Epidendrum… Dendrobium… Vanda suavis…

Los patrones de la orquídea son realmente buenos… pero al fin y al cabo quizá debería empezar con el simple espectro fluorescente…

En la tranquila y ordenada habitación, Rina hace una pausa para pensar, sus delicados dedos tocan distraídamente las teclas de su sintetizador-ikebana personal. Torna una decisión: aprieta con suavidad con el dedo corazón, despacio, sobre una sola tecla.

Una llama fantasmal de fuego azul y amarillo aparece en una esquina de la habitación, agitándose rápidamente hacia fuera, expandiéndose y retrayéndose sobre una cortina de luz azul doblada en oscuros pliegues.

Los dedos de Rina empiezan a danzar con agilidad sobre el teclado del instrumento electrónico; la cortina de luz comienza a chisporrotear como si soplara el viento, el color late al mismo tiempo que unas franjas de luz se mueven de arriba abajo y de abajo a arriba, de izquierda a derecha y de derecha a izquierda. Es el movimiento de la aurora al iluminar los cielos de los dos polos.

El rítmico jugueteo de la luz crece en un rápido tempo hasta que de pronto se congela, transmutado en la forma de una orquídea de un exquisito y profundo violeta, diferente, desde luego, de cualquier especie de orquídea que florece en este mundo. Electrones de alta energía y de alta velocidad crean una luz fantasmagórica distinta a la claridad natural, a cualquier color, a cualquier flor; esa es por supuesto la esencia de la experiencia con la luminiscencia 3D.

Rina aprieta los labios curvilíneos, sus ojos adoptan un brillo febril. Diez finos dedos, como fantásticas criaturas vivas independientes, corretean con agilidad sobre las notas de las teclas donde el brillo de la luminiscencia 3D es absorbido y reflejado en una infinidad de

colores.

Demasiado rápido para seguirlo con la mirada, los pétalos de la orquídea se alargan y estiran; en aquel mismo instante, el estambre empieza a contraerse y a expandirse como el seudópodo de una ameba, evocando una sensación de voluptuosa sensualidad.

Un pedazo de madera desgastada por el mar, del color de la tierra, aparece tras la orquídea; hojas de helecho, del brillante color verde de los cristales metálicos, crecen para ocultar la base de la orquídea; del pistilo, se esparce despacio una bruma roja en las ocho direcciones. Acompasada con el movimiento de la niebla, la imagen de luz empieza a girar… rotando… dando vueltas… y de pronto para.

¡Hecho!

Rina contiene el aliento, examina su creación, entonces, presiona la tecla-clave y la fija en el aire. Una deslumbrante figura hecha de rocío, como si fuera la materialización de una fantasía.

—¡Maravilloso, Rina!

La tranquila voz surgió tras ella. Sin darse la vuelta para mirar, reconoció a su mejor amiga, Yuri. Rina dejó el sintetizador en la mesa y descubrió que estaba empapada de sudor. Sentía cierta satisfacción en la humedad sobre su piel.

La imagen holográfica de Yuri estaba de pie frente a la consola del videoteléfono. Sacudía la cabeza mientras observaba la creación de Rina.

—¡Es fascinante! ¡Como de costumbre! De verdad que hay *algo* en tus «flores vivas».

Yuri solía utilizar la antigua expresión para la decoración luminiscente floral. De hecho, era una reminiscencia de días pasados cuando en el ikebana, como se llamaba antes, todavía se usaban flores reales, ramas en flor, madera de deriva, además de un surtido de materiales de plástico y metal, dispuestos en cuencos y vasos de cerámica. Las únicas personas que utilizaban esos términos hoy en día eran los floristas electrónicos profesionales en sus exhibiciones formales. Pero Yuri se las apañaba para usar aquellas expresiones sin que sonara ridículo o pedante. Desde luego ella no era una simple profesional, sino una de las mejores floristas, con un enorme número de estudiantes. Pero había más. Quizá tenía que ver con su personalidad básica, su despreocupada seguridad.

—Gracias —dijo Rina con una sonrisa.

—Nada que agradecer, de hecho, estoy celosa.

Aquello era típico de la manera de hablar de Yuri.

—Me estás adulando.

—Al contrario. Si lo hubiera hecho cualquier otra persona, habría

dicho que era la cualidad del instrumento en vez de la habilidad del florista lo que había creado tan magníficas flores. Si tuviera una máquina tan buena como esa quizá incluso diría que había arreglado mis propias flores para mí.

Yuri dijo esto con alegría, pero había un brillo húmedo en su mirada.

—¿Eh? De hecho, tendrías toda la razón.

Sonriendo, Rina miró a la máquina sobre la mesa. Parecía nueva, pero el estilo era anticuado, raramente visto hoy día, y la pátina de largos meses y años de afecto y cuidado brillaba en la suave superficie de metal.

—Ya sabes, no estoy tan segura de ser lo suficientemente buena como para usar un instrumento así. Lo heredé de mi padre, el cual lo consiguió de un amigo suyo, un ingeniero de electrónica que pasó toda su vida trabajando en ella como hobby. No conozco el nombre del artesano, pero era un genio, ¿no crees? Así que si las decoraciones florales son buenas, todo el mérito debe ir a ese hombre y, desde luego, no a ninguna habilidad que yo posea.

—¡Eso no es cierto! Sabes que bromeaba, ¡no lo tergiverses para hacer que parezca algo serio! —Era extraño que Yuri estuviera tan molesta—. No importa si es una obra de arte o no, un órgano ikebana sigue siendo un órgano ikebana. El mismo tipo de ordenador emite los mismos impulsos electromagnéticos; no hay diferencia en la forma en que las emisiones chocan con los electrones fuera de órbita, en un átomo de argón, de nitrógeno o de oxígeno en la atmósfera. Por lo que al final, se trata de habilidad. Ideas y composición. Tacto. En resumen, ¡tú habilidad!

Rina se quedó observando la intensa mirada de Yuri.

—Ese no es el problema. Yo… el sentimiento de satisfacción que solía tener con los arreglos florales… ya no está…

¿Por qué? ¿Cómo pudo ocurrir? Riña iba a seguir, pero por alguna razón cerró la boca justo antes de decir nada. Quizá porque sentía que cualquier cosa que dijera permitiría al instante que la intuición de Yuri viera hasta lo más profundo de su corazón. Y si eso ocurría, Rina tenía miedo de que toda la inconquistable soledad y todo el vacío que tenía enquistado en su interior brotaran hacia fuera como una inundación.

—Seguro que es solo un bajón —dijo en un tono casual—, pero he estado pensando que quizá sería interesante intentar trabajar con flores reales, como antaño.

—Para. Lo primero, las vida de las flores reales es fugaz, y además, son inflexibles e inadaptables. Es que, de verdad, esa manera de

pensar…

Yuri se inclinó hacia ella.

—Rina, hay algo que quiero decirte.

—¿El qué?

—¿Cuántos años tienes?

Rina arrugó las mejillas sin querer.

—¿Qué? ¿Después de tanto tiempo?

—Si no recuerdo mal, sesenta y ocho, ¿no?

—Exacto. Ya soy una vieja dama.

—¿Pero de qué hablas? Si yo tengo setenta y dos. Parece increíble, pero hace medio siglo ya tendríamos medio pie en la tumba a estas alturas. Por suerte estamos viviendo en el siglo XXII, por lo que todavía parecemos señoritas.

—De acuerdo, ¿y eso qué quiere decir?

—Bueno, ¿No estarás planeando meterte en breve en un matrimonio de larga duración?

—Ni pensarlo.

—Bien. El matrimonio a largo plazo es simple —la voz de Yuri se quebró y adoptó un maravilloso tono de profunda sabiduría mundana —: Debería llevarse a cabo antes de los cincuenta. A nuestra edad, es demasiado problemático, de alguna forma…

—¿Qué es lo que quieres decirme, Yuri?

El tono de voz de Rina sonaba irritado.

Yuri empezó a hablar más rápido.

—En resumen: si no te vas a meter en un matrimonio a largo plazo, me preguntaba si me harías el favor de ingresar como instructora en mi escuela de arreglos florales. Espera, ¡déjame terminar! —Yuri cortó la respuesta de Rina—. Ya sé que no quieres ser profesional. Pero piénsalo una vez más. Tienes tanto talento que sería una gran pérdida.

»Lo sé, eres una perfeccionista, y entiendo ese tipo de sentimiento purista de querer valorar tu creación por su propio valor. Pero al final, todo resulta algo vacío, ¿no? Si en cambio enseñaras a crear flores a los alumnos, bueno, sería algo diferente, con una sensación real de satisfacción. ¡Simplemente tu forma de pensar no encaja en esta era de ocio! De todas formas, piénsalo, por favor. Adiós.

Rina alzó una mano para pararla, pero la conexión ya se había cortado y el pálido reflejo de su imagen ya se desvanecía. Era otro truco de Yuri, hacer una salida dramática.

Rina miró inexpresiva el espacio que de pronto estaba vacío, consciente de cierta incertidumbre dentro de ella que parecía haber sido despertada por el monólogo de Yuri: había cierto hilo de

conexión con la disipación de la ilusión que siempre experimentaba tras completar la inmersión en los arreglos florales.

Yuri había dicho que al final la autosuficiencia llevaba a la soledad, y se dio cuenta de que había sido así desde los últimos dos o tres años. Al principio se había negado a admitirlo, claro. Era ridículo: el arreglo floral era toda su vida y quedaban profundidades inagotables por descubrir en su mundo artístico. Sentirse aburrida o pensar que había conseguido todo lo que era posible lograr, ese tipo de sentimientos superficiales solían serle ajenos.

Pero por mucho que las ignorara o las negara, aquellas ansiedades incontables estaban ahí con toda certeza, siempre en el fondo de su corazón, listas para aprovechar cualquier momento con la guardia baja y el espíritu fatigado para surgir sin avisar.

«¿Por qué?» se preguntó. «¿Por qué justo ahora, cuando no tengo nada por lo que preocuparme en mi vida?».

Con un gesto que se había convertido en parte de su naturaleza, las puntas de los dedos juguetearon con las teclas del instrumento mientras cavilaba.

«Antaño, dicen que había gente para la cual el ikebana era una forma de vida, y se suponía que los críticos eran más severos por esa misma razón. Pero el pasado, pasado está. ¡Estamos en el siglo XXII! No debería tener nada que ver con mis problemas…».

¿Cuánto tiempo llevaba allí de pie?

Rina se dio cuenta de que había alguien más en la habitación.

Se dio la vuelta para mirar.

Allí, al otro lado del comedor, había un hombre con un aspecto oscuro y sombrío, que por alguna razón le era familiar. Un varón joven, de unos sesenta y cinco años, pero vestido con un traje de hombre de negocios al más anticuado estilo Occidental. Si recordaba bien, era una moda de hacía cincuenta años que había sido popular a finales del siglo XXI, cuando hubo un resurgir del estilo siglo XX: partes de arriba y abajo separadas, con chaquetas abotonadas y presuntuosos pantalones a rayas verticales. (Incluso entonces, este estilo había sido ridiculizado como un gusto *fin-de-siècle*).

—¿Quién eres? —preguntó Rina.

Arrugó la frente, perpleja. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que había estado en presencia de alguien de carne y hueso.

—¿De dónde has salido?

En silencio, el hombre sacó las manos de los bolsillos y las cruzó ante él.

—Ahh… —gritó Rina sin poderse contener.

Una sonrisa pícara se dibujó en el rostro del hombre.

—¿Te acuerdas? —preguntó, riendo.

Rina no se dio cuenta de que había asentido. Casi como si estuviera hipnotizada dio dos, tres pasos hacia el hombre; entonces se sonrojó al ser consciente de lo vulgar de su comportamiento.

—Ah, ¡sigues siendo la misma! —La agradable voz de barítono era provocadora—. «En un instante, distante, imperturbable, fría como el mármol. En el siguiente, impulsiva como una persona del siglo XX. Y entonces te ruborizas hasta ponerte roja cuando te das cuenta de lo que estás haciendo».

—Bueno. Viejos tiempos. Desde luego, viejos tiempos: ¡han pasado cincuenta años, Minoru!

—Ah. Has sido tan amable como para acordarte de mi nombre.

—Lo cierto es que me acabo de acordar. Durante largo tiempo lo había olvidado… quiero decir, casi es historia antigua, ¿no? Cuando estuvimos juntos.

—Incluso entonces, fue solo medio año —dijo desesperanzado.

Las palabras saltaron casi cincuenta años para penetrar su corazón con sorprendente frescura.

Tal y como fueron las cosas, cuando estaban considerando ampliar su contrato matrimonial otros seis meses o incluso un año, fue Minoru quien habló. ¿No deberían quizá renovar un contrato permanente? Y fue Rina quien no se pudo decidir y quien postergó su respuesta hasta el último instante.

Desde luego no era por ninguna falta de afecto hacia Minoru: al contrario, ella estaba muy enamorada de él. Estar juntos era una alegría; estar separados era muy doloroso. De hecho, era precisamente por esta razón por lo que ella retrasó su respuesta, la razón por la que no pudo tomar una decisión hasta el último momento.

Al final fue su juventud la que decidió el problema. Rina quería disfrutar la vida por entero; acababa de entrar en la veintena y no estaba preparada para atarse antes de haber completado la mitad de su esperanza de vida. Quería experimentar diferentes tipos de situaciones, con aventuras físicas y emocionales. El tiempo y la sociedad estaban cambiando con una velocidad vertiginosa; ella quería vivir estos cambios en su piel, sola. Sintió que un contrato de matrimonio permanente la arrancaría de ese tipo de vida. Por lo que…

Por lo que ella lo dejó sin avisar, como si se escapara.

Tras aquello emprendió varios matrimonios de corto plazo, algunos más placenteros, profundos y productivos que su vida matrimonial con Minoru. Pero de alguna manera, siempre había algo extraño que faltaba en estas relaciones, algo nuevo, fuerte y vital.

Y hasta ahora nunca había sido capaz de tomar la decisión de un

matrimonio permanente. ¿Quizá por el conflicto latente entre el deseo y la insatisfacción que había permitido que siguiera viviendo en el fondo de su corazón?

—Tú… ahora… —empezó a decir Rina, pero no pudo seguir.

Estuvo a punto de preguntarle si había estado metido en algún matrimonio a largo plazo o incluso permanente, pero…

Minoru sacudió la cabeza en silencio.

—¡Solo!

—Solo… ¿quieres decir…?

—Solo por completo. Es decir, soltero.

La forma en que contestó fue casi como una rítmica salmodia.

—¡Mentiroso!

—¡Es cierto!

Rina sintió el inicio de una ira fría creciendo en su interior.

—¿Dónde te hospedas?

—Aquí.

—¿Qué haces?

—Solo estoy aquí, de pie.

—¡No juegues conmigo!

Gritaba. Rina estaba horrorizada por la estridencia de su propia voz, pero le salía a borbotones, una inundación incontrolable de emociones.

No había otro modo de curar el dolor de su corazón… una última oportunidad para tomar la decisión de un matrimonio permanente…

No quería que Minoru se volviera a marchar.

De pronto, como si leyera sus pensamientos, él rompió a reír.

Rina explotó de rabia. La furia se reflejaba en sus ojos con un brillo asesino.

—¿Para qué has venido, Minoru?

—¡He venido para verte!

—¿Por qué razón has decidido visitarme a estas alturas?

—¿Es necesaria una razón? Quería verte, y por eso vine.

—¿Por qué? ¿Para culparme? ¿Para quejarte sobre lo que ocurrió hace cincuenta años? ¿Para disfrutar atormentándome?

Rina se acercó a Minoru. La cercanía física hizo que sus piernas temblaran. Él palideció.

—¡Alto! ¡Para!

—¿Qué?

—¡No te acerques más!

Rina no pudo contener sus movimientos: se lanzó sobre su pecho y se tambaleó pesadamente, dando tumbos, a punto de caer, cuando su cuerpo solo encontró aire. Tratando de recobrar el equilibrio, abrió los

ojos estupefacta.

La silueta de Minoru se estaba desvaneciendo.

El asombro, y un enorme vacío la embargaron por completo, como si el verdadero fondo de su alma se hubiera desgarrado.

Así que de eso se trataba. Tendría que haberlo entendido…

La silueta de Minoru era un fantasma manifestado por su propia máquina electrónica de arreglos florales.

Quizá, durante un período de varios meses, cuando había jugado distraídamente con las teclas del instrumento electrónico, las puntas de sus dedos habían impreso de forma automática e inconsciente los recuerdos de Minoru en el banco de memoria del cerebro electrónico. ¡Pues claro! Y entonces la operación automática e inconsciente de sus dedos hacía un rato había traído de vuelta la imagen de la misma forma que se producían los arreglos florales.

El asombro se desvaneció.

Pero la soledad no. De hecho, se sentía desamparada en las garras de un deseo sin sentido, y una futilidad asfixiante mordió su corazón como ácido.

La vida era mucho más larga de lo que solía ser, pero incluso entonces ya había vivido la mitad de su vida. Podía escuchar el sonido de su corazón rompiéndose, como un crujido de hojas secas.

«A mi edad, quizá incluso el corazón empieza a sentirse cansado».

Quizá si aceptara empezar a trabajar en la escuela, no todo le pareciera totalmente insoportable.

Publicado originalmente en el
Hayakawa SF Magazine, octubre de 1967

Chica

Ōhara Mariko

La Ciudad era una fruta madura a punto de caer.

Pudriéndose hacia fuera desde lo más profundo de su interior, su carne podrida se sujetaba solo por una simple cáscara.

Una vez que la Ciudad caiga, nadie sabe qué será de ella. Si las cosas degeneraban todavía más, incluso el infierno cerraría sus puertas. Para los habitantes de la Ciudad, no había escapatoria.

Gil metió la larga lengua hasta el fondo de una copa de cristal veneciano tallado para lamer los últimos restos de pulpa de nectarina. Podía notar la atención que despertaba, sentado con sus genitales revestidos de visón platino a la vista. Cada nervio de su cuerpo se estremeció casi con dolor, por las repetidas caricias de los atentos ojos.

Gil conocía sus encantos mejor que nadie. La curva suave, color miel de su espalda, que iba de los hombros hasta abajo, la cintura de avispa, la mata de cabello rubio y, aunque algo oscuros, sus ojos ambarinos.

Más todavía, sabía que la suya era una belleza dinámica, la fluida gracia de sus movimientos, que había estado ahí desde su nacimiento, igual que su madre.

Gil pidió otra bebida y desde su alta silla sondeó el local. Las miradas que se cruzaba se deshacían en deseo. Sintió ganas de vomitar el contenido de su estómago. Ya no tenía apetito, ni ganas de sexo, ni nada. Todo lo que podía hacer era seguir bebiendo y bañar sus tejidos en tragos tóxicos.

Cuando dirigió una mirada transparente hacia la barra, media docena de copas del divino licor de nectarina aparecieron ante él.

—¿Calamidad? —llamó débilmente a la camarera por su nombre.

Las bebidas, contestó ella, eran invitación de aquel cliente, y de aquel otro, y…

—No las quiero.

—¿Ah, no? —La voz de Calamidad sonó terriblemente seria. Demasiado fría para el gusto de Gil, quien había venido aquí solo, demasiado solo.

Las seis copas, absorbiendo las luces multicolores del bar, se reflejaban en la pulida barra de ébano. Una escena patética, pero enternecedora.

A Gil le gustaba el cristal tallado. Provocaba una resonancia en su delicada alma. Era como él: inquieto, hipersensible, cerca del punto de ruptura.

Se bebió la mitad de su cóctel y se levantó algo mareado. Bajar de la silla pareció más un resbalón que el movimiento de ponerse en pie.

Ahora incluso más ojos estaban fijos en él. Pocos le reconocieron como Jill Abel.

Le dio propina a la malhumorada Calamidad, con la esperanza de conseguir una sonrisa, pero ella solo dejó sus quehaceres durante medio segundo. Sus mejillas de melocotón apenas temblaron.

Al mismo tiempo que luchaba contra la resaca que amenazaba con sumergirle en un lodazal de desesperación,Gil cruzó la oscura sala a través de torbellinos de un humo sucio y púrpura. La bebida se le había subido a la cabeza. Era un pez marino arrastrándose por el suelo oceánico. Un leve ataque de desintoxicación humana le sobrevino. De pronto, la realidad desapareció. Todo, los rostros, los pies, las voces, todo se había marchado lejos, muy lejos.

Se derrumbó.

Alguien le había drogado, de eso estaba seguro, pero se encontraba desamparado, no podía hacer nada. Se dio un buen golpe en el codo izquierdo, y el dolor le devolvió a sus sentidos durante un breve instante.

—¿Estás bien?

El tipo que le había drogado le sujetaba en un suave abrazo, acariciando sus genitales. Debo estar cayendo muy bajo, pensó, dejando que un tío al que no había visto nunca le manoseara así. No debía excitarse demasiado… sería mi propio error… culpa mía.

—¿Qué tal, te gusta?

¿Cuántas veces se había rendido al éxtasis momentáneo de que le tocaran justo ahí?

Ese profundo e irresistible escalofrío de placer.

Sin avisar, empujó el pesado pecho del hombre a un lado.

El cliente estaba desorientado, y entonces se encendió de rabia.

Gil se agarró al respaldo de una silla y se puso de pie. Con el tipo pegado a la nuca, el alma de Gil comenzó a anegarse en lágrimas. Ten

piedad, ten piedad…

Esperaba una paliza, se abrazó a sí mismo y suplicó.

—Perdóname, te lo suplico.

Tras lo cual, los puños apretados por la furia cayeron inertes, sin fuerza. El tipo bajó su voz hasta convertirla en un desanimado susurro de lástima.

—Lárgate, Jill. No sabía que eras tan despreciable.

Negada incluso la violencia que otorgaba el contacto humano, Gil volvió a dirigir sus pies hacia la salida.

Mientras esperaba la vieja reliquia de ascensor, una mujer salió corriendo del bar. Gil estaba apoyado en la pared resquebrajada con los ojos cerrados, pero por el olor y el sonido de su presencia, evocó una completa imagen mental de ella.

—Eh, ya está aquí. ¿Entras o no?

—Ve tirando.

Gil abrió los ojos para confirmar la imagen mental de la mujer. Pero lo que vio le hizo contener el aliento. Su piel, suave y de un blanco cremoso. Sintió la necesidad de tocarla con suavidad. Solo un poco. Tan solo un roce.

—¿Eh?

La chica subió al enorme ascensor.

Gil miró la puerta cerrarse a cámara lenta. Siempre perdiendo el barco. Siempre demasiado tímido, demasiado vergonzoso, apartado de la carrera, fuera de sincronía con el mundo.

Su excitación, lejos de remitir, se derritió en un estado de curiosidad coloidal mientras esperaba al siguiente elevador.

El ascensor infernal —suelo enmoquetado, paredes y techo de terciopelo rojo borgoña— se sacudió al descender, llevándolo en su interior.

Deprimido, esperó a que la puerta se abriera y entonces se deslizó fuera. Pero cuando miró hacia la lluvia ácida que caía sobre su cabeza, su corazón chilló.

—Buenas noches. Nos volvemos a encontrar, por lo que veo.

Y él que creía que había desaparecido. Un tumulto rugió por todo su pecho.

—¿Me… me has esperado?

—Claro.

La chica se dio la vuelta sin previo aviso y empezó a caminar, dejando su brillante sonrisa llena de dientes flotando detrás. Gil se apresuró tras ella. Su estupor se estaba disipando a toda prisa.

—¿A dónde vas?

Ella le dedicó una agradable sonrisa al responder.

—A casa.

—¿Dónde es eso?

—Donde vivo.

—¿Y hay alguien esperándote?

Gil empezaba a frustrarse. ¿Qué quería decir ella? ¿A dónde lo llevaba?

—Estoy soltera.

Gil la alcanzó y caminó junto a ella a través del viento negro. La chica era de la estirpe de los ángeles. ¿Pero los ángeles no eran chicos? Una chica, la apariencia de un chico.

La chica vestía pantalones negros ajustados y una camiseta también negra que la envolvía hasta las muñecas. Cabello negro, pupilas negras, negro hasta la punta de sus zapatos. La escasa piel que mostraba irradiaba un brillo fosforescente.

Gil detestaba a los capullos que diseñaban ropa que mostraba las partes bajas del cuerpo con tanto detalle. Y no sentía otra cosa que satisfacción consigo mismo por haber elegido su propio y vistoso vestuario.

El nivel de la calle estaba desierto.

¿Quién, especialmente a aquellas horas de la noche, iba a estar caminando en medio del frío y la humedad sin paraguas ni aerocoche? Nadie por la calle también quería decir que no habría robos ni peleas.

Los edificios de cientos de plantas brillaron como candelabros. A Gil le encantaba su débil chisporroteo. Amaba esta ciudad corrompida.

Sin avisar, la chica tocó a Gil en el brazo.

—¿Eres… humano?

Gil le devolvió la oscura y resuelta mirada y se quedó pensativo. Así que no lo sabía, ¿eh? No sabía que él era Jill Abel, el bailarín, despojo agotado de la deslumbrante decadencia de la ciudad, la más elevada civilización tambaleándose en el filo del colapso.

—Mmm.

—Bueno, entonces eres ¿macho?

El pecho de Gil se hinchó para denotar dos protuberantes y voluptuosos pechos. Mucho más grandes que los de la chica. Al mismo tiempo mostró un órgano masculino envuelto en piel de la base hasta la punta.

—Sí. Soy un hombre —contestó con honestidad.

—Parece una cola.

Ella sonrió al hablar, y empezó a caminar con presteza tan de repente que Gil apenas se dio cuenta del beso bermellón en su pálida mejilla. Echó a andar tras ella a un ritmo más calmado.

La casa de la chica estaba cuarenta y siete pisos bajo tierra. Era un

pequeño agujero, aunque acogedor. Una habitación con forma de huevo, a la moda, con la cama ovalada, demasiado grande para una persona, suspendida cerca del techo.

—¿Cómo subes?

Mejor mostrar que responder: activó una escalera que bajó por control remoto.

—¿Puedo?

La chica sonrió.

—Claro, pero quizá prefieras una ducha primero.

Gil asintió con humildad, como si le hubieran humillado. Se quitó la ropa, recogió la toalla que le ofrecían con el nombre de «Kisa» bordado en ella y se metió en el baño inmaculado. Por un instante se quedó allí estupefacto. No había duda. La chica era una prostituta que se llamaba Kisa. Una mujer de la calle. Por eso le había traído hasta allí, era la respuesta al enigma… la única respuesta.

Tras la ducha, todo el lavabo se transformó en un secador. Se miró en el espejo mientras su cabello dorado se revolvía bajo las bocanadas de aire caliente.

Sus pechos operados mantenían su forma estereotipada y perfecta. Se había hecho la cirugía estética cuando jugaba a la Esfinge. Aquellos atributos habían demostrado ser muy populares, le parecía una lástima quitárselos.

La madre de la Esfinge era mitad doncella, mitad serpiente, conocida como Equidna. La Equidna dio a luz a todo tipo de monstruos terribles. La Quimera, la Gorgona, el Cerbero, el Dragón y al fin a la Esfinge.

Pensar en «Madre» le dio ganas de vomitar. Hermosos, torneados pechos, nunca pensados para criar a un recién nacido, bueno, le parecía justo. Al salir del lavabo le sorprendió un robot blanco con cuatro piernas que le ofrecía una toalla.

—No está nada mal, ¿eh? Construí a este pequeñín yo misma.

Gil miró a Kisa y después volvió su mirada al robot.

—¿De un *kit*, un Flexi?

—Customizado. Incluso habla. Se llama «Esfinge».

Gil sintió un escalofrío y se cubrió los pechos con la toalla. El enorme Esfinge parecía un esqueleto de dinosaurio blanqueado. A una orden de voz de Kisa, empezóa caminar, chasqueando los huesos, un pie tras el otro, apenas aguantándose derecho.

—Atroz.

—¡No, para nada! Es mi bebé. ¿No ves lo tierno que es?

La risa de Kisa era encantadora, como la de un hada… sí, exacto… Madre era a veces una especie de encantadora. Lo que explicaba su

atracción hacia la chica. Tenía que ser eso. Eso y que era una profesional. La tenía cogida. Justo en su sitio.

—¿Por qué no te duchas tú también?

—Vale.

Un leve crujido sonó cuando la chica se quitó la elegante y oscura camiseta. Gil estaba embobado. Su piel encendió la habitación, como si su dermis envolviera una blanca luminiscencia interior.

La chica se deslizó con suavidad en la bañera. Gil escuchó el sonido de la ducha mientras se acuclillaba en el suelo.

—¡Esfinge! Tráeme una bebida

Esfinge le devolvió un rostro compuesto por una lente ciclópea y rojiza, y un solo altavoz.

—Hay disponible una gran variedad de bebidas.

—Cualquier cosa está bien.

Los gráficos aleatorios del robot le eligieron un *scotch*. El robot caminaba a cuatro patas, los dos miembros delanteros le servían como brazos para el trabajo manual. Las piernas traseras no tenían dedos, mientras que las delanteras tenían tres.

Gil comenzó a sentirse adormecido mientras bebía el licor a grandes sorbos. Puso un cojín en su espalda. Los muros gris plateado —con un montón de transmisores casi agotados de electrofotos adheridos— eran paisajes de ensueño.

Prados, océanos, primaveras y otros paisajes sencillos. La singular ausencia de figuras tanto animales como humanas chocó a Gil, era extraño para una chica. De todas formas, para Gil las escenas eran placenteras. Y entonces lo supo, ella quería escapar de este mundo. ¿Pero a dónde? Puede que a algún mundo extraño y secreto. Quizá la chica era dueña de un mundo secreto así en su mente.

Ella apareció, vibrante, brillando con vida, con una vitalidad tan rica que abrumó a Gil. Como si caminara con electricidad. Dedos blancos cargados de energía.

La chica deslizó un camisón sobre su cuerpo eléctrico.

Gil no se cayó de donde estaba gracias al apoyo del enorme cojín. La chica eléctrica se acercó. Su cuerpo vibró. Puso un brazo sobre sus hombros cuando estuvo más cerca, ella sujetó su mano. Su roce envió una descarga a través de su columna vertebral.

—Estos últimos días he estado pensando, por alguna razón… recordando cosas que ocurrieron hace mucho tiempo… cuando era una niña…

—¿Qué tipo de cosas? —preguntó Gil casi sin aliento. Si hubiera sido cualquier otra mujer, con toda seguridad no se habría interesado por su vida.

—¿Eres… terrícola?

—Sí.

—Solía mirar hacia la Tierra desde donde vivía.

—¿Eh? —respondió Gil. —Dicen que desde muy lejos parece una joya.

El amago de una sonrisa traicionó a la chica.

—Cuando era una niña, solía pelear con mi hermano sobre quién sería el primero en pisar el planeta azul.

—¿Hermano menor?

—Mayor.

—Se encuentra bien, espero.

—Si lo estuviera, no hablaría en este tono.

Entonces la chica se libró de su abrazo y se levantó.

Gil no entendía qué ocurría, pero sabía que había dicho algo que no debía. Se sentó.

—No, eso es mentira. —dijo la chica.

Gil se sintió herido por algo que no pudo interpretar. La miró a los ojos.

—¿Te vas?

No era una pregunta; era una orden. Desenredó sus piernas y logró levantarse. Las venas de su cabeza palpitaron como si se las hubiera apretado.

—Lo pillo. Estás esperando a un semental.

Lo dijo con más brusquedad de la que quería.

Kisa se quedó congelada como una estatua. Sus manos de mármol abrieron la puerta y le señalaron la salida.

—Mi compañera de habitación es una mujer, gracias.

Gil sintió que se desgarraba por la mitad. Esta chica había llegado aquí, sola, desde otro mundo exterior más pobre. Parecía pura e inocente, pero seguro que la habían herido en lo más profundo. La gente como ella salpicaba sus venenosas mentiras por todas partes. Te encandilaban y luego te traicionaban, te dejaban tan maltrecho que no te podías volver a levantar… Gil recordó de pronto su propio pasado lleno de enfrentamientos y se encogió. La idea de volver a pasar por todo aquello le provocó escalofríos.

—Lo pillo. Me marcho.

Al salir del confort de aquel interior parecido a un útero, la chica lo llamó.

—Espera. ¿Cómo te llamas?

—Jill Abel.

La expresión de la chica le reveló que se había conectado el hilo del reconocimiento.

Casi había amanecido cuando llegó a casa, pero Rémora, su compañero de piso, seguía despierto, viendo las noticias en la pantalla del tamaño de una pared.

Rémora era genéticamente un hombre, la prueba eran los seis dedos de la mano izquierda, todos ellos remodelados como pollas. Cuando le preguntaban por qué la mano izquierda su única respuesta era que si hubiera sido la derecha, no habría podido sujetar los palillos.

—¡Mira, mira! Una colisión de naves espaciales —gritó Rémora a pleno pulmón—. ¡Mira, mira, mira! ¡Eso son malas intenciones o qué! ¡Es Sirio!

La pantalla mostraba la negrura oceánica de los abismos del espacio, la cáscara plateada a la deriva y medio destruida de un naufragio. Pedazos de metal desgajados brillaban con la luz de un sol lejano.

—¡Jodidos alienígenas! ¡Me apuesto lo que sea a que es un plan droide!

A su pesar, la expresión de Gil se suavizó con aquella explosión irreprimible. Sí, había buenas personas en este planeta, incluso aunque no tuvieran educación, ni formas, ni finura, incluso si eran racistas hasta la médula. Aunque Rémora se decía a sí mismo unas mentiras descaradas, solo para acabar decepcionado, al final se mantenía inamovible. Quizá era un idiota, ¿pero acaso no lo era todo el mundo?

El cadáver medio desmembrado que flotaba inútil en el vacío transmitía una extraña sensación erótica.

La oscura habitación producía la ilusión de que ellos mismos estaban perdidos en el espacio.

—Eh, ¿te has enterado de la última juerga sexual entre alienígenas?

Gil se sentó junto a Rémora. Este puso una mano, la buena, en la rodilla de Gil. Remora se moría de ganas por contar todos los detalles del cotilleo. Era el tipo de hombre que conocía todos los trapos más sucios.

—No tengo la menor idea.

Era la invitación que Rémora esperaba. El rostro se le encendió y su mole de gorila vibró.

—Nadan en gravedad cero y se rocían glóbulos de esperma por encima, como los peces.

Algo soez. Desagradable, pero tuvo que admitir que la idea le había cogido por sorpresa.

—Una especie de fiesta urológica, ¿mmm?

—¿Eh? ¿*Esoqués*?

El vocabulario de Rémora no llegaba tan lejos.

—Como una suerte de orgía de lluvia dorada.

Rémora se rio con satisfacción. Su rostro iluminado por el titilante brillo de los restos de la nave espacial en la pantalla.

Entonces, mirando a Gil directamente a los ojos, dijo:

—¿Qué pasa? Normalmente no te suelen interesar estas cosas.

Gil se sonrojó.

—¿Y bien? ¡Venga ya! ¿Te ha pasado algo esta noche?

Al decir aquello, Rémora acomodó suavemente a Gil en una postura reclinada. No habían estado así desde hacía mucho. La piel de Rémora se estremecía.

—*Chica*, creía que nunca lo pillarías. Así está mejor… y aquí estaba yo, pensando que era momento para salir.

—No te vayas.

La bonita cara de Gil se deformó en una mueca. No podía evitar sentir lástima por un tío tan insensible quete decía *sayonara* una vez la parte física terminaba. Y aun así sabía que si Rémora se marchaba, Gil sería el único que se sentiría triste; aquello lo dejaba desolado. Y así, los dos amantes se dejaron caer en el profundo mar cósmico.

Más tarde, mientras se quedaban dormidos, Gil le habló sobre la chica.

—Lo que pasa es que está colada por ti. Pretende no conocerte para acercarse, estoy seguro.

—¿Entonces por qué me ninguneó?

—Para poner el anzuelo —respondió Rémora. —En una semana volverá a aparecer. Confía en mí.

¿Confiar? ¡No se trataba de eso! ¿Cómo podía siquiera empezar a explicárselo?

—De todas formas —continuó Rémora—, vamos, ¿una alienígena? No es tu estilo. Hazte un favor, deshazte de ella.

Rémora era un antialienígena convencido. Seguro que alguna tía le había dejado tirado cuando repartía por las rutas interplanetarias. O quizá escondía un pasado, quizá había sido un alienígena él mismo hasta sus veinte, por lo que odiaba sus orígenes. Igual que Gil detestaba ser un bailarín.

—No lo sé —confesó Gil, mientras descansaba en los enormes brazos de Rémora—, no estoy seguro.

—¿De qué?

La voz de Remora era ronca. No esperaba que Gil desenterrara lo que él ya consideraba un tema zanjado.

—No sé… a lo que se dedica. O qué tipo de hembra es…

—¿Si se lo monta con su compañera de habitación? —se burló Rémora con una sonrisa—. ¿Cómo nosotros?

Se liberó del abrazo de Rémora. Gil torció la boca en un gesto de desdén.

Haciendo caso omiso, Rémora solo pudo controlar sus fuertes sentimientos con un desafío.

—¿Apostamos? Seguro que te la tiras en menos de un mes.

¿Pero qué decía este simio? No es lo que él quería decir, para nada…

Gil se levantó, tapándose la boca con las manos para ir a vomitar el ácido disgusto apestando en la boca de su estómago. Mientras él devolvía, Rémora le obsequió con sus propias experiencias con mujeres.

Gil se dio cuenta de que había roto las reglas, había traicionado la comprensión mutua: había traído a casa sus problemas de fuera. Rémora quizá había sido grosero, directo y estúpido, quizá no había sabido llevar bien la conversación, pero por lo menos aquí, entre estas paredes, tenían que mantener cierta confianza, o algo parecido.

Al día siguiente, Gil se levantó pasado el mediodía. Rémora había desaparecido. Su preciado casco de tripulante espacial no estaba. Gil echó un vistazo a las estanterías con baratijas de cristal tallado que cubrían toda la pared. Su cabeza palpitaba, la visión le apuñaló ambos ojos.

No pudo soportarlo más. Se puso a llorar, lo que hizo que la cabeza le doliera todavía más. Solo entonces le sobrevino un sopor silencioso, largo y confortable.

Drogado hasta las trancas, Gil iba cada noche al club Rox Star.

Excepto cuando bailaba en el escenario, siempre tenía a alguien encima, con el que se acostaba más tarde. Siempre alguien diferente. Durante ocho meses no había deseado a nadie y, de pronto, no tenía otra cosa más que necesidad; como si el dique hubiera estallado.

Debería de haber estado exhausto físicamente, pero bailar le daba una claridad afilada y misteriosa. Lo normal sería estar en un vehículo privado liado con alguna mujer desconocida. Hoy Gil se dio cuenta de que el vehículo lo conducía un humano real, no un androide, por lo que trató de mantener las apariencias y ofreció conversación.

—Sabes, cada vez que paso por aquí me pregunto. ¿Qué crees que construyen?

El terreno al lado del club Rox Star había estado en construcción durante algún tiempo. Realmente estaban edificando algo. Algo nuevo estaba surgiendo en medio de esta ciudad llena de úlceras y llagas.

—No tengo ni idea.

El conductor desde luego no tenía ganas de charlar. El aerocoche descendió con un aterrizaje suave en la azotea de algún club. Con indiferencia, Gil apartó las pezuñas de la mujer y salió primero. Ella estaba furiosa. Era muy guapa, pero comparadas con la chica que no podía olvidar, las mujeres como ella no contaban.

Entre nauseas, tragó un puñado de pastillas y las bajó con agua. Unos minutos más tarde su cerebro empezó a descomponerse y todo se disolvió en la lejanía. El conductor de rostro pétreo, aquella vergonzosa caja de purpurina elegante que pasaba por un coche aéreo, la atmósfera nocturna de la ciudad extendida ante él, los radiantes rascacielos bloqueando la visión de la cúpula del planetario en miniatura de los cielos, la mujer gritando como una madre histérica. Todo retrocedió, la escena intacta por completo, fuera de su alcance, a salvo e inviolable.

Gil siguió desenterrando pensamientos de su turbia conciencia. La predicción de Rémora de que la chica aparecería en una semana, que en un mes sería suya. Pero cuando Gil hubiera vuelto a su apartamento, ella ya se habría marchado.

Pasó el tiempo. Las estaciones se confundían unas con otras. Trabajó a su manera con un desfile de acompañantes. Después de todo aquello, se sentía asqueado de sí mismo, y a pesar de ello, esa imagen obscena e inmoral se convirtió en él. Todavía había algo en él, algo que brotaba espumeante desde su corazón cenagoso, suplicando ser salvado, aunque fuera solo por un brillante y fugaz instante.

«Tengo que encontrarla… tengo que encontrarla…».

La necesidad crecía más y más mientras su cuerpo se hundía en el fango. Su materia gris se derretía. Solo sus movimientos físicos centelleaban con electricidad, como la Ciudad.

Gil avanza al escenario central y se dobla en una profunda reverencia. Le llueven los aplausos.

Vestido con plumas doradas, se arrastra fuera del útero de su madre. Ella es un insecto, una enorme cáscara esferoide cubierta de una pelusa color miel. El monstruo creado por ingeniería genética retuerce su abdomen gigante, y Gil medioemerge. El plumaje dorado de Gil reluce, embadurnado con pintura. El insecto sufre. Golpea a Gil, la causa de su sufrimiento, contra el suelo, lleno de rencor y furia. Gil está al borde de la inconsciencia. Él y el insecto explotan con la misma rabia, relámpagos de odio puro se arquean y chocan.

Gil se retuerce hasta liberar el torso, y con las manos sobre el escenario lleno de baba, es cuando la ve. El corazón se le sube a la garganta.

¡Ese rostro! En una audiencia de miles, la ha reconocido en un

instante. ¡Su cara radiante, eléctrica, nívea!

Gil extrae sus piernas del útero del insecto. Demasiado bruscamente, a juzgar por la enorme cantidad de sangre que se derrama sobre el escenario. El insecto retuerce y abre las alas de parafina. Los cables que le sujetan empiezan a cortar el tórax.

Mojado y pegajoso por la sangre, Gil salta del escenario y echa a correr. Cientos de manos se estiran para tocarlo cuando pasa a toda velocidad. Él se limita a apartarlas. No es una persona violenta, no a menudo, pero en ese momento, cualquier cosa en su camino es su enemigo. Es una bestia dorada cargando a través de un campo de hierba alta.

Mientras tanto, en el escenario, la madre insecto con el cuerpo separado en dos, derramándose en cascadas de plasma azul, grita en su último estertor de muerte.

La audiencia se pone en pie, emocionada por el nuevo cariz que ha tomado la actuación. Rochster, el dueño del teatro, echa un vistazo a su pantalla de circuito cerrado, calculando cuánto le costará reparar el escenario inundado de sangre.

Gil se pega a la chica como una lapa, agarrándola por el hombro, y sin una palabra procede a llevarla fuera.

Es entonces cuando la audiencia empieza a sospechar algo. La multitud grita. Los guardias tratan de poner orden. La mujer junto a Gil le rompe el disfraz, atropellándolo como loca. Un guardia se mueve para proteger a la estrella, pero las mujeres lo echan abajo. Lo único en lo que piensa Gil es en proteger a la chica y en huir lo antes posible por la salida más cercana. Hordas de mujeres se apresuran tras Gil y la chica, pero el equipo de seguridad cierra las pesadas puertas permitiendo escapar a la pareja.

Gil sujetó la hermosa y eléctrica mano de la chica.

—Por fin…

Kisa sonrió mientras seguía corriendo.

—Estás chorreando.

—Sigue corriendo. Se secará.

—Apestas a sangre.

—Acabo de nacer, nada más.

La chica guió a Gil al terreno en construcción cerca del Rox Star. La silueta del edificio era todo lo que se había levantado. Recuperando el aliento, miraron hacia el cielo nocturno. El cielo de candelabros.

En el interior de la estructura esquelética había varias filas de bancos. Al sentarse, ambos chocaron sus miradas, casi sonoramente, ojos dorados a ojos negros.

—¿Tú… qué *sientes* hacia mí?

Su voz tembló. Nunca en su vida había hecho una pregunta tan cursi. Kisa rio.

—Estos dos meses han pasado volando para mí.

¿Y antes de eso? Gil se tragó la pregunta. ¿Y qué pasaba con él? ¿Qué cojones había hecho él los últimos dos meses?

Vestida por completo de blanco, la chica parecía todavía más menuda. ¿Su lugar de nacimiento no tenía sol?

—A menos que me purgue, no creo que pueda quedar contigo.

A Gil le dolió el corazón. ¿Por alguien como yo? ¿Tan sucia había estado antes? ¿En qué demonios se había visto envuelta?

—Verás, yo…

—No me lo digas.

Gil obligó a la chica a volverse y mirarlo. No le importaba si era prostituta, lesbiana, estafadora, o alguien que agredía a la gente con tanta violencia que no volvían a ser nunca los mismos. Quizá había caído en ladesesperación, trabajando entre la miseria que la había acompañado desde que naciera.

Kisa dejó caer su cabello negro alrededor del cuello de Gil mientras lo sujetaba. Se sentía bien. Quizá así fuera el abrazo de una madre.

—Debo decirte algo, yo…

-¿Sí?

—Mi compañera de piso me ha echado.

—¿Pero por qué? No, no me importa. —Gil se guardó las palabras con precaución—. ¿Tienes algún lugar dónde quedarte?

Kisa sacudió la cabeza, apoyada en los hombros de Gil.

—Vente a mi casa —le ofreció, agradeciendo a Rémora que hubiera decidido marcharse.

De pronto, una sombra enorme se cernió sobre ellos. Mirando hacia arriba, alarmados, vieron un pteranodon gigantesco planear en la noche. Algún idiota había soltado a su mascota por la Ciudad.

Una brisa sopló a través de la estructura esquelética. Revolvió el cabello de Gil, que ya estaba seco. Kisa lo abrazó con más fuerza.

—¿Sabes qué es esto, dónde estamos?

—No.

La chica sonrió.

—Es una iglesia.

—¿Una qué?

—La Iglesia Red de Llamadas P/M.

¿La Iglesia Padres y Madres? Gil había escuchado hablar de ella, se suponía que la llevaba una organización de psíquicos. Daban cobijo a las almas en crisis, lugares con necesidad de amor, corazones heridos, campos de batalla de todas clases, y venían para curar. Para invitar,a

veces para regañar. Materializándose desde millones de años luz…

Así que aquello es lo que era. Una iglesia anticuada, con filas de bancos, un crucifijo, y un altar.

¿Qué habían sentido en esta ciudad reclamando amor paternal?

Gil dejó a Kisa y fue hasta una estatua sin terminar de María, y desnudó su pecho. Un rostro, el rostro de una joven se hundió en la plenitud de los pechos de Gil. Escuchó la voz de Kisa preguntando. ¿Podría realmente dar la leche? No lo sabía. ¿Por qué simplemente no chupaba ella?

Trece años más tarde, la Ciudad con toda su decadencia fue destruida por dos bombas inmundas, y dos millones de ciudadanos fueron enviados al infierno.

Gil y Kisa hacía tiempo que se habían separado. Aun así, Padres y Madres trataron de salvar toda la gente que pudieron en los años previos al último aliento de la Ciudad. La luz que entregaban era pequeña, pero ciertamente ahí estaba, brillando profunda en las sombras de la Ciudad.

Una luz hecha visible por la oscuridad.

Publicado originalmente en el
Hayakawa SF Magazine, junio de 1985

Mujer de pie

Tsutsui Yasutaka

Estuve despierto toda la noche y finalmente terminé un relato de cuarenta páginas. Era un encargo trivial, de entretenimiento, incapaz tanto de hacer daño como de hacer algo bueno.

«Hoy en día no puedes escribir cuentos que sean capaces de hacer algo bueno o malo; es inevitable».

Es lo que me dije a mí mismo mientras sujetaba el manuscrito con un clip y lo metía en un sobre.

En lo que a mí concierne acerca de escribir historias que puedan hacer bien o mal, intento con todas mis fuerzas no pensar en ello. Igual se me podría ocurrir intentarlo.

El sol de la mañana hirió mis ojos cuando me deslicé en mis zuecos de madera y salí de casa con el sobre. Como todavía quedaba tiempo hasta que llegara el primer camión de correos, dirigí mis pasos hacia el parque. Por la mañana no hay niños en este parque, unos escasos sesenta y seis metros cuadrados en mitad de un atestado barrio residencial. Es un lugar tranquilo, por lo que siempre incluyo el parque en mi paseo matinal. Hoy en día incluso el escaso verde que ofrecen apenas diez árboles resulta impagable en una megalópolis.

«Tendría que haber traído algo de pan», pensé. Mi perrocolumna favorito está cerca del banco del parque. Es un perrocolumna afable, grande para ser un chucho, con el pelaje beis.

El camión de fertilizante líquido se marcha justo cuando llego al parque; el suelo está blando y hay un leve olor a cloro. El señor mayor que suelo ver allí está sentado en el banco justo al lado del perrocolumna, dándole de comer lo que parecen ser empanadillas de carne. Los perrocolumnas suelen tener un apetito excelente. Quizá el fertilizante líquido, absorbido por las raíces profundamente hundidas en el suelo y que después pasa a las patas, les abre el apetito.

Se comen casi cualquier cosa que les des.

—¿Le has traído algo? Hoy he tenido un lapsus. Me he olvidado de

traer el pan —le dije al viejecillo.

Me miró con ojos amables y sonrió, afable.

—Ah, ¿también le tienes aprecio a este compañero?

—Sí —contesté, mientras me sentaba junto a él—. Se parece al perro que solía tener.

El perrocolumna me mira con sus enormes y oscuros ojos mientras menea el rabo.

—Anda, yo mismo tenía un perro como este —dice el hombre, mientras le rasca el cuello al perrocolumna—. Lo convirtieron en un perrocolumna cuando tenía tres años. ¿Lo has visto? Está entre la mercería y la tienda de películas en la carretera marítima. ¿No hay allí un perrocolumna igualito que este?

Asentí y pregunté:

—¿Ese era el tuyo?

—Sí, era nuestra mascota. Se llamaba Hachi. Ahora se ha vegetalizado por completo. Un hermoso perroárbol.

—Ah, sí. Resultó ser un arbusto espléndido —asentí con la cabeza repetidamente—. Ahora que lo mencionas, se parece mucho a este. Quizá vienen del mismo sitio.

—¿Y tu perro? —preguntó el anciano—. ¿Dónde está plantado?

—Nuestro perro se llamaba Buff —contesté, meneando la cabeza —. Fue plantado cerca de la entrada del parque cementerio a la salida de la ciudad cuando tenía cuatro años. Pobrecito, se murió justo después de ser trasplantado. Los camiones de fertilizante no suelen ir por allí muy a menudo, y estaba tan lejos que no podía llevarle comida cada día. Quizá lo plantaron mal. Murió antes de convertirse en árbol.

—¿Entonces lo quitaron?

—No. Por suerte no importaba demasiado que oliera o no, así que lo dejaron allí y se secó. Ahora es un hueso-columna. Según tengo entendido, proporciona buen material para la escuela primaria de ciencia del barrio.

—Estupendo.

El viejecillo acarició la cabeza del perrocolumna.

—Este pequeño de aquí, me pregunto cómo se llamaba antes de ser un perrocolumna.

—No se puede llamar a los perrocolumnas por sus nombres originales —respondí—. Una ley extraña, ¿verdad?

El hombre me dirigió una mirada fugaz, y entonces respondió distraído:

—¿Acaso no ampliaron las leyes de las personas a los perros? Por eso pierden sus nombres cuando se convierten en perrocolumnas —

asintió mientras le rascaba la mandíbula al perrocolumna—. No solo los nombres antiguos, sino que tampoco puedes darles un nuevo nombre. Eso es porque no hay nombres propios para las plantas.

«Desde luego», pensé.

Miró el sobre que llevaba yo con las palabras manuscrito adjunto escritas encima.

—Disculpa —dijo—, ¿eres escritor?

Me sentí un poco azorado.

—Bueno, sí. Solo cosas triviales.

Después de mirarme con atención, el anciano siguió acariciando la cabeza del perrocolumna.

—Yo también solía escribir cosas.

Se las apañó para reprimir una sonrisa.

—¿Cuántos años hace ya desde que dejé de escribir? Me da la sensación de que hace mucho tiempo.

Me quedé mirando el perfil del viejecillo. Ahora que había revelado aquel detalle, el suyo era un rostro que creía haber visto antes en algún lugar. Quise preguntar su nombre, pero dudé y luego deseché la idea.

El anciano preguntó de pronto:

—Se ha convertido en un mundo complicado para escribir.

Bajé la mirada, avergonzado de mí mismo por seguir escribiendo en un mundo así.

El hombre se disculpó rápidamente al ver mi súbita reacción de tristeza.

—Eso ha sido grosero. No estoy criticándote, soy yo el que debería sentirse avergonzado.

—No —contesté, tras echar un vistazo a nuestro alrededor—, no puedo dejar de escribir porque no tengo el coraje. ¡Dejar de escribir! Después de todo ¿por qué debería ser eso un gesto contra la sociedad?

El anciano no dejó de acariciar al perrocolumna. Volvió a hablar tras una larga pausa.

—Dejar de escribir es doloroso. Hablando de eso, quizá habría sido mejor que hubiera seguido con mi literatura de crítica social descarada y que me hubieran arrestado. A veces incluso me da por pensar eso. Pero yo era solo un diletante, nunca conocí la pobreza, solo deseaba soñar tranquilo. Quería vivir una vida confortable. Como persona con un gran respeto por sí misma, no podía soportar estar expuesto a los ojos del mundo, ridiculizado. Por eso dejé de escribir. Una historia triste.

Sonrió y sacudió la cabeza.

—No, no, no hablemos de ello. Nunca sabes quién puede estar

escuchando, incluso aquí en la calle.

—¿Vives cerca? —pregunté para cambiar de tema.

—¿Conoces el salón de belleza de la calle principal? Justo al lado. Me llamo Hiyama. —Hizo un gesto asintiendo con la cabeza—. Ven alguna vez. Estoy casado, pero…

—Muchísimas gracias.

Le di mi propio nombre.

No recordaba ningún escritor llamado Hiyama. No había duda de que escribía bajo pseudónimo. No tenía ninguna intención de visitar su casa. Habitábamos en un mundo en el que dos o tres escritores reunidos se consideraban una asamblea ilegal.

—Ha llegado la hora de que venga el camión del correo.

Aquello me hizo mirar el reloj. Me levanté.

—Me temo que debo irme —dije.

Me devolvió un rostro triste e hizo una leve reverencia. Tras acariciar un poco la cabeza del perrocolumna, me marché del parque.

Salí a la calle principal, pero apenas había una cantidad ridicula de coches circulando, y muchísimos menos peatones. Había un gatoárbol, de unos treinta o cuarenta centímetros de alto, plantado cerca de la acera.

A veces me cruzaba con algún gatocolumna que había sido plantado hacía poco y todavía no era un gatoárbol. Los gatocolumnas nuevos me miran a la cara y maúllan o lloran, pero los que tienen las cuatro extremidades plantadas en el suelo se han vegetalizado, con las caritas verdes rígidas y los ojos cerrados. Tan solo mueven las orejas muy de vez en cuando. Luego hay gatocolumnas a los que les crecen ramas del cuerpo y sacan un buen puñado de hojas. La condición mental de estos parece estar vegetalizada por completo, ni siquiera mueven las orejas. Incluso si puedes distinguir en ellos la cara de un gato, es mejor llamarles gatoárboles.

«Quizá», pensé, «no esté tan mal convertir a los perros en perrocolumnas. Cuando se les acaba su comida se vuelven agresivos e incluso pueden atacar a la gente. ¿Pero por qué tenían que convertir a los gatos en gatocolumnas? ¿Demasiados felinos callejeros? ¿Para mejorar la situación alimenticia, aunque solo sea un poco? O quizá para enverdecer la ciudad…».

Junto al gran hospital, en la esquina donde se cruzan las dos autopistas, hay dos hombreárboles, y alineado junto a estos árboles hay un hombrecolumna. Este hombrecolumna viste un uniforme de cartero, y no se puede discernir cuánto se han vegetalizado sus piernas debido a sus pantalones. Es un hombre, de treinta y cinco o treinta y seis años, alto, con una leve joroba.

Me acerqué y le entregué mi sobre, como siempre.

—Correo certificado, entrega especial, por favor.

El hombrecolumna asintió en silencio, aceptó el sobre, lo estampó y un correo certificado se deslizó de su bolsillo.

Miré alrededor nervioso después de pagar el envío. No había nadie más. Decidí intentar hablar con él. Había estado enviando correos cada tres días, pero no había tenido todavía la oportunidad de una charla relajada.

—¿Qué fue lo que hiciste? —pregunté en voz baja.

El hombrecolumna me miró sorprendido. Entonces, tras recorrer con sus ojos los alrededores, respondió con una mirada agria.

—No le servirá de mucho ir por ahí preguntándome cosas innecesarias. Se supone que yo no debo contestar.

—Lo sé —le dije, mirándole a los ojos.

Cuando vio que no me marchaba, respiró hondo.

—Tan solo dije que el salario era bajo. Peor, me escuchó mi jefe. Porque el salario de un cartero es bajísimo. —Con una mirada oscura, torció la mandíbula hacia los dos hombreárboles junto a él—. Con ellos fue igual. Tan solo por hacer un comentario sobre los salarios bajos. ¿Los conoce? —me preguntó.

—Recuerdo a este —dije señalando a uno de los hombreárboles—, porque le entregué muchísimo correo. No conozco al otro. Ya era un hombreárbol cuando me mudé aquí.

—Ese era mi amigo —dijo.

—¿Ese otro no era un encargado o un jefe de sección?

—Sí —asintió—. Encargado.

—¿No tienes hambre ni frío?

—Apenas sientes —contestó, todavía inexpresivo. Cualquiera que se transforma en un hombrecolumna se vuelve inexpresivo muy pronto—. Incluso creo que me he vuelto un poco planta. No solo en cómo siento las cosas, sino en cómo las pienso. Primero estaba triste, pero ahora me da igual. Solía estar muy hambriento al principio, pero dicen que la vegetalización es más rápida si no comes.

Me miró con ojos desprovistos de luz. Seguro que esperaba poder convertirse en un hombreárbol pronto.

—Los rumores dicen que lobotomizan a la gente con ideas radicales antes de convertirlos en hombrecolumnas, pero a mí no me lo hicieron. Es más, un mes después de ser plantado ya no estaba enfadado.

Echó una mirada a mi reloj de muñeca.

—Bueno, será mejor que se vaya. El camión de correos está a punto de llegar.

—Sí.

Pero todavía no podía irme, y dudé inquieto.

—Usted —dijo el hombrecolumna—. Alguien que conoce ha sido convertido en un hombrecolumna no hace mucho, ¿verdad?

Sin rodeos. Me quedé mirando su rostro un momento, luego asentí despacio.

—Mi mujer, de hecho.

—Mmm, ¿su mujer? —Durante unos momentos me miró con creciente interés—. Me preguntaba si no sería algo así. De otro modo nadie se molesta en hablar conmigo. ¿Qué hizo su mujer?

—Se quejó de que los precios eran altos en un encuentro de amas de casa. No pasó nada por eso, pero también criticó al gobierno. Estoy empezando a ser un escritor conocido y el entusiasmo de ser la mujer de un escritor creo que la llevó a decir lo que dijo. Una de las mujeres que había allí la delató. La plantaron en el lado izquierdo de la carretera que va de la estación al pabellón de actos, cerca de la tienda de informática.

—Ah, ese lugar. —Cerró sus ojos un poco, como si recordara la apariencia de los edificios y de las tiendas del área—. Es una calle bastante tranquila. Algo es algo, ¿no? —Abrió los ojos y me miró inquisitivamente—. No va a verla, ¿verdad? Es mejor no verla demasiado a menudo. Para ella y para usted. Así ambos se olvidan más rápido.

—Lo sé —dije bajando la cabeza.

—¿Le han hecho algo a su mujer? —preguntó con un tono de voz más compasivo.

—No. Por ahora no. Ella está allí de pie, pero incluso así…

—Eh. —El hombrecolumna que sirve de buzón levanta su mandíbula para llamar mi atención—. Ha llegado. El camión de correos. Será mejor que se vaya.

—Claro.

Después de dar un par de pasos inseguro, como si su voz me hubiera empujado, paré y miré hacia atrás.

—¿Hay algo que pueda hacer por ti?

Una gran sonrisa se dibujó en su rostro, sacudió la cabeza.

El rojo camión de correos paró junto a él.

Seguí mi camino dejando atrás el hospital.

Pensando en hacer una visita a mi librería favorita, entré por una calle llena de tiendas. Se suponía que mi nuevo libro salía aquel día a la venta, pero aquello ya no me hacía feliz en lo más mínimo.

Poco antes de llegar a la librería, en la misma acera hay una tiendecita de caramelos muy barata, y al borde de la calle,

exactamente frente a la tienda, hay un hombrecolumna justo a punto de convertirse en un hombreárbol. Hace casi un año que plantaron a este joven. Su rostro ha adoptado un color parduzco moteado de verde, y sus ojos están cerrados con firmeza. Una espalda alta algo encorvada, en una postura inclinada. Las piernas, el torso y los brazos, visibles a través de la ropa convertida en harapos por el viento y la lluvia, están vegetalizados casi por completo, y le brotan ramas aquí y allá. Hojas verdes crecen al final de los brazos, subiendo por los hombros, como alas aplastadas. El cuerpo que ahora es un árbol, e incluso el rostro, ya no se mueven. El corazón se ha hundido en el tranquilo mundo vegetal.

He imaginado el día en que mi mujer alcance este estado y mi corazón se estremece de dolor. Esa era la angustia de tratar de olvidar.

«Si giro la esquina de la tienda de caramelos y sigo recto», pensé, «puedo ir dónde mi mujer está de pie. Puedo ver a mi mujer. Pero no servirá de nada», me dije a mí mismo. «Nunca sabes quién te puede ver; si la mujer que la delató te viera, estarías en problemas». Paré en frente de la tienda de golosinas y eché un vistazo a la calle. El tráfico de peatones era el mismo de siempre. «No pasa nada. Cualquiera haría la vista gorda si te paras y charlas un poco. Un par de palabras nada más». Desafiando a mi propia voz que gritaba «¡no vayas!» bajé decidido por la calle.

Con el rostro pálido, mi mujer estaba de pie junto a la calle frente a la tienda de informática. Sus piernas no habían sufrido ningún cambio, y parecía que solo sus pies por debajo de los tobillos estaban hundidos en la tierra. Inexpresiva, como si se esforzara por no ver nada, por no sentir nada, estaba parada, en silencio, algo más adelante. Comparado con dos días atrás, sus mejillas parecían mucho más hundidas. Dos empleados de la fábrica que pasaban la señalaron, hicieron alguna broma soez y luego se marcharon riéndose a carcajadas. Fui hacia ella alzando la voz.

—¡Michiko! —grité justo en su oreja.

Mi mujer me miró y la sangre le coloreó las mejillas. Se peinó el pelo con una mano.

—¿Has vuelto a venir? De veras, no deberías.

—No puedo evitarlo.

La vendedora de la tienda de informática me vio. Con aire de indiferencia, apartó la mirada y se retiró al fondo de la tienda. Lleno de gratitud por su consideración, me acerqué unos pasos más a Michiko y la miré a la cara.

—¿Cómo lo llevas?

Con toda su voluntad dibujo una sonrisa brillante en su rostro

hierático.

—Mmm. Me he acostumbrado.

—Anoche llovió un poco.

Todavía mirándome con unos ojos enormes y oscuros, asintió.

—Por favor, no te preocupes. Apenas siento nada.

—Cuando pienso en ti, no puedo dormir. —Dejé caer la cabeza—. Siempre estás aquí de pie. Cuando pienso en ello, apenas puedo dormir. Anoche incluso pensé que debería traerte un paraguas.

—Por favor, ¡no hagas nada de eso! —Mi mujer frunció un poco el ceño—. Sería terrible si hicieras algo así.

Un gran camión pasó tras de mí. Pequeñas motas de polvo blanco se posaron sobre el cabello y los hombros de mi mujer, pero a ella no parecía importarle.

—Estar de pie no es algo tan malo —dijo con exagerada claridad, como si no quisiera preocuparme.

Percibí un cambio sutil en la forma de hablar y expresarse de mi mujer con dos días atrás. Parecía que sus palabras habían perdido el tono de delicadeza y que el rango de sus emociones se había empobrecido.

«Vigilando así desde la cuneta, viendo cómo se vuelve lentamente más inexpresiva, resulta todavía más desolador después de haberla conocido tal y como era antes. Las respuestas amables, la radiante vivacidad, la gran generosidad».

—Esta gente —le pregunto, mirando hacia la tienda de informática —, ¿son buenos contigo?

—Pues claro. Son muy amables. Una vez me preguntaron si quería alguna cosa. Pero todavía no han hecho nada por mí.

—¿No te entra hambre?

Negó con la cabeza.

—Es mejor no comer.

De eso se trataba. Incapaz de soportar convertirse en un hombrecolumna, esperaba convertirse en un hombreárbol lo antes posible.

—Así que por favor, no me traigas comida. —Se quedó mirándome —. Por favor, olvídame. Creo que yo, desde luego, me olvidaré de ti sin hacer ningún esfuerzo. Me alegra que hayas venido a verme, pero después la tristeza permanece mucho más tiempo. En ambos.

—Claro, tienes razón, pero… —Despreciando a este ser que no podía hacer nada por su propia mujer, bajé la cabeza de nuevo—. Pero no te olvidaré. —Asentí. Las lágrimas asomaron—. No olvidaré. Jamás.

Cuando levanté la cara para mirarla de nuevo, ella me estaba

mirando en silencio con unos ojos que habían perdido algo de brillo, todo su rostro irradiaba una leve sonrisa, como la de una imagen de Buda. Era la primera vez que la veía sonreír así.

Sentí que estaba teniendo una pesadilla. «No», me dije. «Esta ya no es tu mujer».

El vestido que llevaba cuando fue arrestada estaba sucísimo y lleno de arrugas. Pero desde luego no me permitirían traerle una muda nueva. Mis ojos se posaron en una mancha oscura en su falda.

—¿Eso es sangre? ¿Qué ha pasado?

—Oh, esto —dijo con la voz rota, mirando su falda, confundida—. Anoche dos borrachos me gastaron una broma.

—¡Bastardos! —Sentí una rabia intensa por su inhumanidad. Si se lo echabas en cara, podrían decir que dado que mi mujer ya no era humana, no importaba lo que hicieran con ella.

—¡No pueden hacer eso! ¡Va contra la ley!

—Eso es cierto. Pero no puedo pedir ayuda.

Y desde luego yo tampoco podía recurrir a la policía. Si lo hacía, sería visto como una persona problemática más.

—¡Bastardos! ¿Qué te hicieron…? —Me mordí el labio. Mi corazón dolía tanto que parecía estar a punto de romperse—. ¿Sangraste mucho?

—Mmm, un poco.

—¿Duele?

—Ya no.

Michiko, que había sido tan orgullosa, ahora solo mostraba una leve tristeza en su rostro. Estaba impresionado por el cambio. Un grupo de jóvenes y mujeres, comparándonos con agudeza a mí y a mi mujer, pasó por detrás.

—Te van a ver —dijo mi mujer con ansiedad—. Te lo suplico, no te eches a perder.

—No te preocupes. —Traté de sonreír para tranquilizarla—. No tengo el coraje necesario.

—Deberías irte.

—Cuando seas un hombreárbol —dije mientras me marchaba—, haré una petición. Les haré trasplantarte a nuestro jardín.

—¿Puedes hacer eso?

—Debería poder. —Asentí con fuerza—. Sí, debería ser capaz.

—Me haría muy feliz si lo hicieras —dijo ella inexpresiva.

—Bueno, hasta luego.

—Será mejor que no vuelvas —dijo en un murmullo, mirando al suelo.

—Lo sé. Es mi intención. Pero lo más probable es que lo haga.

Durante unos breves minutos estuvimos en silencio.

Ella rompió el silencio.

—Adiós.

—Mmm.

Empecé a caminar.

Al volver la vista atrás mientras giraba la esquina, vi a Michiko seguirme con la mirada, todavía con aquella sonrisa de Buda.

Caminé cargando con un corazón a punto de romperse en pedazos. Me di cuenta de que había ido a parar frente a la estación. Sin darme cuenta, había vuelto a mi ruta habitual.

Al otro lado de la estación hay una pequeña cafetería a la que suelo ir llamada Punch. Entré y me senté en una mesa esquinada. Pedí café solo. Hasta entonces siempre lo había tomado con azúcar. La amargura del café sin azúcar y sin leche perforó mi cuerpo y yo la saboreé masoquista. «Desde ahora, lo beberé siempre solo», decidí.

Tres estudiantes en la mesa contigua estaban hablando sobre un crítico que acababa de ser arrestado y convertido en un hombrecolumna.

—He escuchado que fue plantado justo en medio de Ginza.

—Le encantaba el campo. Siempre había vivido en el campo. Por eso le han colocado en ese lugar.

—Parece que le practicaron una lobotomía.

—Y los estudiantes que intentaron utilizar la fuerza en la Dieta protestando por su arresto… todos ellos han sido detenidos y también serán convertidos en hombres-columna.

—¿No eran unos treinta? ¿Dónde los plantarán a todos?

—Dicen que los plantarán en frente de su propia universidad, a los lados de una calle llamada Calle de los Estudiantes.

—Tendrán que cambiarle el nombre. Avenida de la Violencia, o algo parecido.

Los tres soltaron una risita.

—Eh, no hablemos de esto. No queremos que nadie nos escuche.

Los tres callaron.

Cuando me marché de la cafetería para ir a casa sentí que había empezado a sentirme como si ya fuera un hombrecolumna. Murmurando los versos de una canción popular —con las palabras clave cambiadas— seguí caminando.

«Soy un hombrecolumna junto al camino. Tú, también, eres un hombrecolumna junto al camino. Qué demonios, nosotros dos, en este mundo. Hierba seca que jamás florecerá».

Publicado originalmente en
Shōsetsu Gendai (Ficción moderna), mayo de 1974

Caja de cartón

Hanmura Ryō

De pronto, tomé conciencia de mí misma.

Si esto es lo que llamáis a nacer, fue bastante decepcionante. Entonces mi cuerpo, encogido y doblado plano, fue rápidamente desdoblado, y al instante siguiente me habían dado la vuelta y me encontraba extasiada por la sensación de cómo mis partes traseras eran ajustadas y cerradas después.

Para ser sincera, vine al mundo sin tener ni idea de lo que me pasaba.

Incluso así, todavía recuerdo lo fuerte y segura que me sentí cuando aquella cinta adhesiva cruzó mi trasero, firmemente pegada contra mi piel. Pero aquello era solo para los momentos breves. De nuevo volvieron a girarme, para poner mi otro lado hacia arriba. Cuando vuelvo a pensar en ello, me doy cuenta de que por entonces estaba en la cinta transportadora, pero estaba absorta por completo en sentir la blanca luz fluorescente que llenaba mi entorno, y ni siquiera me di cuenta de que me estaba moviendo, balanceándome al avanzar.

Mis compañeras… ¿quizá debería decir hermanas? En cualquier caso, fue mientras me deslizaba por la cinta transportadora cuando comprendí por primera vez que ellas y yo éramos entidades separadas. Se balanceaban delante y detrás de mí, y pensé para mí misma que yo también estaba balanceándome exactamente igual que ellas.

Tenían las mismas marcas que yo en sus cuerpos. Éramos del mismo tamaño. De hecho, fue entonces cuando me di cuenta de que yo también tenía marcas.

Me sentí un tanto desolada. Acababa de nacer y no entendía las cosas con claridad, no podía evitar sentir que no estaba estrechamente unida a ellas. Había nacido y al ser separada de mis hermanas, había empezado a existir. Quizá me sentí desolada porque no estaba acostumbrada a una existencia independiente.

Hablé con la compañera que estaba más cerca de mí para quitarme

la sensación de soledad de encima.

—Me pregunto hacia dónde nos deslizamos.

Mis compañeras, bien educadas, estaban todas en fila, balanceándose de lado a lado. Hablé con la que estaba justo delante de mí en la cola.

—¿Cómo podría saberlo? —respondió.

—Nos movemos. Nos transportan a algún sitio —dijo la que estaba tras de mí.

—¿A dónde iremos?

—¿Cómo podría saberlo? —respondió. Habló exactamente igual que la que estaba delante de mí.

—En cualquier caso, nos van a llenar. ¿No es fantástico?

De repente, la compañera detrás de mí estaba entusiasmada.

—¡Nos van a llenar! ¡Eh, escuchad todos! ¡De ahora en adelante nos van a llenar!

El placer se extendió a través de todos en la fila cuando la escucharon gritar.

—¡Nos van a llenar! ¡Nos van a llenar! ¡Nos van a llenar a todas!

Comenzaron a corear, y antes de darme cuenta, yo también me había unido. Pensaba que en breves momentos me llenarían. Era mi motivo para vivir. Era mi propósito en la vida.

Mi cuerpo se estremeció, no solo por la cinta transportadora, sino de gozo. Las expectativas de que en cualquier momento me llenarían me subieron al séptimo cielo. De pronto escuché un leve zumbido y hubo una violenta sacudida. Sentí que caía hacia delante, y que me encontraba al borde de rodar peligrosamente de la cinta transportadora.

—¿Qué ha pasado? —preguntó una voz preocupada desde atrás—. No nos estamos moviendo.

—¡Oh, Dios! ¡No nos harán quedarnos donde estamos! No tiene gracia. ¡Deprisa, llenadnos!

El desconcierto nos invadió a todas cuando paró la cinta. Desde luego yo también esperaba nerviosa a que volviera el movimiento. Si tenía que pasar el resto de mi vida así, con un cuerpo vacío… Solo pensar en ello hacía que me dieran ganas de gritar, abandonando cualquier dignidad.

—¡Vamos! ¡No nos dejéis así!

Aquella interrupción era una agonía. No solo todavía tenían que llenarnos, sino que seguíamos sin tener nada en nuestros cuerpos.

¿Cuánto duró aquél momento de inquietud? Tengo la sensación de que fue mucho tiempo. Cuando la cinta empezó a moverse de nuevo con un traqueteo, estábamos al límite de nuestra cordura, ni siquiera

nos importaba si iban a llenarnos mientras que pusieran algo, cualquier cosa, en nuestros cuerpos.

—¡Cualquier cosa, quiero que pongáis algo lo antes posible! — Retorciéndome de deseo, me llevaron al final de la cinta transportadora antes de que pudiera darme cuenta.

El éxtasis llegó repentinamente.

Algo redondo y flexible rodó en una esquina de mi cuerpo cuadrado.

… Sentí escalofríos.

Por primera vez desde mi nacimiento me sentía extasiada por el placer que corría por mi cuerpo. Los objetos redondos y flexibles, doblados con cuidado, empezaron a llenarme. Mi placer aumentó según se incrementaba el peso de los objetos. Nunca olvidaré el placer de aquel momento, crecía y crecía, sin darme tiempo a respirar. Mi fondo estaba abarrotado sin que quedara un hueco, y los objetos amontonados con delicadeza llegaban cada vez más alto.

Y al fin estaba llena. ¡Me habían llenado del todo!

Entonces movieron mi cuerpo. Mientras estaba llena y temblando del placer, la parte superior de mi cuerpo fue doblada y plegada de nuevo, y la cinta adhesiva que se había pegado con fuerza a mi piel, selló mi cuerpo.

Me sentí poderosa, con una fuerza diez veces mayor de la que nunca había tenido antes. Mi yo por fin repleto se deslizó por una pendiente, fue cargado, lanzado y almacenado, pero incluso aquella violencia era indolora, ya que llevaba implícita una cierta consideración.

Pude descansar. Pero en cuanto empecé a descansar el peso de mis compañeras me cayó encima. Yo misma estaba encima de muchas compañeras más. Al final, por delante, por detrás, a derecha e izquierda, estaba apretada contra los cuerpos de mis hermanas, estremecida de alegría.

—¡Es maravilloso! ¡Estoy llena por completo!

Aquel grito podía escucharse procedente de cualquiera de mis compañeras apiladas. Yo también era afortunada, como la dueña de la voz. Sentí que había nacido para el placer.

Parecía que incluso apiladas, nos habíamos empezado a mover de nuevo. Aunque esta vez era en la oscuridad. En medio de pequeñas vibraciones incesantes y de un placentero bamboleo ocasional. Me sentí muy satisfecha.

Aunque desde muy lejos, hacia el final de nuestra pila, una voz llena de sarcasmo se alzó.

—Sois un poco petulantes, ¿no?

La voz sonaba ronca y cansada.

—Bueno, es algo de lo que estar satisfecha. Pero no va a durar demasiado.

—¿Quién está diciendo eso? —preguntó una de mis compañeras alegremente.

—Je, je —respondió la sarcástica voz ronca—. Ahora mismo estamos en un camión rumbo a la ciudad. Cuando lleguemos, a todas os abrirán las tapas de un tajo y tendréis que escupir todas esas cosas que os han puesto en los cuerpos.

—¡Mentirosa! Quién podría imaginar que nos vaciarían tan pronto, ahora que nos acaban de llenar…

—Todavía sois un puñado de bebés —ridiculizó Voz Ronca—. Probablemente ni siquiera sabéis qué es lo que tenéis en vuestros cuerpos.

—Pues no lo sé —admitió otra voz desde atrás—. ¿Qué son esas cosas redondas? ¡Dinos!

—Ah, está bien, os lo diré —dijo Voz Ronca—. Son mandarinas. Lo que tenéis metido en los cuerpos son mandarinas. Cuando las mandarinas lleguen a la ciudad serán divididas y enviadas a las tiendas, amontonadas y vendidas. Por eso os abrirán las tripas y seréis vaciadas.

Nosotras, el cargamento de un camión, nos quedamos en silencio.

—No pasa nada. Puede que no podamos evitarlo —dijo una de nosotras, que parecía estar cerca de Voz Ronca—. Estarnos llenas de mandarinas. No hay duda de que es cierto. Los cítricos son transportados a la ciudad y vendidos a las tiendas. Eso quizá también sea verdad. Por eso hemos sido llenadas con esta fruta y nos llevan a la ciudad. Y entonces, con toda probabilidad, cuando lleguemos a la ciudad, nos abrirán las tripas y escupiremos nuestras mandarinas…

Una voz que no era del todo un chillido pero tampoco era un susurro se escuchó por todo el camión.

—Pero no se acaba ahí, ¿verdad? ¡Somos una especie nacida para que nuestros cuerpos sean llenados!

—Con algo más que aire, exacto —respondió Voz Ronca con un tono desagradable.

—Claro —continuó la segunda voz con mayor autocontrol, aunque sin alcanzar el desafío de Voz Ronca—. Somos cajas. Cajas de cartón. Podemos hacer más que guardar mandarinas. Incluso después de haber entregado nuestro cargamento podemos guardar otras cosas.

—Claro, claro —dijo Voz Ronca entre risas—. En mi cuerpo, ahora mismo, hay una chaqueta de algodón, una toalla sucia, una fiambrera y un par de zapatos viejos. Pertenecen al conductor de este furgón,

pero antes no era así.

»Yo era una caja llena de material de escritura. Material de escritura como el que usan los niños en la escuela. Cada objeto envuelto con cuidado, llenándome hasta el borde. ¡Estaba repleta! Ni siquiera yo era así al principio.

Por algún motivo, Voz Ronca empezó a enfadarse.

—Puedes poner cualquier cosa en una caja. Pero a pesar de ello, chicas, el mundo es así. Fuisteis hechas para guardar mandarinas. Meten mandarinas en vuestros cuerpos, y cuando las hayan sacado, todas y cada una de ellas, a nadie le importará lo que os ocurra.

—¡No!

—¡Es la verdad! No hay margen de error. Sin mandarinas solo sois cajas vacías. Cajas de cartón vacías, aburridas y problemáticas. Incluso los tipos que os hicieron nunca pensaron en qué ocurrirá después.

—Eso es terrible… —dijo alguien con voz llorosa—. Quieres decir que cuando estas mandarinas lleguen a su destino, ¿será el fin?

Voz Ronca empezó a reír como una loca.

—¡Exacto! ¡Exacto! ¡Lo habéis pillado!

—¿Qué ocurre después?

—Si tenéis mala suerte, os quemarán y seréis ceniza. Si va como de costumbre, os arrancarán la cinta adhesiva del trasero. Os doblarán bien planas, os apilarán y os dejarán en algún sitio. Después de un tiempo os recogerán y os llevarán a otro lugar, y fin de la historia.

—¿Después de que vacíen las mandarinas, mi cuerpo nunca será llenado de nuevo?

—Después depende del destino. Si tienes buena suerte quizá te pongan algo dentro, como a mí, una aceitosa chaqueta de algodón, toallas viejas, zapatos usados…

—Cualquier cosa está bien. ¡Quiero ser llenada! ¡Quiero vivir!

—Es mejor que te resignes. Una caja en la que pones mandarinas es una caja de mandarinas. Tenéis escrito «caja de mandarinas» por todo vuestro cuerpo. Aunque metieran, por ejemplo, un dineral en vuestro interior, una caja de mandarinas seguiría siendo nada más que eso.

—En ese cuerpo tuyo… —la compañera justo al lado de Voz Ronca parecía mirar por encima del cuerpo de esta—. Tienes escrito «caja de lápices» sobre ti. ¿Eras una caja para poner lápices dentro?

Voz Ronca volvió a reír enloquecida.

—¡Soy una caja para guardar cajas de lápices! Ya te lo he dicho. Hay buena y mala suerte. Yo no tengo suerte, no. Me metieron cajas de lápices como los que usan los niños en la escuela primaria… ¿Lo pillas? ¡Incluso una caja de lápices es una caja!

Voz Ronca había empezado a llorar.

—¡Una caja para poner cajas dentro! ¡Era una caja para meter otras cajas dentro! No hay nada dentro de una caja de lápices antes de ser vendida. ¡Es una caja vacía! Y esas las metieron dentro de mí…

»¿Podéis entender lo que sentí? Llenada de forma figurada. No es como si te hubieran llenado de verdad. ¡Estás llena de cajas vacías! Vosotras aquí preocupadas por lo que os pasará una vez que os saquen las mandarinas, ¡eso es un lujo! ¡Acaso no estáis tan llenas como para temblar de felicidad!

—Eh, Señora Caja de Lápices, no llore.

—¡No soy una caja de lápices! ¡Soy una caja para cajas de lápices!

—Pero incluso después de que te vaciaran seguías viva, ¿no? ¡Anímate!

Mis compañeras se unieron para tratar de animar a la vieja caja de cartón de voz ronca. Pero para entonces ya nos acercábamos a la ciudad que se suponía nuestro destino final.

Nos bajaron del camión y nos distribuyeron a lo largo y ancho. Era un bullicioso mercado de frutas y verduras, y aquí no tuve otro remedio que presenciar una escena crudísima y sangrienta.

Junto a mí había una o dos de mis compañeras apiladas. Una hoguera llameaba implacable. La gente se situaba alrededor del fuego, frotándose las manos por el frío. De vez en cuando alimentaban el fuego con trozos de madera y cajas de cartón vacías que recogían de entre mis compañeras.

Tuve que sentarme allí y ver cuál sería mi final. Me inundó una sensación de desamparo. Mi única salvación eran las mandarinas que todavía tenía dentro de mí.

De todas formas, mientras veía cómo quemaban a mis compañeras una tras otra, me di cuenta de que mi cuerpo no estaba del todo lleno. Había espacios grandes entre las redondas mandarinas. Cada vez que pensaba de nuevo en el oscuro camino que tenía por delante, mi corazón se volvía más salvaje al ser consciente de que mi estado actual medio lleno no era suficiente.

Consumida por la codicia, me dejé llevar.

—¡Ponedme más! ¡Llenadme! —grité incluso cuando ya estaba bien cerrada con la cinta adhesiva.

—¡Eh! ¡Cálmate! —me regañaron mis compañeras, incapaces de contenerse a sí mismas.

Yo seguí gritando.

—¡Más! ¡Llenadme más!

Para ser una caja de mandarinas tuve la mejor de las suertes. Justo después de ser transportada del mercado a la frutería de la ciudad,

abrieron las otras dos cajas que venían conmigo, y los empleados apilaron todas las mandarinas frente a la tienda. Pero a mí me almacenaron en la trastienda. Pasaron dos, tres días, pero yo seguía sobre el suelo de hormigón. Pasado el segundo día, mis dos compañeras vacías estaban junto a mí, pero al tercer día el frutero las dobló sin cuidado y se las llevó.

Justo antes de ser doblada, una de ellas me gritó:

—¡Hasta la vista! ¡Fue una vida vacía!

Quise responderle, pero ya había dejado de existir como caja.

Una caja es para poner cosas dentro. Es cuando tienen cosas en el interior cuando encuentran placer en la vida. Cuando las cosas se guardan bien apretadas, el cuerpo de una caja puede llegar a sentir escalofríos de satisfacción insuperable.

- aun así la gente hace cajas solo para poner mandarinas dentro, y una vez que su cometido se ha cumplido, aunque la caja siga siendo reutilizable, la abandonan sin pensárselo dos veces. No tengo modo de saber cuál fue el destino de las demás, pero sin duda todas y cada una de ellas han concluido su vida como cajas.

Por suerte para mí, un cliente quiso comprar una caja entera de mandarinas y me llevaron a su casa cargada por un empleado. Allí me pusieron en un cálido y oscuro estante, desde donde me iban sacando las mandarinas de vez en cuando.

Solo durante aquel tiempo fui incapaz de protestar por estar vacía, por no estar llena. En lugar de ello, rogué con desesperación por un poco más de tiempo antes de que las mandarinas se terminaran.

Pero no pasó mucho tiempo. Mi yo vacío fue llevado hasta un lugar con mucha luz y fui abandonado. Entonces, durante un corto periodo, la gente empezó a llenarme de nuevo, poco a poco.

Chapas de botellas y bolsas de plástico, relleno para paquetes, y todo tipo de basura no inflamable caía dentro de mí.

Con aquello era feliz. No importa lo que haya dentro. Siempre y cuando su cuerpo esté lleno, una caja estará satisfecha.

- por fin, fui llenada. Fue el segundo clímax de mi vida. Repleta de basura no inflamable, me abandonaron durante más de medio año.

Siguió mi buena suerte. Un día, mis amigos no inflamables dejaron mi cuerpo. Mi vida debería haber acabado entonces, pero por alguna razón solo tiraron mi contenido y me dejaron en la calle fuera de la casa. Entonces llegaron los niños, uno de ellos dentro de mí, los otros

dos empujando y tirando de nosotros. Quedé hecha jirones por el asfalto, pero me encontraba extasiada por la sensación de estar llena de niños humanos.

Los niños se tomaron el juego a pecho. Me llevaron a un parque con un estanque y jugaron allí día tras día. En poco tiempo estaba destrozada, pero viva. Quizá fui capaz de sobrevivir más tiempo porque debajo tenía el barro del parque en vez de asfalto.

Pero dejando de lado que volvía a tener algo dentro de mí, ya no había esperanza. Mis esquinas estaban rotas, tenía agujeros por todas partes. Nunca más podría interpretar mi papel como caja.

Entonces los niños se cansaron del juego. Una noche ventosa caí muy cerca del estanque.

Para una caja de cartón, el agua es algo terrorífico. El viento seguía empujándome con malicia hacia el borde.

—Es el fin…

Me resigné a mi destino. El viento sopló con más fuerza, y al fin caí al agua. Todavía flotaba cuando el viento me meció como a un velero y me desplazó al centro del estanque.

A una caja de cartón le aterra el agua, y esa misma agua empapó mi cuerpo con lentitud. Empecé a hundirme sin poder moverme ni siquiera cuando soplaba el viento. El agua se introdujo en mí, volviéndome pesadísima.

Me hundía, me hundía.

El parque donde había pasado horas jugando con los niños quedaba fuera de mi vista. El cielo y el viento desaparecieron de mi conciencia.

—Aquí termina mi vida.

Con esto en mente, me dejé llevar. Despacio, muy despacio, me hundía hacia el fondo del estanque.

Qué éxtasis…

Me sentía arrebatada. ¡Estaba llena! ¡Por primera vez en mi vida estaba llena por completo! ¡El líquido, con una densidad perfecta, ocupaba todo mi cuerpo!

El gozo era tal que me derretía. De hecho, mi cuerpo se disolvía en el agua. ¿Y no era lo mismo que deshacerse en el placer de ser llenada?

Mientras me sumergía silenciosamente, mi cuerpo se inundó de agua y yo estaba cegada por la euforia.

—Ya no importa si muero —susurré.

¿Podía haber otra caja de cartón tan llena a la perfección como yo? ¿Podía haber existido una caja de cartón que muriera en tal éxtasis?

Ya no tenía necesidad alguna del concepto de tiempo. Llena por fin

y disolviéndome poco a poco, soy la encarnación del placer.

Publicado originalmente en
The All-Yomimono, julio de 1975

La leyenda de la nave espacial de papel

Yano Tetsu

A mitad de la Guerra del Pacífico, me enviaron desde mi unidad a un pueblo en el corazón de las montañas, donde viví durante algunos meses. Todavía recuerdo con claridad el camino que llevaba a la aldea; y en el bosquecillo de bambú junto al camino, el vuelo infinito de un avión de papel y una hermosa mujer desnuda que corría tras él. Hoy, después de muchos años, no puedo quitarme de encima la sensación de que lo que ella había hecho con papel doblado no era un avión de la Tierra, sino una nave espacial. Hace mucho tiempo, en lo profundo de aquellas montañas descansa…

1

El avión de papel planea con gracia sobre la tierra; y mientras serpentea entre los brotes de bambú, deslizándose sobre la tierra negra cubierta de hojas caídas y podridas, una niebla blanca llega con el viento, crea remolinos y danza empujada por la suave brisa, acercándose y retirándose.

En el bosquecillo de bambú la niebla fluye y se recoge en apretados y espesos cúmulos. El crepúsculo llega deprisa en este valle. Como un velero surcando un mar de nubes, el avión de papel vuela hacia adelante a través de la niebla.

Uno— una escalera de piedra hacia el cielo
Dos— si no vuela
Tres— Si no vuela, abre…

La voz de una mujer cantando entre la niebla. Como empujado por esa voz, el avión de papel se eleva en un vuelo interminable. La voz

pertenece a una mujer desnuda, y blanca en su desnudez se desliza veloz entre el balanceante bosque de bambú.

(«¡Mátalos! ¡Mátalos!»).

Sirenas de alarma tejiendo patrones aullantes alrededor de voces que gritan.

(«¡Mátalos a todos! ¡Es una orden!»).

(«¡No dejes que nadie llegue a la nave! ¡Ha escapado uno!»).

(«¡Lanzarayos! ¡Fuego, fuego!»).

Una multitud de voces resonando en esta niebla, pero nadie más que pueda escucharlas. El eco de las voces sonando solo en la cabeza de la mujer.

Altos y frondosos, como imágenes de carbón grisáceo contra un fondo de ceniza pálida, los árboles de bambú aparecen, desparecen y reaparecen entre los velos diáfanos de la sempiterna y retorcida niebla. Las hojas caídas susurran mientras los pies de la mujer se apresuran sobre ellas. Mientras camina, la niebla se esparce a su alrededor como si de algo vivo se tratara, entonces se disuelve ante ella para permitirle entrever lo que parece ser la silueta difusa de un pequeño lago.

El Pantano del Fin del Mundo: el *uba-iri-no-uma*. Después de haber reído y bailado a través de las promesas y las pasiones de la juventud, había sido habitual en un tiempo para los ancianos venir a este lugar a poner fin a la miseria de su vejez arrojándose ellos mismos a las aguas cenagosas.

La superstición sostiene que el Pantano del Fin del Mundo está repleto de los espíritus de los muertos. Para aplacar a los obstinados muertos, la gente del valle ha apilado numerosos montículos de piedras en un pequeño espacio abierto cerca del pantano. Llamaron al lugar *Sai no Kawara*, la orilla de la tierra donde comienza el viaje hacia las Grandes Aguas. Se congregaban allí una vez al año para oficiar un servicio religioso en su memoria, cuando quemaban incienso y aplaudían con las manos y enviaban sus oraciones a través de las Anchas Aguas hacia la orilla del inframundo.

No importa cuántas torres de piedra erijas sobre la orilla de la tierra del Río de los Tres Cauces, los mitos cuentan que los demonios las destruirán. Ya sean físicos o espectrales, los «demonios» también han seguido aquí con la incansable tarea de destrucción. En el lejano principio es probable que tan solo hubiera un puñado de montículos como lápidas para consagrar a los muertos desconocidos; pero con el paso de los años, cientos de rocas habían sido apiladas, y ahora yacían esparcidas. A lo largo de casi todo el año, el lugar no era más que una última parada donde las escasas personas ligadas al viaje sin retorno

al Pantano del Fin del Mundo hacían una pequeña pausa antes de continuar. Debido a su silencio desértico, hombres y mujeres que buscaban algo más de aventura en sus vidas, encontraban aquí un lugar ideal para un encuentro secreto.

A menudo las reuniones secretas eran una ocupación singular para los simples aldeanos. No solían pensar en mucho más que en disfrutar. «Pantano del Fin del Mundo» es un nombre que sugiere que incluso los ancianos se acercan al lugar con sigilo, y quizá las espantosas leyendas que rodean el lugar fueran creadas por amantes ansiosos que deseaban tener un lugar más seguro para sus citas.

Debido a estas terroríficas historias, los niños de la aldea rehuían el lugar. Grandes piedras cubiertas de liquen, muñecas de papel empapadas de lluvia y podridas, señales de madera que crujían con inscripciones misteriosas e indescifrables: para los niños estas cosas denotaban la presencia de fantasmas, ogros y encuentros de pesadilla con demonios.

Aunque a veces los niños, sin querer, se acercaban lo suficiente para echar un vistazo al húmedo pantano, y en una de esas ocasiones persiguieron a la chiflada Ōsen, que hacía volar un avión de papel.

—¡Eh, chicos! ¡Ōsen corre por ahí desnuda!

—¡Eh, Ōsen! ¿No quieres *ropa*?

Los niños se burlaron de la mujer. Tanto para los adultos como para los niños, ella era un entretenimiento habitual.

Pero ella también tenía un juguete: un avión de papel, tan fino y afilado como una lanza.

Uno, una estrella blanca Dos,
una estrella roja…

En la niebla, ella canta y sueña: el motivo por el que hace volar el avión de papel, el odio que arde en ella hacia los seres humanos.

Ōsen, cuyo cuerpo es eterno, camina despacio sobre la hierba, alcanza el pantano donde los debilitados ancianos se acercan para dejarse morir. Nadie sabe qué mantiene en el aire durante tanto tiempo el avión de papel. Cuando Ōsen lo deja ir, el *avión* parece volar sin fin. No hay nada más…

Ōsen, una chiflada que va desnuda en verano, y que en invierno solo lleva una fina túnica.

2

Hay una canción tradicional que los niños del pueblo cantaban

mientras jugaban a la pelota, de la cual apenas recuerdo un fragmento:

Esperaré por si vuela,
si no lo hace, yo no…
En soledad esperaré aquí,
me pregunto si alguna vez escalaré
un día esas escaleras de musgo…
Una estrella lejos y dos estrellas cerca…

Desnuda en verano, y en invierno viste solo una fina túnica.

La mayor parte de los adultos ignoraban a los niños que se burlaban de Ōsen, pero había unos cuantos que los regañaban.

—¡Qué vergüenza! ¡Dejadlo ya! Deberíais apiadaros de la pobre Ōsen.

Los niños se limitaban a responder impertinentes, a menudo redoblando sus burlas convertidas en una canción para saltar la cuerda, o abucheándola una y otra vez.

—¡Eh, Gen! ¿Te has *enamorado* de Ōsen? ¿Te *acostaste* con ella anoche?

—¡No seas imbécil!

Incluso si los adultos los regañaban así, los niños seguían con las mismas mofas. Al final, todo el mundo sabía que la noche anterior, o la anterior a esa, o la anterior a la anterior, por lo menos *un* hombre del pueblo se había acostado con Ōsen.

Ōsen: debía de tener unos cuarenta años. Algunos aldeanos dirían que era mucho, *mucho* más vieja, pero un vistazo a Ōsen echaba por tierra su afirmación. Era la frescura de la juventud encarnada, su cuerpo era el de una mujer que rondaba los veinte.

Ōsen: propiedad pública, prostituta para todo el que la buscara, el culo lascivo de la superioridad masculina. Conocer los secretos de su cuerpo era una especie de «rito de paso» para todos los jóvenes del pueblo.

Ōsen: la tonta del pueblo. Otra de las razones por las que los aldeanos le daban cobijo.

Ōsen era la única hija y superviviente de la familia más antigua del pueblo. Entre aquellos que viven en lo profundo de las montañas y todavía pagan tributo al Dios Lobo, el estatus familiar tenía una importancia suprema. Que una imbécil así fuera la única superviviente de una familia tan eminente le daba a todo el mundo una sensación de superioridad ilimitada. ¡Ōsen! ¡Juguete para el deporte de los aldeanos!

Su casa estaba en una loma desde la cual se veía el Pantano del Fin

del Mundo. Quizá sea más apropiado decir que era donde *dejaron* su casa, más que donde estaba. Al final de las escaleras de piedra que llevaban a la puerta, los adornos de la cancela del jardín no sabían si caerse o no. Las tejas estaban casi a punto de precipitarse desde el techo de la entrada, y hierbas y enredaderas cubrían las ruinas de la pequeña habitación donde tiempo atrás un sirviente había tenido un brasero para calentarse en invierno mientras vigilaba la puerta.

Un paso penetrando tras la verja de la entrada y las escaleras de piedra que conducen arriba aparecían cubiertas ya con musgo y hierba. Lo curioso era que el centro de la escalera no estaba erosionado, en cambio, ambos lados sí. Nadie había caminado nunca por el centro, decían las viejas historias. Según el hombre más anciano del pueblo, en la noche de Año Nuevo solían dar la bienvenida al nuevo año y despedir al viejo con un ritual shinto, y en un verso del canto había un pasaje sobre una Puerta protegida por el Centro de la Escalera de Piedra, construida por una Hermandad largo tiempo olvidada; y ya que nadie sabía el significado de *aquello*, dijo el anciano, la gente creía que era buena idea evitar el centro de *esta* escalera de piedra al subirla o bajarla.

Los peldaños ascendían un corto trecho hasta la casa de Ōsen, donde el suelo estaba aplanado y cubierto por un montón de piedras negras. Había un antiguo pozo desmoronado cuyo tejado casi derruido se sustentaba en cuatro postes. Sumergido en la cima de la colina, en el punto más alto del valle, el pozo nunca se había secado: siempre había brazas de agua que lo llenaban. Si se alzaran una gran cantidad de altas montañas en las cercanías, eso hubiera explicado la presencia de tanta agua: pero no había tales montañas, y el pozo desafiaba las leyes de la física. Lo llamaban el Hoyo de los Pecadores. Cuando los hombres terminaban con Ōsen venían a este lugar a lavarse.

Una vez, cuando un grupo de ancianas charlatanas se reunieron alrededor del pozo para llevar a cabo los ritos anuales y rezar al Dios Lobo, una de ellas tuvo una revelación y proclamó que si Ōsen se bañaba en el pozo, su locura se esfumaría. Esto animó a aquellas que envidiaban la enorme belleza de Ōsen, por lo que aquel día, doce años atrás, la pobre Ōsen sintió cómo le arrancaban sus ropas a la fuerza ante la mirada de las viejas y cómo era sumergida en las heladas aguas del pozo. Una hora después, su cuerpo mostraba un púrpura lívido, se desmayó y la arrastraron fuera. Por desgracia su idiotez no se curó. La historia sostiene que la vieja bruja que escupió el augurio estaba borracha por el vino de mijo que se había servido en el rito, y que más tarde cayó en el Pozo del Fin del Mundo y se ahogó. ¿A causa del vino?

Desde entonces, siempre que alguien la desvestía, Ōsen se quedaba tal cual. Si alguien le ponía una tela por encima, se la quedaba. Pero como casi cada noche alguien la desvestía y la dejaba tal cual por la mañana, Ōsen casi siempre iba desnuda.

Como los hombres podían encontrar hermoso el cuerpo de Ōsen, algunos creían que era mejor evitar que los niños la vieran. Por ello, cada mañana una mujer de la aldea la buscaba para comprobar que iba vestida. Ōsen se quedaba quieta como una piedra cuando la vestían, aunque a veces sonreía feliz. Y entonaba sus canciones…

Doblo uno, dah-dum
doblo un segundo, tah-tum
doblo un tercero, ¡tra-lah!
Vuela, ¡te digo que vueles! ¡Vuela hasta mi estrella!

… mientras doblaba los aviones de papel, cantaba entre murmullos. Y un día, para el asombro de los habitantes de la villa y para mayor objeto de su ira, la barriga de Ōsen empezó a crecer.

Nadie se había parado a pensar que algún día Ōsen podía quedar encinta.

El pueblo se reunió en corro para parlotear sobre ello, devanándose los sesos durante horas para encontrar una forma de evitar que Ōsen tuviera el bebé. Al fin fueron en grupo a la destartalada casa donde Ōsen llevaba su solitaria vida, y la obligaron a enfrentarse con sus exigencias.

Sin embargo, la pobre Ōsen sorprendió a todos cuando por primera vez expuso de forma explícita sus *propias* exigencias: tendría el bebé.

—¡Ōsen! No hay discusión. ¡Te llevaremos a la ciudad a ver a un doctor!

—No digas tonterías, Ōsen. ¿Por qué? No podrías criarlo si lo tuvieras. ¡El pobrecito tendría una vida *patética!*

Asomaron lagrimones en los ojos de Ōsen y se derramaron por sus mejillas. Nunca antes ninguna de las mujeres del pueblo había visto llorar a Ōsen.

—Ōsen… bebé… *quiero que nazca…* —dijo Ōsen.

Se sujetó la barriga abultada, y más lágrimas brotaron surcando su rostro.

¡Qué espíritu tan inflamado y que resolución tan firme habían exhibido cuando fueran para llevarse a Ōsen! Por qué se habían evaporado tan rápido era algo que no entendían. Atrapados también ahora por la pena, no podían hacer otra cosa que llorar.

Ōsen se secó la cara y empezó a doblar un avión de papel.

—¡Avión, avión, vuela! —gritó—. ¡Vuela hasta el hogar de mi

padre!

Las mujeres intercambiaron miradas. ¿Puede que tener un bebé pusiera fin a la locura de Ōsen?

El avión de papel dejó la mano de Ōsen. Voló desde el salón hasta el jardín y entonces volvió de nuevo. Cuando Ōsen se levantó el avión la rodeó y volvió a volar hacia el jardín. Ōsen lo siguió, cantando con alegría mientras bajaba las escaleras de piedra, y su silueta desapareció en dirección al bosquecillo de bambú.

Una vieja bruja, con el rostro plomizo y alicaído, recogió un trozo de papel y lo dobló; pero cuando le dio al avión un empujón, este cayó sobre el pulido entablado del pasillo desnudo.

—¿Por qué los de Ōsen vuelan tan bien? —gruñó.

Otra mujer algo más joven, asintiendo sabiamente y con mirada de conocedora dijo:

—Ya sabes. Hasta una imbécil puede hacer *algunas* cosas bien.

3

Primer mes ¡chillo rojo!
hitotsuki tai
Segundo mes ¡ahora son cáscaras!
futatsuki kai
Tercero, tenemos reservas, y
mittu enryode
Cuarto ¿deberíamos ofrecer cobijo?
yottsu tomeru ka
Si ofrecemos cobijo, entonces,
tomereba itcho
¿Deberíamos doblar el Sexto Día?
itsuyo kasanete muika
La estrella del Sexto Día ha sido vista
muika no hoshi wa mieta
¡También la estrella del Séptimo Día!
nanatsu no hoshi mo mieta
Octavo, la hija de una cabaña de montaña
yattsu yamaga no musume
Noveno, abandonada en el llanto de su añoranza
kokonotsu koishiku naitesōrō
¡Décimo, al fin se estableció en la pequeña cabaña!
toto yamaga ni sumitsukisōrō

Canción para saltar a la comba

Ōsen todavía echaba a volar los aviones, los hombres de la aldea todavía la visitaban de noche, las mujeres del pueblo no dejaron en ningún momento de inquietarse acerca del «paquete» que estaba por

llegar… y una noche de luna llena un pihuelo del pueblo bajó corriendo las escaleras de piedra gritando:

—¡Lo está *teniendo*! ¡El bebé de Ōsen ya viene!

Nació un niño al que llamaron Emon. Cuando estaban a punto de llamarle Tomo *(común)* ya que Ōsen había pasado ronda tras ronda por todos los hombres del pueblo, la anciana comadrona intervino.

—Cuando salía el bebé, Ōsen gritó «ei-mon» —comentó la mujer—. Eso es lo que dijo. ¿Qué querrá decir?

—Emon. Mmm… —dijo otra mujer del grupo.

—Bueno, intenta preguntarle.

Dirigiéndose a la recién parida, la matrona preguntó:

—Ōsen, ¿qué nombre prefieres para tu hijo, Tomo, o Emon?

—Emon —respondió Ōsen con claridad.

—Mejor, así está relacionado con la puerta de entrada de Ōsen —dijo una anciana que había memorizado los cánticos para los Ritos del Fin de Año.

—¿A qué te refieres? —preguntó una cuarta mujer.

—Emon significa *ei-mon*, el Guardián de las Puertas —respondió la anciana.

—He oído que en los viejos tiempos los rituales de la Víspera de Año Nuevo se recitaban solo aquí, en casa de Ōsen. *Ei-mon* es parte de los versos indescifrables… veamos… ah, sí. «Debes subir por el centro de las escaleras celestiales, los peldaños de piedra protegidos por Ei-mon, la puerta de Emon».

Al escuchar esto, una quinta mujer asintió con la cabeza.

—Exacto —añadió—. También aparece en una de las canciones que cantábamos en la noche del festival de la Víspera de Año Nuevo. Así… «Emon vino y murió/Emon vino y murió/¿De dónde vino?/Vino de una tierra muy lejana/Bebe, come, emborráchate con vino/Creerás que vuelas por el cielo…».

—Mmm, ya veo —dijo la cuarta mujer—. Estaba pensando en la prenda *emon* que uno viste cuando alguien muere. ¿Pero un hombre llamado Emon vino y murió? ¿Y protege la entrada? Me pregunto qué querrá decir…

Las mujeres se compadecieron del hijo de Ōsen y todas acordaron echar una mano para criarlo. Pero… Emon nunca respondió: tan solo se le había otorgado aquel vigoroso llanto de recién nacido, después quedó en silencio, y así permanecería durante mucho tiempo.

—Ah, qué lástima —dijo una mujer—. Supongo que el pobre sordomudo habrá sido maldito por el Dios Lobo. ¿Qué otro sino para el hijo de una idiota?

—Ya dijimos que no debía tenerlo —replico otra asintiendo con la

cabeza.

Indiferente a la simpatía de aquellas mujeres, Ōsen entonó una nana.

Escapé con Emon, que no sabe, fluye, fluye…

—Pero si es una *Canción Celestial* —dijo de repente una de las mujeres—. Solo ha cambiado el nombre del principio por el de Emon.

Conmovidas hasta las lágrimas por la nana de la mujer loca, las mujeres empezaron a cantar espontáneamente con ella.

Escapé con Emon, que no sabe,
shiranu Emon to nigesōrō
fluye, fluye, y crece
nagare nagarete oisōrō
todas las esperanzas frustradas en esta tierra montañosa.
kono yama no chide kitai mo koware
No hay combustible para la hoguera del Peregrino,
abura mo nakute kochu shimoyake
no fluye el Camino Celestial.
Seikankoko obekkanashi
Emon ha muerto, solo, muy solo,
Emon shinimoshi hitori sabishiku
suspirando de añoranza por su lejano hogar.
Furusato koishi to nakisōrō

Todos se compadecían de Emon, pero mientras este crecía no reaccionaba de forma alguna ante los gestos de preocupación de los demás, y debido a esto todos empezaron a pensar que la locura de la madre circulaba por la silenciosa sangre de su hijo.

Pero no era así. Cuando estaba despierto, Emon podía escuchar las voces de todos, salvo que no eran voces en el sentido habitual de la palabra. Las escuchaba en su cabeza. «Voz» es una vibración que pasa por el aire, un sonido hablado a voluntad. Lo que Emon escuchaba siempre iba acompañado de *formas*. Cuando alguien pronunciaba la palabra «montaña», las sílabas de *montaña* resonaban en el aire; la forma proyectada en la mente de Emon por aquella palabra difería dependiendo de quién la dijera, pero siempre aparecía el vago espejismo de una montaña. Si se pronuncia «ve a la montaña» se distinguen seis sílabas. Pero en el caso del joven Emon, las ondas de sonido se solapaban y podía sentir algo, un estímulo, un *movimiento* que se transformaba en la silueta borrosa de una montaña.

Para la *tabula rasa* de la mente de un niño esto era una carga enorme. La pequeña cabeza de Emon siempre estaba repleta de dolor y una tremenda confusión. Las mentes y las voces de la gente a su

alrededor lo envolvían con un caleidoscopio de formas saltando por su cabeza como voces e imágenes en la pantalla de un televisor que no para de cambiar de canal. Era un milagro que Emon no se volviera loco.

Nadie sabía que Emon tenía esta habilidad, y los hombres seguían acudiendo a Ōsen como era costumbre. En su mente, Emon empezó a caminar tambaleante, con pasos tentativos: junto a, digamos, Sakuzō o Jimbei, sus sombríos pensamientos podían convertirse en imágenes claras como el cristal, y con ellas llegaban también significados mucho más profundos que los asociados a las palabras pronunciadas.

—Eh, Emon —podían decir—. Si sales a jugar te daré dulces.

O podrían decir algo como:

—¡Una *gran ballena* acaba de llegar remontando el río, Emon!

Pero la mente de Emon era un espejo invisible que reflejaba lo que estos hombres pensaban en realidad. Tan solo difería ligeramente con cada hombre.

Y entonces, un día, cuando tenía cinco años, Emon le habló a una aldeana.

—¿Por qué todos se quieren acostar con Ōsen? —preguntó.

Dijo Ōsen, no *madre*. Quizá porque todavía veía las cosas a través de las mentes de los aldeanos, Emon era incapaz de comprender a Ōsen como algo más que una simple mujer.

—E-emon, chico, ¿puedes hablar? —contestó la mujer, con los ojos abiertos como platos.

Asombroso. Una vez que la capacidad de hablar de Emon fue conocida, no podían dejar al pobre chico viviendo en la misma casa que aquella puta comunal llamada Ōsen… Así que los hombres convocaron rápidamente una reunión general donde se concluyó que Emon debía ser puesto al cuidado de la «Tienda», la única tienda del pueblo.

Esto suponía para Emon que tendría que relacionarse con los demás niños; pero dado que conocía tantas palabras y sus significados al mismo tiempo, los otros chicos eran poco menos que memos en comparación y nunca podrían llegar a ser sus verdaderos compañeros de juego. Y no lo olvidemos: como hijo que era de Ōsen, los otros chicos y chicas lo consideraban irremediablemente inferior y lo trataban con el mayor desprecio posible. Por lo que el leer libros y las mentes de otras personas se convirtió en el único placer de Emon.

4

Una vez hablé con Ōsen mientras la miraba a sus hermosos ojos claros.

—Finges —le dije—. Estás tan loca como un zorro, ¿verdad?

En vez de contestar, Ōsen entonó una canción, la misma que siempre cantaba cuando hacía volar los aviones de papel, la nana de la mujer loca:

Escapé con Emon, que no sabe, fluye, fluye, y crece…

La *Canción Celestial*, por supuesto. Ahora bien: si sustituía algunas palabras basándome en la teoría que estoy intentando establecer, lo que esta sugiere es algo mucho más impresionante:

Shilan y Emon huyeron juntos,
shiranu to Emon to nigesōrō
Vuela, vuela, y se estrellaron,
nagare, nagarete ochisōrō
el casco de la nave se precipita por esta tierra montañosa
kono yama no chide kitai mo koware
Sin combustible —el mapa de las estrellas ha ardido
abura mo nakute kōchuzū mo yake
la navegación interestelar no es posible.
seikankōkō obotsukanashi
Emon ha muerto, solo, muy solo,
suspirando de añoranza por su lejano hogar.

Los dos últimos versos de la canción siguen igual que en la versión recogida previamente, pero el resto de los versos aquí mostrados cambian. Por ejemplo, en el primer verso, *shirano* se consideraría como «no sabe», pero en mi reinterpretación se convierte ahora en la japonización de un nombre alienígena que suena parecido: *Shilan*. En el segundo verso, supongo que *oisōrō* (que significa «hacerse mayor») es una corrupción de la palabra *ochisōrō* (que significa «caer» o «estrellarse»); y además asumo que *kochu shimoyake* («la hoguera del peregrino») es una corrupción de *kōchuzū mo yake* («*el mapa de las estrellas ha ardido*»). En los versos tres, cuatro y cinco, tres palabras tienen doble significado:

kitai = esperanza/casco de una nave
kōchū = peregrino/vuelo espacial
seikankōkō = camino celestial/navegación interestelar

Siguiendo esta regla, el verso tercero cambia su significado de «todas las esperanzas frustradas en esta tierra montañosa» a «el casco de la nave se precipita por esta tierra montañosa», y lo mismo con el resto. Hay más casos como este…

Una vez a la semana, una vieja camioneta traquetea y resuella al

subir los caminos de montaña en la ruta de cuarenta kilómetros entre el pueblo y la ciudad de más abajo; lleva un cargamento de arroz que envía el gobierno de la prefectura desde la Oficina de Racionamiento de Alimento en tiempos de guerra. Esta camioneta era el único contacto físico del pueblo con el mundo exterior. Siempre aparcaba delante de la tienda.

La puerta al lado de la tienda pertenecía a un pequeño albergue donde se reunían las mujeres y los hombres jóvenes del pueblo. La dueña del lugar era la anciana Take, una mujer enorme, de piel bronceada, y bien entrada en los sesenta, de quien se rumoreaba que había ejercido la profesión del placer en una lejana metrópolis. Ella daba la bienvenida a los jóvenes a su hostal.

En las noches de verano el lugar era un hervidero de parloteo y actividad. Incluso los crios pequeños se las apañaban a ratos para colarse en la compañía de sus mayores, balanceando sus piernas por el borde del recibidor al aire libre. El día se puso entre saltos de comba y el rebotar de los balones, y así cambiaron las generaciones. Los niños pequeños fueron enviados a sus casas, y empezaron a llegar chicas de entre doce y trece años hasta viudas de entre treinta y cinco o treinta y seis, camufladas en charcos de sombras. Todas llegaban buscando la promesa excitante y placentera de la noche.

Había una ley no escrita que prohibía a hombres y mujeres casados acercarse al hostal, aunque la naturaleza de los jueguecitos nocturnos de sus hijos era un secreto a voces. Y qué maravillosamente diferente era esta representación de lo que ocurría en pueblos y ciudades más grandes: la gente que se congregaba en el hostal de la anciana Take apagaba las luces y de inmediato se exploraban los cuerpos unos a otros. Esta, todo sea dicho, era la única actividad de ocio que tenían. En las montañas, donde pocas veces encontrabas otro entretenimiento, aquella era la única diversión. La risa ahogada de las jóvenes mientras unas manos revoloteaban bajo sus ropas, la falsa resistencia… Y la fragancia embriagadora que pronto llenó toda la estancia, empujó a todos hacia mayores delicias.

Una vez uno de los bromistas locales se acercó al hostal y, desde cierta distancia, encendió una luz cegadora sobre sus actividades. Las chicas chillaron, se agarraron con pánico a sus cuerpos y cubrieron sus muslos con la ropa empapada. Con el fin de salvar la noche, alguien preguntó en voz alta:

—Oye, Osato, ¿tú hijo vendrá aquí algún día, no?

—¿Qué? —preguntó la viuda.

—¡Sí, al fin lo hizo, creo!

—¡Ho! —se rio—. ¡Ho! Eres un niño malo. Él *solo* tiene doce…

—Bueno, si no lo ha hecho, seguro que pronto descubrirá cómo —continuó la voz—. Quizá deberías preguntar a Ōsen lo antes posible…

—Mmm, puede que tengas razón. Quizá mañana. Lo puedo acicalar, ponerle su mejor kimono…

La voz de un hombre joven contestó desde el fondo de la habitación:

—¡Qué va, llegas tarde, Osato!

—¿Y *qué* se supone que significa eso?

—Para el chico Gen es demasiado tarde. Te ha ganado. Ya hace un mes. —Risas—. ¡Su madre ha sido la última en enterarse!

—Pero él nunca… ¡Oh, este *chico*!

Como de costumbre, Emon estaba cerca de ellos y escuchó toda la conversación. A veces, cuando alguien se movía en la oscuridad, buscaba en su mente.

«Será un problema si se queda embarazada…».

«Oh, *grande*. Dolerá. ¿Qué debería hacer si me fuerzan demasiado?».

«Me pregunto quién llevó a mi pequeño a casa de Ōsen. *Sé* que no fue solo. Mañana le tocará trabajo en el campo, mucho. Le enseñaré. Y yo esperando con tanta paciencia…».

Los poderes para leer la mente de Emon se intensificaban entre ellos mientras hurgaba en sus pensamientos noche tras noche. Podía ver con tanta claridad en ellos que era como si se concentrara en escenas brillantes dentro de un collage. Él era, por lo tanto, el más intrigado por su madre, Ōsen. Ella era diferente. ¿No existían los pensamientos de un ser humano en la mente de un idiota? Las ideas de los aldeanos eran como nubes deslizándose por el cielo azul, y lo que pensaban era igual de transparente. Pero en la mente de Ōsen había una espesa niebla blanca, escondiéndolo todo.

Sin palabras, sin formas, tan solo una emoción cercana al miedo que aparece ahí…

Mientras Emon seguía observando en la niebla, empezó a sentir que Ōsen dejaba que los hombres la poseyeran ya que así podía escapar de su miedo. Emon desistió en la búsqueda de la mente de su madre y volvió a los días de infinitas lecturas.

Su prodigioso apetito por los libros impresionó a la gente de la aldea.

—¡Menudo ratón de biblioteca! —dijo uno de ellos—. Ese chico está *loco* por los libros.

—A mí me lo vas a decir —contestó otro—. También se ha leído todos los nuestros. Imagina, de Ōsen, un niño al que le gustan los *libros*.

—Me pregunto quién le habrá enseñado a leer…

Emon visitaba todas las casas del pueblo para pedir libros y, a la vez, trataba de construir una imagen del pasado de su madre al mirar en las mentes de la gente. «¿Era Ōsen una idiota desde que nació?», eso quería saber. Pero nadie sabía mucho acerca de Ōsen en detalle, y los únicos pensamientos que le dedicaban los hombres eran para sus hermosos cuerpo y rostro. Este último, quizás siempre joven debido a su imbecilidad, se había convertido en una extraña y narcótica necesidad para los hombres.

Ōsen era un juguete para los hombres del pueblo, incluso para los más jóvenes, para todos los que deseaban conocer su cuerpo. Emon no podía comprender su oscura lujuria, pero su emoción parecía ser lo que mantenía a la gente con vida y en movimiento en este solitario lugar; un poder que mantenía al pueblo unido.

Ōsen, loca, puta; aprisionaba a los hombres y evitaba que desertaran del pueblo siguiendo los encantos de ciudades lejanas.

5

Un recuerdo de cuando estuve en el pueblo: frente al hostal de la anciana Take algunos niños saltan a la comba. En mis pensamientos escucho:

Primer mes, ¡chillo rojo!
hitotsuki tai
Segundo mes ¡ahora son cáscaras!
futatsuki kai
Tercero, tenemos reservas, y
mittsu enryode
Cuarto ¿deberíamos ofrecer cobijo?
yottsu tomeru ka

Es la canción para saltar a la comba que había registrado antes en esta historia. Algo más de teoría: con solo un cambio en la división silábica, la canción parece querer decir ahora:

hitotsu
UNO
mittsu de
TRES

Y con un único cambio de consonantes tenemos:

futatsu
DOS

Casi como una lista de la compra…

Finalmente, llegó el día en que Emon tuvo que ir a la escuela. Le entregaron un uniforme nuevo y una mochila escolar, comprados ambos con dinero de la Fundación Especial de la Confraternidad del Cielo del pueblo, que había sido creada tiempo atrás para procurarle a Ōsen casa y sustento. Emon, feliz, fue a la Escuela de Extensión que estaba en un extremo del pueblo. Allí, en la biblioteca del colegio, pudo leer a placer.

La señorita Yoshimura, la profesora del colegio, era una mujer fea, pasados de largo los treinta, la cual había perdido la esperanza en el matrimonio casi desde el momento en que fue lo bastante mayor como para tomarlo en consideración. Era delgada como un pimpollo marchito y estaba agraciada con un rostro que no podría haber sido más chistoso, pese a lo cual tenía un alma bondadosa, y de entre toda la gente del pueblo poseía la imaginación más desbordante y la mente más fascinante. Al haber leído tantísimos libros, sabía mucho más de todo que nadie; ¡y recordaba las tramas de las incontables historias que había leído! Se mezclaban como raíces retorcidas en su imaginación, hasta que parecían ser el mundo real, y la «realidad» un sueño. Pero más importante: cuando nadie más dejaba que Emon olvidara su inferioridad, solo la señorita Yoshimura se preocupaba de él como un igual. Emon pronto se sintió unido a ella, pasando juntos el día de la mañana a la noche.

Un día el encargado de la tienda fue a ver a la señorita Yoshimura.

—Señorita —empezó—, Emon es muy listo, pero habrá problemas si, ya sabes, se hace mayor demasiado pronto.

—Ah, eh, vaya… —respondió la señorita Yoshimura, aturullada.

—Teniendo en cuenta que tiene la sangre de Ōsen y a saber de quién más —continuó el viejo con sus afirmaciones—, y que ve a los jóvenes reunirse en el hostal de la anciana Take… bueno, si se vuelve como Ōsen, seguro que habrá problemas. Ten por seguro que alguna chica beberá los vientos por él.

—Bueno, ¿y qué crees que es lo mejor que podemos hacer? —dijo avergonzada la señorita Yoshimura.

—Sobre eso, hemos estado pensando que ya que te tiene tanta confianza, sería mejor para él quedarse en tu pensión. Por supuesto la Confraternidad pagará los gastos.

—De acuerdo, no me importa —dijo Yoshimura, quizá con demasiada premura—. Desde luego si él *quiere* hacerlo… Cómo *compadezco* al pobre chico…

Y un futuro imaginario apareció brillante ante ella, latiendo con esperanza. «No me podré casar pero ahora tengo a un niño al cual

criaré como si fuera mío y llegarán los días en que dudaremos si bañarnos juntos. ¡Oh Emon, sí!, estaré contigo hasta que te conviertas en un hombre». Su rostro enrojeció por sus pensamientos.

Emon empezó a vivir en su casa, y los días y los meses pasaron felices. Además, los demás niños dejaron de reírse de él. Y los hombres nunca iban a acostarse con ella como hacían con Ōsen.

Yoshimura evitaba a los hombres. Su mente gritaba rechazo, que todos los hombres no eran más que sucias bestias. Emon estaba bastante de acuerdo. ¿Pero en qué pensaba ella?

Por mucho que odiara y evitara a los hombres, los pensamientos de la señorita Yoshimura estaban tan atravesados como los de cualquier otro por la sombra de una oscura veta de lujuria, y a menudo, llegada la noche explotaban como vientos ardientes salidos del infierno.

Estrujando al pequeño Emon y saboreando el dolor como un extraño vino amargo, la señorita Yoshimura podía acurrucarse en el suelo encogida con firmeza entre fuertes sofocos. Los cuerpos entretejidos de hombres y mujeres flotan con pesadez en sus pensamientos, y mientras trata de deshacerse de ellos con una parte de su mente, otra intenta alcanzarlos con avaricia para algo más, agarrarlos, abrazarlos, acariciarlos. Cada palabra que conoce relacionada con el sexo se funde en su cabeza.

La señorita Yoshimura suspiraba siempre con tristeza, y voces delirantes se reían en voz baja dentro de su mente.

«Oh, esto nunca pasará…».

Revelaciones como estas se deshacían rápidamente, usurpadas por sus opuestas, imágenes que aleteaban en su cabeza, expandiéndose como globos inflados con galaxias de términos sexuales que volaban hasta la casa de Ōsen. Yoshimura fantaseaba con ser Ōsen, y se convertía en alguien más seductora que ella, abrazada a uno de los amantes de Ōsen. Entonces los hilos de su sueño convergían en el hostal de la anciana Take, donde gritaba desesperadamente en la oscuridad:

—¡Soy una mujer!

«Siluetas femeninas y masculinas se mueven en la noche a su alrededor…».

Volvió a su habitación, donde la luz de la luna se derramó brillante sobre su cuerpo. Gimió y abrazó a Emon con fiereza.

—¡*Sensei*, me haces daño!

Al escuchar la voz de Emon, la señorita Yoshimura recuperó el sentido por un momento, tan solo para caer de nuevo en el mundo de sus fantasías otra vez.

«Emon, Emon, ¿por qué no creces?».

Un convencimiento creció en la mente de Emon mientras pasaban los días.

En los corazones de la gente, incluido el de su querida *sensei*, habitaba esta cosa horrenda, este deseo anormal de poseer el cuerpo de otro. «¿Por qué?», Emon no se daba cuenta de que veía solo lo que quería ver.

«Los deseos de todos. Del deseo nacen los bebés. Eso ya lo sé. ¿Pero quién es mi padre?».

Siguió con su vigilancia sobre las mentes de los aldeanos, creyendo que así desentrañaría el misterio, y siguió recogiendo los restos de información que quedaban sobre su madre. Cada vez estaba más y más seguro de que ella había escapado a su mundo de locura para huir de algo indeciblemente horrible.

En la mente del propietario de la tienda encontró esto: «La casa de Ōsen… La gente dice que antaño era una casa encantada, y después Ōsen siempre estaba llorando. No, pensándolo mejor, ¿no era acaso su madre? *Su* abuelo fue asesinado o murió. Por eso se volvió loca…».

Los pensamientos de la anciana Take susurraron una vez:

«Mi difunta abuela solía decir que se escondían allí de algún loco extranjero, y que abusó de Ōsen, por lo que lo mataron, o algo parecido…».

Y los murmurantes pensamientos de Toku, el leñador, le ofrecieron una imagen llamativa:

«El abuelo lo vio. La casa de Ōsen estaba llena de sangre y todos estaban muertos, asesinados. De todas formas, esa familia estaba majara desde hacía generaciones. El padre de Ōsen, —¿o fue su hermano?— estaba terriblemente loco. Y en medio de todos los cuerpos mutilados, Ōsen jugaba con una pelota».

El viejo Genji también sabía parte de la historia:

«Escuché decir que fue hace mucho tiempo, cuando en la colina donde ahora se alza la casa cayó desde el cielo una columna llameante. Más o menos desde entonces todas las chicas nacieron hermosas en aquella familia, generación tras generación, pero ninguna de ellas ha podido hablar. Esa es la leyenda».

Antaño, en días ya olvidados, ocurrió algo terrible. De toda su familia solo Ōsen sobrevivió, se volvió loca y se convirtió en la prostituta del pueblo. Esto era todo lo que estaba claro para Emon.

6

Dicen que el tiempo difumina los recuerdos: lo cierto es que el peso de los años empuja la memoria, la comprime en una claridad dura como

una joya. Había un misterio dormido en aquel pueblo, y allí sigue durmiendo. Con el paso de los años me reconcomen los recuerdos dando vueltas a estos enigmáticos sucesos, pero el misterio seguirá para siempre sin desenterrar, a menos que vaya allí e investigue en serio.

He intentado volver muchas veces. Hace un año llegué a unos cincuenta kilómetros del pueblo y de pronto, sin razón lógica aparente, me di la vuelta y me marché a otro lugar más agradable. Antes de embarcarme en estos viajes siempre me sobrepasa una firme reticencia, casi como si estuviera bajo una coacción hipnótica para alejarme de ese lugar.

Otro hecho interesante:

En todo el tiempo que estuve hospedado en aquel sitio, no recuerdo a nadie de *fuera* que se quedara en el pueblo más de unas pocas horas; y según los aldeanos, yo era el primer forastero que habían visto en diez años. Las únicas personas del pueblo que habían vivido fuera de aquellas tierras aisladas eran la anciana Take y la señorita Yoshimura, que se fue para asistir a la Escuela de Magisterio.

Si, al volver allí, hubiera conseguido llegar realmente cerca del pueblo, salvo que contara con el apoyo del ejército a mis espaldas, estoy seguro de que sus habitantes habrían conseguido impedir de alguna forma mi regreso.

¿Hay algo, algún poder en juego que controla estos asuntos?

Tal poder tendría que tener un alcance amplio y fuerte, para conseguir que este pueblo de menos de doscientas personas exista aparte de la administración del gobierno japonés. Digo esto porque durante la Guerra del Pacífico ningún hombre del pueblo fue reclutado para las Fuerzas Armadas.

¿Y quién manejaría tal poder? ¿Quién los hechizó a todos? ¿La anciana Take o la profesora? ¿Y si ambas habían dejado el pueblo, bajo las órdenes de alguien… quién es entonces la persona central del misterio?

¿La loca, Ōsen?

Cuando llegan las noches de verano, mis recuerdos se pueblan con las numerosas canciones que cantaban los niños del pueblo. Era muy extraño que todo lo relacionado con aquellas canciones divergiera por completo de las raíces históricas que los vecinos decían tener: que el pueblo había sido fundado siglos atrás por sirvientes fugitivos y desertores de la familia Heike durante las últimas guerras contra los Genji en el período Heian, y que desde entonces nadie había dejado el lugar. Sin embargo, ninguna de las viejas historias que persistían allí eran leyendas Heike. Es casi como si el pueblo durmiera en la cuna de

sus campos en terrazas, una isla en la corriente de la historia, divorciada del mundo.

¿Es que algo sigue escondido bajo las escaleras de piedra que conducen a la casa de Ōsen? «Emon el desconocido» se rindió a la desesperanza y abandonó algo allí. Una bomba para conducir el agua hacia el Hoyo de los Pecadores, o alguna pista en la canción que cantan los niños mientras juegan a la pelota:

Me pregunto si treparé
algún día esas escaleras de musgo…
Uno —una escalera de piedra en el cielo
Dos —si no vuela, si nunca vuela abierto…

Cuando el día de volar llegue, ¿se abrirán las escaleras? ¿O debe uno abrirlas para poder volar? Preguntas, preguntas: puede que el misterio de «Emon el desconocido» duerma para siempre en aquel lugar.

¿Y qué pasó con el hijo de Ōsen?

Tras algún tiempo, Emon volvió a intentar lo que hacía tiempo había dado por perdido: la búsqueda de la mente de su madre. La extraña niebla blanca que inundaba los pensamientos de Ōsen era más densa que nunca.

«¡Largo!».

Los pensamientos de Emon tronaron en la niebla en una onda expansiva de poder telepático.

Puede que el haber enviado una orden psíquica y la descarga de su significado en la mente del receptor pueda expresarse en términos de física, vectores de fuerza; nuevamente entonces, puede que el control telepático de Emon hubiera mejorado y fuera mucho más experto en arrancar significados a un trasfondo confuso. En cualquier caso: con su orden, la niebla en la mente de Ōsen se apartó como si la hubiera barrido el viento, y Emon miró dentro por primera vez.

Su mente era como inmensidades de cielo. Emon se zambulló con rapidez dentro y fuera varias veces, buscando y recogiendo los restos fragmentados del pasado de su madre. La cantidad era nimia, sin hilos que conectaran la historia: eran escenas en un mosaico roto.

Tan solo existía una visión coherente entre todas ellas: una vasta máquina —o un edificio— se desintegraba a su alrededor y una mezcla de terrible dolor y placer irradiaban de ella mientras la sujetaba el abrazo de un hombre.

Y eso era *extraño*: de tantos encuentros con todos los hombres del pueblo, solo esta experiencia había sido tan poderosa como para dejar una marca indeleble en sus recuerdos.

La edad y el rostro de aquel hombre eran borrosos. Su imagen era como algas flotando en las corrientes del fondo del mar. Los hechos habían ocurrido en una noche en la que brillaba la luna, o alguna otra luz, ya que su cuerpo estaba bañado en un esplendoroso fulgor azulado. El resto de hombres que Ōsen había conocido, perdidos para siempre en la niebla blanca que había ocupado su mente y robado su voluntad, tan solo existía con un poderoso deseo y fervor *este* hombre al cual Emon nunca había visto. La alegría se derramó desde los recuerdos, y con ella una gran pena.

Porque aquello estaba fuera del alcance del entendimiento de Emon.

Un vago pensamiento lo removió por dentro: «Este hombre que Ōsen recuerda es mi padre…».

Mientras Emon empujaba sin descanso a través de los restos flotantes de las mentes de su madre y de los aldeanos, la señorita Yoshimura jugaba en un mundo de fantasía donde su curiosidad siempre se centraba en Ōsen. Era costumbre para ella acunar a Emon por la noche mientras se acostaba para dormir, y una de aquellas noches, su corazón estaba tan henchido con el deseo de ser Ōsen y acostarse con cualquier hombre que parecía a punto de arder.

¿Cómo podía saber que Emon comprendía todos y cada uno de sus pensamientos?

¿Cómo podía saber nadie la terrible riqueza de *hechos* puros que Emon había amasado sobre sus vidas secretas?

Pero los constantes golpes de esta tormenta sexual terminaron por cobrarse un precio desagradable. Excluyendo a los niños más pequeños, Emon tenía la firme opinión de que todos los aldeanos eran obscenos más allá de ninguna posible descripción. En concreto Ōsen y él mismo eran los peores criminales. A través de las mentes de los hombres estaba siempre al tanto de la incesante y gratuita actividad sexual de Ōsen, y el dolor de ser su hijo pesaba sobre él. Su cuerpo siempre desnudo para los hombres, y…

Emon la odiaba. Odiaba a los hombres que iban a ella, y su mente superior dentro de un niño de nueve años transformó esta miserable emoción en un odio hirviente hacia toda la raza humana.

Fue en una de las raras visitas que hacía a su madre cuando por fin dejó escapar su ira, golpeando a un hombre que se acercaba con una piedra arrojadiza.

—¡Ahí te mueras, bastardo! —gritó con rabia el herido—. No causes problemas, si sabes lo que te conviene. ¡Quién te crees que te mantiene *con vida*!

Emon volvió al salón después de que el hombre se alejara y

observó el incandescente cuerpo desnudo de su silenciosa madre. Tembló preso de una rabia inconcebible.

«¡Quiero *matarlo*! ¡Lo mataré! ¡A *todos*!».

Entonces Ōsen se acercó a él.

—Hijo mío, intenta quererlos —murmuró—. *Debes*, si quieres vivir…

Asombrado, Emon cayó en sus brazos y se aferró a ella.

Por primera vez en su vida, gimió, incapaz de controlar el torrente de lágrimas.

Unos instantes después Ōsen terminó con aquello dejando que se levantara y se marchara sin propósito aparente, y fue entonces cuando Emon empezó a sospechar, —¡a tener esperanza!— que su locura podía ser tan solo una farsa consumada. Aunque podía tratarse solo de un instante de claridad brillando a través del caos. No había señales de que la locura que corroía el cerebro de Ōsen hubiese sido abatida al fin.

A Emon le preocupó muy poco reflexionar en profundidad sobre el significado de las palabras de Ōsen, y su odio hacia la raza humana todavía llenaba por completo su corazón. Pero ahora visitaba a su madre con más asiduidad. Fue durante una de estas visitas, días o semanas más tarde, mientras se sentaba en el porche junto a Ōsen, cuando Emon *escuchó* una voz extraña.

La voz no apareció como un sonido en el aire, o como una voz en su mente dibujando formas y contextos. Era una *llamada*, y era solo para Emon. Una sacudida que lo arrastraba hacia el origen, una cuerda que tiraba de él. Inusualmente vestida con una pulcra y simple bata de algodón, Ōsen miraba hacia el amplio valle, su mente tan vacía como siempre.

—¿Quién es? —preguntó Emon.

Ōsen volvió la cabeza para ver como Emon se ponía de pie y gritaba la pregunta. La vacua expresión de su rostro palideció de pronto, congelada por un instante en una mirada de pavor.

—¡Dónde estás! —gritó Emon.

Como atraída por la voz de Emon, Ōsen se levantó despacio y señaló hacia la masa de montañas en el horizonte.

—Está por allí —dijo—. Por allí…

Emon apenas la miró al empezar a bajar los escalones de piedra, y entonces desapareció. Ni siquiera trató de mirar atrás.

El tiempo se congeló para la loca en una amarilla luz solar, y entonces se fundió de nuevo. Ōsen deambuló cegada, sollozante, hasta que en cierto punto llegó al pequeño molino de agua del pueblo. La violencia de su llanto resonó contra las tablas. Podría haber perdido su

capacidad de razonar, pero todavía podía sentir la agonía del viaje final de su único hijo.

Uno de los hombres de la aldea, al ver su temblorosa figura mientras pasaba por allí, se acercó a ella con una amplia sonrisa, toqueteando su cuerpo con las manos callosas.

—Tranquila, tranquila, no llores, Ōsen —dijo—. Toma, te sentirás mucho mejor…

La mirada que fijó en él fue durísima y cargada de veneno, la primera de aquella clase que había visto nunca en ella. Por un momento sintió una repentina sacudida de miedo que agitó su corazón, después se arrancó la ropa de trabajo con entusiasmo y se carcajeó de su propia estupidez.

—Qué demonios… —Maldijo a Ōsen mientras la sujetaba para forzarla sobre el suelo cubierto de hierba.

Ōsen le quitó las manos de encima de un tortazo.

—¡*Basura* humana! —gritó Ōsen con claridad y autoridad. Sus palabras hicieron eco en las hondonadas de piedra alrededor del molino de agua. —¡Márchate y *muere*!

Mientras Emon se apresuraba por el camino, el estúpido aldeano caminaba con tranquilidad hacia el Pantano del Fin del Mundo, con una mirada adormecida transfigurando su rostro mientras se hundía, inconscientemente, en las oscuras y secretas aguas.

«En el bosquecillo de bambú la niebla blanca danza de nuevo empujada por el viento y una pálida figura femenina corre desnuda con suavidad, con ligereza, persiguiendo un avión de papel que voló y voló sin fin».

En *Sai no Kawara*, la orilla de la tierra donde los niños iban a llorar la muerte de aquellos otros que habían

cruzado las Grandes Aguas, hay una señal de madera maltratada por las inclemencias del clima con unos caracteres donde a duras penas puede leerse:

> Parece tan fácil esperar mil, no, diez mil años… enloquecida de nostalgia por la Estrella de mi hogar original…

Publicado originalmente en el
Hayakawa SF Magazine, febrero de 1975

La Caja Universo de Reiko

Kaijo Shinji

—Me pregunto quién nos habrá dado esto. —Reiko, vestida todavía con su abrigo, daba vueltas al regalo en sus manos.

La caja, de cuarenta centímetros cuadrados, era tan ligera que pensó que estaba vacía. Una miríada de galaxias parpadeantes decoraba el papel de regalo y un lazo de satén como el halo de una estrella lo ataba con un elaborado nudo. Entre todos los regalos de boda, este parecía estar fuera de lugar.

—¿Podría ser un error? No lleva tarjeta.

—Dejémoslo hasta mañana —refunfuñó Ikutarō desde el sillón—. No me imaginaba que un viaje de luna de miel fuera tan cansado.

—Pero… Solo este, cariño. Me gustaría ver qué hay dentro.

Se dio por vencido y asintió. Ella le sonrió y empezó a deshacer el lazo.

—Deberías quitarte el abrigo, al menos— le dijo a su esposa. Después se levantó y fue a la cocina.

Envuelta en el papel de regalo había una caja blanca. Con letras doradas repujadas que decían: «La Caja Universo… Presentada por Fessenden & Co.».

—¿No es extraño? Tampoco pone ningún nombre en el interior.

Ikutarō trajo dos tazas de café y puso una frente a ella.

—Tómate el café. Supongo que con las prisas olvidaron identificarse.

Recogió un puñado de telegramas con felicitaciones de boda. Reiko abrió la caja sin acabarse el café. De dentro salió un cubo transparente, empaquetado entre almohadillas de poliestireno.

Primero, solo pudo ver absoluta oscuridad en el cubo. Pero, al acostumbrarse sus ojos, empezó a vislumbrar pequeñas motas de luz.

—¡Mira! ¡Hay un universo dentro!

Dejó la Caja Universo en la mesita, frente a su marido.

—Bueno, debe ser un nuevo tipo de decoración —dijo divertido—.

¿Sabías que hay adornos fantásticos parecidos, que utilizan fibra óptica o burbujas transparentes de cera? Quizá es solo la última novedad. En cualquier caso, me temo que no puedo disfrutar de su belleza en este pequeño apartamento. Lo tendremos que guardar en el armario hasta que nos mudemos a un sitio más grande.

La indiferencia de Ikutarō no podía haber sido más pura y dura. Sus ojos volvieron de nuevo a los telegramas.

«Prestaba más atención a lo que decía antes de casarnos», pensó Reiko.

En el envoltorio de la caja todavía quedaba una nota de papel.

> CÓMO USAR LA CAJA UNIVERSO
>
> Esta caja contiene un universo real. Puedes utilizarlo como decoración. Además, no hay necesidad de preocuparse por proporcionarle energía ya que la caja la obtiene de su propio proceso estelar interior. ATENCIÓN: No reajustar el dial en la parte inferior de la caja. Este controla la progresión de tiempo dentro de la caja.
> En caso de producto defectuoso, reemplazaremos la caja por completo sin cargo adicional. Por favor, envíela de nuevo a nuestro departamento de investigación y desarrollo, recogida postal.
>
> FESSENDEN & CO.

«¿Cómo os la puedo enviar de vuelta si no me dais una dirección?», pensó.

—Eh, tengo una buena idea. —Ikutarō, algo irritado por la atención dividida de su mujer, recogió la caja y escribió algo con un rotulador blanco sobre la base negra: «En memoria de nuestra boda… Ikutarō y Reiko»—. Ahora nos recordará nuestro momento más feliz cada vez que veamos la inscripción.

Le enseñó su inscripción, con una sonrisa contenida, algo engreída.

—Ahora que tu curiosidad por este regalo está satisfecha, mejor que lo guardes. Tenemos que visitar familiares y a más gente mañana, ya sabes, para dar las gracias. Es hora de irse a dormir, que mañana tenemos que madrugar.

Reiko todavía tenía que quitarse el abrigo. Asintió ausente a su marido, todavía contemplando el absorbente universo.

Ikutarō trabajaba en la sección de negocios de una gran compañía de ventas y a menudo visitaba la oficina en la que Reiko había sido vendedora y secretaria. donde, gracias a su iniciativa, se habían conocido. Tenía el espíritu emprendedor y repleto de energía que cualquier eficiente hombre de negocios debe tener. También tenia un sentido del humor que siempre hacía reír a Reiko a carcajadas, incluso

durante las horas de oficina. Sus ojos amables y su piel bronceaba brillaban, y levantaba la cabeza bien alto mostrando el recio cuello e hinchando el pecho cuando hablaba sobre sus días en la universidad como jugador de fútbol.

«Debe de ser un buen tío», se decía a sí misma, por lo que respondió que *sí* sin dudarlo cuando le pidió una cita. De hecho, fue su primera cita: no es que ella fuera demasiado vergonzosa o selectiva, tan solo era que ninguno de los hombres anteriores le había interesado lo suficiente. Eso era todo. Eso y que ella no era el tipo de chica que salía a cazar hombres. Era una mujer paciente que esperaba a su caballero blanco montado en un blanco corcel. Y allí estaba.

Su primera cita: una película, un drama, elección de Reiko. Él accedió y después resultó soporífero hasta para ella. «Érase una vez un chico que conoció a una chica, tuvieron que superar mediocres y estereotipadas dificultades para poder estar juntos, y vivieron felices juntos y comieron perdices. Fin». Reiko observó a Ikutarō. No dormía, pero su mirada vidriosa fija en la pantalla parecía denotar suficiente ausencia como para sugerir que había logrado dominar la técnica de dormir con los ojos abiertos.

Después de la película habían intentado durante casi una hora mantener una conversación significativa entre bebidas en un bar de copas. Tan solo al final surgió como por milagro un tema en común: ambos habían visto la película de Disney *Dumbo* cuando eran pequeños. Hablar sobre aquel film les mantuvo allí media hora más.

Se despidieron con la promesa de una segunda cita. En la quinta, dos meses más tarde, Ikutarō tomó su mano y de pronto, con inocencia pero con claridad, dijo:

—Reiko, por favor, cásate conmigo.

Puede que fuera la proposición más vulgar posible —lo que de alguna forma lo hizo adorable— pero ella ni siquiera estaba segura de quererlo. Quizá sí, porque él debía amarla muchísimo para declararse, e incluso si ella no lo amara, el amor podía surgir gracias al evidente amor que él sentía por ella. Aun así, no estaba segura y su inseguridad la irritaba. Dijo que tenía que pensarlo, y cuando lo llamó dos fastidiosos días más tarde —se había pasado los días castigándose por su indecisión— aceptó la proposición por teléfono.

Al fin y al cabo, era una chica flexible.

—Antes de casarme contigo, tengo que contarte algo —dijo Ikutarō como si estuviera exponiendo las reglas básicas para cerrar un trato en la bolsa—. No llegaré pronto a casa de forma regular. Soy un hombre de negocios con responsabilidades ejecutivas y a menudo tengo que entretener a los clientes hasta bien entrada la noche. A veces, tengo

que beber con ellos, a veces jugar al *mahjong*. *Pero creo* que puedes entender por qué tengo que atenderlos de esta forma. Todo es por tu felicidad.

Había dicho lo mismo antes y después de la boda. Para hacerla feliz, tenía que conseguir dinero. Tenía que trabajar más duro y durante más tiempo que ningún otro de los empleados.

Durante los tres primeros meses tras la boda él llamaba para avisar sobre qué hora llegaría a casa. Tras aquello, lo hacía de vez en cuando. Después, una de cada tres veces. A pesar de todo, ella siempre preparaba la cena y esperaba su regreso.

—Cuando llego tarde, no tienes que esperarme, Reiko —le dijo. Pero ella no solo sentía que no quería irse sola a la cama, quería un bebé. Cada noche, cuando él llegaba a casa, le preguntaba si había señales de embarazo, y se ponían a trabajar para que aparecieran. Y si ella se iba a la cama antes, podía quedarse dormida y no estar del mejor humor para el sexo.

Por otro lado, mientras lo esperaba no tenía ganas ni de ver la tele ni de leer. Hacía tareas domésticas, recolocando las cosas de la nevera y de las estanterías, y jugueteaba con las comidas que le preparaba. Se podría decir que era una forma de meditación para ella.

Cierta noche de tiempo bastante agradable, salió a la terraza. Vivían en la tercera planta de un bloque de apartamentos, y desde la terraza podía ver la calle hasta la parada de bus. Era pasada la medianoche. Reiko puso los codos en la barandilla y apoyó la barbilla en la palma de las manos, esperaba desganada el regreso de Ikutarō.

—Me temo que todo este sobreesfuerzo pueda matarlo —murmuró para sí misma—. Trabaja demasiado. Debe de estar exhausto.

El tráfico en la calle era escaso; tras largos intervalos cruzó un coche solitario. El taxi paró junto a su edificio. Incluso de noche y en la distancia podía jurar que era su marido. Notó el fuerte olor a alcohol que desprendía cuando entró por la puerta.

—Oh, ¿sigues despierta? —Fue todo lo que dijo.

Se fue a la cama —o quizá sería mejor decir que se desmayó en ella— con cierta culpabilidad, pensó ella.

Ya estaba dormido —o mejor dicho, inconsciente— antes de que su cabeza tocara la almohada.

Reiko pensó que su fatiga mental debía de ser insoportable. Ansiosa por su salud, recogió los platos de la cena y la comida sin tocar.

Así era su vida, aunque a veces él comía la cena.

La semana siguiente llegó a casa inusualmente tarde. Reiko no expresó ni una sola queja, ya que eso podía hacer que se sintiera

incómodo.

—Estoy tratando de pescar un nuevo cliente —dijo un poco a la defensiva antes de irse a la oficina la mañana siguiente—. Es el jefe del departamento de compras de su empresa. Quiere que juegue al *mahjong* con él cada noche.

Aquella noche, de nuevo, ella esperó en el balcón. Las lágrimas brotaron inesperadamente de sus ojos, aunque al principio no pudo entender el motivo. Entonces lo comprendió.

Estaba sola.

Miró hacia el cielo nocturno para detener el llanto.

—¡No hay estrellas! —dijo sorprendida.

Había pasado tiempo desde la última vez que mirara hacia las estrellas. Hasta entonces no había notado que un manto de niebla cubría el cielo y ocultaba las estrellas. Sintió un extraño sobrecogimiento de asombro por no poder verlas. Volvió a su habitación en silencio, con lágrimas en los ojos.

Y recordó la Caja Universo. Se acordó de que allí había estrellas, y con una sacudida de sorpresa se dio cuenta de que aquella fue la última vez que había visto las estrellas. «¿Dónde está?», se preguntó. Al final encontró el paquete en una esquina del armario, cubierto por una fina capa de polvo.

Se apresuró a sacarlo del envoltorio.

Ahora podía apreciar los detalles del regalo que había observado tan de cerca aquella noche meses atrás. Había un universo real encerrado en un cubo transparente. A pesar de la brillante luz en la habitación, la oscuridad del cubo era absoluta.

Miró más de cerca.

Ya que la profundidad del cubo parecía ser de unos cuarenta centímetros, debería de haber sido capaz de ver el lado opuesto de la sala de estar a través del cubo. Pero todo lo que podía ver era la impenetrable oscuridad en la caja.

«¿Es un holograma?», se preguntó.

Una estrella flotó en lo que parecía ser el centro del cubo, con mucho, la más grande de todas. Medía unos siete centímetros de diámetro, era una estrella blanca alrededor de la cual se podían ver diez pequeños puntos de luz o más moviéndose casi de forma imperceptible.

—¡Fascinante! —suspiró maravillada.

Mirar en el cubo le proporcionaba calma y paz. Se sentó a mirar dentro de la Caja Universo hasta que volvió su marido. Apenas se dio cuenta de su llegada.

Al día siguiente fue de compras al centro, algo inusual en ella. Lo

normal era ir a comprar a supermercados cercanos para adquirir comida y productos. Pero esta vez quería libros, y no había librerías grandes en el vecindario. El lugar adecuando era la librería de varias plantas perteneciente a una cadena nacional que estaba situada en el paseo Chūo, cerca de la estación de tren.

Reiko compró un libro titulado *Misterios del universo: Guía práctica*. La Caja Universo había despertado su curiosidad, y este libro la atrajo como algo elemental y sencillo de entender. Quizá así podría hacerse una idea de lo que ocurría dentro de la caja. En casa, se volcó en el libro. El mundo de las estrellas, hasta ahora desconocido para ella, parecía florecer como un jardín de coloridos pétalos ante sus ojos. Estaba enganchada.

Aquella noche, mientras esperaba a Ikutarō, observó la Caja Universo en la mesa de la cocina.

La estrella más grande debía de ser una estrella *fija*, como nuestro sol, o eso decía el libro. «Me pregunto si es una gigante blanca, ya que brilla con ese color», reflexionó. «De todas formas, debe de ser más antigua que el sol. Y todos estos pequeños cuerpos que orbitan a su alrededor son planetas como la Tierra».

Poco a poco, la Caja Universo mostraba cambios. Podía ver el movimiento de los planetas del tamaño de granos de arroz, aunque de tan lento resultaba casi imperceptible.

—¿Tendrán lunas estos planetas? —se preguntó.

Observó más de cerca, pero no pudo asegurarlo.

—¡Oh, me encantaría ver una estrella fugaz!

Por entonces, todavía tenía que aprender que una estrella fugaz es un meteorito entrando en la atmósfera que arde por la fricción del aire. Pero quería pedir un deseo: tener una vida feliz con Ikutarō.

Su marido llegó a casa por fin y cenó con ella. Reiko estaba distraída con la Caja Universo y no prestó atención a algunas de sus preguntas. Él sonrió con amargura, sintiéndose culpable por su ausencia, ya que sus retrasos nocturnos podían haber hecho que se volviera de aquella manera: hechizada por la magia de la Caja Universo.

Una noche, mientras observaba la Caja Universo descansando su barbilla sobre las palmas de sus manos, Reiko tuvo una idea. Se levantó y apagó todas las luces. Con las cortinas cerradas, la única luz era la de la Caja Universo que brillaba débilmente en la habitación.

Se sentó de nuevo ante el cubo en la oscuridad. No había sonidos; solo la luz de la estrella. Cuanto más lo miraba, más sentía que, de alguna forma, estaba entrando en el universo de juguete.

«No», pensó, «esto no es un universo de juguete, sino mi universo

privado».

Entonces, ocurrió. Algo gaseoso con una estela blanca pasó ante sus ojos.

—¡Un cometa!

El cometa en la Caja Universo se movió hacia la estrella, quizá recorriendo un milímetro por minuto, dejando un largo rastro con su cola incandescente. Durante las siguientes horas pareció crecer de tamaño, ardiendo con un fuego espectacular, y después se sumergió en el halo de la estrella y murió con una breve llamarada. Era la primera escena dramática que había presenciado en la Caja Universo. El agradecimiento —no, el gozo— la invadió por completo.

—¡Este universo está vivo de verdad!

Si Reiko se había estado preguntando por qué la pequeña caja la atraía con tanta fuera, dejó de hacerlo: ya no se sentía sola. Por primera vez pensó en darle nombres a la estrella y a su familia de planetas.

La estrella central sería Ikunōsuke, utilizando parte del nombre de su marido. Después, los planetas: serían Taró, Jiro, Saburō, y así consecutivamente, siguiendo la tradición japonesa para poner nombre a los chicos. De los planetas, Taró era el más grande, casi un tercio del tamaño de la estrella central, Ikunōsuke. Podía discernir el tamaño de los planetas al observar sus noches y sus días.

No advirtió que su marido había entrado al apartamento.

—¿Se puede saber qué estás haciendo a oscuras? —preguntó irritado. Olía a whisky.

Hizo una mueca cuando su marido encendió la luz, sintió como si la hubieran devuelto a la realidad. «¿Es esto real?», se preguntó.

—¿Otra vez esa maldita Caja Universo? ¿Aún estás enganchada? —Su tono de voz sonaba todavía más molesto.

Reiko no respondió.

—Tengo hambre. ¿Hay algo para cenar?

Hurgó en la nevera. Ella no había preparado nada de cena. El reloj dio las diez en punto. El eco del sonido sordo pareció quedarse en la cocina.

—De acuerdo —dijo Ikutarō, disgustado—. Me voy a la cama. Sin cenar. —Le dedicó una mirada furibunda y añadió—: Más vale que vayas a dormir pronto. Mañana me marcho temprano. Quiero el desayuno.

Ella se quedó mirando la Caja Universo durante casi media hora después de que él se hubiera dormido.

Ya se había leído más de diez libros para aprender sobre el universo: *La creación del universo*, *El desarrollo de las estrellas*, *Tipos de*

galaxias, *Tipos de estrellas*, *Estrellas de neutrones*, *Agujeros negros*, *Cuásares*, *Estrellas dobles*. Muchas palabras que no sabía hasta entonces que existieran ahora le eran tan familiares como los prosaicos productos de la lista de la compra que cada vez anotaba con menos asiduidad.

—¿Fue un Big Bang lo que dio origen al universo de la caja? —se preguntó mientras leía uno de los libros.

El teléfono no dejaba de sonar. Reiko lo descolgó distraída. Era una mujer desconocida.

—Póngame con Ikutarō, por favor. —La ronca voz femenina llamó a su marido por el nombre. Ausente, Reiko le dijo que todavía no había llegado a casa.

—¿Es usted Reiko-san, su mujer? —preguntó con tono desafiante la misteriosa mujer.

—Sí, así es —confirmó Reiko con aire despreocupado.

—Oh, no es nada importante. —Colgó con un violento clic. Reiko también colgó, contenta de poder volver a su libro de astronomía, y pronto se olvidó de la llamada. La mujer de la voz sensual había acertado.

Ikutarō llegó muy tarde aquella noche. Encontró a su mujer sentada en la oscuridad, observando como hipnotizada la Caja Universo, no le dijo nada. Ella pensó distraída que aunque su marido y ella se sentaran juntos, sus mentes estaban muy alejadas. Con su cabeza en la Caja Universo, podían estar tan separados como los extremos del universo infinito. Para Ikutarō, la Caja Universo era inútil: era ridicula. No podía ver las gloriosas auroras de las galaxias, ni los campos de estrellas, ni las nebulosas ni los sistemas solares flotando en la mente de su mujer. Ella tan solo le parecía una drogadicta colgada.

Todavía enfundado en su chaqueta Burberry, se fumó algunos cigarros, sin molestarse en esconder su irritación y desprecio. Quizá tenía algo que decir. Pero al final, se fue a dormir sin pronunciar palabra. No hablaron de nada aquella noche. Reiko no estaba enfadada. No le preocupaba la chica del teléfono. Tenía claro para sí misma que no dependía de nadie.

Simplemente no había nada de lo que ella quisiera hablar con su marido. Aquella noche tan solo había silencio en su Caja Universo.

Domingo por la mañana.

—¿Qué es lo que haces cada día? — Ikutarō bramó con una sorprendente ira. Miraba dentro de la nevera. —¡Está vacía!

«Ah, no he cocinado nada estos días», pensó.

Había estado comiendo cualquier pastel o panecillo que pudiera

comprar en la tienda de precocinados situada en los bajos de su edificio.

—¡No has hecho la colada en días, y puedo ver telarañas y pelusas por todas partes! ¿Qué *haces* en casa? —gritó.

Reiko no contestó ni se enfrentó a su marido. Contemplaba la Caja Universo. Ikutarō sonaba como un perro ladrando en la distancia.

Se había puesto su chaqueta Burberry y estaba de pie tras ella.

—Me voy a dar una vuelta —gruñó, y dio un portazo al salir.

Dentro de la Caja Universo, los planetas estaban a punto de alinearse.

Con Ikunōsuke como líder, los planetas se movían en línea recta, Taró, Jiro, Saburō y el resto se extendían hacia su derecha desde el lado más cercano de la caja. Una conjunción solar. Reiko suspiró de asombro. Aquella fascinante danza de planetas multicolores como joyas en su diminuto universo existía solo para ella.

¡Era una imagen que quitaba el aliento!

Reiko se levantó y cerró las cortinas para tener más oscuridad. Así, la ilusión de que flotaba en la Caja Universo era más satisfactoria. Sentada, mientras contemplaba los planetas alineados, le sobrevino una idea curiosa.

«¿Tendrá habitantes como la Tierra alguno de los planetas alrededor de Ikunōsuke?». Era una pregunta inocente, pero… Quizás. Y puede que incluso hubiera criaturas inteligentes como la raza humana.

Tenía que haber, concluyó.

«Entonces, puede que exista alguien como yo, atisbando en su propia Caja Universo, en la cual puede que haya un planeta como la Tierra, donde alguien puede estar mirando en nuestro universo, en el cual… ¡Quizás estoy en la Caja Universo de otra persona y se está preguntando sobre mí y sobre si existiré ahí dentro…!».

Acabó balbuceando con su cabeza girando alrededor de una infinita regresión de Cajas Universo.

Ikutarō llegó muy tarde aquella noche. Su rabia explotó cuando descubrió a Reiko todavía ensimismada en la Caja Universo. Tiró delante de ella una caja de cerillas sobre la mesa, en la cual se leía el nombre de un conocido hotel.

—He estado ahí hasta hace poco rato —dijo con un tono de voz ominoso.

Reiko contemplaba las múltiples Cajas Universo que parecían expandirse a su alrededor.

—¿No *SIENTES* nada? —tronó Ikutarō.

Ella no sentía nada en absoluto. Todo le parecía remoto. ¿Qué era

aquel ruido procedente del gracioso personaje de dibujos animados que estaba delante de ella?

—¡Has estado así durante meses! Esa jodida Caja Universo es más importante para ti que yo, ¿verdad? ¿Por qué no discutes conmigo? ¡Cómo puedes seguir tan indiferente cuando me estoy follando a otra mujer! ¡Dios! ¡Debería haber tirado esa caja la primera noche!

Reiko no dio señales de haber escuchado una sola palabra.

—¡Mírame cuando te hablo! —chilló Ikutarō.

Nada.

—¡Al infierno! —Histérico, Ikutarō golpeó la Caja Universo con el puño. Saltó de la mesa, golpeó el suelo y resbaló casi hasta la pared. Un brillo actínico salió de la caja como una luz estroboscópica apagándose.

Aquella era la primera vez que mostraba alguna violencia hacia ella. ¿A qué venía todo aquello? Reiko, con calma, recogió la caja y la sujetó cerca de ella, sin darse cuenta de que el dial en la caja había cambiado durante el incidente. El flujo del tiempo de la Caja Universo se había acelerado de forma drástica. Preocupada como si fuera su propio bebé, miró de cerca el universo.

Ikuōnosuke, el gigante blanco, ya no brillaba, se había apagado casi hasta hacerse invisible.

—La Caja Universo parece haberse roto —observó Reiko con un tono de voz monótono.

—¡Me alegro! —rugió Ikutarō.

—Todo ha terminado —dijo ella sin emoción. Lo sabía. Todo a su alrededor se había fracturado en secuencias de imágenes inconexas, como paneles de vidrio empañados.

Ikutarō no dijo una palabra. Se dejó caer pesadamente con un jadeo sobre la otra silla, ambos sentados sin decir nada, mirándose a través de la mesa de la cocina.

Se fumó varios cigarrillos seguidos con caladas rápidas. Reiko miraba en la oscuridad muerta de la Caja Universo. Todos los planetas alrededor de Ikuōnosuke estaban en algún lugar de aquella negrura. La Caja Universo en la que Ikutarō y ella vivían estaba sumida en sus propias tinieblas.

Hubo un ligero cambio. Creyó haber visto desaparecer uno de los planetas que orbitaban la estrella en las tinieblas donde solía estar la estrella. La oscuridad se lo tragó y brilló con la incandescencia rojiza de las brasas. Pudo ver el resto de planetas acercándose con rapidez hacia el punto negro, el cual había empezado a brillar con un resplandor rojizo, aparecieron unas estrellas cercanas, claramente atraídas por el punto. Dejó la caja en la mesa para tener una mejor

vista.

—¡La Caja Universo sigue viva! —exclamó con júbilo—. ¡Es solo que Ikuōnosuke se ha convertido en un agujero negro! ¡La estrella se debe haber encogido más que el radio de Schwarzschild!

—¡Oh, por el amor de Dios! —gimió Ikutarō. Empezó a adoptar un aire peligroso.

Reiko recordó el capítulo del libro sobre los agujeros negros. Lo normal era que tal proceso tuviera lugar en un vasto período de tiempo, pero en la Caja Universo, donde el tiempo se había acelerado al girar el dial, planetas, asteroides, cometas, e incluso algunas estrellas cercanas habían sido atraídas hacia él con increíble velocidad. Cientos y cientos de años parecían pasar con cada instante.

Parecía como si Ikutarō estuviera a punto de cometer de nuevo un acto violento, cuando la caja de cerillas del hotel que había en la mesa de la cocina salió disparada hacia la Caja Universo a través del panel transparente con un silbido del aire. ¡Zuum!

—Oye, ¿qué estás haciendo? —gritó sorprendido.

El cigarrillo que estaba fumando saltó de sus dedos y siguió el mismo camino que la caja de cerillas. La mesa de la cocina empezó a sacudirse. Pequeños objetos como el periódico, las toallas, y un reloj entraron en la caja como por arte de magia. ¡Zuum, zuum, zuum!

Con el progreso del tiempo acelerado, Ikunōsuke, la gigante blanca, se había convertido en un gran agujero negro en un tiempo apenas relativo a su universo. Con su tremenda masa, había empezado a atraer estrellas cercanas, ganando más masa y atracción. Ahora, el agujero negro había empezado a atraer artículos de fuera del cubo. Ikutarō se sujetaba a la mesilla, llorando.

No entendía qué estaba ocurriendo, sus ojos estaban abiertos como platos de puro terror. Ahora, cosas más grandes, como la televisión, los altavoces, y un horno, se colaron por el pequeño cubo. Ikutarō perdió sujeción y su desgarrador grito de terror se cortó de pronto cuando fue succionado en el cubo, primero por la cabeza.

Reiko no estaba para nada asustada. Se sentía como si estuviera aparte de todo, mirando. Quizá era así. Había estado allí dentro demasiado tiempo, y a la vez fuera, observando, y preguntándose si alguien la contemplaba a ella. Quizá ese alguien era ella, y quizá esta era la venganza de la Caja Universo contra su marido. Su universo, colapsando sobre ellos. Vio la inscripción que Ikutarō había escrito irritado en la base tantos meses atrás —ahora, casi como una predicción— «En recuerdo de nuestra boda… Ikutarō y Reiko».

Así lo entendió ella. Su Caja Universo, su venganza.

Con un aullido de alegría, se sumergió tras su marido.

Publicado originalmente en el
Hayakawa SF Magazine, febrero de 1981

Mogera Wogura [16]

Kawakami Hiromi

Déjame que te hable sobre mis mañanas.

Soy madrugador. Casi todos los días me levanto incluso más pronto que mi mujer. Si ha salido el sol, finos rayos de luz se cuelan por las grietas del techo. Me quedo un rato allí estirado, contemplando todos esos rayos de luz filtrándose.

No aparece ninguna luz aunque espere los días en que está nublado o llueve. En las raras ocasiones en que nieva, la habitación parece iluminada débilmente, incluso antes del amanecer.

Se está caliente dentro de mi futón, pero la punta de mi nariz está fría. Quiero ir al lavabo ahora mismo, pero me cuesta dejar el futón.

Después de un rato, mi mujer se despierta. Va al lavabo antes de que yo pueda siquiera levantarme. Mi mujer es buena madrugadora; tan pronto como se levanta ya está limpiando la casa y poniendo la olla en el fuego mientras canturrea.

Al fin consigo prepararme y, cuando empiezo las rondas, revisando los humanos que escogí ayer, o anteayer, o incluso antes, un brillante fuego rojo arde en la chimenea, el agua está hirviendo en la tetera sibilante y toda la habitación se impregna de la fantástica fragancia de las tostadas. Mi mujer trabaja rápido.

Los humanos que he recogido están en la habitación contigua.

La mayoría están desparramados por el suelo. Dentro hay muchos futones, sábanas y almohadas. Pocos de los humanos nos preguntan si los pueden usar. Algunos se entierran en las sábanas amontonadas tan pronto como los llevamos a la habitación. Algunos echan a un lado a los humanos que ya están tirados en el suelo y se acurrucan dentro de los futones calentitos. Algunos se quedan dando vueltas en la habitación, pisando a los otros que yacen. Así son estos humanos.

Aun así, más o menos después de la mitad de un día, todos se establecen en sus lugares o territorios o lo que tengan, y el silencio desciende sobre la habitación.

Todas las mañanas, le doy a cada humano unas reconfortantes palmadas en el hombro. En primer lugar, esto me permite saber que siguen vivos. En segundo, me da la oportunidad de saber si se quieren ir inmediatamente o prefieren quedarse un poco más.

Saco a los muertos fuera de la casa y los arrojo por un agujero cavado fuera, bien profundo en la tierra. El agujero se extiende más de cien metros por debajo de la superficie. Yo no cavé el agujero. Tampoco mi mujer. Fueron generaciones de nuestros ancestros las que lo cavaron, trabajando a su ritmo.

Originalmente, se suponía que el agujero debía ser un lugar en el que nuestro clan pudiera arrojar a sus muertos. Pero según pasaba el tiempo, nuestro número mermaba; ahora no nos queda nadie en el mundo salvo nuestros padres y nuestros hermanos, de los cuales cada uno tenemos dos.

Nuestros padres y hermanos viven más al sur de Kyushu, en un lugar muy profundo bajo la tierra. Viven vidas tranquilas, libres de la interacción con los humanos. A menudo la madre de mi mujer nos envía cartas, pero todo lo que dice en ellas es que debemos apresurarnos en salir de Tokio y unirnos a ellos. Teme que mi cuñado y mi cuñada sientan la comezón de mudarse también a Tokio.

Siempre puedo adivinar qué humanos prefieren irse al momento por cómo reaccionan cuando les toco el hombro, alzando sus rostros para mirar. Todos los humanos ponen entonces esa mirada desolada. Clavan su mirada en la mía, totalmente quietos, y murmuran cosas casi sin aliento.

Le doy a cada humano otra suave palmada en el hombro, sonriendo con amabilidad. Entonces vuelvo a la habitación principal, donde está mi mujer, y como unas cuantas lonchas de bacon frito crujiente, y yogur con mermelada de melocotón por encima.

Cuando termino de comer, mi mujer y yo llevamos la gran olla de gachas que ha cocinado a la habitación contigua para alimentar a los humanos. Mi mujer pone las gachas en cuencos; yo ordeno a los humanos en una fila. Por supuesto, no puedes esperar demasiado de estos humanos: antes de que te des cuenta ya están rompiendo la fila, o si les parece que es demasiada molestia hacer cola les quitan los cuencos a otros. Son así. Cuando hacen algo malo, les digo que paren, y si no paran, les doy un bofetón con mis garras y les obligo a escuchar. Así mantengo el orden.

Cuando se han comido todas las gachas, el silencio vuelve a reinar en la habitación. Me empiezo a preparar para irme a trabajar. Mi mujer limpia la pila de la cocina, entonces pone la lavadora, que ruge mientras da vueltas. Viene a despedirme; abro la trampilla y salgo a la

calle. Me tomo mi tiempo para caminar hasta la estación. Llevo puesto el abrigo de cachemir y la bufanda. También llevo mis guantes de piel. Soy friolero. Hago dos transbordos de tren de camino al trabajo; el viaje dura algo menos de una hora.

Al llegar al trabajo, marco mi tarjeta. Mientras espero a que una de las chicas de la oficina haga un té, observo los faxes que hay sobre mi escritorio. Cuando llegué por primera vez a esta compañía, la gente me arrojaba piedras o verduras podridas y cosas así, pero a lo largo de los años tanto mis compañeros como mis superiores parecen haberse acostumbrado a mi presencia.

Los humanos jóvenes que se han incorporado a la compañía en los últimos años no parecen ni darse cuenta de lo diferente que soy. No creo que decidan conscientemente no preguntarse sobre mí, sobre por qué mi aspecto es tan diferente al suyo; sencillamente no les importa. A veces la gente hace comentarios: ¿Eres muy peludo, no? Pero ya nadie se queda mirándome con descaro, o me presiona para sacar información sobre mi origen. Hasta hace una década, más o menos, la gente cuchicheaba muchísimo.

Me siento ante mi ordenador hasta la hora de comer, casi siempre trabajando con estadísticas. En algunas ocasiones viene una mujer joven de asuntos generales y me pide que escriba una dirección en un sobre con caligrafía, utilizando un pincel. Soy un buen calígrafo. Todos dicen que mis caracteres son los más elegantes de toda la compañía.

Me siento ahí silenciosamente, ocupado con las tareas asignadas hasta que llega la hora de abrir la tartera de comida que me ha preparado mi mujer. Siento frío, a pesar de que la oficina tiene calefacción, por lo que me pongo bolsitas calefactoras desechables sobre el estómago y la zona lumbar. La hora de comer llega justo cuando las bolsitas empiezan a perder el calor.

Déjame que te hable sobre mi descanso para comer.

Cuando termino de comer, envuelvo con cuidado la tartera vacía y voy a lavarme bien las manos. Además me lavo la cara en el proceso. Como con palillos, pero también hago buen uso de las garras y de las palmas de las manos. Estas se ponen pegajosas de aceite y de pequeños trozos de comida que se me quedan pegados en el pelaje de las mejillas y alrededor de la boca.

No sé si es porque nadie puede aguantar verme comer o porque la gente no ve un motivo de peso para pasar su hora de descanso para comer en la oficina, pero de todas formas, las mujeres jóvenes que se ocupan de los teléfonos y yo somos los únicos que quedamos en nuestra sección. No hay ni un sonido en toda la oficina, y se queda un

poco fría.

Empiezo a sentir tanto frío que salgo el tiempo que me queda para comer en el parque frente a la estación.

Hay muchos humanos en el parque, refugiados en chabolas de cartón; he adoptado la costumbre de aceptar la hospitalidad del chamizo que parezca más cálido.

—Eh, ¿no eres humano, verdad? —pregunta el vagabundo que ha estado examinando mis manos, mis pies y mi rostro mientras me arrastraba dentro. Estos sin techo se parecen mucho más a mí que a los jóvenes oficinistas.

—¿Humano? ¡Yo diría que no! —digo, inflando el pecho.

—No seas tan chulito —responde el vagabundo entre risas—. Solo eres un animal.

—¡A qué te refieres con eso! Los humanos también son animales, ¿o no?

—Bueno, sí. Ahí llevas la razón.

Nuestro intercambio suele terminar más o menos ahí. Estos sin techo no son demasiado charlatanes. Los humanos que recojo tampoco lo son. En líneas generales, los humanos de Tokio se han vuelto bastante callados.

Allí sentado, con la espalda apoyada en el vagabundo, empiezo a sentir calor. Es mucho más cálido apoyarse contra una espalda humana que estar en la oficina, aunque esté lloviendo e incluso, de hecho, aunque esté nevando. Y a pesar de ello los humanos no se amontonan juntos demasiado a menudo. A veces me pregunto por qué los humanos son tan reservados entre ellos.

Nunca recojo vagabundos. Los humanos que colecciono son más inestables que ellos.

Dejo la chabola y deambulo por los callejones tras el edificio cercano a la estación. No hay humanos inestables ahí, no en los callejones. Aunque parezca extraño, suelen aparecer en lugares más iluminados y abiertos. Alrededor de los quioscos de la estación, por ejemplo, o en cafeterías bien iluminadas con grandes ventanas de cristal, o en centros comerciales.

En los callejones hay gatos. En cuanto me ven, su pelaje se eriza y me aúllan. Dicen «¡Giyaa!». A los humanos les gustan los gatos, por eso se disgustan cuando los gatos les gritan «¡Giyaa!». Trato de alejarme de los felinos cuando camino por los callejones.

A veces hay un agujero al final de la callejuela; cuando hurgo y escarbo allí, descubro que el suelo es bueno y blando. Cavo en la tierra con mis garras, más y más profundo. Algunas veces me dejo llevar y termino excavando un túnel hasta casa. Mi mujer se enfurece

cuando ve mi estupendo abrigo de cachemir cubierto de suciedad. Le doy un beso y desando mi camino por el túnel.

Fuera, la luz es cegadora. Incluso en días nublados me lleva un buen rato acostumbrarme a la luz cuando salgo de la tierra. La luz es fría. Aunque proviene del sol, la siento fría. Mi mujer dice que es porque el sol está muy lejos de la Tierra. En las profundidades se está mucho más caliente que en la superficie, ya que estás más cerca del centro de la Tierra, donde el magma está vivo. Incluso los humanos que recojo parecen estar mucho más cálidos desparramados en la segunda habitación de nuestra casa que cuando estaban arriba.

Al final, mis ojos se acostumbran a la luz y soy capaz de abrirlos. Me sacudo la suciedad del abrigo, me pongo la desaliñada bufanda alrededor del cuello y vuelvo a la oficina. Cuando la pausa para comer finaliza, la oficina se llena de humanos por completo. Enciendo el monitor del ordenador y hago aparecer hileras e hileras de dígitos desde el interior del disco duro. Una joven me trae té caliente. Tomo algunos sorbos, sosteniendo la taza entre mis garras.

A veces la taza de té se me resbala de las zarpas y cae al suelo. La joven se apresura y sin una sola palabra empieza a barrer los fragmentos. No me mira a los ojos. Ninguno de los humanos con los que trabajo lo hacen. Tampoco intentan hablarme.

Estoy sentado ante mi ordenador, tecleando con mis garras.

Déjame que te hable sobre mis tardes.

Por la tarde, la luz del sol se cuela en la oficina y la calienta un poco. Hay tres plantas de plástico alineadas en la mesa de recepción. De camino al servicio, a veces soplo el polvo que se ha acumulado en sus hojas. El polvo se posa muy rápido en las hojas de las plantas de plástico. Para cuando ha pasado medio día, ya tienen una buena capa de suciedad provocada por los humanos de paso.

En el servicio entro en un urinario. Soy más pequeño que los humanos, por lo que no puedo usar una letrina ordinaria. Mido alrededor de las dos terceras partes de un humano adulto. Una vez intenté mear en la letrina a pesar de todo, con el resultado esperado: no podía apuntar tan alto, así que lo puse perdido.

De camino al servicio, siempre converso un poco con los humanos que se encargan de la limpieza del edificio. Por la tarde, suele ser fácil encontrarlos en las escaleras de emergencia entre el segundo y el tercer piso. Están apoyados contra la pared, sin hablar.

A veces los humanos de la limpieza dan información.

—Hoy había uno de *ellos* fuera.

Ellos son los humanos que colecciono.

—Este tío parecía algo peligroso.

—¿Eh? ¿Qué pintas tenía?

—Como si fuera a tirarse desde un tejado o algo así.

Qué desagradable, se dijeron los humanos de la limpieza unos a otros.

Quiero decir, una vez había un tipo que de hecho, saltó, ya sabes, y le vi caer. Los humanos dicen cosas como esa, y entonces se ríen. *Ja ja ja*. No entiendo por qué se ríen en momentos así. Yo no me río. Solo lo hago en ocasiones alegres. Los humanos no parece que rían realmente por estar felices. No entiendo a los humanos.

Saco mi agenda y anoto dónde vieron a uno de *ellos*.

Al volver a la oficina me siento ante mi ordenador, una joven me trae té. El té que prepara la joven al atardecer está siempre tibio. Quizá los humanos se sienten cansados por la tarde. Cuando se agotan deberían irse a dormir, pero en vez de ello siguen con la ropa puesta, bien limpia y arreglada, y se sientan en las sillas y se levantan y caminan y todo eso, siempre cansados.

Cuando estoy agotado me acuesto al momento, en la oficina, en el pasillo o donde sea que esté. Pongo el abrigo sobre mi cuerpo como una sábana y me hundo durante algún tiempo en un sueño profundo. Los humanos dan un gran rodeo cuando pasan, con cuidado de no pisarme. Siempre trato de acostarme junto a la pared, para que puedan caminar sin preocuparse por pisarme. Pero dan un gran rodeo; sus zapatos taconean sobre el suelo como si estuvieran muy ocupados, sin acercarse lo más mínimo a mi cuerpo en posición supina.

Cuando me despierto, todo mi cuerpo está frío. He estado acostado justo encima del suelo, por lo que es natural. Me levanto, causando un alboroto momentáneo entre los humanos. En realidad no es un alboroto, solo un temblor de energía sacudiéndose a través del aire. Puedo sentirlo.

No les gusto a los humanos. Ha sido así durante muchísimo tiempo. En la época de mis antepasados, nadie podría haber imaginado que llegaría el día en que yo viviría mi vida así, entre humanos. En los viejos tiempos, los humanos odiaban a nuestro clan, y si alguien veía a alguno de nosotros nos disparaban con sus armas o nos golpeaban con sus palas o esparcían veneno por todas partes. Chico, era terrible.

Difícilmente alguien intenta atacarme ahora. Los humanos ya no están tan seguros de lo que odian y de lo que les gusta. En lo más profundo de su ser sienten odio por mí, y aun así me dejan quedarme en la empresa como si no pasara nada. Se dicen a sí mismos que me permiten estar aquí porque me necesitan. Pero la mayoría de los humanos no me necesita para nada. La verdad sea dicha, para la vasta

generalidad de los humanos, nosotros, los que habitamos las profundidades de la Tierra no causamos otra cosa que daño.

Camino despacio a través de una oleada de atención glacial, vuelvo al ordenador y espero el té tibio que traerá alguna joven. Compruebo el correo electrónico y veo algunos mensajes de humanos donde me dicen que se han encontrado con uno de *ellos* en tal o cual lugar. Apunto en mi agenda los lugares donde han aparecido *ellos,* y cuando termino, elimino los correos.

Día tras día, el número de correos sigue aumentado. Las voces amortiguadas de los humanos que parecen haber escuchado a alguien en algún lugar hablando sobre mí, empujan a más y más de ellos en mi dirección, creciendo como las alargadas raíces de una planta abriéndose paso entre las rocas.

Me bebo el té tibio, dejando caer después la taza al suelo. Muy de vez en cuando la dejo caer a propósito. Sacudiéndose con odio, pero sin dejarlo salir, sus cuerpos enviando olas negras que ondulan por el aire en todas direcciones, los humanos empiezan a recoger los fragmentos de mi taza.

Observo las cifras en la pantalla de mi ordenador, actuando como si no hubiera pasado nada. La tenue luz rojiza del sol entra como un torrente a través del cristal de las grandes ventanas de la oficina. El atardecer se ha extendido hasta ocupar todo el cielo. Una salvaje puesta de sol que llena el cielo entero de Tokio.

Empiezo a apuntar en mi agenda el orden por el que voy a ir a recogerlos.

¿Por qué no te hablo sobre mis noches?

Cuando salgo del trabajo, siempre hago una profunda reverencia. Los muros del edifico quedan ocultos por el polvoriento brillo violáceo del ocaso, que hace que las cosas parezcan húmedas, y es difícil distinguir sus contornos. Las ventanas encendidas son como piezas cuadradas de papel blanco flotando en el aire. Al salir de la oficina los humanos mantienen su distancia conmigo mientras me quedo allí, haciendo reverencias. Los humanos nunca se vuelven hacia el edificio cuando se van. Incluso aunque pudieran morir durante la noche y no volver al día siguiente. Los humanos se limitan a salir corriendo, apresurándose por volver a casa.

Una vez que siento que he hecho reverencias suficientes, empiezo a caminar hacia la zona de la ciudad donde está la acción.

La noche es joven. La oscuridad que inunda las calles todavía es bastante luminosa.

Entro en un bar y pido una jarra de cerveza. El joven que anota mi comanda parpadea de sorpresa por la vellosidad de mi cuerpo, pero

sirve la cerveza sin cambiar la expresión. No tarda mucho en poner algo de picar con la bebida; trae un pequeño bol lleno de trozos deshidratados de rábano daikon.

El joven parece confuso al principio, pero se acostumbra rápidamente a mí, acude presto con los platos que he pedido, uno tras otro. Sopa con tofu muy frito, mollejas saladas salteadas, sopa con perca plateada y daikon, cosas así.

—Dime, ¿has visto a alguno de *ellos* por aquí? —pregunto cuando me trae la segunda botella de sake caliente.

—¡Oh, no, *ellos* no vendrían a un lugar así! —contesta el camarero.

Mirando alrededor del bar, veo a dos o incluso tres de *ellos*. *Uno* parece cansadísimo, el blanco de sus ojos está empañado; otro está medio desfallecido, su mirada tan clara es casi azul. El camarero apenas se da cuenta cuando *ellos* piden algo; tan solo sigue atareado por la sala.

Ellos se deslizan de sus sillas, tambaleándose por las paredes. Saco una garra y sujeto a uno de *ellos por* la espalda con rapidez. Se queda colgando de mi zarpa durante unos instantes, y entonces empieza a encogerse gradualmente. No pasa demasiado rato hasta que es solo la mitad de mi tamaño, y después se hace tan pequeño que puedo sostenerle en la palma de la mano.

Sujetándolo cuidadosamente entre dos de mis uñas, lo meto en uno de los bolsillos del abrigo. No grita ni se resiste, se escurre dentro en silencio. Casi como si fuera lo que hubiera estado esperando durante todo este tiempo.

—Serán trescientos cincuenta yenes, señor —dice el joven camarero al traer la cuenta.

—Había un puñado de *ellos por* aquí —le contesto, sacando a uno de *ellos* del bolsillo y sujetándolo con cuidado.

Los ojos del joven se abren como platos al ver aquella cosa diminuta.

—¡Mecachis! Así que tenemos algunos por aquí, ¿eh? —dice, encogiéndose de hombros. Observa con desagrado a la *cosa*, que se sacude con los ojos cerrados, y me pregunta—: ¿Qué demonios se supone que son?

—Buena pregunta. Yo diría… Ni siquiera estoy seguro de ello.

—Pero si tuviera que decir algo más preciso… —dice el joven, presionándome.

Devuelvo la *cosa* al bolsillo y recapacito unos instantes. De pronto, durante el curso de la última década, estas *cosas* han empezado a crecer en número. Cuando mis padres empezaron a sentirse desesperados solían decir que «no tenían más ganas de vivir». Me da la

impresión de que quizá eso es lo que son *ellos*: humanos que ya no tienen lo que mis padres llamaban «ganas de vivir».

Si se las abandona a sus propios recursos, estas *cosas se* vuelven vacías. Ellas mismas se transforman en carcasas huecas, después los lugares donde se encuentran, e incluso las áreas alrededor de los lugares donde suelen estar. *Ellos* lo vuelven todo irreal.

Uno esperaría que murieran una vez que se vuelven huecos, pero no lo hacen.

Evidentemente se necesita verdadera pasión incluso para morir.

Gente que no muere, pero tampoco vive; que solo son lo que quiera que sean, devorando lo que les rodea. Devorándose entre ellos mismos, también. Cuando llegas al fondo de la cuestión, eso es lo que son.

Me pregunto cuándo fue la primera vez que uno de *ellos* cayó bajo tierra, directamente en el lugar donde vivo. Escuché un fuerte golpe, y cuando llegué a la habitación contigua para ver qué había pasado, había un humano. Uno al que nunca había visto. Por supuesto que en aquellos días mi mujer y yo todavía vivíamos con discreción en nuestro mundo subterráneo, solos los dos, por lo que nunca habíamos tenido interacción alguna con los humanos.

—*Tengo miedo* —dijo él.

—¿De qué tienes miedo? —preguntamos mi mujer y yo al unísono.

—*Tengo miedo de todo* —contestó, con los ojos clavados en ningún lugar.

Tras aquello, teníamos una persona a la semana, después una cada cinco días, después una cada tres días. Poco a poco la frecuencia con que los humanos caían hacia abajo se incrementó, hasta que al final podía caer uno al día en la habitación de al lado, sin error.

Primero, nos limitábamos a esperar a que llegaran. Se quedaban en la otra habitación durante un tiempo, luego volvían a la superficie.

—¿Vuelves arriba? —preguntaba.

Y en la mayoría de los casos los humanos solían responder:

—*Me* voy.

Parecía que los humanos solo tenían que quedarse bajo tierra un tiempo, para más tarde, una vez que ya habían estado allí, ser capaces de volver arriba.

Caían todo tipo de humanos en nuestra casa. Tuvimos niños con largos brazos y piernas desgarbadas, viejecillos tambaleantes y adultos sanos. Los humanos eran reservados; sus cuerpos daban al espacio que les rodeaba un aspecto salvaje.

Al principio mi mujer y yo cavábamos un agujero cada vez que moría uno de los humanos que caía en casa y dábamos a cada cuerpo

un cuidadoso entierro. Tras un tiempo nos acordamos del agujero que habían excavado nuestros antepasados y decidimos arrojar allí los cuerpos. Los humanos se vuelven fríos y rígidos cuando mueren. Nosotros, los *Mogera wogura*, también nos enfriamos y agarrotamos. Los humanos lloran cuando muere uno de su especie, pero nosotros no. Lloramos cuando estamos tristes o cuando nos sentimos heridos o furiosos. La muerte es un hecho de la vida, por lo que no nos aflige. Pero cuando muere un humano, aunque los otros hayan sido siempre distantes, reticentes e indiferentes con él, se reúnen, lloran y gimen, y la sala contigua resuena con sus llantos. Lloran de tal manera que parecen incluso disfrutar con ello. No entiendo a los humanos.

Empecé a recoger humanos hace unos años. Desde entonces voy por ahí metiéndome humanos en el bolsillo, aquellos que ni siquiera tienen la voluntad de caer bajo tierra; mis noches se han vuelto muy ocupadas. Tengo más que suficiente ajetreo recogiendo humanos, anotando la frecuencia en mi agenda. Se limitan a sentarse perfectamente inmóviles, por lo que es fácil pescarlos con mis zarpas.

Deambulo sin un instante de descanso durante toda la noche, recolectando humanos, acumulando más y más en los bolsillos de mi abrigo de cachemir.

Te hablaré sobre las breves horas nocturnas.

Una vez que he terminado de recoger humanos, me siento exhausto.

Camino en silencio sobre la larga y negra avenida de asfalto. Mis bolsillos rebosan humanos. De vez en cuando palmeo los bolsillos por fuera para asegurarme de que ninguno de ellos corre peligro de salirse.

Cuando llego a la entrada de nuestra casa, levanto la trampilla y me deslizo bajo tierra. Mi mujer me espera. Le dije que no tenía por qué hacerlo, pero dice que le cuesta dormir de nuevo si se despierta a media noche. Por eso me espera, vestida con un grueso jersey encima del pijama, dando sorbos a una taza de chocolate caliente con leche.

—¡Bienvenido! —dice con tono amable. Es una *Mogera wogura* de voz cálida. Todos sus parientes lo son. Las voces de mi suegro, mi cuñado y mi cuñada suenan como las de mi mujer, aunque sus rostros no se parecen apenas.

Mi mujer me pregunta si me gustaría un poco de té con arroz o algo así mientras me ayuda a quitarme el abrigo de cachemir; entonces, con un rápido gesto, cuelga mi abrigo de la percha. Los bolsillos están a reventar. Ella mete una zarpa en uno de ellos y saca con cuidado a un humano. Uno, dos, tres… Cuenta en voz alta mientras los coloca sobre la mesa.

Al principio los humanos se quedan quietos por completo. Después empiezan a moverse por la mesa, sobre todo los más relativamente vivaces. Según sus movimientos se hacen más enérgicos, empiezan a volver a su tamaño original. Mi mujer y yo los llevamos a la habitación contigua antes de que se hagan demasiado grandes y vuelvan a su tamaño original.

Los que ya están en la otra sala contemplan indiferentes cómo los pequeños humanos vuelven a crecer. Los que he recogido siguen completamente inexpresivos. No importa lo extraño y antinatural que algo pueda parecerles a los humanos, nunca pierden su inexpresividad. Las únicas veces que lloran, se suenan la nariz o expresan cualquier emoción es cuando muere uno de su especie.

Una vez que mi mujer y yo hemos comprobado que todos los humanos han vuelto a su tamaño normal, nos sentamos cada uno a un lado de la mesa a beber una taza caliente de aromático té de hoja tostada. A veces tenemos tortitas de arroz. Casi nunca hablamos de ellos.

Tampoco sobre mi trabajo. Charlamos de otras cosas. Qué había a la venta en el supermercado. Sobre como Chiro, en la farmacia, había tenido cachorros. Sobre el hecho de que desde que tuviera sus cachorros, Chiro siempre ladraba a mi mujer. Comentamos esto y aquello juntos, dando sorbitos a nuestro té aromático.

En la otra habitación, los humanos se meten en los futones, bajo las sábanas. De vez en cuando alguno habla con otro. Mi mujer y yo pegamos los oídos a la pared que separa las habitaciones y escuchamos sus voces. Son suaves. Solo me refiero al sonido de las voces de los humanos que caen en nuestro hogar y de los que recojo. Los del trabajo no tienen para nada tonos de voz suave.

—*Qué miedo, ¿verdad?*

—*Sí, mucho… hierba de la memoria… en los viejos aleros*.

No tenemos ni idea de lo que pueda significar nada de esto. Todo lo que dicen los humanos suena como una máquina rota. Se limitan a repetir *miedo miedo* o a mugir *oou oou*.

«Miedo» es la palabra que los humanos dicen más a menudo. No puedo imaginarme qué es lo que les asusta tanto. Sus rostros lívidos, sus voces suaves, siguen repitiendo *miedo miedo miedo* una y otra vez entre ellos, como en un círculo infinito. ¿De qué tienen tanto miedo? Y si están tan asustados, ¿por qué no lo muestran? No entiendo a los humanos.

Poco antes de irnos a la cama, entramos en la habitación contigua donde están los humanos.

Vamos de aquí para allá diciéndoles cosas. ¡Eh, eso te queda

genial! ¿Cuál es tu plato de comida preferido? ¡Ese futón pinta muy calentito y cómodo! Tonterías como estas. Los humanos nos contestan con sorprendente entusiasmo. Aunque entre ellos apenas hay ninguna conversación que merezca de tal nombre. Me encanta el pescado, en concreto el pez roca, por lo que estaba sentado en la orilla tratando de pescar algún pez roca cuando se me acercó un gato, era un calicó de color blanco, negro y con franjas de color té; una vez maté a un gato y me lo comí, pero no estaba demasiado rico. A veces sueltan cosas así, hablando muy seguido, sin pausa.

Mi mujer y yo nos vamos a la cama y caemos en un profundo sueño.

Durante toda la noche, llantos y suspiros surgen de la otra habitación. Al principio no estábamos acostumbrados a estos ruidos, por lo que teníamos problemas para dormir; hoy en día nos dejamos llevar.

Mi mujer ronca un poco. Al parecer yo también ronco un montón cuando estoy dormido.

Te hablaré sobre el amanecer.

Al amanecer es cuando los *Mogera wogura* damos a luz a nuestros hijos.

Mi mujer ha tenido quince hasta la fecha. Eran niños pequeños y vivaces, cubiertos de pelo suave. Pero todos murieron muy pronto después de nacer. Ni uno de ellos ha sobrevivido. Cavamos un agujero separado para cada uno, y les dimos un entierro esmerado.

Los humanos derramaron lágrimas cuando se enteraron de que nuestros bebés morían. Algunos lloraban incluso más ruidosamente que cuando moría uno de su propia especie. Mi mujer y yo no lloramos, hasta cuando se trata de la muerte de un recién nacido, porque la muerte es parte de la vida. Hay personas entre los humanos que he recogido que han estrangulado a sus propios hijos, e incluso ellos, más que cualquiera de los otros, aúllan y se retuercen mientras lloran. No entiendo a los humanos.

No solo los *Mogera wogura*. Los humanos también suelen dar a luz al amanecer.

En la última década más o menos, dos de las humanas dieron a luz. Una tuvo un chico, la otra una chica. Eran niños pequeños y vivaces, cubiertos por completo de pelo suave. Eran bebés humanos, claro, pero parecían bebés *Mogera wogura*. Ninguno de los humanos les prestó la más mínima atención cuando nacieron. Suelen llorar y hacer un lío tremendo cuando uno de ellos muere, pero parecía como si les importara un bledo que nacieran los niños.

En el momento en que las madres pusieron los ojos sobre sus

peludos bebés, los apartaron de sí. Se arrastraron después hasta sus futones y se pusieron a dormir. Ambas madres volvieron a la superficie dos días después de dar a luz, por lo que los bebés fueron abandonados a su suerte bajo tierra. El resto no mostró el más mínimo interés cuando los vieron, peludos como eran.

Mi mujer y yo criamos a los niños que los humanos habían traído al mundo. Les salieron garras y maduraron tan rápido que apenas parecían humanos; en tres años ya eran adultos. Los liberamos en la superficie, y ambos se marcharon a algún sitio. No hemos sabido nada de ellos desde entonces.

Cuando sale el sol, finos rayos de luz se filtran por las grietas del techo. Me quedo un rato allí estirado, contemplando todos esos rayos de luz filtrándose. Aunque espere, no aparece ninguna luz los días en que está nublado o llueve. En las raras ocasiones en que nieva, la habitación parece iluminada débilmente, incluso antes del amanecer.

Se está caliente dentro de mi futón, pero la punta de mi nariz está fría. Quiero ir al lavabo ahora mismo, pero me cuesta dejar el futón. Después de un rato, mi mujer se despierta. Va al lavabo antes de que yo pueda siquiera levantarme. Mi mujer es buena madrugadora; tan pronto como se levanta ya está limpiando la casa y poniendo la olla en el fuego, mientras canturrea.

Al fin consigo prepararme, y cuando empiezo las rondas, revisando los humanos que recogí ayer, o anteayer, o incluso antes, un brillante fuego rojo arde en la chimenea, el agua está hirviendo en la tetera siseante, y toda la habitación se impregna con el fantástico aroma de las tostadas.

La habitación contigua rebosa de humanos. Mi mujer y yo tiramos a los muertos por un agujero, separamos al instante a los que quieren volver a la superficie de los que no, y distribuimos las gachas.

Los humanos tienen aspecto apático, como si estuvieran muertos. Pero no lo están. Siguen devorando lo que les rodea, devorándose ellos mismos; se quedan en donde están, inmóviles por completo, pero no mueren. Aquí en nuestro agujero, incapaces de convertirse en *Mogera wogura* por sí mismos, humanos para siempre, esperan el momento en el que sean capaces de volver a la superficie.

Algunos mueren antes de lograrlo; entonces el resto derrama lágrimas y se retuerce por el suelo de dolor, y durante un instante, sus rostros, de otra forma muertos, se encienden.

Publicado originalmente en
Ryūgū (*El palacio del Rey del Mar*), abril de 2002

Adrenalina

Yoshimasu Gōzō

Las tres en punto, treinta y dos minutos.
Madre Sol se quita la ropa al comienzo del verano.
Escucha la voz del Diario Espíritu: un gobierno honesto desaparece.
Cactus —ducha de medianoche— un cuerpo desnudo,
Madre Sol. Ahora, es el momento para la primera página del Diario Espíritu.

En la esquina derecha del Diario Espíritu, comienza un arroyo
desde nuestra habitación sureste. Cuando escuchas con atención, puedes
oír llorar a un niño y un dulce susurro… como
un cormorán que ha perdido su nido. Al comienzo del verano,
llantos y susurros surcan el arroyo, fluyendo en un sonido misterioso.

Dieciséis de junio de 1976, Tierra de Fuego.
Abrimos la primera página a la región noreste. La rueda del espíritu
gira en silencio. En la boca del río, registro los sonidos que
acabarán por desaparecer. Rezo porque un día un chico en
una bicicleta descubra esos sonidos en un fósil.

No crucé el infierno
Os envío, espíritus, un telegrama directo
Para beber leche
Para recordar los nombres de las flores

El universo retuerce sus labios. Cuando un niño llora en el receptáculo de la noche, empiezo a caminar por un sendero
que conduce a un santuario. Digo adiós a mi primera amante.
El sendero era un río de fuego. La amante era la hija del fuego.

Los juncos cantan

za za za za za

Sopla el viento, entre los juncos, za za za za za.
Cuando están confundidos, un chico con fe en los espíritus oye las señales
del universo, coloca un estetoscopio en el pecho de una noble mujer
y escucha su funcionamiento. Se apagan los ecos de antiguas baladas.

Sobre la Senda del Nacimiento, un pantano es una gran casa. Agua de avena,
un agua de avena cortada,
los labios de Madre Sol son vocales dobles. Yo escucho atentamente. Puedo escuchar silenciosamente
las señales del universo y escribir poemas.
Za za za za za, colocando un estetoscopio en la ensenada del pantano
y en la noble mujer, me ducho. Hay un teléfono en la esquina
de mi habitación, un arroyo que fluye entre mis piernas.

Madre Sol, estoy cerca de un escándalo.
Existo como un húmedo río, agua de avena, un agua de avena cortada. Escribo poemas para nombrar las cosas reales: río para esto, peligro para aquello,
mentiras para esto, sacrificios para aquello;
y esto lo llamamos lecho del río blanco.
Para nombrar las cosas reales, encender fuego, imagina una pagoda espiral, es un mensajero fantasmal.
No crucé el infierno
Me quedaré con esto hasta después de morir

Os envío a vosotros, hijos de los espíritus, un telegrama directo
Para beber leche
Para recordar el nombre de las flores

Algún día, volveré
Ese día, encenderé un fuego

El cañaveral susurra
Hu rrrr lll —un dado
La primera página del Diario del Espíritu. Un guijarro —hu rrrr lll,
el cañaveral susurra, damos el primer paso. La primera página,
es el lecho del infierno.

«El Ministerio de Asuntos Exteriores de Japón pide a todos
a quienes pueda concernir que permitan al mensajero, un ciudadano

japonés,
pasar libremente y sin impedimentos y, en caso de necesidad,
le ofrezcan a él o ella cualquier posible ayuda o protección».

Por lo tanto
El río susurra

Entonces;
Tokio es una estación de transmisión receptora

Somos hijos del cilio y de los juncos
Sí

Hijos de los juncos… del cilio…
Estetoscopio y ducha

Ahhhhh, se apagan los ecos de las antiguas baladas
El metro rue-da rue-da
Ka-ka, el enganche de trenes

El hueso de la cadera de la maquina cose
la curva alrededor de Suidobashi
Desde un puesto médico a una farmacia
Camina una mujer mayor
Como el verso de un haiku
Sobre un sendero de fuego
Hasta las tumbas de piedra

Entonces
Tokio es una estación de transmisión
receptora
Oh niños del cañaveral
Enviad un telegrama al Ministro de Japón

Anhelad la postguerra
Barbacoas de cerdo coreano
El cañaveral susurra

Estas no son palabras del mundo espiritual. No tengo una tarjeta de membresía. Sin pasaporte ni ticket, estoy completamente solo
en este día soleado. Al comienzo del verano enseño mi
Visa hecha a mano. Madre Sol prueba su existencia.
Esta noble
mujer lava su cabello, se ducha, y expande

su misterioso amor. Estas no son palabras del mundo espiritual.

Desde el puesto médico a la farmacia
El río
De adrenalina
Es

Cruzado
Desde una estación transmisora a una estación receptora

Preparad un bote, hay un loco que quiere cruzar el equinoccio
PREPARAD UN BOTE

Oficina postal local a la oficina Internacional de Telegrafía y Telefonía:

Disponed a un capitán del ferry, dadle su pasaporte

Dentro del Diario del Espíritu, la misteriosa voz de una enfermera canta:
una gota de alcohol, bisturí, gasa de adrenalina. Tengo
miedo de respirar; mi voz está llena de sangre. Siga
la operación, alcohol, bisturí, gasa de adrenalina, adrenalina,
a, d, r, e, n, a, l, I, n, a.

Madre Sol. Una en punto, treinta minutos. De pie sobre el ferry
del Río de Fuego, mis oídos no pueden escuchar el teléfono. El río
susurra, empiezan a arder árboles, se expanden mis pulmones.

Hablar con una voz que no puede ser una voz provoca gritos

En la esquina izquierda de una era, se atisba la misteriosa
curva del arroyo. Es el lecho. Construyo una balsa, coso el eco de un soliloquio,
saco grava con mi mano. Río dentro de río, la rampa de desembarco cruje bajo mis pies.

Una en punto, catorce minutos. Madre Sol es peluda. Es
un gusano de seda mirón cosiendo a través de un circuito espiritual. Una larva
camina por la Senda del Nacimiento, oigo sus pasos. Corazón es un río
de fuego, corazón es la hija del fuego. Al comienzo del verano,
Madre Sol se quita sus ropas. En el instante de nacer, con
toda mi fuerza y concentración, miro hacia el mundo. Cuando
suspira el comienzo del verano, empieza a vibrar, coge aire y

rompe un huevo. Hay una sombra blanca detrás de una puerta corredera de papel.

Pronunciar en una voz que no es una voz provoca gritos

En un silencioso cine, aparco mi bicicleta para mirar los carteles.
He comprado una entrada rasgada a la mujer de la ventanilla.
Ya oigo al público que aplaude.

Madre Sol alquila su casa
Compra limonada
Doble, triple
Envío un mensaje secreto

Te envío a ti, hijo del espíritu, un telegrama directo
No crucé el infierno
Por favor, bebe leche
Y recuerda el nombre de las flores

Veintiuno de junio de 1976. Tierra de Fuego, de vuelta del noreste,
abro la primera página del Diario del Espíritu. Veo la gran roca.
La roca gigante vibra. Paso de largo. La imagen de una mujer
aparece de la roca. Paso de largo.

Sopla el viento. En mi cerebro sopla el viento. Puedo ver una torre
de fuego ardiente. Mis oídos son los oídos de los espíritus. Mis ojos son
los grandes pilares del Islam. Mis labios están húmedos a la manera Budista.
Cristo en la cruz viene a mí como el viento. Veo
la gran roca. Un chico está de pie junto a ella, un escenario circular se extiende a lo lejos, por detrás.
Pronto, la gran roca empieza a andar.

La sombra de un hombre camina en silencio
El rostro de un muro camina en silencio
El salón camina en silencio
Es como un lago
La roca gigante da un paso con su pierna izquierda
El chico se deja caer detrás
Une las manos con la roca camina por el lago

Siento una profundidad innombrable. Durante un instante,
me pierdo por completo. Ahí está la roca gigante, ahí está la tierra de

raíces,
ahí está el universo suave vibrando silencioso. El mundo retuerce
sus labios. Cuando un niño llora en el receptáculo de la noche,
empiezo a caminar
por la Senda del Nacimiento, y digo adiós a mi primera amante.

Escribo una carta y hago una copia exacta. Escribo una carta de amor,
viento y juncos. Al sonido de los pasos de la roca gigante,
escribo una carta de amor.
Uno de agosto de 1976, una ventana. El Diario del Espíritu tiene
muchos miembros,
como los Asura. Hu rrrr lll, hu rrrr lll, en algún lugar la voz
del conductor del tren llama. Oh intenso calor de agosto,
¿estoy oyendo una alucinación auditiva?

Un gobierno honesto desaparece. Escucho la premonición
—cactus, medianoche, ducha, un cuerpo blanco desnudo.

Anoche, crucé el infierno
Os envío a vosotros, hijos de los espíritus, un telegrama directo
Para beber leche
Para recordar los nombres de las flores

Este mensaje es el último del Diario del Espíritu.
Hijos del Verano,
¿escribisteis sobre el hermoso cielo en vuestros propios diarios?
Desaparezco,
dejando tras de mí una misteriosa nube blanca.

No crucé el infierno
Pero
Nací

Discurso terminado
Sinceramente suyo…

Una gota de alcohol

Publicado originalmente en
Gendaishi Techō (*Cuaderno de poesía moderna*),
septiembre de 1976

De vertical a horizontal

Asakura Hisashi

La ciencia ficción japonesa renació tras la Segunda Guerra Mundial.

Uchūjin (Polvo cósmico) —un fanzine creado por Shibano Takumi — empezó en 1957, y el *SF Magazine*, bajo el cuidado editorial de Fukushima Masami (publicado por Hayakawa Shobō), surgió a finales de 1960. Ambas revistas empezaron a publicar tanto relatos japoneses originales como traducciones de relatos extranjeros. Varios escritores se decidieron a probar con este nuevo tipo de ficción: Hoshi Shin'ichi, Komatsu Sakyō, Mitsuse Ryū, Mayumura Taku, Tsutsui Yasutaka, Hirai Kazumasa, Toyota Aritsune, Hanmura Ryō y muchos, muchos más.

No tardó mucho en aparecer un relato corto titulado *Bokko-chan* en el número de junio de 1963 de *Fantasy and Science Fiction*.

Las notas sobre esta historia del editor Avram Davidson dicen:

> La existencia de una floreciente ciencia ficción japonesa ha pasado inadvertida durante mucho tiempo en los Estados Unidos… *Bokko-chan* es el primer relato japonés de ciencia ficción que se publica aquí, y, hasta donde sabemos, que se publica en cualquier revista en lengua inglesa. El autor es un farmacólogo de Tokio, retirado y de treinta y seis años, que ahora dedica todo su tiempo a escribir ciencia ficción, y sus cuentos han sido recogidos en tres volúmenes… Noriyoshi Saitō, el traductor, trabaja para la Agencia Civil de Aviación del Ministerio de Transporte, dirige una escuela privada para estudiantes de inglés, y traduce a y desde ambos idiomas.

Incluso ahora puedo recordar mi sorpresa y admiración cuando escuché estás noticias en 1963. Por entonces yo era un fan que esperaba convertirse en traductor de ciencia ficción en lengua inglesa, pero este hombre estaba kilómetros por delante de mí, y además, separado en un ángulo de noventa grados. ¡Había logrado la hazaña de traducir del japonés vertical al inglés horizontal!

La siguiente etapa empezó con el Simposio Internacional de Ciencia Ficción que tuvo lugar el verano de 1970. Bajo el liderazgo de

Komatsu Sakyō, la asociación de Escritores de Ciencia Ficción de Japón invitó a varios autores extranjeros a la conferencia. Arthur C. Clarke. Brian W. Aldiss (Inglaterra), Judith Merril (Canadá), Frederik Pohl (EE.UU.), Vasilij Bereznoj, Eremei Parnov, Jurij Kagarlitskij, y Vasilij Zaharchenko (Unión Soviética) aceptaron la invitación y fueron a Japón. Tres japoneses estuvieron a cargo de la traducción: Yano Tetsu, escritor pionero y traductor; Fukami Dan, traductor de ciencia ficción rusa; y Saitō-san, famoso por *Bokko-chan*. La reunión de cinco días fue un gran éxito y su final fue un preestreno de la EXPO 70 en Osaka (Komatsu-san era también miembro del comité de la EXPO).

Fue en esta conferencia en la que Judith Merril sugirió un proyecto de traducción de ciencia ficción japonesa y se presentó voluntaria para el trabajo.

Al año siguiente, Yano-san visitó Toronto y trabajó con ella. Durante su estancia de tres meses, terminaron la traducción de *El ocaso, 2217 d.C.*, de Mitsuse Ryū. Este relato fue incluido más tarde en *Best Science Fiction for 1972* editado por Frederik Pohl. Merril tradujo un relato más, esta vez con el profesor Tsuruta Kinya: *El campo vacío*, de Kita Morio.

La siguiente primavera, en 1972, Merril volvió a visitar Japón y se quedó seis meses. La editorial Hayakawa Shobō le proporcionó un apartamento en Higashi-Koganei, una ciudad cerca de Tokio. Yano-san organizó un equipo de trabajo: Mori Yu, el editor de Hayakawa Shobō, Itoh Norio y yo, ambos traductores de ciencia ficción en inglés. Al principio estaba impresionado por poder hablar con esta famosa escritora y antóloga, pero era una persona tan sociable, que pronto me sentí mucho más cómodo.

El equipo visitaba el apartamento de Judith con frecuencia, y un día, después de terminar el trabajo principal, la acompañamos a comprar algo para cenar. Estaba llena de curiosidad y nos preguntaba los nombres de las verduras o pescados que a ella le parecían extrañísimos. Todo lo que podíamos responder eran los nombres japoneses. La siguiente vez estábamos armados con un diccionario japonés-inglés de bolsillo.

El método para traducir de Merril era muy poco ortodoxo. Primero, los asistentes japoneses escribían un texto japonés completo en letras románicas, después escribían a mano debajo de cada palabra su significado en inglés. Tras una sesión de preguntas y respuestas, empezaba a trabajar. Después de un tiempo, empezaban a aparecer como por arte de magia frases fluidas y coherentes. Su segunda visita produjo las traducciones de «El sendero hacia el mar», de Ishikawa Takashi y «Fauces salvajes», de Komatsu Sakyō.

Después de que Judy volviera a Canadá, Yano-san inauguró el Honyaku Benkyō-kai (Grupo de estudio de traducción) siguiendo el consejo de Judy. El propósito era mejorar la calidad de nuestras traducciones (de horizontal a vertical) con la ayuda de nativos. Al principio, el equipo de ayudantes de Judy se vio convertido en estudiantes, y su profesor fue David Aylward, el compañero de trabajo de Judy en la Spaced Out Library de Toronto, quien vivía en Japón por aquel entonces.

Estos encuentros tenían lugar primero en casa de Yano-san, pero según crecían los miembros, el problema del espacio también se incrementó, por lo que las reuniones se convirtieron en varios viajes nocturnos a diferentes *minshuku* (casas de huéspedes). Una vez que David volvió a Canadá, muchos profesores se unieron a nuestro grupo contactando con Yano-san, Shibano-san y con los propios profesores. Visitamos, una o dos veces al mes, varios lugares pintorescos o baños termales alrededor del área de Tokio. En su apogeo, entre veinte y treinta personas acudían a estas reuniones. Después de los debates y de las sesiones de preguntas y respuestas, venían las horas más maravillosas. Comíamos y bebíamos, conversábamos y reíamos hasta bien entrada la noche. Estos encuentros continuaron hasta mediados de 1990, más de dos décadas. Además, los profesores, benditos ellos, ¡empezaron a traducir ciencia ficción japonesa al inglés!

Pasaron los años, y aquí tenemos esta nueva antología. Es una gran alegría ver tantos relatos nuevos en ella, y que los antiguos profesores del Benkyō-kai —Dana Lewis, los coeditores Grana Davis y Gene van Troyer, y el editor del libro, Edward Lipsett de Kurodahan Press— hayan tenido un importante papel en esta publicación. Otra gran y feliz sorpresa para mí ha sido descubrir que Judy siguió trabajando en las traducciones con David Aylward tras volver a Canadá.

Es triste que Judy, Yano-san, Fukami-san, y Saitō-san ya no estén con nosotros, ¡pero espero que hayan quedado encantados en el cielo con esta edición!

Epílogo
El traductor como héroe

Grania Davis

¿Cuál es el significado del amor? La mayor parte de la gente que se hace esta pregunta, describe en primer lugar intensos sentimientos románticos. Pero, ¿qué pasa al traducir la frase «amo los desfiles»? ¿El amante de los desfiles experimenta sentimientos románticos hacia los disfraces y la música para desfilar? Lo más probable es que nuestro amante de los desfiles simplemente disfrute de los desfiles, y la traducción correcta sería «disfruto de los desfiles». Este es el tipo de desafío con el que se enfrentan cada día los traductores. Y es por esa razón que el humilde traductor se ha convertido en mi héroe de la aldea global del siglo XXI, donde el idioma es a menudo una Gran Muralla que separa a la gente y a la cultura. El traductor es por definición un héroe humilde, una figura desprovista de ego que no puede sustituir las rebuscadas palabras de un autor con otras más claras y vívidas, pero aun así debe conseguir claridad. En mi novela sobre el Tibet, *The Rainbow Annals* (Avon, 1980; reimp. Wildside Press) un chamán mágico reaparece a menudo en forma humana como «el antiguo traductor».

Escogí esta metáfora porque tanto el chamán como el traductor actúan como puente entre mundos.

¿Cómo traduciríais «Sierra Club» o cómo mantendríais la X de «Xmas»? Estas preguntas, e incontables más son el centro de intensos debates en los encuentros mensuales del grupo de traductores japoneses de ciencia ficción, el Honyaku Benkyō-kai, donde los traductores japoneses y los invitados occidentales se reúnen para encontrar los significados precisos de las palabras. No soy lingüista, ni manejo con soltura ninguna lengua extranjera, así que fue aquí cuando me introduje por primera vez en las maravillas y las frustraciones de la traducción.

Considerad las complejidades de traducir ciencia ficción y fantasía del japonés al inglés, y a la inversa. Los matices del lenguaje y la cultura son a menudo muy sutiles, ¡y el japonés utiliza tres alfabetos intercambiables! ¿Cuánta gente puede manejar con fluidez ambas lenguas, estar familiarizada con la ciencia ficción y la fantasía, y ser capaz de capturar la escurridiza *alma* de una historia? Por supuesto los traductores japoneses tienen quejas similares sobre el inglés, mientras se pelean con nuestra prosa cargada de argot. Es por eso que los mejores resultados suelen darse cuando traductores japoneses e ingleses trabajan juntos en equipos, para crear una «mente común» con el autor.

Visité Japón por primera vez como turista en 1972. Judith Merril, la innovadora autora y antóloga, también estaba de viaje en Tokio, experimentando con su método pionero de traducción en grupo. El trabajo avanzaba con lentitud, literalmente palabra a palabra, y para cuando Judy Merril dejó Japón, ya se habían traducido un puñado de relatos sobresalientes. Algunos aparecen en esta antología, *Japón especulativo*.

Pero se necesitaban más relatos para completar la colección. Volví a vivir con mi familia en Japón en 1979, en Zama, cerca del Tokio de las luces de neón, donde trabajé como historiadora militar para el Cuerpo de Ingenieros del Ejército de los EE.UU. Los traductores del Honyaku Benkyō-kai nos dieron una cálida bienvenida a mi marido y a mí. «¡Somos adictos al alcohol y al trabajo!», nos sonrió el brillante autor y traductor de ciencia ficción ya fallecido Yano Tetsu, que era el patriarca del grupo, y cuya adictiva novela corta «La leyenda de la nave espacial de papel» (traducida con heroísmo por Gene van Troyer y Oshiro Tomoko) aparece en esta colección.

Yano-san dijo la verdad. El grupo trabajaba y celebraba con el ritmo acelerado de Tokio, con un curioso sentido de la diversión, del humor y de la energía creativa. Los fines de semana con los traductores eran el punto álgido de nuestra vida en Japón. Cada mes nos encontrábamos en una estación de tren un sábado por la tarde, y viajábamos juntos a un lugar pintoresco —para ver el florecimiento de la primavera, o la caída de las hojas en otoño en las laderas del monte Fuji, la visión de los lirios al comienzo del verano, o quizás un balneario de aguas termales o la casa junto al mar de un editor. Nos quedábamos en encantadoras posadas japonesas, dándonos banquetes de especialidades locales, y hablábamos y bebíamos, reíamos y charlábamos hasta bien entrada la noche. Por las mañanas, alrededor de nuestras artísticamente decoradas bandejas de desayuno, manteníamos serios debates de resaca. El fin de semana finalizaba con

un domingo de turismo, más charlas y risas, y el largo viaje en tren a casa.

También trabajábamos insistentemente. Las traducciones de ciencia ficción del inglés son populares en Japón, y los traductores deben cumplir plazos estrictos. Mi marido, el Dr. Stephen Davis, y yo tratábamos de explicar complicadas y oscuras oraciones del inglés, y el grupo me ayudaba a pulir traducciones de fascinantes relatos japoneses. El trabajo estaba lleno de maravilla y entusiasmo. Era un encuentro multicultural de mentes-grupales. Desarrollamos una apreciación entusiasta por su seco ingenio y su estupendo sake seco.

Cuando me marché de Japón en 1980, había suficientes relatos, traducidos por Judy Merril y otros, para llenar una antología. Pero la editorial original de Judy había abandonado el proyecto tantas veces pospuesto. Algunos de los relatos habían sido publicados de forma individual en revistas, y estos fueron reeditados por Martin H. Greenberg y John L. Apostolou en una colección titulada *The Best Japanese Science Fiction Stories* (Dembner, 1989). Dicha antología ha estado descatalogada durante mucho tiempo, por lo que algunos de los mejores y más sorprendentes relatos se vuelven a publicar aquí. Muchos más cuentos siguen inéditos, y otros nuevos están siendo traducidos por traductores-héroes como Dana Lewis.

La Convención Mundial de Ciencia Ficción en Yokohama, Japón, de 2007, ha aportado un nuevo interés en la ciencia ficción y la fantasía japonesa. Era el momento adecuado para el traductor-autor-coeditor-héroe Gene van Troyer y para mí de quitarle el polvo a algunos relatos extraordinarios, de seguirle la pista a algunas historias alucinantes, y de crear una espectacular nueva antología de ciencia ficción y fantasía japonesa. El editor-héroe Edward Lipsett y sus queridísimos compañeros en Kurodahan Press compartían esta visión, y el resultado es el que tienes entre las manos, *Japón especulativo*.

El libro incluye un informativo ensayo por el invitado de honor en la Worldcon de 2007, el héroe de la ciencia ficción japonesa, Shibano Takumi; y la historia más extraña que he leído nunca en cualquier idioma: *Fauces salvajes* por el renombrado invitado de honor en la Worldcon de 2007, Komatsu Sakyō.

Uno de los primeros relatos de la ciencia ficción japonesa de postguerra publicados en inglés fue *Bokko-chan*, del renombrado y prolífico autor Hoshi Shin'ichi, en *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*, con el editor Avram Davidson, en 1963. Eso ocurrió hace casi medio siglo, y desde entonces las traducciones de ciencia ficción y fantasía japonesa han sido difíciles de encontrar para los lectores en inglés. ¿Por qué? Quizás porque los que leen en inglés se muestran

reacios a mirar más allá de sus fronteras lingüísticas. Puede que sea porque la mejor ciencia ficción y fantasía japonesa tiende a ser más atmosférica que de acción. Comparad una melancólica pintura paisajística japonesa con los paisajes ingleses llenos de vida. Y aun así, Japón no es todo él niebla y melancolía. Gran parte del futuro parece originarse en Japón, con la microelectrónica y la tecnología robótica en su superpoblado y a veces contaminado ambiente, y con la acelerada energía de sus mentes-grupales. Los problemas y las soluciones del futuro a menudo están sucediendo en Japón en este mismo instante.

La ciencia ficción japonesa nos ofrece un incisivo vistazo a ese futuro, a menudo chocante, y aun así ingenioso y satírico. Es gracias a traductores-héroes como Judith Merril y Yano Tetsu, Gene van Troyer (con su mujer Oshiro Tomoko) y Dana Lewis, Asakura Hisashi (quien amablemente aporta sus recuerdos históricos), y el resto de talentosos miembros de esta «mente común» de traductores-héroes, que podemos disfrutar de estos estupendos relatos y sus provocadoras visiones. Ha sido un honor conocerles.

Cuando viví en Japón, Judy Merril fue apodada como «la abuela demonio», por lo que yo fui apodada «la madre demonio». Un cuarto de siglo más tarde, me he convertido en una «abuela demonio», y tanto Judith Merril como Yano Tetsu han fallecido. El libro que tienes en tus manos es un tesoro único, y lo hemos dedicado a su recuerdo inmortal.

Biografías

Asakura Hisashi

Autor (*De vertical a horizontal*)

Asakura Hisashi es el pseudónimo de Ōtani Zenji, que adoptó la parte «Asakura» de su nombre de pluma de la pronunciación japonesa de Arthur C. Clarke, el renombrado escritor británico de ciencia ficción. Nació en Osaka en 1930, se graduó en el Osaka Foreign Language Institute, y después trabajó como *sarariman* durante dieciséis años desde 1950 a 1966. Empezó a traducir ciencia ficción en 1962, dejó su trabajo habitual cuatro años más tarde, para dedicar todo su tiempo a la traducción, traduciendo hasta la fecha un centenar de novelas y antologías de relatos de ciencia ficción (y unos cuarenta libros que no son ciencia ficción). La primera novela que tradujo fue *Mutante*, de Henry Kuttner, y la más reciente es *Ghost Breaker*, de Ron Goulart. Entre otras, ha traducido obras de Poul Anderson, Philip K. Dick, William Gibson, Harry Harrison, Fritz Leiber, Alan Lightman, James Tiptree Jr., Jack Vance, Kurt Vonnegut, y muchos más. También tradujo *What Do You Mean - Science?/Fiction?*, de Judith Merril, en 1971, y en 2006 Koukushi Kankōkai publicó sus memorias, *When I Met a Kangaroo* (Boku ga Kangaloo ni deatta koro), en referencia al canguro del logo que utilizó durante años Pocketbooks, Inc.

Grania Davis

Editora

Grania Davis es una respetada autora y editora de ciencia ficción y fantasía. Además de su muy alabada ficción, ha editado la obra póstuma del gran Avram Davidson, ya fallecido. Fue introducida a la ciencia ficción japonesa en la década de 1970 por Judith Merril, quien le dio la bienvenida como coeditora para el proyecto de una antología de ciencia ficción japonesa, y durante 1979-80 residió en Zama, Japón, donde trabajó con los miembros de la Honyaku Benkyō-kai en gran número de traducciones para esta antología. Sus novelas incluyen

The Rainbow Annals (1980), *The Great Perpendicular Path* (1980), y *Moonbird* (1986); y en colaboración con su exmarido Avram Davidson, *Marco Polo and the Sleeping Beauty* (1988), y *The Boss in the Wall: A Treatise on the House Devil* (1998). Coeditó con Henry Wessells, la novela postuma de Avram Davidson sobre Vergil Magus, *The Scarlet Fig: Or Slowly Through a Land of Stone* (2005). Sus antologías de Avram Davidson incluyen la premiada *The Avram Davidson Treasury* (con Robert Silverberg, 1998), *The Investigations of Avram Davidson* (con Richard A. Lupoff, 1999), *Everybody Has Somebody in Heaven: Essential Jewish Tales of the Spirit* (con Jack Dann, 2000) y *Limekiller!* (con Henry Wessells, 2003). Sus relatos han aparecido en gran número de revistas de ciencia ficción, antologías originales y colecciones de lo mejor del año. Creció en Milwaukee y Hollywood, California, y ha vivido y trabajado en varias ocasiones en la bulliciosa Nueva York; en las laderas de los volcanes de Amecameca, México; y más recientemente, en Rotorua, Nueva Zelanda; en un banco de arena de Belize; en un refugio tibetano en el Himalaya indio; cerca del Tokio de la luces de neón, donde trabajó como historiadora militar; y en la playa de North Shore, en Oahu, Hawái, donde se graduó en la Universidad de Hawái. Vive en San Rafael, Condado de Marin, California, con su familia y sus gatos, donde trabaja en una colección de sus propias historias, y edita y publica la herencia póstuma de Avram Davidson.

Fukushima Masami

Autor (*La vida de las flores es corta*)

Fukushima Masami es sin duda alguna uno de los grandes maestros de la ciencia ficción y la fantasía japonesas. Nació en febrero de 1929, en Toyohara, isla de Sajalín (ahora territorio ruso). Estudió literatura francesa en la Universidad de Meiji, pero dejó la carrera a mitad de curso para perseguir su vocación como traductor, editor, y autor de ficción, series de televisión, manga y crítica de ciencia ficción y fantasía. Fue el editor fundador del *Hayakawa SF Magazine* en 1960 y una figura clave en la introducción de la ciencia ficción en Japón durante una época en la que no estaba ni siquiera reconocida como género literario, apadrinando el desarrollo de autores y traductores del género en Japón como editor del *SF Magazine*. En resumen, fue una fuerza de choque para la difusión de la ciencia ficción en Japón. Después de abandonar la editorial Hayakawa Shobō como editor, volvió a escribir a tiempo completo y jugó una parte activa en el campo que siguió desarrollando a través de la prosa, el cine y el

manga. Su carrera terminó de forma abrupta cuando cayó enfermo en abril de 1976 y murió a la edad de cuarenta y siete años.

Hanmura Ryō

Autor (*Caja de cartón*)

Hanmura Ryō fue un autor de primera clase, y es considerado uno de los tres pilares de la ciencia ficción japonesa (junto a Komatsu Sakyō y Hoshi Shin'ichi). La comunidad del género sufrió una pérdida devastadora en 2002 cuando murió de una inesperada pulmonía. A lo largo de su carrera, el antiguo camarero de bar y locutor de radio ganó el premio Seiun de ciencia ficción, el premio Izumi Kyoka de literatura fantástica, el premio Naoki a la mejor ficción de género popular, y el Nihon SF Taisho (Gran premio japonés de ciencia ficción). Nació en Tokyo en 1933, inventó una historia alternativa del Japón con novelas como *Ishi no Ketsumyaku* (El linaje de la roca), 1972, que trata sobre un clan de vampiros que moldea el curso de la historia y la política moderna de Japón, y *Musubinoyama Hiroku* (La crónica secreta de la montaña Musubi), 1973, sobre de alienígenas que influyen en la historia de la humanidad. Su popular novela de 1971, *Sengoku Jieitai* (La era de los reinos enfrentados) dejaba caer a una pequeña unidad de las Fuerzas de Autodefensa Japonesas por un agujero temporal hasta la mitad del período Sengoku, donde descubrían que Oda Nobunaga, el gran unificador de Japón, no existía y debían tomar la iniciativa de unificar el país. La novela ha sido adaptada en dos o tres ocasiones a la pantalla. Autor de aparente facilidad, Hanmura escribió dieciocho novelas y series, e incontables relatos, ensayos y críticas. Sus cuentos iban desde la ciencia ficción y la fantasía a relatos sobre chicas de bar y sobre las «mamas» de los cabarets del *mizu shobai* [17] de Tokio. Se le echa de menos.

Hirai Kazumasa

Autor (*La hora de la revolución*)

Hirai Kazumasa nació en 1938 en la ciudad portuaria de Yokosuka, cerca de Yokohama. Empezó a escribir cuando todavía era estudiante en la Escuela de Leyes de la Universidad de Chuo, y su primer relato, *Homicide Zone*, ganó una mención honorífica en el primer concurso de escritores de ciencia ficción del *Hayakawa SF Magazine*, en 1961. En 1963 se puso al frente de la serie de dibujos animados de la CBS *8 Man* (Octavo hombre), que bajo su dirección se convirtió en un éxito de público. En 1971, con la aparición de *Harmageddon*, comenzó a

publicar la conocidísima y popular serie de manga *Wolf Guy*. Empezó a señalizar la primera novela japonesa online, *Bohemian-garasu Street* (La calle Cristal Bohemio), en 1994. Desde 1997, ha estado trabajando en la serie *New Wolf Guy*.

Ishikawa Takashi

Autor (*El sendero hacia el mar*)

Ishikawa Takashi nació el 17 de septiembre de 1930, en la prefectura de Ehime, y se graduó de la Universidad de Tokio con un título en literatura francesa. Al tiempo que se ocupa de su trabajo habitual como reportero para Mainichi News, ha producido un respetable número de novelas y antologías de relatos. Fue presidente de la Asociación de Escritores de Misterio de Japón. Ha participado como jurado en el Gran premio japonés de ciencia ficción, el premio Edogawa Rampo de literatura de misterio, el premio Yokomizo Seishi, y el premio Escritores de Misterio de Japón. También es conocido entre los aficionados a las carreras de caballos por sus ocasionales comentarios en televisión.

Raijo Shinji

Autor (*La Caja Universo de Reiko*)

Kaijo Shinji nació en 1947. Al tiempo que dirigía una franquicia de gasolineras heredada, Kaijo escribió durante décadas historias de ciencia ficción, consiguiendo un exquisito y exitoso equilibrio profesional hasta que en 2004 decidió dar prioridad por fin a las cosas importantes y se convirtió en escritor a tiempo completo. Ha sido parte de la comunidad de la ciencia ficción desde la escuela secundaria, donde empezó a participar en el famoso fanzine de Shibano Takumi, *Uchūjin*. También haría su debut profesional en este fanzine, y así el relato *Perlas para Mia*, publicado allí en 1970, sería escogido para ser publicado también en el *SF Magazine* de Hayakawa al año siguiente. Esta encantadora y misteriosa historia de amor sigue siendo una de las favoritas entre los lectores de ciencia ficción en Japón.

Entre otros premios, ha ganado en una ocasión el Gran premio japonés de ciencia ficción, y el premio Seiun tres veces, una de ellas con *La ensoñación de Ashibiki*, un relato de su ciclo *Emanon*. En 1979 publicó la primera historia en este popular ciclo, estableciéndose como líder en la comunidad japonesa de ciencia ficción, además de conseguir que *Emanon* se convirtiera en presencia permanente del

paisaje de la ciencia ficción japonesa. Ha continuado este ciclo desde entonces, adaptándolo para cubrir un amplio espectro de temas e ideas que todavía atraen y cautivan a nuevos fans. Mientras explora en la actualidad nuevos territorios como autor establecido de literatura general, con una película en ciernes inspirada en uno de sus *bestsellers*, todavía es el maestro de la ciencia ficción humorística en Japón: a menudo imitado pero pocas veces igualado por su deliciosa inventiva y sus desternillantes giros, condimentos de lo que siguen siendo, en esencia, historias que provocan serias reflexiones.

Katoh Naoyuki

Ilustración de portada

Katoh Naoyuki nació en 1952; empezó a trabajar como artista amateur en 1971 e hizo su primer proyecto profesional en 1973. Su debut en 1974 en el *SF Magazine*, una revista de ciencia ficción mensual, inició una cadena de apariciones en diferentes publicaciones importantes, que culminó al recibir el 18º premio Seiun (el Hugo japonés) en la categoría de arte en 1979. Ha seguido creando para SF *Magazine* y otras revistas, novelas de bolsillo (como la serie de La Leyenda de los Héroes Galácticos, para la que también manejó diseños mecánicos), juegos (principalmente la serie Traveller), y carteles, así como una multitud de modelos basados en sus diseños casi orgánicos y realistas. Ha publicado tres colecciones de portadas en Japón, y actualmente es director de la Liga de Publicaciones Artísticas de Japón.

Kawakami Hiromi

Autora (*Mogera Wogura*)

Kawakami Hiromi nació en Tokio en 1958. Es autora de más de veinte novelas, relatos, y ensayos. Hizo su debut en 1980 como «Yamada Hiromi», en el *NW-SF #16*, editado por Yamano Kōichi y Yamada Kazuko, con el relato *So-shimoku* (Díptera), y ayudó además a editar algunos de los números previos del *NW-SF* en la década de los años 70.

Se reinventó a sí misma como escritora e hizo su segundo debut en la literatura general en la década de los 90, ganando un gran número de importantes premios literarios, entre los cuales se encuentra el primer premio Pascal de Relato para Autor Emergente, en 1994, por su cuento *Kamisama;* y el prestigioso premio Akutagawa por su novela *Hebi o fumu* (Pisada sobre una serpiente), que se publicó en 1996.

Kawakami empezó a escribir ficción durante sus años de carrera en la Universidad para Mujeres Ochanomizu, donde perteneció al «Grupo de Estudio de Ciencia Ficción». Tras graduarse, enseñó ciencia en un instituto hasta que se casó y se retiró a mediados de la década de los 80 para criar a sus dos hijos.

«La ficción celebra la maravilla y la belleza de las cosas más modestas y saborea el aroma de lo insignificante», remarcó en el discurso conmemorativo que leyó durante el recibimiento del premio Tanizaki Jun'ichiro, «y son estos aspectos de la novela los que despiertan mi interés en este punto de mi carrera literaria».

Komatsu Sakyō

Autor (*Fauces salvajes*)

Komatsu Sakyō está a la misma altura que Yano Tetsu como gran pilar y maestro de la ciencia ficción japonesa. Mientras que Yano es conocido como el «Gran Anciano», Komatsu era apodado como el «Rey de la ciencia ficción japonesa», y si tuviéramos que establecer comparaciones, es un poco como Isaac Asimov: un hombre erudito de conocimientos enciclopédicos y una memoria casi fotográfica. Irrumpió en escena en 1960, cuando participó en el primer concurso de ciencia ficción japonesa, organizado en su conjunto por Toho Studios, hogar de *Godzilla* y otros filmes, y por Hayakawa Shobō, el editor del *SF Magazine*. La participación de Komatsu solo recibió una mención honorífica. Toho, más preocupada por buscar ideas para películas, tan solo hizo unos breves comentarios acerca de la literariamente sofisticada historia, pero la valoración de los editores de la revista fue mucho más amplia, y el *SF Magazine* no tardó en proponer a Komatsu que les ayudara a editar las historias premiadas: aunque las ideas eran buenas, la calidad literaria era demasiado escasa para publicarlas en una revista tal y como estaban. Komatsu es quizá mejor conocido entre los lectores no japoneses por su novela *Nihon Chinbotsu* (El hundimiento del Japón).

Kono Tensei

Autor (*Hikari*)

Kōno Tensei es un prolífico e inquieto autor cuyas incursiones en la ciencia ficción y la fantasía han aportado al género algunas de las fábulas más delicadas sobre gente corriente encontrándose con lo desconocido en su propio patio trasero. Nació en 1935 en la isla de Shikoku, fue a la universidad en Tokio y se quedó en la capital, donde

escribió historias de misterio, programas de televisión, la fantástica serie *Machi no Hakubutsukan* (Calle Museo), y las colecciones de relatos *Painting Knife no Gunzō* (Imágenes de una espátula). Galardonado con el 17º premio Escritores de Misterio de Japón en 1963 por *Satsui to iu Na no Kachiku* (Ese animal llamado tentativa de homicidio), fue nominado al prestigioso premio Naoki de ficción por *Cuchillo pintor* en 1974. Cuando no está escribiendo ficción, trabaja en numerosos libros y ensayos sobre sus otras dos grandes pasiones: el jazz y la etnomusicología.

Mayumura Taku

Autor (*Me desharé de tu pesar*)

Mayumura Taku es el pseudónimo de Murakami Takuji. Nació en 1934, y empezó a aparecer en revistas profesionales de ficción en 1961, ganando numerosos premios. En cierto sentido podría ser considerado como autor «transicional». Uno que teje puentes entre la ciencia ficción japonesa de la vieja escuela, que depende de tropos y temas extraídos de la ciencia ficción angloamericana, y la nueva escuela de autores que, a finales de los 60, empezó a explorar una voz distintiva en la ciencia ficción japonesa que reflejara su visión postindustrial del mundo. Aprovechando su experiencia como *sarariman* (trabajador asalariado de una corporación) en una gran empresa, sus relatos a menudo se ocupan de la burocracia y la despersonalización como temas centrales. También es considerado como uno de los pocos autores japoneses de ciencia ficción post-Segunda Guerra Mundial que ha trabajado el subgénero de «historia futura» en sus novelas y relatos de la serie Administrador. Una colección de cuatro novelas cortas de esta serie fue publicada en inglés por Kurodahan Press en 2004 con el título *Admimstrator*.

Ōhara Mariko

Autora (*Chica*)

Ōhara Mariko dice que empezó a escribir ficción a los diez años. «Era muy consciente de mí misma siendo una mentirosa natural», explica. «Moldeé mis mentiras en novelas; de otro modo, la ficción habría invadido mi vida para siempre, hiriéndome a mí misma y a las personas a mí alrededor». Grandes influencias en su carrera han sido A. E. van Vogt y Cordwainer Smith. Su primer relato publicado, *Hitori de Aruite Itta Neko* (El gato que caminaba por sí mismo) quedó en segundo lugar en el sexto concurso del Hayakawa SF en 1980,

recibiendo el premio Seiun en 1991 por su cuento *Haiburiddo Chairado* (Niño híbrido). Desde 1997 ha estado trabajando en una serie de *space opera*, *Archaic States* para el *Hayakawa SF Magazine*, en la que galaxias enteras luchan entre sí en el siglo XXVIII. Ōhara también escribe para la creciente industria del cómic en Japón y crea escenarios para videojuegos y radio dramas. Además de todo esto, escribe ensayos críticos y reseñas, fue presidenta de la Asociación de Escritores de Fantasía y Ciencia Ficción de Japón y coeditó varios volúmenes de las series *SF Baka Bon* (Colección de cuentos humorísticos de ciencia ficción).

Shibano Takumi

Autor («*Razón colectiva». Una propuesta*)

Shibano Takumi es Mr. Ciencia Ficción en Japón. Empezó a escribir ciencia ficción como Rei Kozurni, mientras era profesor de matemáticas de instituto —trabajo que dejó en 1977 para ser traductor a tiempo completo— y publicó su primer relato en 1951. Más tarde, entre 1969 y 1975, publicó tres novelas juveniles de ciencia ficción, entre las que se incluye *Hokkyoku Shi No Hanran* (Revuelta en la ciudad polar), en 1977. Pero su influencia en la ciencia ficción japonesa ha sido más como editor de la conocidísima *Uchūjin* (1957-actualidad), el primer fanzine japonés —algunos dirán semi-prozine— en el que se publicarían varios textos de escritores de ciencia ficción reconocidos después, como Komatsu Sakyō. *Uchūjin* alcanzó el número #190 en 1991, y sigue presentando nuevos escritores. Shibano ha recibido numerosos premios de ciencia ficción; además del premio Shibano Takumi, que se otorga desde 1982 a las personas que han desempeñado un generoso papel en el fandom, así llamado en su honor. Como traductor se ha especializado en la ciencia ficción dura: la mayoría de los libros de Larry Niven, así como de Poul Anderson, Isaac Asimov, Hal Clement, Arthur C. Clarke, James P. Hogan, Andre Norton, Joan Vinge, y muchos otros, unos sesenta libros en total. Shibano ha editado también dos antologías de relatos de *Uchūjin*, la primera en tres volúmenes (1977) y la segunda en dos (1967).

Tatsumi Takayuki

Autor (*Introducción a* «Razón colectiva»: Una propuesta)

Tatsumi Takayuki (1955, Tokio) enseña literatura estadounidense y teoría de la literatura en la Universidad de Keio. Recopiló el *Nippon SF*

Ronsoshi (La controversia de la ciencia ficción en Japón: 1957-1997. Tokio: Keiso Publishers, 2000), que ganó el 21º premio de ciencia ficción japonesa, y coeditó con Larry McCaffrey un número especial de la *Review of Contemporary Fiction* sobre «La nueva ficción japonesa» (Dalkey Archive Press, Summer 2002), que se convertirá en una futura antología. Otros trabajos recientes son, «Literary History on the Road: Transatlantic Crossings and Transpacific Cossovers» (PMLA II9.1, enero de 2004) y el libro *Full Metal Apache: Translations between Cyberpunk Japan and Avant-Pop America* (Duke University Press, 2006).

Toyota Aritsune

Autor (*Otro* Prince of Wales)

Toyota Aritsune nació en 1938 en Maebashi, en la prefectura de Gunma, a unos quince minutos en tren bala del centro de Tokio. Entró en la Universidad Musashi como estudiante de medicina, pero abandonó la carrera a medias para estudiar económicas. Empezó a escribir y a publicar relatos de imaginación en los comienzos del desarrollo de la ciencia ficción japonesa, es conocido sobre todo por haberse especializado en el equivalente japonés de la ciencia ficción militarista occidental, con gran espíritu *bushido*. Lo que quizá ha desarrollado más en la serie de novelas y relatos *Yamatotakeru* (Yamatotakeru fue un príncipe guerrero legendario de la era Kofun de Japón, siglo IV d.C.). También estuvo involucrado en la producción y los guiones de la serie de dibujos animados de la TBS *8 Man* (Octavo hombre), en *Urder sea Boy Marine*, en el *anime* y película *Space Boy Soran*, y en varios *manga* y *anime* más.

Tsutsui Yasutaka

Autor (*Mujer de pie*)

Tsutsui Yasutaka ha sido llamado el *gurú japonés de la metaficción*, y es novelista, guionista, crítico literario, actor y músico. Debutó como escritor de ficción detectivesca tras ser descubierto por el gigante del misterio Edogawa Rampo, quien publicó su primer texto *O-Tasuke* (Ayúdame) en el *Hoseki Mistery Magazine*, pero es en la ciencia ficción y en la fantasía donde Tsutsui encontraría su punto fuerte y su rápido reconocimiento.

Sus habilidades estilísticas van desde la comedia hasta la fábula y la metaficción, y desde fuera del género se le suele ver como un surrealista. «Para mí, la ciencia ficción es un acercamiento a la

deconstrucción de la realidad, tal y como lo fue el surrealismo», comenta él mismo. Tsutsui ha recibido el premio Izumi Kyoka (1981), el premio Tanizaki (1987), y el premio Kawabata Yasunari (1989); y en 1992 recibió el Gran premio de ciencia ficción japonesa por *Asa no Gasuparu* (Gaspar de la mañana). En 1987 el gobierno de Francia le concedió el rango de *Chevalier des Arts et des Lettres* por sus logros literarios.

Gene van Troyer

Editor

Gene van Troyer nació y creció en Portland, Oregón. Ha escrito poesía y ciencia ficción desde los trece años, y ha vendido sus obras como profesional desde los veinte. Se unió a la Science Fiction Writers of America como miembro activo en 1971, y ha pertenecido a ella desde entonces. En 1973 Fred Pohl le ayudó a contactar con Shibano Takumi, y cuando llegó a Japón en 1974 como estudiante de intercambio en la División Internacional de la Universidad de Waseda, Shibano le introdujo al Honyaku Benkyō-kai, tras lo cual se convirtió en asesor de traducción para escritores y traductores como Yano Tetsu, Shibano, Asakura Hisashi, Itō Norio, Imaoka Kiyoshi (editor del *Hayakawa SF Magazine* por aquel entonces), Sakō Mariko, Ōtani Jun, Fukami Dan, y muchos más. Desde 1975 hasta 1980 tuvo una columna regular de crítica sobre ciencia ficción estadounidense en la sección *SF Scanner*, del *SF Magazine*, donde escribió textos hasta 1994. Su propia ficción y poesía han sido publicadas en *Eternity*, *Vertex*, *Last Wave*, *Amazing Stories SF*, y *Asimov SF*. Fue editor de la *Portland Review*, una revista literaria publicada por la Universidad del Estado de Portland, y de *Star*Line*, el semanario de la Science Fiction Poetry Association. Entre sus trabajos más recientes se encuentra *Collaborations: A Collection of Collaborative Poetry*, que editó para Ravenna Press en Edmonds, Washington (2007). Vive en la ciudad de Urasoe, prefectura de Okinawa, Japón.

Yamano Kōichi

Autor (*¿Adónde vuelan ahora los pájaros?*)

Yamano Kōichi nació en Osaka, en 1939, estudió en Kobe, pero estaba más interesado en las películas, en escribir crítica de cine, y en producir algunos filmes experimentales. Uno de ellos fue alabado por el destacado cineasta vanguardista Terayama Shüji, quien animó al joven autor a escribir ficción. En Tokio, Yamano se movió en los

círculos teatrales y literarios, escribió obras cortas absurdas, así como muchas críticas en diarios y periódicos, sobre todo referentes a escritores de vanguardia como Gabriel García Marquez, y sobre ciencia ficción, que seguía en las columnas publicadas por los principales diarios y semanarios. También fue asistente editorial para una editorial de ciencia ficción japonesa, introduciendo a numerosos autores europeos, para la que publicó la revista iconoclasta *NW-SF* así como una serie de libros de la *NW-SF*. Judith Merril le apodó el Michael Moorcock japonés, y como este hiciera con la influyente revista inglesa de la Nueva Ola *New Worlds*, Yamano financió su propia *NW-SF*. En su bibliografía podemos encontrar los relatos *Tori wa ima doko o tobu ka* (¿Adónde vuelan ahora las aves?, 1971), *Satsujinsha no sora* (El cielo del asesino, 1976), *Za Kuraimu* (El crimen, 1978), la novela *Hana to kikai to geshitaruto* (Flores, máquina y Gestalt, 1981), *Revolucion* (relatos relacionados, 1983), y obras de no-ficción como *SF no tanjō* (El progreso de la ciencia ficción), y *Thoroughbred no tanjō* (El progreso de los pura sangre, 1990; Yamano es un conocidísimo investigador del pedigrí de los pura sangre y un devoto de las carreras de caballos. Mantuvo y crio caballos él mismo en Australia). Su crítica iconoclasta a menudo le puso en situaciones comprometidas con figuras establecidas de la ciencia ficción japonesa, y terminó semiexiliado de algunos círculos importantes durante muchos años. La otra carrera de Yamano como comentarista y propietario de caballos de carreras ha superado a la de autor de ciencia ficción, pero a los sesenta y ocho años todavía escribe guiones de cine y sigue siendo un iconoclasta.

Yano Tetsu

Autor (*La leyenda de la nave espacial de papel*)

Yano Tetsu es el primer «Gran Anciano» de la ciencia ficción japonesa —algunos dirían que fue uno de los fundadores de la ciencia ficción y la fantasía japonesa de postguerra— y fue un prolífico traductor y autor de ciencia ficción y fantasía para niños y adultos. Empezó a introducir a los lectores japoneses en las obras estadounidenses de ciencia ficción a finales de la década de 1940. «Tras la guerra», rememoraba con Gene van Troyer, «hice recogidas de basura en bases militares de EE.UU. Un día me dijeron que quemara un montón de ediciones militares de literatura popular estadounidense, que los soldados habían tirado cuando habían acabado con ellas, y algunas tenían unas portadas tan fantásticas y futuristas que las rescaté». Su plan, dijo, era utilizar estos libros abandonados para aprender inglés y

descubrir así qué ilustraban aquellas preciosas portadas. Quedó maravillado con el contenido, una literatura que nunca soñó que pudiera existir.

Alimentado por las obras de Robert A. Heinlein, Fredrick Pohl, C.M. Kornbluth, Arthur C. Clarke, Frederick Brown, Isaac Asimov, y muchos otros, Yano empezó a traducir y a encontrar editoriales para los textos. Fue el primer escritor japonés del género en visitar los Estados Unidos, en 1953, como invitado de Forrest J. Ackerman. No tardó en hacer equipo con Shibano Takumo para ser parte de la camarilla *Uchūjin*, quienes publicarían la semiprofesional pero influyente revista de ficción, crítica y reseñas *Uchūjin;* y tomó parte en la fundación de la Science Fiction and Fantasy Writers of Japan en 1963, de la que fue presidente de 1978 a 1979.

Yano nació en Matsuyama, prefectura de Ehime, y creció en Kobe. Tras estudiar en la Universidad de Chuo durante tres años, fue reclutado por el ejército japonés y sirvió durante dos años y dos meses. Aprendió a leer inglés y acabó traduciendo ciencia ficción. Entre los aproximadamente trescientos sesenta libros que tradujo se encuentran obras de Robert A. Heinlein, Fredrik Pohl, Desmond Bagley, y Frank Herbert, y además era amigo personal de Heinlein. También escribió relatos propios, incluyendo *La leyenda de la nave espacial de papel*, que apareció traducida al inglés por primera vez en 1984 y desde entonces ha sido publicada en varias colecciones. Algunos de estos relatos, sobre todo *Kamui no Ken* (La espada de Kamui) han sido adaptados al *anime* y al *manga*.

La dedicación de Yano dio frutos. La ciencia ficción que ayudó a introducir en Japón ha inspirado a una generación de autores japoneses y ha dado nacimiento a una literatura que puede rivalizar con la angloamericana que la inspirara. A finales de la década de 1960, ayudó a pagar la estancia de seis meses de Judith Merril en Japón con el propósito expreso de tener una escritora estadounidense de ciencia ficción de renombre que trabajara en traducir relatos japoneses de ciencia ficción y fantasía al inglés. Algunos de aquellos textos aparecen en esta colección por primera vez.

Yano murió el 13 de octubre de 2004 de cáncer de colon.

Yoshimasu Gōzō

Autor (*Adrenalina*)

Yoshimasu Gōzō es un poeta, bailarín y artista multimedia. Mientras que su producción literaria no se considera por lo general parte de la ciencia ficción, el espíritu y los temas de su poesía a menudo se

solapan con la fantasía, el realismo mágico y la ciencia ficción. Ha sido galardonado con los premios de poesía japoneses Takomi Jun y Rekitai. Es una voz moderna en la tradición de los bardos del antiguo Japón, que precede a las convenciones del tanka y del haiku. Nació en Tokio en 1939, y ha orbitado en torno a la poesía japonesa de postguerra desde la publicación de su primer libro, *Partida*, en 1964. Se ha movido a través de regiones inexploradas con más de treinta colecciones de poesía y prosa, entre las que se incluyen *Devil's Wind*, *A Thousand Stops*, y *Osiris, God of Stone*. Yoshimasu le da la vuelta cada día al lenguaje a través del arte del *soku-zuke*, un tipo de *renga* o verso enlazado. Escribe: «Mi cuerpo, estaba, envuelto, en, una luz color sangre. / Donde, caminaba, ya lo, he, olvidado». Como escribió uno de los más importantes críticos literarios: «Pensar en Yoshimasu es pensar en cambio».

Notas

[1] Shibano Takumi falleció en 2010. (N. de E.) < <

[2] El término traducido a lo largo del ensayo como «autonomía» es *jisō*. Escrito con los caracteres japoneses para «funcionar por uno mismo», que literalmente significa algo así como «autopropulsado». No solo sugiere independencia de un control externo, sino movimiento dinámico, algo que literalmente «se aleja» de nosotros. Este concepto parece seguir la idea del ensayo de que no solo la razón colectiva está libre del control individual, sino que puede seguir una trayectoria inesperada que la conduzca lejos de la razón individual. < <

[3] Para evitar malentendidos, me gustaría hacer constar que la predicción que he subrayado aquí es una visión del futuro de la humanidad situada en el extremo del optimismo. Esto ocurre porque está basada por completo en la idea de que la guerra no exterminará antes a la raza humana, que la contaminación y la superpoblación no aniquilarán la civilización y que el ritmo de desarrollo de hoy en día continuará tal y como está. Además, no quiero dar la impresión de que anhelo la era de la dominación de las máquinas. Es casi inevitable, a pesar de lo que podamos o no esperar. < <

[4] No hay nada indignante en este concepto de «dominación desde abajo». Es un sistema que ha aparecido a lo largo de la historia de Japón y que persiste hoy en día. En otras palabras, no es el individuo más fuerte el que necesariamente ocupa la posición de liderazgo. Este probablemente surja como un compromiso indispensable con el sistema imperante. Puede que este sea uno de los inventos japoneses más valiosos. < <

[5] No hace falta mencionar que la dominación de los seres humanos por el sistema informático todavía queda lejos, y que aquellos que actualmente gobiernan el colectivo son seres humanos de carne y hueso. Por lo que este cambio sería un inconveniente para aquellos individuos ocupando posiciones de autoridad presencial (y no solo ejecutivos, debo añadir), pero por el bien del futuro de la humanidad, tenemos que pedirles que se pongan a ello. Por ejemplo, un Alejandro o un Moisés actual causarían poca impresión como guía turístico, mientras que un almirante Nelson o un Tōgō se encontrarían a sí mismos supervisando despegues y aterrizajes en la torre de control de un aeropuerto; en otras palabras, aunque la naturaleza del trabajo sería la misma, habría una degradación en el rango. Para poner un caso extremo, el tratante de esclavos que con anterioridad había propinado latigazos a los remeros bajo la cubierta, ahora acabaría sentado en el asiento del conductor de un autobús. Pido disculpas por divertirme con asociaciones libres, aunque se mire como se mire, la imagen de los pasajeros en asientos ordenados como en una galera, cada uno pulsando el botón para bajar del autobús, es ajena a las imágenes de las elegantes embarcaciones de antaño. Los esclavos, ahora liberados de su duro trabajo por el control de la máquina sobre la energía, todavía están dominados por los horarios y las rutas de servicio del autobús. < <

[6] En cuanto a la forma, me pregunto si no es un tipo de teoría modelo. Parece serlo. Además, hay pistas que nos permiten especular sobre sus propiedades internas. Por ejemplo, consideremos esta declaración: «Cristo enseñó a la gente a amar y Marx enseñó a la gente a odiar» (la leí en un ensayo de Umehara Takeshi). Desde luego, no se trata de enfrentar una teoría religiosa contra una ideología sino más bien de una expresión del dualismo de la naturaleza de nuestros intereses en el mundo que nos rodea, visto desde un punto intermedio entre estos dos paradigmas. Es importante considerar esta cuestión aparte de la imagen del «bien» y del «mal» que acompaña a los términos «amor» y «odio». Para poner un ejemplo, ¿qué nos podría enseñar alguien que simbolizara una época entre la religión y la superstición que la precedió? Si tal persona hubiera existido, él o ella nos enseñarían «sospecha y asombro». ¿Y qué nos tendría que enseñar una persona que representa la transición hacia la «metodología» venidera? Todavía no sé con certeza cómo tales investigaciones conciernen a dicho problema, pero quizá examinar el problema desde este ángulo nos ayude a atisbar el futuro de la humanidad. < <

[7] La ley del tercero excluido dice que dos proposiciones contradictorias no pueden ser ambas falsas. < <

[8] Confieso que este concepto de *observacionismo* no es mi idea original. Llegué a él al reinterpretar la idea de «experiencia pura» (*junsui keiken*) en Zen *no Kenkyū* (1911, Una consulta sobre lo bueno), de Nishida Kitard. Aquellos que no estén familiarizados con las ciencias naturales pero sí con el pensamiento oriental puede que encuentren este debate más fácil de comprender si reemplazamos los términos técnicos «observación» y «cognición» por el conocido koan zen «el sonido de una mano aplaudiendo». Aunque no es mi intención echar alabanzas a la sabiduría oriental. Me parece que como japonés, el autodenominado pensamiento «existencial» es algo innato y obvio para mí. Lo importante no es conseguir una evidencia, sino comprender el significado cuando el resultado que uno ha buscado a través del pensamiento individual y la lógica individual acaba conectado con algo que contradice ambas cosas. < <

[9] En otras palabras, no importa cuánto se pueda negar el sentido común individual, las conclusiones obtenidas a través de la aplicación de estos métodos matemáticos son «correctas» y tienden automáticamente hacia la siguiente fase de desarrollo. Desde luego, en la actualidad, no creo que haya demasiados casos en los cuales la investigación científica haya seguido este proceso concreto, pero eso no cambia el hecho de que este sea el patrón fundamental. En campos avanzados de la física, uno puede ver gran cantidad de ejemplos. Tales elementos son raros en campos de investigación de humanidades como la sociología o la psicología, donde no importa lo rigurosa que pueda ser una teoría, ya que no se supone que uno deba enfrentar a la gente con hechos que violan el sentido común. Esto puede que ayude a explicar por qué los primeros trabajos de ciencia ficción eran en esencia «novelas de Ciencias Naturales» [*shizen hagaku shōsetsu*]. < <

[10] Esto se acompaña por una serie de sistemas de definición. Si seguimos a David Hilbert, quien fue pionero en el estudio de la lógica y de los fundamentos de las matemáticas, debemos establecer un sistema de axiomas antes de construir ninguna definición. Pero para un argumento que consiste en lenguaje natural [*kotoba*], las afirmaciones resultantes pueden ser demasiado difusas para ser comprensibles. Por lo que necesitamos por lo menos alguna indicación o índice de la naturaleza de los axiomas. Como resultado, las definiciones, que están un paso más allá del sistema lógico, se transforman en una declaración de la posición del teórico. Algunos pueden dudar de esto, pero cuando debatimos la naturaleza de la ciencia ficción en nuestro día a día, cada uno de nosotros tiene sus modelos preferidos sobre el género en mente, por lo que mi propia definición de ciencia ficción no es nada más que una expresión que integra estos modelos. Pero si en el proceso puedo descubrir algo en común con los modelos que otros han adoptado, podemos ir más allá intercambiando nuestras historias de ciencia ficción preferidas, y esperando empezar a desarrollar una teoría efectiva. Además, en mi propio caso, no puedo evitar analizar por qué estoy tan obcecado con la ciencia ficción, y como resultado de este análisis he llegado por necesidad a un sistema de definiciones.

Dejando los detalles aparte para otra ocasión, lo que he intentado con este sistema es algo así como «una explicación para testigos no humanos». Admito que la tarea está por encima de mis habilidades, pero si dijera que me sentí motivado por la descripción al principio de *Los astronautas* (*Astronauci*, 1950), de Stanislaw Lem, quizá mis lectores me comprendan.

Otros se preguntarán que por qué me molesto, llegados a este punto. Uno podría citar la objeción de Abe Kōbō: «Tan pronto como se le da el nombre de león, el león deja de ser un ser legendario para convertirse en una simple bestia». Aunque no creo que la ciencia ficción sea algo que pueda ser bautizado o definido con tanta facilidad, y es por esa misma razón que no puedo evitar sentirme interesado por su definición. < <

[11] Las tres primeras estrofas aquí citadas corresponden a «Las islas de Grecia», del *Don Juan* de Lord Byron, y han sido tomadas de la excelente traducción de José María Martín Triana en *Poemas escogidos,* Lord Byron, Visor libros, Madrid, 2015. (N. de E.) < <

[12] Los primeros versos, y siguientes, pertenecen a *La peregrinación de Childe Harold*, de Lord Byron, y han sido tomados de la excelente traducción de M. de la Peña publicada por Imprenta de La crónica en 1864. (N. de E.) < <

[13] Estrofa primera y siguientes del poema de Lord Byron titulado «Entonces ya no vagaremos más», traducción de José María Martín Triana en *Poemas escogidos*, Lord Byron, Visor libros. Madrid, 2015. (N. de E.) < <

[14] Novelas surrealistas de André Breton y Julien Gracq respectivamente. (N. de E.) < <

[15] Cañón británico antitanque QF de 2 libras conocido familiarmente como pom-pom. (N. de E.) < <

[16] Especie de topo característica del japón y en general del Este de Asia, también conocida como topo de Temminck. (N. de E.) < <

[17] «Comercio de agua». Eufemismo que designa la industria del entretenimiento nocturno en las grandes ciudades de Japón. < <